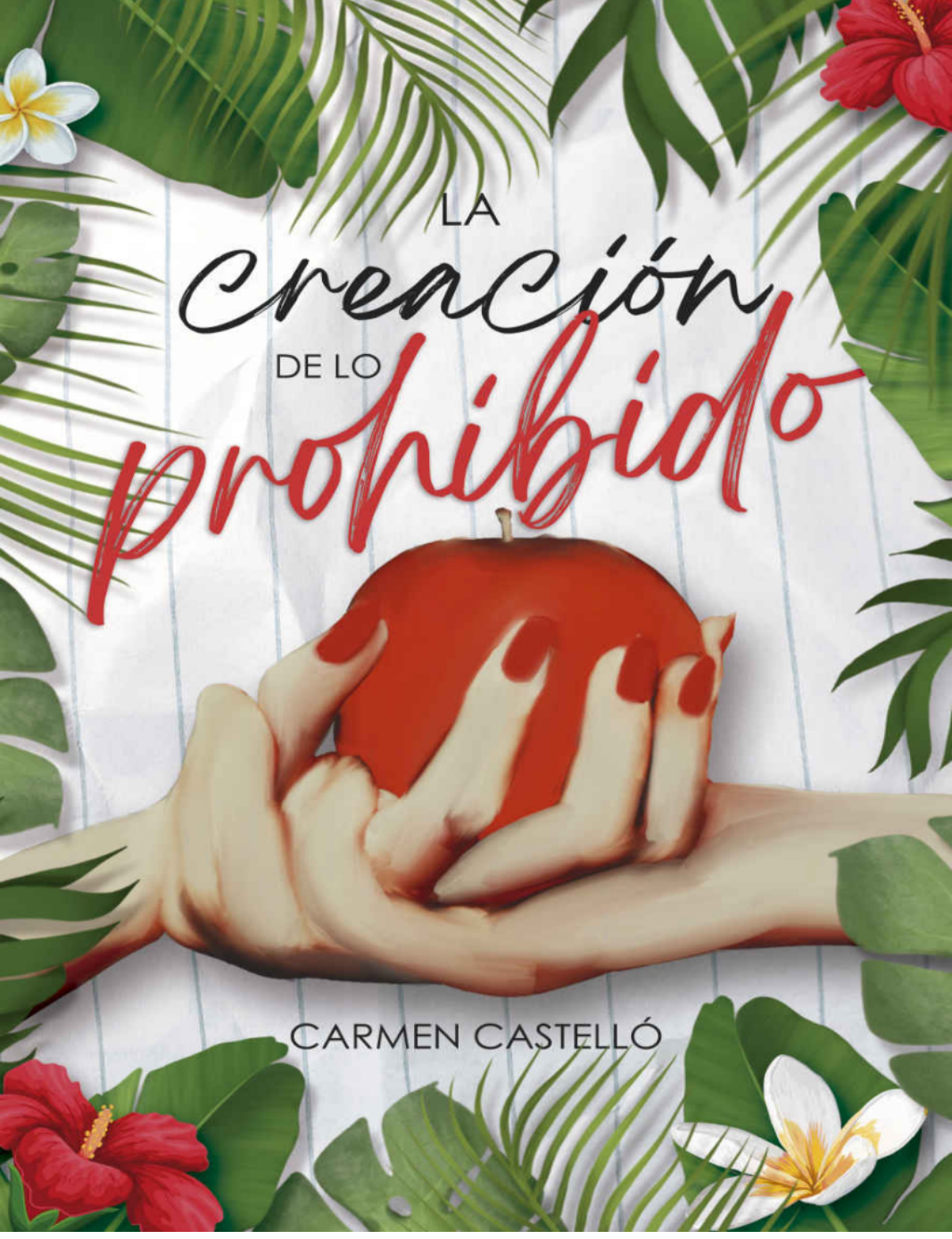
LA creación DE LO prohibido



CARMEN CASTELLÓ

LA CREACIÓN DE LO PROHIBIDO

CARMEN CASTELLÓ

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
OTROS LIBROS DE LA AUTORA

La creación de lo prohibido
© Carmen Castelló
Primera edición: diciembre de 2021
Segunda edición: septiembre de 2022
ISBN: 9798845964953
© Diseño y maquetación: Carmen Castelló.
© Ilustración de cubierta: Carmen Castelló.
© Recursos: Freepik.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

«El extraño llegó con sueños muy distintos, pero la vio, como solo puede verse un espejismo dentro del corazón».
AMOR PROHIBIDO, ROZALÉN

1
JULIA

—*Caída del hombre, pecado original y expulsión del paraíso*, es el sexto fresco de la Capilla Sixtina pintado por Miguel Ángel en 1509. Representa el pasaje de la Biblia en el cual Adán y Eva son expulsados del paraíso tras comer la fruta prohibida. En él hay seis figuras; al lado izquierdo se encuentran Adán, Eva y Satanás, y al derecho, vemos a un ángel y de nuevo a Adán y Eva.

»Cada fragmento muestra escenas totalmente diferentes. En el izquierdo, se les inmortaliza alcanzando la manzana que Satán, enroscado en el árbol con cola de serpiente, les ofrece. Y en el derecho, aparece la consecuencia de esto: la expulsión del paraíso y… —Suena el timbre que anuncia el final de la clase, pero la profesora continúa—: Bueno, mañana seguiremos y daremos la última lección sobre este tema. Recordad que podéis presentar una exposición sobre Miguel Ángel y sus obras en la Capilla Sixtina en grupos de dos. Tendréis que elegir un fresco y explicarlo al detalle.

—Si lo hacemos, ¿se eliminará este tema del examen? —pregunta un alumno.

—Puede. Hacedlo lo mejor que podáis y lo pensaré. Lo que sí es seguro es que contará para nota. Hasta mañana, chicos.

—Hasta mañana —responden algunos compañeros antes de que la profesora desaparezca por la puerta.

El eco de los murmullos de los alumnos resuena en el aula mientras observo en detalle la obra de arte que muestra la pantalla digital. Reflexiono sobre la historia que cuenta la pintura, y una frase cruza mi mente al instante: «no existen frutas prohibidas, sino bocas que se cierran».

El hecho de que culpen a la mujer del pecado original que lleva arrastrando la humanidad desde el origen de los tiempos me parece una versión machista y misógina que no puedo compartir. Aun así, a pesar de la historia que cuenta, la pintura me parece increíble. Es impresionante tan solo verlo en digital, no puedo imaginarme cómo sería en vivo.

—¿Quieres que hagamos este fresco? —pregunta Blanca, mi mejor amiga y compañera de mesa.

—Vale. Es el más reciente, y he apuntado muchas cosas, con esto lo tendremos casi hecho.

—Mejor. Uff… —Suspira apoyando la cabeza sobre su mano derecha. El anillo dorado que lleva todos los días reluce bajo los rayos de sol que se cuelan por el ventanal—. Odio tener que hacer exposiciones. Y más ahora con

todos los trabajos y los exámenes que vienen.

—Lo sé, tía. Lo odio tanto como tú, pero estoy segura de que, si todos hacemos la exposición, quitará este tema del examen, y tendremos menos materia.

—Ojalá, porque no sé cómo me voy a estudiar los mil temas que entran en cada asignatura. Espero que la exposición cuente uno o dos puntos, o no apruebo ni de coña.

Intento animarla como puedo. Las dos odiamos hablar en público, nos da pánico, pero debemos hacerlo si queremos aprobar. Aunque a mí no me va mal en los estudios porque me gustan, sobre todo la asignatura de Historia del Arte, nunca están de más unos puntos extras o un temario menos en el examen. Y si hacer juntas la exposición sirve para ayudar un poco a mi amiga a aprobar, estoy dispuesta a pasar el mal trago.

Después de dos clases más, llega la hora del descanso para almorzar tranquilas al aire libre. Bajamos las escaleras del instituto hablando sobre temas banales que hacen que me distraiga.

—¿Os habéis enterado de la nueva pareja que hay en la clase B? —pregunta Blanca.

—No. ¿Cuál? ¡Cuenta! —incita Paula emocionada.

Desconecto de la conversación en cuanto mis amigas se ponen a cotillear. No me gusta mucho hablar de rumores sobre la vida privada de la gente, y menos si son de personas a las que apenas conozco. Me aburre. Cuando la conversación se alarga girando en torno al mismo tema, mi mente se distrae observando alrededor y mi imaginación vuela.

Siempre he sido así: introvertida, tímida y solitaria. Nada que ver con mis mejores amigas. Y no me molesta mi forma de ser, pero a veces me da rabia no poder integrarme como me gustaría. Sobre todo, porque eso conlleva perderme muchas cosas.

Ellas son más abiertas, hablan más y se dejan conocer, yo en cambio, me encierro en mí misma y me cuesta un mundo abrirme.

Elena es independiente, divertida y sociable. Le encanta hablar, conocer gente nueva y experimentar cada minuto; lleva la expresión latina «hic et nunc» grabada en la piel. Se la tatuó nada más cumplir los dieciocho años, logrando así uno de sus sueños.

Paula es algo menos atrevida, pero decidida. Tiene muy claro a dónde se quiere dirigir y lo que quiere lograr. Deja que todo llegue a su tiempo, y nunca pierde sus objetivos de mente.

Y Blanca es la que más se asemeja a mí. Tal vez porque llevamos juntas desde los tres años, cada una ha adoptado características de la otra, y por eso congeniamos tan bien. En esencia es coqueta, algo tímida al principio, pero con una personalidad fuerte.

Todas tenemos algo que aportar a las demás, por eso las quiero y las admiro tanto. Todavía recuerdo el primer día de bachiller, Blanca y yo estábamos muy nerviosas. Apenas había dormido, y el poco tiempo que

conseguí cerrar los ojos no me sirvió para descansar bien. Ese primer día nos encontramos a Paula, con la que compartíamos clase desde secundaria, pero con la que no nos habíamos relacionado mucho hasta entonces. Fue como si el universo nos diera una señal para comenzar nuestra amistad. Y luego llegó Elena, era la nueva, un año mayor que nosotras porque había repetido curso.

Fue fácil crear una amistad, ya que a pesar de nuestras diferencias, a las cuatro nos encanta el arte y congeniamos muy bien desde el principio. Desde entonces no nos hemos separado, ni creo que lo hagamos nunca. Todas ellas tienen cualidades que admiro y que me hacen crecer como persona día a día.

—¡Tía, allí está Fede! —exclama Blanca agarrándome con fuerza del brazo.

Alzo la mirada de los escalones, y me encuentro con un hombre alto, de pelo cobrizo y ojos azul celeste, saliendo de detrás de la mesa de recepción de la entrada. Viste el uniforme habitual de los conserjes del centro: camiseta azul marina de manga corta con el escudo del instituto bordado en el pecho, y unos pantalones largos color beige. No puedo evitar fijarme en la barba de pocos días que luce su mandíbula cuadrada, y en la sonrisa resplandeciente de su rostro mientras habla con otro de sus compañeros.

—Qué raro, a esta hora nunca está —digo con los ojos clavados en él.

—Sí, pero ojalá nos lo encontremos más veces, porque alegra la vista —contesta Blanca.

Empezamos a reír al unísono. Entonces su mirada se encuentra con las nuestras, y nos saluda sonriente provocando que me sonroje. Blanca le responde con un «hola» mudo antes de que crucemos el umbral de la puerta.

Es raro verle, aunque no que siempre nos salude.

A pesar de llevar dos años trabajando aquí, es el único conserje de los tres que hay del que apenas conocemos nada. A veces coincidimos en los pasillos, o en recepción antes de que suene el timbre que da por finalizado el descanso. Blanca y yo tenemos la manía de entrar siempre unos minutos antes de clase para ir al servicio, y al no haber papel higiénico en los cuartos de baño, nos toca pedirlo. Da la casualidad de que, a esas horas, suele estar él. Por eso nos saluda. Solo a nosotras. Porque somos las alumnas con las que más coincide, intercambiamos algunas palabras de cortesía, y alguna que otra sonrisa.

Ni siquiera sabemos su auténtico nombre, le llamamos Fede porque fue el primero que se nos ocurrió para referirnos a él. Elena dice que por su acento debe de ser argentino, y ese fue el primer nombre que se le vino a la cabeza.

Cada vez que nos cruzamos, me sonrojo. No entiendo por qué, pero desprende algo difícil de explicar que provoca que me ruborice nada más encontrarme con el océano de sus ojos.

Es el más joven de los tres conserjes. Los otros dos rondan entre los cuarenta y cincuenta años, pero él… Él tampoco es un niño. No se parece a mis compañeros de clase. Tiene la barba muy bien recortada, los brazos definidos por el ejercicio, y pequeñas arrugas de expresión que aparecen en sus ojos cuando sonríe. Parece demasiado joven para ser conserje, pero

también muy mayor como para pasar desapercibido entre el mar de adolescentes.

Cruzamos el paso de peatones para dirigirnos al banco que hay frente a la heladería italiana a la que siempre acudimos a almorzar. Bajo la sombra de las palmeras, desenvuelvo el papel de plata de mi bocadillo. Tenemos poco tiempo, así que no dudo en aprovecharlo mientras mis amigas retoman la conversación anterior.

El cielo despejado evoca en mis pensamientos aquellos ojos azules y la sonrisa radiante como el sol del chico de conserjería. No puedo negar que es un hombre muy atractivo, de mirada profunda y sonrisa cautivadora. Y lo más importante, detrás de esa fachada deslumbrante hay una persona amable y agradable, que siempre nos saluda incluso cuando muchos de nuestros profesores no se dignan a hacerlo.

Me gustaría conocerlo un poco más, atreverme a creer que no solo es mi imaginación la que vuela durante esos instantes de miradas y sonrisas que se cruzan en el pasillo, y que me hacen sentir especial. Como si el mundo se detuviese entre nosotros dos. Pero entonces vuelvo a la realidad, y me doy cuenta de que no solo me saluda a mí. Las saluda a ellas también. A Blanca. Ella es la que siempre le responde y le habla con naturalidad. Ella es la que no se corta cuando lo tiene delante. No le supone ningún esfuerzo empezar una conversación y preguntarle cualquier cosa. En cambio, yo siento que nos separa un abismo que no me atrevo a saltar, aunque quiera. El miedo me bloquea y me conformo con cogerme de la mano de mi amiga e imaginar que puedo aprender a ser como ella.

—Está allí el Príncipe. —Blanca señala con la mirada a un chico en la calle de enfrente.

Entonces las tres nos quedamos mirándolo. El Príncipe es un chaval alto, de piel bronceada, pelo oscuro y ojos color miel que va al mismo instituto que nosotras, pero estudia un ciclo formativo.

A Blanca le encantó desde el primer momento en que lo vio, y por eso le puso ese mote, porque para ella es su príncipe. Aunque su aspecto no sea el de un príncipe al uso, sino más bien, el del típico chico malo de las películas y los libros americanos. Tiene un aire prepotente y vacilón de esa clase de personas que se creen superiores a los demás. A ella no le importa, de hecho, lo encuentra atractivo precisamente por esas mismas características. En cambio, a mí me parece guapo, pero nada más. Esa actitud le quita todo el encanto que podría tener.

Cinco minutos antes de que suene la sirena que da comienzo a la próxima clase, vuelvo con Blanca al instituto mientras que Elena y Paula aprovechan cada momento de libertad en el exterior, al igual que hacen los demás alumnos que esperan en la puerta del centro. Sin embargo, nosotras cumplimos con el ritual de siempre.

Escuchamos el pitido que indica que la puerta está abierta y cruzamos el umbral. Lo primero que veo es a Fede en la mesa de recepción, y enseguida

los nervios se apoderan de mi estómago. Sigo a Blanca y nos acercamos a él.

—Hola, ¿me puedes dar papel, por favor? —pregunta dedicándole su mejor sonrisa.

—Buenas, claro. —Deja un rollo de papel higiénico sobre la mesa para que ella coja lo que necesite.

—Gracias. —Blanca le corresponde con otra sonrisa todavía más bonita después de coger un trozo de papel—. Hasta luego.

—De nada, hasta luego.

Cuando mi mejor amiga se retira, nuestras miradas se vuelven a encontrar en la distancia. Vuelvo a sentir el calor invadir mis mejillas al fijarme en esa cautivadora sonrisa y los ojos más bonitos que he visto nunca.

—Hasta luego. —Me despido algo aturdida antes de abandonar la escena, no sin antes percibir su característica sonrisa.

«¿No se cansan de sonreír?», pienso mientras espero a Blanca apoyada en la pared de los servicios. A mí siempre me ha costado, dicen que soy muy seria, pero lo que no saben es que hay gente a la que no se nos da bien enseñar los dientes las veinticuatro horas del día sin parecer que estamos en mitad de una consulta con el dentista. En cambio, a él le queda tan bien su sonrisa que deseo plasmarla en papel. Lo veo en amarillo y azul, porque tiene la calidez del sol y la tranquilidad del agua en su mirada.

Me gustaría pensar que no solo la ve a ella, a su pelo rubio, sus ojos azules y su sonrisa enamoradiza. Quiero pensar que hay una pequeña posibilidad de que lo imposible se torne a mi favor. Porque lo prohibido es la tentación más deseada, y lo deseado es lo más prohibido.

2
JULIA

El sonido de la alarma del móvil interrumpe mi idílico sueño. La desactivo y enciendo la pequeña lamparita de sal para evitar quedarme dormida. Estiro los brazos por encima de mi cabeza desperezándome, y al moverme noto algo sobre mis piernas. Es Champón, mi gato. Está durmiendo plácidamente enroscado sobre sí mismo como una bola de pelos atigrada y de diferentes colores. Al acariciar su suave y largo pelaje, abre los ojos con lentitud, se estira y se acerca a olerme la cara. La primera sonrisa del día asoma en mis labios cuando lo escucho ronronear.

Los gatos son tan libres, carismáticos y elegantes, que tengo la convicción de que nos deberíamos parecer más a ellos, tomarnos la vida con su filosofía y ser más tranquilos, independientes y confiados. Como escribió Mark Twain una vez: «Si se pudiera cruzar al hombre con el gato, sería una mejora para el hombre y una degradación para el gato».

Champón lleva en mi vida desde que tengo uso de razón, y siempre me ha acompañado. Me enseñó el amor por los felinos, y los animales en general. Porque son criaturas extraordinarias, llenas de belleza, y, sobre todo, de libertad.

En el baño empiezo a delinear mis párpados con pintura negra. Me gusta maquillarme y experimentar con los colores, aunque a veces no me dé tiempo o no tenga ganas. Me encanta cómo el delineado resalta mis ojos marrones evocando una mirada felina. El maquillaje es como crear arte sobre uno mismo.

Cuando termino de peinarme el pelo castaño y ondulado que ya casi me llega hasta la cadera, le sonrío al espejo porque me siento bien. Desenchufo el móvil del cargador y voy hasta la cocina a prepararme el desayuno, pero entonces la pantalla se enciende y me doy cuenta de que no es la hora que yo pensaba. Y el corazón me da un vuelco. Son las ocho de la mañana, llego diez minutos tarde a clase.

Al entrar en la aplicación de la alarma me doy cuenta de que la había retrasado para dormir más. ¿Por qué me gustará tanto dormir?

No me da tiempo a desayunar. Cojo unas galletas y voy deprisa a por mi mochila y la carpeta de dibujo. Antes de salir por la puerta, le lanzó un beso a Champón.

Por fortuna, de mi casa al instituto tan solo hay diez minutos andando, así que al ritmo que voy, llegaré en cinco.

Al alcanzar la calle del colegio siento que puedo respirar de nuevo. Me

estaba quedando sin aliento, y a pesar de ser otoño, me estoy asando. Miro a través de la puerta cristalina intentando divisar quién de los tres conserjes está en recepción, pero no puedo ver nada. Rezo porque no me toque el gruñón, pero… Tres conserjes, y por supuesto, me toca el peor.

Abre la puerta apretando el botón del mando a distancia de mal humor. Cojo aire antes de entrar, y empiezo a caminar decidida a llegar al aula que me toca, pero su voz pastosa me detiene.

—Llegas tarde. No puedes entrar —espeta.

—Ya, es que tengo una clase de…

—Me da igual. Llegas tarde —refunfuña interrumpiendo mi intento por exculparme.

Y sé que no voy a llegar a ningún lado.

Blasfemo para mis adentros y suspiro sacando el enfado que hierve en mi sangre. Entonces me doy cuenta de que hay otros chicos mirándome, seguro porque tampoco les ha debido dejar entrar.

Me siento en el otro banquillo, alejada de ellos. No los conozco y no quiero hablar con nadie. Dejo la mochila y la carpeta a mi lado, y me apoyo en el respaldo. Ahora tengo unas perfectas vistas de un señor obeso sentado en una silla, renegando por lo bajo lo que te tiene que soportar, y lo maleducados que son los jóvenes de hoy en día. Pongo los ojos en blanco y saco el móvil para avisar a mis amigas de la situación. Les pido que me informen sobre lo que hay que hacer hoy en clase de Técnicas de Expresión Gráfica, y así poder empezar, aunque sea aquí, o luego lo tendré pendiente en casa. Mientras espero la respuesta imagino todas las cosas que le tendría que haber respondido al señor gruñón. Como siempre, se quedan en mi cabeza en vez de escupirlas.

Así me han educado. Siempre he sido la chica respetuosa y agradable que se esperaba que fuese. Y me gusta serlo, pero a veces, a causa de eso, reprimo contestaciones que deberían ser dichas. A veces no digo lo que pienso, ni me defiendo de los demás, porque hay algo interno que me lo impide. Luego me acabo arrepintiendo de todas esas palabras no pronunciadas y que se van clavando poco a poco en el corazón. Como las espinas en los dedos.

Un acento argentino difícil de no reconocer me saca de mis pensamientos y de la furia que empezaba a hervir en mi interior. Le veo acercarse hasta quedar frente a mí hablando con Mario, el gruñón. Recupero la compostura y me coloco en una buena posición mientras creo tirabuzones en mi pelo con el dedo.

Los observo atisbando todas esas marcadas diferencias que saltan a la vista. No son tan solo físicas; la amabilidad y la característica sonrisa del argentino contrastan con el mal humor y el característico bigote negro que oculta los fruncidos labios del señor gruñón.

Al fin el cascarrabias se va y deja en su lugar a la amabilidad y la belleza en persona. Sus ojos de un azul celeste se topan con los míos y me brindan una sonrisa que aviva las mariposas en mi estómago.

—Hola —saludo con una sonrisa tímida.

—Buenas, ¿no te ha dejado pasar?

—No, he llegado tarde. —Hago una mueca que le hace sonreír.

—Bueno, no serías la primera que llega tarde y entra.

—Ya, pero no creo que nadie entre cuando está *él* —enfatizo la última palabra arqueando las cejas, y una risa ronca se escapa de sus labios.

—Eso es verdad. —Se sitúa en su puesto detrás de la mesa de recepción.

El sonido de su risa todavía resuena en mi cabeza, es precioso, y el hecho de saber que ha sido gracias a mí, me provoca un cosquilleo. Su amabilidad y su sonrisa me derriten, y agradezco un poco de energía positiva por hoy. Empiezo a notar los latidos desbocados de mi corazón, e inhalo despacio para intentar tranquilizarlo. Lo observo moverse por su puesto de trabajo cogiendo algunas carpetas y papeles. Sus brazos son fuertes y definidos, los lunares de su piel dibujan pequeñas constelaciones.

La vibración de mi móvil me saca de aquella pequeña galaxia para devolverme a la realidad. Miro el mensaje que acabo de recibir.

Paula: *Tenemos que pintar una serie de tres acuarelas tamaño A5 sobre el tema que queramos. Como son tres no hace falta entregarlo hoy, así que no te preocupes por eso, se entregará la próxima clase.*

Yo: *Vale, gracias. ¿Vosotras qué temas habéis elegido?*

Paula: *Yo flores. Blanca frutas y Elena pájaros.*

Sin dudarlo, me decanto por los felinos. Miro la hora y cojo mi enorme carpeta de dibujo para ponerme manos a la obra. Saco unas hojas de gramaje alto y las recorto antes de empezar a dibujar la serie de animales.

Entonces el corazón se me vuelve a disparar al escuchar su voz.

—¿Eres de artístico? —pregunta observando mi carpeta llena de papeles, dibujos y un bloc enorme.

—Sí, estoy en segundo.

—¿Qué clase tenías ahora?

—Técnicas Gráficas.

—Debe ser interesante, divertido.

—Sí. —Sonrío nerviosa—. Está bien si te gusta dibujar.

—A mí me gustaba, pero era muy malo.

No me da tiempo a contestar. La bibliotecaria interrumpe nuestra conversación para preguntar por una caja de libros nuevos. Maldigo en mi interior. Era la primera vez que cruzábamos algo más que saludos. Resignada, vuelvo la mirada a mis papeles, y me apoyo en la carpeta para empezar a esbozar el retrato de un gato.

Me sumerjo entre los trazos, procurando hacer el dibujo lo más limpio posible para después añadir unas gotas de color con acuarelas. Cuando termino el primero, empiezo a garabatear un león: más grande y fiero. Los

trazos son más sueltos y libres.

—Es hermoso.

Su voz me saca del estado mental en el que me he sumido lejos de todo para concentrarme en dibujar. Al alzar la mirada, me doy cuenta de que sus zapatos grises están frente a mí, y sus ojos clavados en mis láminas.

—Gracias —Aparto el pelo de mi frente un poco incómoda. Los halagos me ponen nerviosa—. Es lo que debería estar haciendo en clase ahora.

—¿Qué tenés que hacer?

—Una serie de tres acuarelas con temática. He escogido los animales felinos.

—¿Y cuál va a ser el tercero?

—Un tigre.

—Son preciosos, dibujás muy bien.

—Gracias. —La risa nerviosa se me escapa de los labios—. Aunque solo son bocetos, todavía falta pintar con acuarela.

—Ya me enseñarás el resultado final, pero tal como están ahora, ya me gustan. —Me dedica una sonrisa radiante como el sol, tanto que estoy a punto de derretirme. Le respondo con una sonrisa tímida—. Si querés…

—Claro.

El sonido de la sirena inunda mis oídos. La siguiente clase está por comenzar, y no me la puedo perder, aunque en este momento no me importaría si así pudiera hablar un rato más con él. Guardo los dibujos y los lápices de una manera un poco torpe debido al estado de nervios que él provoca en mí. Al levantarme rápido, la distancia que nos separa se acorta. Puedo apreciar desde una cercanía prudente, el azul compacto de sus ojos.

—Te los enseñaré cuando termine —aseguro ignorando lo agitado que está mi corazón.

—Genial. Que tengas un buen día.

Grabo en mi cabeza esa última sonrisa de despedida. La podría dibujar de memoria.

Le deseo lo mismo, y comienzo a subir las escaleras de dos en dos hasta llegar a mi aula. Blanca, Paula y Elena me esperan en el mismo sitio de siempre, la última fila.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta Blanca cuando me siento a su lado.

Me encojo de hombros disimulando mientras saco los libros de la mochila.

—Estoy contenta. —Evito mencionar el encuentro fortuito con Fede. Sé que es algo insignificante y tonto, aunque a mí me haya alegrado la mañana.

Mientras damos clase, le muestro a Blanca los bocetos para que me dé su opinión. Y, como siempre, me anima con sus buenas críticas. A veces es difícil valorar tu propia obra. Muchas veces, o la amas, o la odias. El punto medio es muy difícil de encontrar, y la balanza se inclina con facilidad a un extremo o al otro. En esos momentos es bueno tener a un amigo al lado que te anime, pero que tampoco te mienta.

Dejando el ego del artista a un lado, admito que me están saliendo

bastante bien. Dibujar animales es lo que más me gusta, y por eso no me lo estoy tomando como un trabajo más, sino como algo que quiero hacer.

Cuando termino de esbozar los tres retratos, se los enseño a las chicas. Paula es la que mejor dibuja de las cuatro, y sus consejos son muy útiles. La escucho y retomo los dibujos para centrarme en los detalles antes de ponerme a pintar.

Después de varias horas, al fin llega la última clase: Cultura Audiovisual.

Nos hemos puesto en primera fila para poder coger apuntes. El examen se acerca y no podemos perder el tiempo, pero nuestra voluntad de aprender y apuntar cada palabra se ve truncada por problemas técnicos. El ordenador no funciona, y la profesora no puede arrancarlo. Mientras intenta solucionarlo, nos dedicamos a otras cosas. Blanca continúa con los resúmenes de Historia, y yo termino por dar los últimos detalles a mis tres felinos.

El ruido de unos nudillos chocando contra la puerta nos interrumpe, y por ella aparece Fernando, uno de los conserjes.

—Hola, venimos a ver qué le pasa al ordenador.

—Claro, pasad. A ver si se enciende de una vez, que ya lleva unos días fallando —contesta Sara, la profesora.

Veo unos pies pasar por mi lado, y la mano de Blanca golpea mi brazo. Levanto la cabeza para quejarme por haberme movido, y entonces me encuentro con la mirada de Fede sobre mis dibujos, y a continuación sobre mis ojos. Sonríe. Noto como el calor trepa por mis mejillas. Me quedo mirándole durante unos segundos sin reaccionar, antes de sonreír con timidez a modo de saludo.

Él se acerca a la mesa de la profesora, que está a escasos centímetros de nuestros pupitres, y se agacha para comprobar la torre del ordenador. Aprovecho para cruzar una mirada rápida con Blanca, y sonreímos cómplices.

Otra vez él.

Trato de seguir con los dibujos, pero mi mirada lo escoge a él, a sus brazos, su piel, su cara… Él. Muerdo la punta del lápiz sin darme cuenta, y siento que el mundo se desvanece. Solo lo veo a él.

Fede, aún arrodillado, se gira para coger una herramienta y nuestras miradas se vuelven a encontrar en la distancia. Pillada.

La cara me arde cuando aparto el lápiz de mis labios. A diferencia de otras veces, él no sonríe. Su mirada continúa clavada en la mía, ahora más intensa que nunca. El mar de sus ojos se torna oscuro. El contacto visual no se rompe. Desobedezco a mi timidez, y sostengo su mirada. Somos una batalla. Somos deseo. Somos nosotros dos. Solos. O eso quiero pensar.

¿De verdad es así? ¿De verdad me mira a mí? Bajo la mirada y pierdo el juego porque mi mente me gana. ¿Por qué me iba a mirar a mí con alguien tan brillante como Blanca a mi lado? No me gusta hacerme de menos, pero mi amiga sobresale, y eso es un hecho. Ella es la de la sonrisa fácil, la que siempre sabe qué decir en cada situación. Yo soy la que no sonríe, la que vive más en su mente que en el mundo real. ¿Entonces es un sueño? Porque si no

lo es, roza los límites.

Alzo de nuevo la mirada y vuelvo a encontrarme con sus ojos. Esta vez hay algo distinto en ellos, no es la misma mirada de siempre. Es más vivaz y pasional. Y eso me atrae tanto, que olvido dónde estoy. Sus pupilas son como dos agujeros negros que me invitan a caer en ellos. Y cuando lo hago, el tiempo deja de existir. La respiración se vuelve pesada y no puedo parpadear. No sé distinguir si es un sueño o realidad, pero todo se nubla a mi alrededor, todo menos él. Menos ese océano en el que me pierdo: su mirada.

3
JULIA

Un maullido conocido me recibe al entrar en casa. Acaricio a Champón antes de entrar en mi habitación, situada a la derecha de la puerta principal, y dejo la mochila y las llaves sobre la cama. Después de cambiarme los zapatos por unos de estar por casa, cojo al gato en brazos y le doy besos de camino a la cocina.

—Hola —saludo, dejando a Champón en el suelo.

—Hola, ¿qué tal las clases? —pregunta mi padre que está cocinando.

—Como siempre. —Pongo los ojos en blanco por tener que responder a la misma pregunta de cada día—. ¿Qué hay para comer?

—Espaguetis roquefort.

—Qué hambre. ¿Falta mucho?

—Enseguida está.

Llevo los cubiertos a la mesa, y me distraigo con la televisión mientras la pongo. Entonces Raúl aparece.

—Qué raro, tú despierto a estas horas. ¿Vas a desayunar espaguetis?

—¿Huelo a envidia?

—¿De qué? ¿De no hacer nada con tu vida? Muchísima, no sé cómo lo puedo soportar. —La ironía impregna mis palabras.

Idiota y egocéntrico. Así definiría a mi hermano Raúl. La mayor parte del tiempo no le soporto. Y no es por ser hermanos, que también, es que nuestras personalidades no casan. A mi hermano mayor sí le soporto, aunque Marcos no vive con nosotros desde hace tiempo, y le veo menos.

—Soy *youtuber*, entérate.

—Tus vídeos los ven cuatro gatos.

—Chicos, parad de discutir —interviene mi padre entrando al comedor—. Tengo que hablar con vosotros un momento, sentaos.

Su tono de voz es desanimado y nervioso. Comparto una mirada de confusión con mi hermano antes de fijarme en mi padre. Unas bolsas oscuras enmarcan sus ojos marrones. Su mirada refleja cansancio e intranquilidad. Pocas veces le he visto así, y me empiezo a preocupar.

—¿Qué pasa? —pregunto desconcertada.

—Sentaos en la mesa, anda.

Obedezco y me siento en mi sitio de siempre, al igual que Raúl. A continuación, él apaga el televisor y nos acompaña. El ambiente es tenso y hace que me remueva incómoda en mi asiento. Es una reunión familiar seria, y de esas solo he tenido una en mi vida, y no acabó bien.

—A ver… —comienza pasándose las manos por la cara como si pudiera quitarse la expresión de preocupación de encima—. Después de pensarlo mucho y de analizar la situación, he decidido que es hora de vender la empresa.

Un silencio hace que los segundos sean eternos. Miro de reojo a Raúl, que mantiene una expresión estoica. Soy yo la que toma la palabra.

—¿Qué…? ¿Por qué?

—Hace tiempo que las cosas van mal y ahora han empeorado con el hotel que estábamos construyendo. Resulta que nos han engañado, y la zona está protegida al tratarse de un parque natural. Nos obligan a derribarlo. Por suerte, no llegamos a construirlo entero, si no habría supuesto una quiebra total. Ahora estamos a tiempo de salvar algo si vendemos la empresa.

Observo mis manos encima de la mesa sin saber qué decir. Para nada esperaba oír algo así.

—¿Marcos lo sabe? —pregunta Raúl refiriéndose a nuestro hermano mayor.

—No, pero se lo diré cuando vayamos a su casa a comer.

—¿Y qué vamos a hacer entonces? ¿De qué se supone que vamos a vivir? —Su tono aumenta conforme la incertidumbre niebla nuestro futuro.

—Bueno, podremos vivir unos meses con lo que saque, pero seguramente tendremos que mudarnos, y mientras buscaré trabajo, algo que deberías hacer tú también.

Dejé de escuchar durante unos segundos. ¿Mudarnos? ¿Dónde? Me había criado en esa casa, nunca había sufrido una mudanza. Mis amigas estaban aquí, mi colegio, mi todo…

—¿Y qué si no me llaman? Ya he echado currículos. Y en YouTube estoy empezando a ganar dinero —escuché que intervino Raúl, y me enfadó. Volví a conectar con la realidad.

—Ah, sí, claro. Hace dos años que mandaste algo, y cobras cinco euros por vídeo, con suerte —respondo.

—Tú cállate —espeta enfadado.

—Tendrás que buscar un trabajo estable —interrumpe mi padre—. Estará todo bien.

¿Cómo iba a estar bien si todo se estaba derrumbando sobre nosotros?

—¿De verdad tendremos que mudarnos? —susurro. Raúl solo piensa en lo suyo, y ni siquiera se ha parado a meditar lo grave que sería despedirnos de la casa que nos ha visto crecer, nuestro hogar.

—Sí… Lo siento, chicos, pero no puedo seguir pagando todos los gastos. Esta casa es muy grande.

—¿Y dónde se supone que nos vamos a ir?

—No lo sé. Tengo que buscar, pero quiero que tengáis clara una cosa, tendremos que cambiar de barrio. Aquí los pisos son muy caros, es una zona de moda y los precios se disparan.

Me quedo callada. No tengo ni idea de pisos, ni precios ni barrios de

moda. Siempre habíamos vivido en la misma casa, nunca nos había faltado de nada, pero hasta entonces no me di cuenta de la situación de privilegio en la que vivíamos. No hasta que la vida amenazaba con quitarnos todo.

—O sea, quieres decir que estamos en la ruina y somos pobres, ¿no? Perfecto, qué alegría.

Miro a Raúl con resquemor y miedo a la vez. Me molesta que hable así, y a la vez me aterra que sea cierto.

—No somos pobres —determina mi padre con seguridad en la voz—. Pero tampoco podemos seguir con el mismo nivel que hasta ahora. Tendremos una casa más pequeña, en un barrio más austero, y tendré un nuevo trabajo, pero eso no significa que vaya a ser peor. Solo es un bache, todo irá bien. ¿Está claro?

Le miro intentando ocultar las lágrimas de impotencia, pero asiento cuando me devuelve la mirada y le dedico una leve sonrisa. Él no tiene la culpa. Hace todo lo que puede por nosotros.

«Todo estará bien», repito en mi mente.

La comida transcurre en silencio a pesar de los esfuerzos de mi padre por animar la conversación. Después, todo vuelve a ser como siempre. Mi padre duerme la siesta de todos los días en el sofá, Raúl sale de casa y yo me voy a mi habitación para hacer deberes y estudiar.

Contesto un mensaje de Blanca sobre el trabajo de la exposición y me tumbo en la cama con el libro de Historia entre las manos. No puedo concentrarme, los recuerdos de la conversación con mi padre vuelven una y otra vez a mi cabeza. Suspiro y me incorporo para tratar de hacer otras cosas que saquen el ruido de mi cabeza. Me siento en el escritorio y empiezo a pintar con acuarela las tres láminas de los felinos.

Champón se sube a la mesa y se pasea por ella poniéndome la cola en la cara.

—Champón, todo irá bien, ¿verdad?

Él maúlla.

El día siguiente lo comienzo de mal humor. He dormido mal y me siento peor ahora. Las clases se me hacen eternas y todo lo veo de forma negativa. Blanca, Elena y Paula no dejan de preguntarme qué me pasa, pero no me siento de humor para explicar nada, así que me limito a negar que me ocurra nada.

Nunca se me ha dado bien abrirme a los demás. Ni siquiera a mis amigas, en las que confío. La forma de expresar mis sentimientos siempre ha sido a través del arte. No me gusta sentirme vulnerable, aunque a veces sea inevitable.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —me pregunta Blanca en

clase de Diseño. Levanto la vista del cartel publicitario en el que estamos trabajando, y la miro sin decir nada—. Sé que te pasa algo, no lo puedes ocultar. Se te nota en los ojos. —Bajo la mirada—. Si no me lo quieres decir, está bien. No pasa nada, ya sé que no te gusta hablar mucho.

Suspiro con resignación y vuelvo a mirar sus ojos claros como el agua.

—No es nada grave… Bueno sí. —Bajo la voz para que nadie más pueda escucharnos—. Es que… Bueno, es que mi padre va a vender su empresa.

—¿Por qué? —Su mirada amable me invita a seguir abriéndome.

—Él dice que no iba bien, y que ahora han tenido un problema con la construcción de un hotel.

—Entonces, si así es mejor, no te preocupes, tía. Seguro que consigue abrir otra pronto, o encuentra trabajo en otro lado. —Intenta animarme.

—Ya… es que eso no es todo. Ha hablado de quiebra, y de mudanza, y creo que se le ha juntado todo. Ya sabes… el divorcio y esto. —Las lágrimas acuden a mis ojos y lucho por contenerlas—. Es que se le ve mal y creo que le está afectando mucho. Y yo no quiero eso…

Su mano toca la mía tratando de reconfortarme.

—Claro que no quieres eso, es normal. Seguro que está mejor de lo que crees. Piensa que encontrará trabajo pronto en otro lado, y todo se quedará en una mala racha que a todo el mundo le puede pasar.

—No me quiero mudar —susurro.

—¿Pero te ha dicho que va a ser ya?

—No, pero si no puede pagar los gastos… Tendremos que irnos…

Lucho conmigo misma por evitar romper en llanto. Trato de interiorizar sus palabras, pero ya no puedo detener el huracán de emociones que hay dentro de mí. Estoy al borde de las lágrimas y no me siento capaz de responder sin ponerme a llorar. Y eso es lo que más odio. Cuando intento abrirme y hablar de mis problemas, la niña que hay dentro de mí se pone a temblar. No estoy acostumbrada a dejar ver tanto de mí, y el simple hecho de decirlo en alto me produce ganas de llorar. Es como si derribara los muros que me sostienen en el seno de un hogar tranquilo. Las paredes son inestables, un soplo de aire más fuerte, y se acaban derrumbando sobre mí haciéndome daño.

Me levanto sin decir nada y salgo al pasillo a respirar. Espero no haber llamado mucho la atención. Aunque prefiero eso a que me vean llorar en público y convertirme el centro de atención.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas cuando llego a la puerta del servicio. Está cerrada con llave. La impotencia y la rabia me consumen por dentro, y trato de domarlas sentándome en uno de los bancos del pasillo. Inhalo y exhalo intentando controlar las emociones, una habilidad que brilla por su ausencia. Nunca sé controlar mi llanto, el simple hecho de saber que estoy llorando me da más ganas de seguir haciéndolo. Entierro la cara entre mis manos para ocultar el agua salada que brota de mis ojos. Lo único que deseo es poder controlarme.

El tintineo de un juego de llaves empieza a escucharse al final del pasillo. Alguien se acerca, y los nervios se apoderan de mí. Disimulo mi estado de ánimo irguiendo la cabeza y poniéndome el pelo detrás de las orejas. Me levanto y camino de nuevo a los baños mientras limpio la humedad de mis mejillas. Sea quien sea no puedo permitir que nadie me vea así.

Cuando escucho los pasos más cerca, vuelvo a intentar abrir la puerta.

—¿La abro? —pregunta una voz varonil con un acento difícil de no reconocer.

Imploro que la tierra me trague.

—Eh… sí, por favor. —Mi voz sale en un susurro ronco apenas audible, lo que aviva mis ganas de llorar.

Me hago a un lado cuando él se acerca y saca el juego de llaves. Mantengo la mirada fija en la puerta, ocultando mi rostro tras los mechones castaños que se pegan a la humedad de mis mejillas.

Por fin, tras buscar la llave, abre y se gira hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Te encontrás mal?

Asiento y niego al mismo tiempo. Ni yo misma sé lo que estoy haciendo. Solo quiero que se marche y me deje sola. Me muerdo el labio inferior prohibiéndole a un sollozo escaparse, y entro en el servicio esquivando su mirada.

Llego al lavamanos y me lavo la cara con agua fría. Cuando creo que se ha marchado, levanto la cabeza, y, entonces, me encuentro con su mirada en el espejo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta acercándose mientras la puerta se cierra tras de sí—. ¿Ocurrió algo malo?

Evito su mirada en la medida de lo posible. Odio llorar delante de cualquier persona, y, sobre todo, si es delante de él. Aprieto las manos sobre la pila intentando reprimir mis emociones, pero la presión en mi pecho es más grande que mi autocontrol. Y el sollozo termina rompiéndose en mi boca. Ya no hay vuelta atrás. El llanto acaba conmigo apoyada en la pared, intentando, en vano, controlar mis emociones y las lágrimas que brotan sin control de mis ojos.

No me atrevo a mirarle a la cara. Me avergüenza desmoronarme así. Quiero que se vaya, pero no se mueve, y yo no puedo combatir más conmigo misma.

El ambiente es extraño, y siento una energía singular circular entre nosotros.

Veo acercarse sus zapatos oscuros a mí, se paran a escasos centímetros. Cada segundo que pasa se me hace más largo y pesado que el anterior. Las lágrimas me empañan la vista y la tranquilidad se escapa de mi cuerpo. Entonces noto cómo unos brazos fuertes y cálidos me rodean con una suavidad enternecedora.

Un abrazo. Su perfume a canela. Él.

Él me está abrazando. El mismo hombre que se dibuja en mis sueños cada

noche, y se apodera de mis pensamientos cada día. Un amor platónico tangible, que huele dulce y es cálido.

Tardo en reaccionar unos segundos, pero mis brazos son más rápidos que mi mente, y rodean su torso. Mi cabeza queda bajo su barbilla, descansando sobre su pecho fuerte, y puedo escuchar sus mágicos latidos. Es el abrazo más sincero que jamás he experimentado.

Cierro los ojos y respiro el momento.

Escuchar sus latidos y su respiración tranquila, me relaja y detiene mis sollozos. Sus brazos rodean mi cuerpo ejerciendo la suficiente fuerza como para no dejarme caer. Una de sus manos recae sobre mi cintura mientras que la otra sube con exquisita lentitud desde mi omóplato hasta mi nuca. Su calidez me rodea, su cuerpo fuerte me sostiene. Su aura, su espíritu, tan bello como él. Parece un sueño, el sueño más bonito y dulce que jamás he tenido. Ojalá no se acabara nunca, ojalá…

La puerta se abre de repente y provoca que nos separemos al instante, rompiendo mi sueño en mil pedazos. Los dos miramos hacia la persona que se encuentra en el umbral de la puerta observándonos atónita. La tensión pesa en el ambiente. Nos han pillado.

Como si estuviéramos haciendo algo malo, algo prohibido.

4

JULIA

Blanca nos mira con cara de sorpresa desde el umbral de la puerta.

Al ver que es ella, una sensación de alivio me tranquiliza durante unos segundos. Creo que no nos ha visto abrazados, aunque eso tampoco debería de suponer ningún problema, ya que no estábamos haciendo nada malo, al contrario, su abrazo me ha reconfortado y ha alegrado mi día.

Me coloco frente al espejo y observo la escena a través de él. El argentino se pasa la mano por la nuca algo nervioso.

—Me tengo que marchar, hasta luego.

—Hasta luego —responde Blanca confundida.

Sigo callada mientras le veo desaparecer por la puerta, entonces giro sobre mis pies para enfrentar a mi amiga.

—¿Estás mejor? ¿Has hablado con él?

Confirmo que no nos ha visto, o la pregunta sería otra.

—Estoy bien. Sí, ha abierto el baño que estaba cerrado con llave.

—¿Seguro que estás bien? —Vuelve a preguntar con preocupación.

—Sí, no te preocupes. —Fuerzo una sonrisa para tratar de convencerla—. ¿Se han dado cuenta de que me he ido?

—Sí. Sara me ha preguntado si te pasaba algo y le he dicho que te encontrabas mal. Me ha dejado salir a buscarte, pero la clase continúa.

—Vale, mejor volvemos ya.

—La clase va a acabar pronto, si necesitas más tiempo podemos quedarnos fuera.

—No hace falta, ya estoy bien. Vamos, no quiero que me pregunten luego.

Ella accede y volvemos a nuestra clase tratando de no llamar la atención. Mientras la lección llega a su fin, me cuestiono si contarle el abrazo que compartí con Fede hace escasos segundos. No me lleva mucho tiempo tomar la decisión. A veces hay cosas que una prefiere guardarse para sí misma, porque así son más especiales.

Cinco minutos más tarde, suena el timbre que da comienzo al tiempo de descanso.

—¿Estás bien? —pregunta Alba mientras salimos por la puerta.

—Sí, todo bien. —Le dedico una sonrisa de agradecimiento.

En general, todos los compañeros de clase nos llevamos bien entre nosotros, aunque cada uno tenga su grupo de amistades más cercanas. Somos pocos en clase, y las pandillas se crearon desde el primer día de bachillerato. A veces nos juntamos todos, pero hay un grupo en concreto, liderado por

Lorena, que como en todas las clases, se creen superiores al resto y son muy antipáticos. Los llamamos la Urraca, y sus secuaces, y es mejor no tratarlos mucho. Son los únicos que, en vez de preguntar, murmuran a mis espaldas.

—Olvídalos, son idiotas —dice Elena al verlos chismorrear mientras me observan.

Y eso hago. No necesito más problemas en mi vida.

Después de almorzar llegamos al aula de arte y preparo el caballete para la clase de Dibujo. Es una de mis asignaturas favoritas, a pesar de que ahora estemos con el tema bodegones, que no es lo que más me gusta del mundo. Mis amigas y yo elegimos el conjunto que parece más sencillo de retratar, y nos colocamos alrededor de este en diferentes perspectivas. Coloco los auriculares en mis oídos para relajarme escuchando música, y comienzo a esbozar la estructura de los bodegones con carboncillo.

La primera hora se pasa rápida. Estoy concentrada perfilando las luces y sombras cuando Blanca me da unos golpecitos en el taburete que me hacen vibrar. Quito un auricular de mi oído y giro la cabeza hacia mi izquierda para hablar con ella.

—¡Tía, mira quién está aquí! —exclama en voz baja acercando su cabeza a la mía.

—¿Qué? —Sigo su mirada hacia la puerta que se encuentra casi en frente de nosotras.

No puedo creer que sea él. Agradezco tener los caballetes de pintor delante para que no me vea. Es raro verle en las aulas, sobre todo, en la de arte.

Lo observo tras la barrera de mi lienzo. Parece tener prisa y no quiere interrumpir al profesor que está en mitad de una explicación a una compañera, y no se ha dado cuenta de su presencia.

Escucho a Fran, el maestro, explicarle a María trucos para representar las luces y las sombras que se reflejan en la botella de vidrio. Están detrás de mí, muy cerca. Y entonces la mirada de Fede se topa con la mía. El calor sube a mis mejillas. Los dedos me cosquillean. Descifro un saludo mudo en sus labios, seguido de una sonrisa. Le correspondo con otra tímida, y trato de continuar con mi trabajo, pero su mirada sobre mí me pone nerviosa y complica el dibujo que estoy haciendo.

En realidad, no puedo saber si me mira a mí o al profesor, ya que él está a mis espaldas. Trato de evitar volver a mirarlo, pero no lo consigo, y de nuevo nuestros ojos se encuentran provocando una especie de cosquilleo ya conocido en mi interior. Su presencia, su mirada, él, me pone muy nerviosa. Y decido terminar con ese estado.

—Fran, perdona —interrumpo su explicación girándome hacia él—. Es que el conserje está ahí esperando desde hace un rato.

—Hombre, Bruno. Ahora voy. —Levanta una mano para captar su atención.

Bruno.

Su nombre es Bruno.

Mientras el profesor termina de dar sus pautas a mi compañera, giro sobre el taburete para mirarle. Lo que encuentro me da un vuelco al estómago. Blanca y él comparten unas sonrisas. La de él, radiante como el sol. La de ella, coqueta y enamoradiza.

Me siento una idiota por hacerme ilusiones con tan poco.

Reprimo mis pensamientos pesimistas, y me obligo a volver a centrarme en mi dibujo. Subo el volumen de la música y me evado del mundo presente. Estoy interna en el bodegón que he creado, y me refugio bajo sus luces y sombras hasta que la clase termina y por fin puedo volver a casa.

Después de entregar el trabajo, salimos del instituto y me despido de las chicas. Sé que notan que no estoy bien, pero me dan el espacio que necesito para que pueda sentirme cómoda antes de contarles algo.

Vuelvo a colocarme los auriculares, y doblo la esquina del centro. Antes de darle a la canción, escucho una voz preciosa.

—Espera, ¿estás bien? —pregunta con su particular acento.

Aparto la vista de la pantalla del móvil para encontrarme con él delante de la puerta del taller. Por unos instantes creo que no me van a salir las palabras. Me pilla por sorpresa de nuevo. Casi nunca lo veo, y en un día me he cruzado con él en cada rincón del instituto.

—Sí. Sí, estoy bien, gracias.

—Me alegro.

Su sonrisa amable me hace darme cuenta de lo seria que estoy y de mi ceño fruncido. Relajo los músculos de la cara, y me acerco un poco más a él para no cortarle el paso a los demás. Estaba en mitad de la acera.

—Gracias por lo de antes, yo… —No sé cómo justificar el llanto del que él ha sido testigo—. Yo…

—No pasa nada. Todos tenemos momentos malos.

Agradezco sus palabras, porque no sé explicarme. De alguna manera siento que me transmite su fuerza y su comprensión aun sin saber nada de mí ni de mis problemas.

—Sí, supongo que tienes razón.

Un silencio cómodo se instala entre nosotros. Nuestras miradas se congelan una sobre la otra. Y los ojos indiscretos de la gente se clavan en nosotros. En concreto, los de las chicas del colegio se fijan en él.

—Bueno, hasta mañana. —Aprieto el asa de mi mochila y doy un paso hacia atrás.

—Hasta mañana. —Su peculiar sonrisa se dibuja una vez más mientras me ve marchar. Y yo la grabo a fuego en mi memoria para poder plasmarla entre colores y papel.

5
BRUNO

Por fin, a las siete de la tarde termino de trabajar. Ha sido un día duro lleno de improvistos de los que me he tenido que encargar yo. Ser el último en incorporarse al equipo de conserjería me pasa factura. Tengo que encargarme de prácticamente todos los problemas que surgen en el día a día de un instituto con más de cuatrocientos alumnos. No tengo una función determinada, tengo que ir de aquí para allá según me necesiten.

Mejor eso que nada.

Cuando llegué a Valencia tenía mucho menos, y ahora puedo decir que he conseguido un trabajo estable con el que puedo ayudar a mi familia en Argentina. Para eso me fui a España, y eso es lo que estoy consiguiendo.

—Hasta mañana, Fernando.

—Hasta mañana, Bruno. ¡No te olvides de que mañana nos vemos en el taller a primera hora!

—¡No te preocupes!

Salgo del instituto y me monto en la Harley de segunda mano que me compré cuando pude ahorrar trabajando en dos puestos a la vez. Me había costado mucho esfuerzo, pero al fin podía decir que era mía. Un sueño cumplido.

Siempre me gustaron las motos y los coches. El amor por lo automovilístico me lo inculcó mi padre cuando era pequeño. Él amaba el mundo del motor, y desde los seis años soñaba con tener una Harley como la suya y recorrer el mundo con ella en su honor, ya que él falleció antes de poder cumplir su sueño.

Trabajar en este instituto me da la oportunidad de, de vez en cuando, laborar en el taller que hay para dar clases de electromecánica de vehículos a los alumnos de ciclos formativos. Escuchando alguna que otra clase, me he dado cuenta de que me gusta más de lo que imaginaba. No solo es por mi padre, sino por mí. De verdad me apasiona, y me gustaría formarme en ello.

Aparco cerca del centro de la ciudad para hacer unas compras. Hace días que quiero pasarme por la librería para comprar alguna historia que me distraiga en los ratos muertos del día, pero debido a la cantidad de trabajo acumulado, nunca me da tiempo y lo voy dejando para otra ocasión.

El centro es precioso: las calles cuentan la historia de una ciudad hecha de arte y ciencia. Camino sin prisa entre personas aceleradas con docenas de bolsas en las manos. A pesar de llevar siete años en esta ciudad de la Comunidad Valenciana que me acogió, todavía me maravilla pasear por sus

calles. Valencia se ha convertido en una segunda casa para mí, aunque sigo echando de menos Buenos Aires, y, sobre todo, a la gente que dejé ahí y que me hace tanta falta.

Paseo por los pasillos llenos de historias de la librería. Me gusta entrar y dejarme llevar, encontrar ese libro que tengo que leer y que no lo sabía hasta que lo tomo entre mis manos. Confío en la magia del destino.

Recorro cada rincón mirando las novedades literarias. Hay tanto donde elegir que no puedo decidirme por un solo libro. No me importa el género, soy de los que piensan que entre todas las páginas se esconde una joya.

Mientras camino, veo una melena castaña que me resulta familiar. Cuando alargo el brazo para coger un ejemplar, una mano suave y delicada se topa con la mía.

—Perdona, cógelo tú… —Alzo la mirada y me encuentro con unos ojos marrones que corresponden a la persona que me estaba imaginando—. Hola, no esperaba encontrarte por acá.

Es la chica del instituto. La misma que me he encontrado llorando en el baño. La que pinta leones y gatitos. Esa que tiene el misterio dibujado en los ojos.

—Hola… Yo tampoco esperaba volver a encontrarte justo aquí, no suelo venir por el centro.

Sus mejillas se tiñen de un leve tono rojizo mientras esconde una tímida sonrisa.

—¿Por qué?

—Bueno, no me gusta mucho. La gente solo viene a comprar y derrochar, no me gusta ese ambiente.

—A mí me gusta pasear por aquí. Aunque confieso que me gusta el consumismo de libros.

Ella ríe nerviosa. Tiene una risa dulce que me saca una sonrisa.

Coge el libro que nos había llamado la atención a los dos, y me lo entrega.

—Yo ya lo he leído, solo quería ver la nueva portada de la reedición.

Al coger el ejemplar nuestros dedos se rozan, y es un contacto curioso, como electrizante. Me fijo en los restos de pintura que colorean sus manos, y en los ojos café que parecen guardar los secretos del universo. Es ella quién da fin a la conexión visual para mirar el resto de libros. Miro donde ella, hay un libro enorme con la imagen de un cuadro famoso de Miguel Ángel.

—Mira, nosotros acabamos de hacer eso mismo con los dedos. ¿No habremos creado algo? —Ella ríe y se mira los dedos—. Se llama así, ¿no? ¿La creación?

—Sí, es *La creación de Adán*, de Miguel Ángel. Está en la Capilla Sixtina, en La Ciudad del Vaticano.

—Es un cuadro muy bonito. Aunque *E.T.* lo superó.

Ella vuelve a reírse, y me saca una sonrisa a mí también.

—No dudo de que *E.T.* sea buena, pero no lo supera. Es un fresco, no un cuadro. Está pintado en el techo de la Capilla. —explica cogiendo el libro. Es

muy gordo y está lleno de imágenes. Lo abre por una página donde se puede ver al detalle la pintura, y se acerca a mí—. ¿Ves? Está pintado en la bóveda. Junto a los demás.

Lo miro y vuelvo a mirarla a ella. Huele a vainilla. Sus ojos recorren las imágenes como si fueran lo mejor que hubiese visto nunca.

—¿Es tu pintor favorito? —pregunto mientras pasa las páginas. Me fijo en otra imagen de las pinturas en la que sale una serpiente con forma de humano enroscado en un árbol y dándole una manzana a Eva.

—No tengo uno favorito. Todos son diferentes y me gustan por eso. Van Gogh, Frida Kahlo, Dalí, Monet, Camile, Sorolla… En fin, hay muchos y no se pueden comparar.

—Alguno me suena.

Me devuelve la mirada y se aparta un poco de mí otra vez sonrojada. Vuelve a dejar el libro donde estaba. Me asombra la pasión con la que ha hablado y la timidez con la que se muestra ahora.

—Son conocidos.

—¿Es bueno? —pregunto levantando el libro con el que todo había comenzado. Trato de rebajar la tensión que de repente palpita llena de vida entre nosotros.

—Sí, si te gusta el autor. Hay gente que lo odia, y gente que le encanta.

—Nunca he leído nada suyo, aunque me llama la atención.

—Entonces yo creo que deberías probarlo.

—Vale, me lo llevaré.

—Espero que te guste.

—No lo dudo, si lo recomienda alguien que sabe tanto de arte.

Se pone un mechón de pelo detrás de la oreja. Los pequeños aros dorados que lleva como pendientes relucen casi tanto como brilla ella.

—Creo que lo justo es que yo también te recomiende un libro.

—Si quieres.

—¿Qué te gusta leer?

—Todo tipo de libros me gustan. Son como los pintores.

—Entonces te recomendaré mi libro favorito. —Le entrego una copia del cuento de la suerte que he leído y releído más veces de lo que puedo contar, y me fijo en su reacción—. ¿Lo has leído?

—No, pero ahora lo voy a hacer.

Sonríe, y es más bonita cuando lo hace. Entonces el tono de llamada de su móvil nos interrumpe y ella mira la pantalla antes de silenciarlo.

—Lo siento, me tengo que ir.

—Claro, ya me dirás si te gusta.

—Sí, tú también.

Se despide con una sonrisa tímida y pasa por mi lado para ir al mostrador.

—Oye —digo girándome hacia ella. Me devuelve la mirada y extiendo el brazo con el dedo índice levantado. Me mira y mira mi mano con los ojos muy abiertos. Me roza con su dedo índice y se ríe.

—Hasta luego.

La observo en la caja mientras paga el ejemplar del libro que le acabo de recomendar. Lo guarda en su bolsa de tela, y antes de desaparecer de mi vista, se gira hacia mí y nuestras miradas conectan en la distancia como dos imanes que se atraen.

Miro el libro que tengo entre las manos, y que esconde un secreto tan peligroso como evidente. Ella.

Será mi secreto mejor guardado.

6
JULIA

Estamos solos en clase. La profesora no ha venido y al parecer nadie se acuerda de nosotros, ya que no hay ningún sustituto, ni nadie nos ha avisado de nada. Lo que convierte este en un momento ideal para relajarnos y descansar un poco.

Lucía y Nerea, dos compañeras de clase, se han puesto a reproducir música bajita en el ordenador del aula, para que nadie nos escuche desde fuera. También se entretienen poniendo algún que otro vídeo gracioso en YouTube.

Blanca, Elena y Paula copian los deberes de la clase siguiente, mientras yo intento seguir leyendo el libro que me tiene enganchada. Acariciar sus páginas y olerlo me relaja. Tiene la esencia de alguien especial.

—¿Qué hacéis? —pregunta Pablo sentándose al lado de Elena.

—El comentario de Castellano —responde Paula sin dejar de escribir—. ¿Lo has hecho?

—No, si me pregunta leo el de Héctor. Total, nunca pide que se lo entreguemos, no lo hagáis.

—Es verdad. Ya tenemos la mitad, si luego nos pregunta lo leemos del móvil sin que se dé cuenta o decimos que no tenemos más hecho, no nos puede poner un negativo por eso. Yo ya estoy harta de hacer tantos trabajos.

Las chicas concuerdan con Elena y dejan de escribir. Y yo, cansada, dejo el libro y apoyo la cabeza en la pared de mi derecha.

—Venga contadme algo, chicas —dice él pasando su brazo por encima de los hombros de Elena.

—Que me estás ahogando. —Ella se separa entre risas.

—Vale, vale. Lo siento. Oye, Blanca, ¿tú tienes algo con Héctor? —pregunta levantando las cejas—. Venga va, que me lo puedes contar.

—Que no tengo nada con él, pesado.

—No me lo creo. —Dirige la mirada hacia mí—. Tiene algo con él, ¿a que sí?

Me limito a encogerme de hombros. Blanca es una chica muy coqueta y le gusta gustar. A veces puede parecer algo que no es, pero desde que la conozco solo ha tenido una pareja con la que duró poco tiempo, y nunca me ha contado que le gustara alguien de clase.

—Que solo somos amigos —reafirma ella.

—Vale, vale. ¿Y vosotras, qué? —Nos mira, pero nadie responde.

—¿Y tú, qué? Pesado —digo en tono de burla.

—¿Pesado yo? —Se levanta de su silla y se acerca a mí con lentitud.

Me empiezo a reír nerviosa por sus intenciones.

—Pablo, que nos conocemos. Déjame.

—Ven aquí. —Me agarra por los brazos y me levanta de mi asiento. Intento resistir todo lo que puedo, pero a pesar de su apariencia delgada, tiene mucha fuerza y puede conmigo.

—Para, idiota —ruego entre risas mientras forcejeamos.

El aula es bastante grande y nos movemos por toda la parte de atrás. Hay espacio de sobra, pero eso no impide que alguien se cruce en nuestro camino y nos haga tambalear hasta perder el equilibrio y caer al suelo.

Maldigo. Con el golpe me he mordido el labio inferior y ahora noto el desagradable sabor a hierro que tiene la sangre.

—¿Estás bien?

Él se ha llevado el peor golpe. En parte, ha amortiguado mi caída.

—Sí, ¿y tú?

—Pues me he jodido la espalda. Eh… estás sangrando.

Blanca, Paula, Elena y Héctor se acercan a nosotros para ayudar a levantarnos.

—¿Estáis bien? ¡Tía, estás sangrando! —exclama Blanca señalando mi labio.

—Sí. Me he mordido sin querer al caer. —Mis mejillas se sonrojan al darme cuenta de que somos el centro de atención de toda la clase.

—¿Qué manera es esa de ligar, Pablito? —pregunta Héctor con sorna.

—Cállate —contesta este sentándose en una silla y estirando la espalda con cuidado.

Pongo los ojos en blanco al escuchar a Héctor. Ellos de vez en cuando se juntan con nosotras en clase para hablar o hacer grupos. Somos amigos, pero nada más. A mí no me interesa ninguno de ellos dos, y a ellos tampoco les intereso yo.

En cambio, a Paula sí le gusta Héctor. No lo ha admitido, pero se ve, Blanca lo sabe y por eso le molesta tanto que hagan bromas sobre si están juntos o no. Solo se llevan bien y son amigos, como lo somos todos.

—Ha sido culpa de la Urraca, ella es la que ha pasado entre vosotros —me susurra Elena al oído.

En ese momento me fijo en Lorena y su grupito. Nos están mirando mientras ella habla y se ríe. Los demás le siguen la corriente, son tan odiosos como ella. Se creen superiores al resto, pero no se dan cuenta de que son patéticos. La falsedad no le gusta a nadie, y ellos, tampoco.

Trato de ignorarlos y me dirijo a mis amigos:

—Voy al baño a lavarme la boca.

Los veo acercarse a Pablo mientras desaparezco por la puerta. Los servicios de mi planta están cerrados con llave, así que me toca ir a los de la primera.

Al bajar las escaleras intento divisar quién se encuentra en recepción,

quiero asegurarme si está él, pero las columnas me tapan la visión. Continúo mi camino y cuando abro la puerta de los servicios, un olor nauseabundo se cuela por mis fosas nasales. Dudo si entrar, pero odio el sabor a hierro de la sangre casi tanto como la peste, así que decido acercarme a la pila y lavarme bien la boca procurando expulsar el desagradable sabor cuanto antes, y así poder salir de este apestoso lugar.

Escupo el agua de mi boca cuando escucho la puerta abrirse.

—Oh, buenas. Vaya, sí que huele mal acá. —Mis ojos se encuentran con los del argentino al girarme. Pone un taco en la puerta para mantenerla abierta y ventilar.

—Hola… Sí. No-no sé… cuando he llegado ya olía así.

La vergüenza que estoy pasando al pensar que él pueda creer que el baño apesta así por mi culpa, me traba la lengua. Bruno sonríe.

—Ya, lo sé. Me avisaron para que lo cierre. La cañería se estropeó y tiene que venir el fontanero. Los baños de arriba ya están abiertos.

—Vale, gracias. —Sonrío algo más relajada.

Quiero salir corriendo de aquí por el hedor, pero, por otra parte, una parte de mí quiere quedarse con él, aunque no sea el sitio más romántico del mundo ni el mejor perfumado. Bruno se acerca hasta un cubículo y cierra la puerta antes de colocar un cartel de averiado. Siento que voy a vomitar por el mal olor.

—Mejor me voy o moriré aquí. Adiós.

Salgo de la estancia casi corriendo. Detrás de mí se encuentra la puerta que dirige al patio interior donde suelen ir los niños de primaria y secundaria, y delante la que dirige al recibidor del instituto y las escaleras. Antes de abrir esta última, la voz de Bruno me detiene.

—Espera. —Cierra la puerta del servicio tras él.

Al escucharle, suelto el picaporte y me giro para mirarlo.

Está tremendamente sexy, como siempre.

La camiseta azul marina del uniforme se ciñe a la perfección a su cuerpo tonificado, aunque no en exceso, tan solo lo suficiente para marcar su fuerte torso y sus brazos.

—¿Sí?

—Tenés sangre. —Se acerca a escasos centímetros de mí, y roza mi labio inferior con su dedo pulgar.

Me quedo sin habla. Casi sin respiración. Separo un poco mis labios ante su contacto y noto mi corazón acelerarse. Se me va a salir del pecho a este ritmo.

Observo su dedo recorrer con timidez la comisura de mis labios a cámara lenta. Es un instante, un pequeño momento que ralentiza el tiempo. Y la vida se congela solo para nosotros, para que respiremos juntos este instante. Aprovecho para memorizar cada una de sus facciones: su mandíbula cuadrada, la barba recortada de color cobrizo como su cabello, sus ojos azules como el cielo en un día soleado.

Me aclaro la garganta ante la tremenda tensión que hay entre nosotros, e intento determinar las ideas en mi cabeza y tomar la palabra.

—Me mordí…

—Qué salvaje. —Una sonrisa divertida se dibuja en sus labios mientras que la luz de sus ojos provoca un brillo en los míos.

Y sin ser consciente, paso la lengua por mi labio inferior notando aún los restos de ese sabor desagradable que ya no me importa. En este preciso momento nada más importa. Solo él y yo. Todo el resto se nubla. Solo existimos él y yo. Nosotros.

Sus labios se separan ligeramente. Su mirada está clavada en la mía. Su aliento cálido acaricia el mío. Nuestras respiraciones agitadas se mezclan, uniéndose en una sola. Alzo la mirada a sus ojos, que se han vuelto más oscuros, más intensos, como una tormenta de verano que quiero que me alcance y bailar juntos bajo la lluvia.

Ninguno de los dos dice nada. Creería que es un sueño, si no fuera porque mi cuerpo tembloroso se choca contra una puerta sólida y tangible. Escasos centímetros nos separan de cometer algo prohibido. Y me doy cuenta de que no hay escapatoria. No puedo escapar de mis sueños, o los alcanzo, o los dejo ir, no hay término medio.

Su nariz roza la mía. Cierro los ojos dejando fluir la energía entre nosotros, y abro más los labios dispuesta a caer en la tentación, pero entonces, alguien intenta abrir la puerta en la que estoy apoyada, y el sueño se me escapa de las manos.

Abro los ojos de par en par, y le ruego a los suyos que haga algo. No sé qué hacer o decir. La persona que está detrás de la puerta vuelve a intentar abrirla provocando que me choque con su cuerpo. Bruno me agarra para evitar el golpe y nos hacemos a un lado. Entonces una chica que debe ser de primero de secundaria, aparece y nos mira extrañada con su móvil entre las manos.

Cojo aire y cruzo una mirada con Bruno, consciente de lo cargado que está el ambiente y lo roja que debo de estar. Salgo por la puerta sin decir una sola palabra, y mientras subo las escaleras escucho a Bruno decir algo sobre la avería del baño. Sin mirar atrás, subo lo más rápido que puedo hasta llegar al aula, donde me tomo unos segundos para tranquilizarme antes de entrar.

Todas las miradas se fijan en mí. Hay un silencio sepulcral, y por un momento me siento expuesta, como si todos supieran lo que acaba de pasar y me estuvieran juzgando por ello. Pero a los pocos segundos siguen cada uno con sus cosas. Solo se habían asustado porque pensaban que era el profesor de guardia.

—¿Estás bien? —pregunta mi amiga Blanca cuando me siento junto a ella.

Solo soy capaz de asentir.

Me paso el dedo índice por los labios de la misma manera que ha hecho él, y después me miro las manos. Me toco los dedos de la misma forma en la que lo hicimos en la librería. «La creación», pienso. Hemos creado algo juntos, algo nuestro. Él y yo.

Sigo en las nubes cuando el timbre da por finalizada la clase.

El resto del día lo paso igual. ¿Cómo puede algo ser tan real y a la vez parecer tan ilusorio? No les he contado nada a mis amigas porque necesito un tiempo para pensar en lo sucedido y comprender que la realidad a veces traspasa la barrera de la imaginación.

Al salir de clase, paso con Blanca por mi casa para coger el portátil, y nos vamos a un bar cercano. Después de comer empezamos a hacer la presentación sobre los frescos pintados por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. Voy colocando las imágenes en las diapositivas mientras Blanca busca la información que nos falta.

Intento concentrarme en el trabajo, pero ver las imágenes de los frescos me recuerda a él, y mi mente gira en torno a la misma idea una y otra vez: me pregunto si contárselo a ella. Podría ayudarme a entender si me estoy haciendo ilusiones o no, si me he quedado dormida en clase y lo he soñado todo, o si de verdad ha ocurrido. Necesito que me diga que no es tan prohibido como parece, y que su condición de conserje no nos separa tanto como en realidad lo hace. Quiero que me dé certezas que no borren mis ilusiones.

—¿Sabes? Antes, cuando he ido al baño a limpiarme la sangre, me he encontrado a Bruno y…

—¿Bruno? —Frunce el ceño.

—Sí. Bruno, Fede.

—¿Fede se llama Bruno?

—Sí. ¿No lo sabías? Pensé que lo habías oído, cuando estábamos en clase de Dibujo Fran le llamó así.

—Ah, pues no acertamos para nada con su nombre. ¿Y qué hacía allí?

—Pues el baño estaba averiado y…

—¿Y si lo buscamos en Instagram? —interrumpe emocionada.

—¿Qué? Pues no sé, solo sé su nombre, no su apellido ni nada más.

—Es verdad, saldrían miles de resultados, como para encontrarlo. —Su mirada se dirige de vuelta al ordenador—. Bueno, sigamos que me tengo que ir a casa y el autobús tarda casi una hora.

Seguimos trabajando en el proyecto, y decido posponer la conversación para otro momento en que no estemos ocupadas.

Una hora más tarde llego a casa rendida. No paro de pensar en Bruno y después de la conversación con Blanca, me ha picado la curiosidad por

buscarle en redes sociales. Estoy segura de que no puedo encontrarle en Instagram, pero tal vez sí en Facebook. Casi todo el mundo tiene una cuenta, aunque no la use, como yo. De la época en la que esta era la única red social y la más famosa. Es más fácil encontrar a alguien en Facebook que en otras redes sociales, porque se usa el nombre real y no un usuario.

No sé si lo encontraré, pero no tengo nada que perder, así que sin más dilación vuelvo a encender el ordenador y escribo su nombre en el buscador. Selecciono «Buscar amigos en mi ciudad» y no tardo en encontrarlo. Es él. Con total claridad el de la foto de perfil es él. Su nombre completo es Bruno González. Pincho en su perfil, pero solo puedo ver la misma foto de años atrás.

Después de varios minutos debatiéndome si enviarle una petición de amistad o no, termino haciéndome acopio del valor necesario, y le envío la solicitud. Una vez hecho, cierro la pantalla con un suspiro y me tumbo en la cama agotada.

Sin darme cuenta me he quedado dormida y treinta minutos más tarde, cuando despierto y cojo el móvil para ver la hora, me encuentro con varias notificaciones. Contesto algunos mensajes antes de mirar lo demás: Instagram, Twitter, YouTube, Pinterest… Deslizo para ver el resto y un grito se me escapa de la boca.

Facebook: "Ahora Bruno González está en tu lista de amigos. Echa un vistazo a sus fotos, publicaciones y mucho..."

Bruno ha aceptado mi solicitud de amistad más rápido de lo que imaginaba, si es que podía imaginármelo. Nada más ver la notificación me doy cuenta de que tenía que haber revisado primero mi perfil. Hace tanto tiempo que no lo uso, que no recuerdo la clase de publicaciones que tengo. Por fortuna, nada de lo que avergonzarme, ya que nunca he utilizado mucho mi cuenta. Lo único que tengo por cambiar es la foto de perfil, que sustituyo por una adorable foto con mi gato en la que él es el protagonista. Me dirijo a su perfil y ahora puedo ver más fotos y publicaciones. Paso de una en una observando cada una de sus imágenes.

—¿Pasa algo? —pregunta mi padre tras llamar a la puerta—. He escuchado un grito.

—Ah, nada. Estaba jugando a un videojuego y me he emocionado —miento con risa floja.

—Está bien. ¿Quieres merendar?

—No tengo hambre, luego.

—Vale, estaré en el despacho.

—Vale.

Espero a que cierre la puerta tras de sí, y vuelvo a observar las imágenes

de Bruno que ahora tengo en la galería de fotos de mi móvil. Vuelvo a su Facebook e investigo cada apartado de su perfil. Creo averiguar que tiene una familia muy grande, es amigo de mucha gente con su mismo apellido. Está soltero y su fecha de nacimiento es diez años anterior a la mía. Tiene veintisiete años. Al principio me impacta la diferencia de edad, pero no me importa. Raúl me saca tres años y a veces parece que yo soy la mayor. Al final todo depende de la persona.

Deseo con todas mis fuerzas poder hablar con él, aunque sea en el chat, pero ninguno de los dos se atreve a dar el paso. Al menos yo no tengo el valor suficiente para hacerlo. Después del momento en los baños, no sé cómo reaccionaré cuando le vuelva a ver en el instituto.

7
BRUNO

La reconocí en el mismo momento en que vi la foto de perfil en su solicitud de amistad. No conocía su nombre hasta ahora: Julia Reyes. La chica de los gatos.

Y no sé por qué he aceptado sin pensar. Pero tampoco me atrevo a abrir una conversación. Me gustaría preguntarle por sus dibujos, saber si le está gustando el libro que le recomendé, pero no debo hacerlo. Menos después de aquel intenso e inesperado momento en el instituto.

Su piel me llamaba, y sus ojos eran como un ruego silencioso. Pero entonces nos interrumpieron y salió corriendo. Y me di cuenta del error que casi cometo.

Ella es una alumna, y yo, un trabajador del instituto.

La atracción no puede ser un motivo para caer en la tentación, porque es algo prohibido.

Julia es una chica de diecisiete años, y yo, un adulto de veintisiete que debería ser responsable. Joder, si le saco diez años.

Si algo hubiese sucedido entre nosotros, podría perder mi trabajo, y lo necesito. No tanto por mí, porque sé que de alguna manera saldría adelante, sino por mi familia. Necesito ganar el suficiente dinero como para poder mandarles una generosa cantidad mensual. Ellos son lo más importante para mí, y lo primero en mi vida.

No puedo dejar que nada afecte a lo más importante que hago en mi vida: cuidar de mi familia. Ni siquiera ella.

8
JULIA

Es primera hora de la mañana, estamos en el aula de Arte y Volumen, y nos quedan cinco minutos para terminar el regalo de Elena. Hoy es su cumpleaños y le hemos preparado un álbum de fotos y recuerdos que falta por envolver.

—¡Vamos! Sácalo antes de que venga.

—Ya voy.

Blanca saca el álbum de su mochila, y cada una firma la última página. Después, nos dedicamos a envolverlo con papel rosa con dibujos de unicornios, es lo que más le gusta a nuestra amiga.

—¡Qué está subiendo! —grita Paula.

Ponemos el último trozo de celo y lo escondemos detrás de nuestras espaldas.

—Hola, ¿qué hacéis? —Elena nos mira con el ceño fruncido mientras deja la mochila sobre la enorme mesa de trabajo.

—Nada —decimos las tres al unísono. Sonreímos, y empezamos a caminar a la vez.

—Ya… ¿Se puede saber por qué andáis a la par como pingüinos?

Cruzo una mirada con mis amigas, y exclamamos las tres a la vez:

—¡Felicidades!

Tras un abrazo grupal, le entregamos el regalo que hemos hecho con tanto cariño. La emoción y la gratitud se reflejan en el rostro de nuestra amiga mientras abre el paquete.

—¡Guau! ¡Qué chulo! Muchísimas gracias, chicas. —Nos abraza a cada una.

—De nada. Esperamos que te guste.

—Nos ha costado la vida —dice Paula, y las tres reímos.

Los compañeros que ya estaban en clase empiezan a felicitarla mientras llegan los demás. Arte y Volumen es una asignatura optativa y hay menos gente que de normal. Cuando el profesor llega, nos deja un momento para poder felicitarla como se merece y dejar que vea su regalo.

—¡Pelirrosa, felicidades! —exclaman Pablo y Héctor antes de abrazarla.

—No nos han dicho nada, si no te habríamos regalado algo —explica Héctor.

—Luego te invitamos a algo.

—Está bien, chicos, gracias.

—Venga, vamos a empezar. —El profesor enciende el proyector.

Paula se sienta al lado de Elena y Blanca, y yo enfrente de ellas. Mientras

trabajamos en los bocetos del próximo trabajo de escultura, le vamos enseñando el álbum a Elena, que repite en varias ocasiones lo mucho que le encanta.

—¿A qué hora quedamos para ir a la discoteca? —pregunta Blanca.

—¿A las doce? Donde siempre.

—Vale, bueno, lo vamos hablando porque siempre hay una que tarda más. —Los ojos de Elena acusan a Blanca.

Esta noche celebraremos el cumpleaños número veinte de Elena en su discoteca preferida. Si no fuera porque es su día, me inventaría una excusa para no ir. No me entusiasma salir de fiesta porque siempre acabamos bebiendo de más, y odio perder el control. Beber demasiado me suelta la lengua y no me gusta que me cambie la personalidad. Es verdad que las pocas veces que salgo, me lo acabo pasando bien porque estoy con mis amigas y siempre acaba pasando alguna que otra anécdota debido a esa misma razón de que parezco otra persona bajo los efectos del alcohol. Aun así, prefiero un plan en casa tranquilo donde nada se salga de lugar. Pero a Elena le gusta mucho salir y bailar, así que lo hago por ella.

Las dejo hablando sobre el tema, y me levanto para tirar unas cosas a la papelera.

—Julia, ¿puedes ir al taller y traer más hojas de sierra? —pregunta Carlos, el profesor.

—Claro, voy.

—Espera, toma. —Me da unas llaves—. Supongo que la habitación donde está guardado todo el material estará abierta, si no, esta es llave. —Señala la adecuada.

Con el llavero, bajo al taller a buscar el material que me ha pedido. Por fortuna, no están dando clase. Escucho alguna que otra voz, pero procede del exterior.

Una parte de mí esperaba encontrarse a Bruno. Hace una semana que no le veo en ningún lado, ni en el taller, ni en la recepción, ni en los baños. En ningún sitio. Es como si la tierra se lo hubiese tragado. Pasamos de encontrarnos en casi cualquier lugar, a no vernos en una semana entera estando en el mismo centro siete horas diarias. Tampoco me he atrevido a hablarle por Facebook, no me siento segura, y por momentos me arrepiento de mi impulsividad. Estoy segura de que se ha arrepentido del extraño y electrizante momento en el baño. Seguro que piensa que voy detrás de él, como una niñata, y eso no es así, todo lo contrario. Cualquier acercamiento con él me paraliza, porque es intimidante, es prohibido.

Me acerco a la habitación donde se guarda el material e intento abrir la puerta, pero está cerrada. Busco la llave que el profesor me indicó, y entonces alguien entra. Mis ojos no tardan en encontrarse con los de Bruno. El llavero se me resbala de los dedos y cae al suelo produciendo un estruendoso ruido. Tardo más de lo debido en reaccionar, pero por fin lo recojo.

—Hola —saludo intentando obviar lo nerviosa que me he puesto.

—Hola. ¿Te ayudo?

Ahora no puedo recordar la llave que abría la puerta. Hay muchas y muy parecidas, podría pasarme media mañana aquí, así que acepto su ayuda.

De un momento a otro lo tengo muy cerca de mí, tanto, que puedo identificar su fragancia a canela. Huele a hogar.

Dejo el juego de llaves sobre la mano que ha extendido para mí, y le observo como un ciego miraría el mundo por primera vez.

Las venas de sus manos se marcan. Sus uñas están muy cortas, y tiene algo de grasa de coche entre ellas, pero son las mismas manos que se rozaron con las mías en la librería. Las reconozco. Son diferentes a las del resto. Dibujo y he dibujado muchas manos para aprender su anatomía, y las suyas tienen su seña de identidad, como todos tenemos. El problema es que las suyas me atraen más que las del resto. Me miro los dedos.

—Es esta —dice otorgándome la llave correcta con la mirada fija en mis ojos.

—Gracias. —Una media sonrisa se dibuja en mi boca. Introduzco la llave en la ranura, y la puerta se abre cuando la giro. Entro en la habitación y miro los nombres escritos sobre las cajas.

—¿Qué buscas? —pregunta el argentino entrando a la estancia.

—Hojas de sierra.

—Están aquí, han llegado nuevas. —Me entrega una caja con unas cuantas, y yo se lo agradezco mientras salimos de la habitación para volver a cerrar con llave.

Noto algo raro en él que no me gusta. Busco con desesperación un tema para empezar la conversación. Es mi momento para intentarlo.

—Em… Por cierto, ya me he leído el libro y me ha gustado mucho. Gracias por recomendármelo.

Pienso en hacer la misma broma del dedo índice que hicimos en la librería, pero él responde con un simple movimiento de cabeza y por fin me doy cuenta de lo que va mal. Su sonrisa ha desaparecido, ya no está, y no sé por qué.

—¿Tú has leído el tuyo? —pregunto tratando de retomar la conversación.

—No, no he tenido tiempo.

Su respuesta es cortante y no da pie a que siga hablando, ni a ninguna broma. Evita mirarme en todo momento, y me hace sentir como una idiota por intentarlo.

—Está bien. Adiós.

Quiero salir de ahí cuanto antes.

Él me deja el camino libre para que lo haga, y me hace sentir mal. Es la primera vez que no ha sido amable, o que no me ha sonreído. Me hace pensar que tan solo quiere ignorar todo lo que pudo haber pasado y no sucedió. Y me siento patética por no hacer lo mismo.

Llegada la noche, ya estoy vestida con una falda negra que me compró mi madre, una camiseta rojo burdeos, medias de rejilla, y botines con un poco de tacón. Quiero ir cómoda, pero arreglada.

Cuando veo el mensaje de mis amigas diciendo que todas están listas, media hora más tarde de lo que habíamos programado, termino de arreglarme y cojo una chaqueta de cuero y un bolso pequeño antes de salir.

—¡Me voy!

—Vale, ten cuidado y no llegues muy tarde —contesta mi padre desde su despacho. Hace días que vive ahí dentro.

—¡Síiiii! —Acaricio por última vez a Champón, y salgo de casa para encontrarme con mis amigas en el banco de siempre.

Soy la primera en llegar, como es habitual, pero ellas no tardan.

—¡Nenas, estáis monísimas! Pero la cumpleañera más —grita Blanca después de darnos dos besos.

—Tú también, tía. —La aludida se ríe.

Elena lleva un precioso vestido escotado color coral que se ajusta a la perfección a sus curvas y combina con las mechas rosas de su pelo. Blanca, un mono blanco impecable, y Paula un top y un pantalón pata de elefante que combina a la perfección.

—Me has hecho caso, muy bien. ¿Ves cómo te queda estupenda la falda? —Blanca señala mi nueva prenda.

—Sí, y también me estoy helando de frío, hija de puta.

—Que tampoco es para tanto, ahora vamos a bailar. —Ríe.

Mientras esperamos al resto de amigos de Elena, empezamos a beber ginebra rosa con refresco de naranja que ha traído Elena. Es su bebida favorita.

Después de un par de saludos y besos, vamos a la discoteca donde pedimos una ronda de chupitos a salud de la cumpleañera. Y enseguida noto el efecto del alcohol recorrer mis venas. No me gusta ese cosquilleo, porque sé lo que viene después. Sin embargo, me ayuda a soltarme y gracias a esos efectos que empiezo a notar me integro mejor en la fiesta. Hoy es un día especial, y no quiero perderme nada por culpa de la timidez.

Al rato de estar bailando y divirtiéndonos, pedimos que pongan la canción de *Cumpleaños feliz* para Elena. Todos empezamos a cantar y ella ríe divertida y encantada. Entre las tres le llevamos un muffin de su sabor favorito: chocolate. Con una vela encendida para que pida un deseo. Cuando sopla, seguimos con la fiesta, bailando como si se acabara el mundo esa misma noche.

Después de un par de horas, el subidón del alcohol me empieza a bajar, y ya no quiero beber más. Son las tres y media, y ya no aguanto más los pies.

Solo deseo llegar a casa y tumbarme en la cama, pero parece que soy la única, los demás siguen tan animados como al principio.

Tras varios minutos pensando en mi cama, le comunico mi decisión a Blanca en el oído, gritando por encima de la música.

—Tía, yo me voy a ir a casa ya. Estoy cansada y mañana tengo cosas que hacer.

—¡No, Julia! Acabamos de empezar, venga, quédate.

—No puedo, otro día.

—¿Pero te vas a ir sola?

—Sí, pediré un taxi. Tampoco estoy lejos de casa.

—Joder tía, un poquito más. Lo estamos pasando bien.

—Ya me lo he pasado genial, y vosotras vais a seguir hasta la madrugada, nos vemos otro día. —La abrazo antes de que vuelva a intentar convencerme, y repito lo mismo con las demás.

Le deseo un feliz cumpleaños a Elena, y media hora más tarde, por fin puedo salir y respirar un poco de aire fresco. Camino hacia la carretera con la esperanza de que pronto llegue un taxi libre para evitar morir congelada por el frío. Todos están ocupados. Maldigo después de varios minutos esperando, y decido volver andando. La calle está solitaria. De vez en cuando pasan algunas personas que van de fiesta o vuelven, pero el silencio solo lo corta el viento. Cruzo los brazos a la altura de mi pecho intentando resguardarme del frío, y fijo la mirada en mis botines para no caerme. No tienen mucho tacón, pero tengo los pies destrozados y aún alcohol corriendo por las venas, lo cual me desestabiliza un poco.

Al girar la esquina, el choque con otra persona casi me tira al suelo, pero por suerte unos brazos fuertes me agarran antes de la fatal caída.

—¡Lo siento!

Mis ojos se encuentran con el cielo despejado de los suyos en mitad de la noche.

Bruno.

Su expresión es de sorpresa, tiene los ojos muy abiertos y sus manos siguen sujetándome.

—Hola, Julia. ¿Estás bien?

—Sí. Hola —saludo al chico que está a su lado. Es alto, corpulento, de pelo rubio oscuro y ojos verdes. Tiene una sonrisa encantadora.

—Hola, soy Rodrigo, ¿quieres venir con nosotros? —pregunta dándome dos besos—. Vamos a un garito de aquí al lado.

—Soy Julia. Em… —Busco la mirada de Bruno que refleja incomodidad —. No, ya me iba a casa, pero gracias.

—Bien, otro día tal vez.

—¿Vas sola? —pregunta Bruno.

—Sí. Bueno, adiós, chicos. —Sonrío tontamente y sigo caminando.

Mis pasos son algo descoordinados, producto del alcohol que aún tengo en la sangre y el inesperado encuentro con Bruno que no me deja pensar con total

claridad. Dos minutos más tarde, escucho unos pasos tras de mí y una mano se posa en la parte baja de mi espalda.

—Te acompañaré.

El contacto me ha sobresaltado, aunque su presencia todavía más.

—No hace falta. Sé ir sola.

—No lo dudaba, pero quiero acompañarte, es muy tarde —responde con dulzura, y me arrepiento de haber sido tan severa.

—Tu amigo se quedará solo.

—No, habíamos quedado con otros que ya están en el local.

—Vale, como quieras. —Termino cediendo.

—¿Dónde vives?

—A unas cuantas calles. ¿Podemos sentarnos un momento? Me duelen los pies.

Acepta y nos sentamos en un banco cercano rodeado de palmeras. Al dejar reposar los pies, un suspiro lleno de alivio se me escapa de la boca. No aguantaba más. Los zapatos me aprietan y me hacen daño, son demasiado nuevos.

—Menos mal.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos sintiendo el viento gélido del mes de noviembre soplar en mi cara. Cuando los abro sigo sin creer lo que veo: Bruno sentado a mi lado, mirándome. Estoy más borracha de lo que creía en un principio, porque debe de ser una alucinación.

—No puedo creer que estés aquí —confieso.

—¿Por qué?

—Porque es raro. —Me incorporo sentándome cara a él—. Es raro que nos hayamos encontrado.

—La ciudad no es tan grande.

Tengo miedo de sus ojos, porque cuando me mira, es como si me leyeran el alma. Me siento vulnerable, y mis mejillas coloradas lo demuestran. Desvío la mirada a mis piernas y me coloco bien la falda. Subo la cremallera de la chaqueta hasta el cuello. Hace mucho viento y empiezo a tiritar. Los dientes se chocan entre sí.

—Estás temblando. Ven.

Me acerca más a su cuerpo hasta que quedo acurrucada entre sus brazos. Respiro hondo intentando calmar mi corazón desbocado. Su aroma a canela se cuela por mi nariz embriagando mis sentidos.

—¿Estás mejor?

Sonrío apoyando la mejilla en su hombro.

—Sí. Mucho mejor.

El silencio solo es interrumpido por el viento y nuestros latidos. Su mano se enreda en mi pelo y lo acaricia con suavidad. Cierro los ojos para intensificar todos mis sentidos y grabar la sensación que me produce estar entre sus brazos. Él es casa y fuego.

Deseo que este momento no acabe nunca.

—Pensé que no querías hablar más conmigo.

—¿Por qué? —Su voz es ronca, y me gusta la vibración en su pecho al hablar.

—Porque hace tiempo que no te veo, desde lo del baño. Y esta mañana me has ignorado.

Se remueve un poco en el asiento, sin soltarme de entre sus brazos.

—Estos últimos días he tenido mucho trabajo y estaba muy ocupado.

—Lo sé, pero no fuiste amable como siempre.

—Siento si te hice sentir mal.

Callamos durante varios minutos. Es un silencio cómodo, de los que se comparten con muy pocas personas. De esos que provocan un cosquilleo en la punta de los dedos porque deseas plasmarlo en papel, entre trazos y pintura. Otro cosquilleo. Esta vez producido por el roce de su barba en mi mejilla. Abro los ojos y él gira la cara hacia mí. Escasos centímetros nos separan. Aparta el pelo revuelto por el viento de mi cara, y me fijo en sus labios. Imagino que serán suaves y dulces, como él. Me acerco más a ellos con la intención de resolver mi curiosidad, pero él gira la cara. Mi nariz se queda pegada a su mejilla, respirando su esencia. Y siento como si una losa de acero me cayera en el estómago. ¿Me ha rechazado? Todavía estoy un poco embriagada por el alcohol.

—Deberíamos irnos. Tenés que llegar a tu casa.

—Sí… Mañana tengo que despertarme pronto —contesto aún aturdida.

—¿Por qué? Es sábado —pregunta mientras nos levantamos.

—Tengo una entrevista de trabajo.

—¿Dónde?

—En una tienda de complementos. Creo que se llama Crystal.

—¿Crystal? Es la tienda de Diana, una amiga.

—¿En serio? —Lo miro incrédula y empiezo a reír—. ¿Alguna coincidencia más?

—No sé, de momento no. —Sonríe y empezamos a caminar.

Me pasa un brazo por la cintura infundiéndome equilibrio y calor hasta que llegamos al portal de mi casa.

—Es aquí —digo rompiendo el silencio. Me sitúo frente a la puerta y saco las llaves.

—Buenas noches, Julia. Espero que te vaya bien mañana.

—Gracias. Buenas noches, Bruno.

Poniendo como excusa el alcohol, me lanzo a darle un beso en la mejilla. Me corresponde con una sonrisa espléndida, y espera a que entre en casa antes de irse.

No han pasado más de cinco minutos desde que me he tumbado en la cama y ya le echo de menos. ¿Se puede echar de menos algo que nunca has tenido? Ni siquiera tengo claro si lo que de verdad siento es eso. Me gusta. Eso sí lo tengo claro. Y me gusta más de lo que me ha gustado nunca un chico, porque es guapo, es sexy, y el corazón me da un vuelco dentro del

pecho cada vez que lo veo en el instituto. Me gusta ese vértigo, esa intensidad que siento al cruzar miradas, y la adrenalina de saber que él es un trabajador del centro y yo una alumna.

Enciendo la luz y saco las cosas de la mochila para hacer unas fotos de las acuarelas de felinos y enviárselas a Bruno por el chat.

Yo: *Los terminé la semana pasada. Espero que te gusten.*

9

Julia

Amanezco con el cuerpo dolorido. Las agujetas me reciben en cuanto me muevo para levantarme y apagar la maldita alarma del móvil. Enciendo la lámpara de sal y, al mismo tiempo que la luz anaranjada ilumina la habitación, una sonrisa se dibuja en mis labios al recordar la noche, y a Bruno.

Después de una ducha, y de estudiar durante veinte minutos, aviso a mi padre por mensaje que voy a salir. Está fuera de casa, y no sé si llegaré antes que él. No sabe nada de la entrevista de trabajo porque no quiero adelantar acontecimientos, ni que se niegue a que aporte mi granito de arena a esta casa, porque, aunque Raúl encontrara un trabajo pronto, y mi padre también, necesitamos el dinero con urgencia. No quiero abandonar mi casa ni perder el contacto con mis amigos, por eso no he vuelto a preguntar nada más sobre la mudanza, porque me da auténtico pavor. Él intenta suavizar la situación, pero la realidad es que no tenemos dinero, y eso implica un cambio radical de vida al que le tengo mucho miedo. Mi padre se preocupa mucho por mí, solo quiere que estudie y haga lo que más me guste, pero a mí nada me agradaría más que ayudarle a él, que bastante tiene con llevar todo el peso del divorcio y la quiebra de la empresa a sus espaldas él solo. Si puedo conseguir pronto el trabajo de dependienta, aunque sea algo que me da ansiedad, lo haré. Lo mío es estar detrás del lienzo, detrás de la exposición, no delante del público. No se me da nada bien, me pone muy nerviosa, así que no sé cómo voy a manejar un trabajo que se basa en estar cara al público y atender a los clientes. Todo lo que no me gusta. Pero lo haré por él, por mí, por mi familia.

El primer paso es probar, pasar la entrevista e intentarlo, porque si no sé que me arrepentiré y no conseguiré nunca superar el miedo.

La luz parpadeante del móvil me avisa de que tengo un mensaje nuevo. Termino de vestirme con la ropa más formal que tengo, y cojo el teléfono. Es Bruno. Ya no recordaba que le había enviado las fotos de mis pinturas.

Bruno: *Me encantan. Ya me gustaban antes, pero ahora me encantan. Tenés talento. Gracias por mostrarlos.*

Yo: *Gracias. Me alegro de que te gusten.*

Bruno: *¿Has hecho ya la entrevista?*

Yo: *Estoy de camino. Es a las diez y media.*

Bruno: *Seguro te saldrá bien. Suerte.*

El detalle de que se acuerde de mi entrevista y me desee suerte me devuelve la sonrisa que los nervios me habían quitado.

Llego antes de la hora acordada a la tienda, y decido sentarme en un banco cercano para intentar tranquilizarme. Nunca antes he hecho una entrevista, y los nervios se apoderan de mí por completo.

«Me saldrá bien, todo saldrá bien», pienso. Y repito la misma frase como un mantra que me relaja y me hace sentir más segura de mí misma.

Cinco minutos después entro en una pequeña tienda presidida por un letrero precioso donde se puede leer «Crystal» con letras plateadas muy elegantes. Es un sitio bonito y acogedor. Hace esquina y tiene unos grandes ventanales por los que entra mucha luz y calor. Dentro no hace tanto frío como en la calle. Observo alrededor; la tienda no es muy grande, y la simpleza de su arquitectura contrasta con la calidez del mobiliario y la decoración. Me recuerda a Mondrian y sus líneas rectas, pero con los colores y la vida de Matisse. Esa mezcla hace que el diseño sea elegante y cálido al mismo tiempo. Se respira paz y creatividad, y eso me hace sentir un poco mejor.

Hay algunos anillos con piedras preciosas que me llaman la atención. Están en un pequeño estante rodeados por minerales como amatistas o piedras de cuarzo rosa. Mientras observo el establecimiento, veo salir de una puerta negra situada detrás del mostrador a una chica rubia con el pelo recogido en un moño.

—Hola, buenos días. Soy Julia, vengo por la entrevista.

—¡Ah sí, Julia! —Estrecha mi mano—. Yo soy Diana, encantada.

Es una chica muy guapa, y más joven de lo que esperaba.

—Igualmente. —Sonrío nerviosa, sintiéndome un poco fuera de lugar.

—Eres puntual, me gusta. Si me esperas un minuto, en seguida estoy contigo y empezamos la entrevista.

—Claro.

Espero junto al mostrador tratando de controlar los nervios que me atacan el pecho, el estómago y las manos. Vuelvo a repetirme el mantra mientras observo a mi alrededor: «Me saldrá bien, todo saldrá bien». Hay poca gente dentro del local, solo dos mujeres mirando y probándose alguna joya. Me quito la chaqueta que me está haciendo sudar, y la ato a mi cintura para que no estorbe. Una chica morena entra y saluda a Diana antes de meterse en lo que parece ser el almacén. Si trabaja aquí, podría ser mi futura compañera de trabajo. Entonces me pongo nerviosa de nuevo y me aliso la ropa. Desato la chaqueta de mi cintura y la pliego sobre mi brazo para dar una imagen más arreglada y cuidada.

—¡Bruno! —exclama Diana sonriente pasando por mi lado—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Sorprendida, me giro para verlos fundirse en un abrazo.

—Mucho tiempo. Te extrañaba, por eso tenía que venir a verte. —Su mirada se cruza con la mía. Se divierte con la confusión que ve reflejada en mi cara.

—Ahora tengo que hacer una entrevista de trabajo, si quieres nos vemos luego.

—Lo sé, ella es Julia, la conozco.

—¿En serio? —Diana me mira.

Mi estado de confusión no me permite hablar.

—Sí. Ayer me dijo que tenía una entrevista aquí, por eso he venido a verte.

—¿Yo te dije eso? Bueno… sí, pero no te dije que vinieras.

—No, claro. Pensé que ya habrían acabado.

—Ah, en ese caso puedes quedarte con ella un momento y tranquilizarla, que seguro que está nerviosa. Mientras voy a dejar unas cajas en el almacén, no tardo nada.

Diana desaparece con una caja entre los brazos. La presencia de Bruno no me puede tranquilizar, al contrario, me va a alterar más de lo que estoy, y el corazón se me va a terminar escapando por la boca.

—¿Estás nerviosa? —pregunta acercándose a mí.

Asiento. Aprieto las manos y trago saliva tratando de aclarar el nudo de nervios que me aprieta la garganta.

—Tranquila, confío en ti. Lo lograrás.

Sus palabras hacen que me ruborice y las piernas me empiezan a temblar. No creo que tanta presión sea buena.

—Por cierto, siento lo de ayer. No suelo beber y anoche estaba un poco afectada.

—No pasa nada, tampoco estabas tan mal. ¿Te molestó que viniera?

—No, solo es que no quiero que piense que te he obligado a venir para que me recomiendes o algo así. Quiero conseguir el trabajo por mí misma, no por alguien más.

—Por supuesto. No he venido por eso, y estoy seguro de que Diana tampoco lo piensa. En todo caso, se lo diré para que no haya confusiones.

—Bueno, ya está. Perdona el retraso, hoy han llegado muchas cajas de producto y hay que hacer malabares para meterlas todas en ese mini almacén —interrumpe Diana metiéndose detrás del mostrador.

—No pasa nada. —Le sonrío con amabilidad.

—Yo me marcho para que podáis hacer la entrevista. ¿Te espero en la cafetería de enfrente cuando termines? —le pregunta a Diana.

—Vale, perfecto. Cuando acabemos te aviso.

—Genial. —Fija sus ojos en mí—. Buena suerte. Hasta luego, Diana.

Le respondo con una sonrisa tímida y miro a Diana despedirse antes de empezar con la entrevista.

—Bueno, Julia, he visto en tu currículum que no tienes experiencia, pero creo que no habrá problema si de verdad quieres aprender y te esfuerzas.

—Claro, por supuesto. Haré lo que usted me enseñe lo mejor que pueda.

Ella ríe con mi respuesta. Es una chica muy alegre y llena de energía.

—Me puedes tutear que no soy tan mayor, y tranquila, relájate que no es tan difícil. Te enseñaré la tienda.

Claro que no es mayor, debe de tener menos de treinta años, igual la misma edad que Bruno. ¿Diez años de diferencia es mucho? Cuando lo pienso respecto a él creo que no, pero cuando la miro a ella veo a una mujer adulta, dueña de su vida y con su propio negocio. Entonces me da vértigo esa diferencia de edad, porque pienso que nos separa un abismo no de diez años, sino de miles de días y de experiencias de diferencia. Raúl es tres años mayor que yo, y Marcos siete. ¡Bruno es mayor que mis propios hermanos!

Raúl vive con nosotros y no siento tanto esa diferencia de edad, en cambio, Marcos tiene su vida hecha en otro hogar. Y eso me hace pensar, que, aunque no quiera, la edad es un problema que nos distancia todavía más.

La sigo mientras me enseña la pequeña tienda y me cuenta que hace seis años la abrió, y que siempre había sido su sueño. También se dedica al diseño de joyas, y algunas de las que hay en tienda las hace ella a mano.

En ese momento me pregunto lo que debe ser vivir tu sueño, y no trabajar para los de otros. Diana es una fuente de admiración. Su faceta emprendedora me atrae, y ya no me siento tan cohibida en la entrevista. Ella sabe hacerla cercana y familiar.

—¿Estás estudiando?

—Sí, terminando el bachiller artístico.

—¿No crees que puede afectar a tus estudios el trabajo, o al revés?

—No, creo que podría organizarme bien con un horario flexible.

—El horario sería de tarde y fines de semana. Lía, la chica que está atendiendo ahora, trabaja por las mañanas, así que tú harías el turno de tarde.

Era lo que necesitaba, poder conseguir un trabajo que compaginar con las clases por la mañana y que me dé el dinero que tanto necesitamos en casa. Creo que puedo lograrlo. La seguridad vuelve a mí.

Después de una serie de preguntas relacionadas con mi personalidad y mis capacidades de aprender y trabajar en equipo, damos por finalizada la entrevista.

—Si eres seleccionada, los primeros días estarías de prácticas. Te enseñaría las funciones básicas y podrías ver cómo atiendo a los clientes. Los fines de semana es cuando más se llena, y en Navidad también, pero para entonces seguro que ya estarías mucho más integrada. El contrato sería temporal, como refuerzo de Navidad y rebajas. La jornada es de veinte horas semanales y el salario el estipulado según el convenio. Pero si quieres, eso lo podemos hablar cuando tenga el contrato redactado para poder hablar de ello en detalle y resolver las dudas que tengas.

—¿Eso significa que he sido seleccionada? —pregunto algo atónita.

—No te lo puedo confirmar todavía, pero en unos días te mandaré un e-mail o te llamaré para darte la respuesta.

—Claro… —murmuro aún sorprendida.

—Encantada de conocerte, Julia. Espero verte pronto. —Me tiende la mano.

—Lo mismo digo, gracias por tu tiempo y por ser tan amable. —Sonrío después de estrechar nuestras manos como lo había visto hacer a mi padre en numerosas ocasiones. De pequeña me gustaba jugar a que era su secretaria, y él me dejaba un rincón en su despacho con una mesita a mi altura para que hiciera ahí los deberes, luego se los entregaba como si fuera mi trabajo, y le estrechaba la mano. Él siempre seguía el juego y me agradecía mi tiempo y mi trabajo antes de que me fuera a jugar.

—Gracias a ti.

Tras despedirnos salgo de la tienda con la cabeza dándome mil vueltas. Espero haber pasado la entrevista y que me llame pronto. Me he sentido a gusto, y no creo que pudiera encontrar algo mejor.

—¿Qué tal fue? —pregunta una voz argentina. Le miro sonriente.

—Bien, creo. No lo sé, la verdad. Me ha dicho que me llamará.

—Seguro que lo hace pronto. —Muestra una sonrisa ancha que me llena de ilusión.

—Eso espero.

—Por cierto, me gustaron mucho las acuarelas del gato, el tigre y el león. Debes de haber sacado muy buena nota.

—Gracias. Bueno, sí —rio nerviosa.

—¿Te vas ya?

—Sí. ¿Y tú no ibas a tomar un café con Diana?

—Tiene mucho trabajo pendiente y me ha mandado un mensaje para quedar más tarde. Si querés, te acompaño.

Acepto y empezamos a caminar uno al lado del otro. Me pregunto de qué se conocerán, pero me parece impertinente preguntar. El silencio nos acompaña mientras recorremos la calle. Miro su mano tan cerca de la mía, e imagino cómo sería poder caminar de su mano frente a todo el mundo. Pero en seguida me quito esa idea de la cabeza y busco un tema de conversación.

—¿Eres de Argentina?

—Sí, de Buenos Aires. ¿Se nota? —Sonríe, y me contagia su buen humor.

—Un poco. —Reímos a la vez.

—¿De verdad? Pensé que ya se me estaba yendo el acento.

—Puede, pero alguien de aquí lo nota.

—Mis amigos de Argentina dicen que ya tengo expresiones españolas. El "qué pasa tío", "nano" y "me la suda" ya me salen solos.

Ambos reímos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? El "nano" es muy valenciano.

—Casi siete años. ¿Y tú naciste acá?

—Sí, siempre he vivido en Valencia.

Sus manos agarran mi brazo antes de que pueda cruzar el paso de cebra, y me detienen. Miro el semáforo, pero está en verde.

—Espera. Creo que deberíamos separarnos ya. Estamos cerca del instituto y no es bueno que nos vean juntos, sería raro y… no deberíamos hacerlo.

Solo llevamos cinco minutos a solas juntos. Me siento tan bien a su lado que no quisiera separarme de él, menos ahora que nos estamos conociendo poco a poco. Pero lo comprendo, alguien podría vernos y no es correcto que estemos juntos fuera del centro.

—Sí, tienes razón.

Nos hemos quedado parados frente al semáforo, mirándonos a los ojos, deteniendo el tiempo una vez más. Los coches ya no van tan rápidos, las luces se desdibujan, y la distancia se acorta entre los dos. Él da unos pasos hacia mí sin dejar de mirarme con esos penetrantes ojos azul cielo. Sus brazos me rodean fundiéndonos en un tierno abrazo. Cierro los ojos. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que me gustan los abrazos, y de lo importantes que son. Las sensaciones que me produce cada vez que me estrecha contra su pecho son inexplicables, y me gustaría sentirlas en cada respiración que doy.

—Adiós, Julia. —Terminamos separándonos ambos con una sonrisa en la cara.

—Adiós.

Se despide caminando hacia atrás, alargando nuestra conexión unos segundos en el tiempo. Con el semáforo en rojo, me quedo observando cómo desaparece entre la gente.

Cuando llego a casa la sonrisa se me desvanece porque tengo que hablar con mi padre y explicarle todo sobre la entrevista y el por qué he buscado el trabajo. Me asusta que la conversación se torne demasiado seria, como la de la última vez, y me entere de más noticias horribles que amenacen nuestro futuro, aunque pocas cosas peores que tener que mudarnos por falta de dinero se me ocurren.

—Hola, ¿ya has acabado el trabajo que tenías que hacer con Blanca?

—Papá, la verdad es que no he hecho el trabajo que tú piensas. En realidad, he ido a una entrevista de trabajo —recalco las últimas palabras.

—¿Cómo? ¿Una entrevista? —Frunce el ceño. Está desconcertado.

Le pido que nos sentemos en el sofá y empiezo a contarle algunos detalles.

—Sí. Es en una tienda de complementos pequeña, no muy lejos de aquí. Lo encontré en una aplicación de ofertas de trabajo. Tiene horario flexible, por las tardes, nada del otro mundo. Está bien.

—Julia, si lo que necesitas es dinero…

—Sí. Lo necesitamos —interrumpo—. Nos ayudará a seguir adelante.

—Cariño, no te tienes que preocupar por eso. Lo tengo bajo control, de verdad.

Es mentira, una mentira piadosa, lo veo en sus ojos.

—No, papá. No tienes que suavizar la realidad, ya no soy una niña, puedo entender que estamos en crisis, y también puedo ayudar.

—No quiero que te preocupes por temas de dinero.

—No es tu culpa —digo, y capto su atención—. No hace falta que hagas como que puedes con todo, lo puedes repartir. Soy tan adulta como lo es Raúl y a mí no me has pedido que busque trabajo.

—Porque tú estás estudiando.

—Y también me afecta a mí y a mis estudios el que tengamos que mudarnos y…

Entonces me doy cuenta de que el año que viene llegará la universidad, y que yo no podré entrar en la carrera de Bellas Artes si no la puedo pagar.

—Y te prometo que intentaré conseguir una casa no muy lejos de aquí.

—Papá, quiero ir a Bellas Artes —confieso decidida. Es la primera vez que hablo tan en serio. Siempre había tenido clara la idea de seguir estudiando arte, pero hasta este último año de bachiller no me he puesto a pensar en serio en las opciones que tengo para el futuro. Sé que el arte es un mundo difícil, y muy de extremos. Es típico pensar en el artista millonario, o en el que no gana ni para comer. Y eso no es muy alentador teniendo en cuenta que casi tenemos que comenzar desde cero.

—Me parece bien si eso es lo que te gusta.

Como siempre, me apoya. Y no menciona nada sobre el dinero de la universidad, ni de lo difícil que es el mundo del arte, aunque veo la duda en sus ojos tan parecidos a los míos.

—Buscaré una beca, seguro que si saco muy buena nota me la darán.

Me mira diferente. Posa una mano sobre mi rodilla y la aprieta.

—Estoy seguro de que lo conseguirás.

Creo que se ha dado cuenta de que ya no soy una niña pequeña, que puedo conseguir lo que me propongo, trabajar y estudiar. Y que puedo poner mi grano de arena.

—¿Me avisarás de cualquier cosa? Sé que hablas más con Raúl que conmigo de estos temas, y yo también quiero saberlo todo para saber cómo ayudarte.

—Claro que sí. Eres mi secretaria.

Sonrío, y mi cuerpo se relaja por fin después de la tensión de todo el día. Nos abrazamos como hace tiempo que no hacemos, y me voy a mi habitación sintiéndome un poco más adulta. Supongo que a veces la edad no solo se refleja en los números, sino en la forma de actuar. Igual el abismo entre la primera década de vida y la segunda, a veces no es tan grande.

El lunes empieza la semana de exámenes y el estrés comienza a palparse. Necesito ponerme a estudiar cuanto antes. Dejo algunos apuntes en el escritorio y despierto a Champón que está durmiendo en mi silla. Él se toma todo el tiempo del mundo en desperezarse antes de dejarme el hueco libre, y aprovecho ese momento para mirar el móvil. Tengo un montón de mensajes de Blanca contándome todas las cosas que me perdí ayer por irme tan pronto.

Lo que ella no sabe es todo aquello de lo que pude disfrutar por esa misma razón.

Uno de los audios que me ha enviado me sorprende. Dice que Héctor la besó, pero ella lo rechazó, le explicó que solo quería que fueran amigos. Él lo aceptó, pero después de esa escena, Paula desapareció y se marchó a su casa. Por si fuera poco, Elena se lio con Alejandro, el chico de la otra clase del que lleva enamorada desde que empezamos bachiller.

Algunos tienen más suerte en el amor que otros.

Es increíble lo mucho que puede cambiar la vida en tan solo una noche o incluso unos minutos.

10
BRUNO

¿Qué estoy sintiendo?

Es una pregunta que llevo ignorando toda la vida, porque siempre me ha interesado más lo que sienten los demás y qué puedo hacer yo al respecto para hacerles sentir mejor.

Siempre me he puesto en un segundo lugar. Todo iba primero: los estudios, el trabajo, la familia… Y entonces me mudé a España y estaba solo. Y en vez de encontrarme a mí mismo, me volqué en buscar el mejor trabajo posible para poder seguir cuidando de mi familia que estaba lejos.

Ahora me encuentro a mí mismo descubriendo sentimientos que creía escondidos. Me encuentro pensando en ella mientras cojo la cámara de fotografía que tenía abandonada desde hace meses. Pienso en los detalles más ínfimos. En las miradas esquivas, los silencios llenos de palabras no pronunciadas que parecen enredarse a nuestro alrededor sin que nadie más lo vea, la tensión, la distancia prudencial. Y empiezo a fotografiar. Hace mucho tiempo que no lo hago, porque hace mucho tiempo que no pienso en mí y en lo que me gusta hacer. Ya no paseo con la moto sin tener un destino concreto. No escucho música porque sí, ni practico con la guitarra que me regaló mi mejor amigo al año de conocernos. No leo mi cuento de la suerte por placer.

Y ahora retomo esos hobbies, y pienso por qué.

Ella siempre tiene pintura en las manos. Yo tengo herramientas, y me gustan, pero no me llenan del todo.

¿Pero por qué pienso en sus manos? ¿En qué momento ha cambiado todo? ¿En qué segundo dejó de ser una alumna más y pasó a invadir cada rincón de mi mente?

Si me la hubiese cruzado por la calle un día cualquiera, me habría gustado, tal vez habría hablado con ella, y no me habrían importado los diez años de edad que nos separan, porque esa no es la barrera. Ella puede decidir con diecisiete años con quién desea estar. La barrera es que ella es una alumna del instituto en el que trabajo. No debería pensar en ella, no deberíamos hablar en privado, ni mucho menos debería ir a visitarla donde trabaja. Pero el problema es que no siento una simple atracción, es mucho más que eso, es querer conocerla, saber más de ella, de los colores que hay bajo sus uñas y los dibujos que trae en la mochila.

Tengo que borrar la curiosidad innata que siento por la chica de los gatos, pero el problema con Julia es que no necesito hablar con ella para conocerla e ir viendo más y más de ella cada día. Porque es real y se ve cuando me fijo en

su manera de actuar. Es apasionada, soñadora y decidida. Tiene la mirada de una leona. Los ojos de alguien que va a conseguir todo lo que se proponga, aunque lo haga silenciosamente.

Es ella la que despierta las ganas de conocerme y recuperar lo que amo.

Es admirable. Julia lo es.

11
JULIA

A las cinco de la mañana me siento en mi escritorio a estudiar. Quiero ponerme al día en todas las asignaturas, sobre todo en las que más me cuestan, porque ahora fallar no es una opción, y un suficiente tampoco. Es mitad de noviembre, y ya estoy en semana de exámenes. Por la mañana antes de ir a clase es cuando mejor memorizo, y actualmente es el único tiempo del que dispongo. Odio madrugar, pero es el método que mejor me funciona para esta semana en la que solo voy al instituto a hacer dos exámenes por día, ahora es cuando más necesito aprovecharme de ese sistema de estudio. Luego vuelvo a casa para estudiar hasta que se hace de noche y me toca parar para descansar bien y poder rendir al día siguiente. Espero conseguir el trabajo de las tardes, y hacerme a la rutina de mañana para aprovechar bien las horas de estudio. Lo bonito de esta semana con horario especial, es que siempre me encuentro a Bruno en la entrada y a la salida. Su sonrisa matutina me ayuda a entrar en el aula con mente positiva y disipa un poco la tensión de tener que hacer el examen perfecto.

—Oye, Julia, por fa repíteme otra vez lo de la caverna de Platón. ¡Julia! —Blanca me golpea el hombro. Está en el pupitre de detrás de mí.

—¿Qué? —me giro hacia ella.

—La caverna. ¿Qué te pasa? Si Filosofía se te da genial e Inglés también. ¿A caso es por ojos océano?

—¿Ojos qué?

—Fede. Paula lo llama así ahora. Tiene más nombres que apellidos.

—¿Por qué lo mencionas? —Miro mis apuntes para disimular.

—Porque siempre te pones nerviosa cuando lo ves, antes ha sonreído y te he visto la cara. Se te han puesto los ojos de corazones, como el emoticono enamorado. A mí no me engañas, soy tu mejor amiga.

—Exagerada.

—Blanca, ¿me dejas tus apuntes? —Elena se acerca a nosotras. Blanca se los presta y le pide que le cuente la historia de la caverna de Platón. Agradezco la interrupción porque no quiero hablar de él. Ni que mi cara sea tan evidente que cuente más que mi boca.

Nos olvidamos del tema y damos un último repaso al temario antes de que el profesor entre.

—Buena suerte, tías. —Elena nos guiña un ojo antes de marcharse a su mesa.

—Buena suerte —respondo antes de girarme.

—Julia —susurra Blanca detrás de mí.

—¿Qué? —pregunto sin darme la vuelta mientras el profesor va repartiendo los exámenes.

—¿Si necesito ayuda me intentas enseñar el examen?

El susurro se desvanece cuando el profesor nos deja los exámenes sobre la mesa. Cuando pasa de largo, asiento.

—Sí.

Al acabar los exámenes de Filosofía e Inglés, mientras espero a que la profesora nos deje salir a los que hemos terminado, me entretengo pensando en Bruno. Otra vez.

Últimamente, a pesar de vernos más gracias al horario especial, no hablamos mucho. Tan solo cruzamos saludos. Y necesito más. Quiero más. Aunque debe de estar prohibido tener relaciones personales entre trabajadores y alumnos, no me importa. La amistad no debería estar nunca prohibida, aunque siendo sincera, no aspiro solo a eso.

—Los que habéis terminado ya os podéis ir. Dejad los exámenes encima de mi mesa —anuncia la profesora.

Salgo junto a Paula después de dejar nuestros exámenes. A Blanca y a Elena aún les queda un rato. A ellas no se les da tan bien el inglés como a nosotras.

—Voy al baño, espérame fuera si quieres.

Veo a mi amiga alejarse con Héctor y Pablo, y voy al baño. A pesar de lo ocurrido en la discoteca, nada ha cambiado entre nosotros. Paula ha actuado de manera diferente, y Héctor y Pablo siguen acercándose a nosotras de vez en cuando como lo hacían antes. Es verdad que a veces hay un poco de tensión, pero sin malos rollos.

Me refresco la cara con un poco de agua. Esta semana siempre es dura y acabo rendida. Saco el móvil un momento, y me encuentro un e-mail nuevo. Es Diana, dice que me han seleccionado en la entrevista y que quiere que nos veamos para hablar del contrato. Incrédula, me llevo las manos a la boca. He pasado mi primera entrevista de trabajo. Lo he conseguido y estoy orgullosa de mí misma.

Contenta, bajo las escaleras hasta la recepción decidida, y voy directa a él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola —saluda Bruno primero—. ¿Todo bien?

Le da al botón que abre la puerta para que salgan unos alumnos que venían detrás de mí, y antes de contestar me giro para comprobar que nadie nos oye.

—Acabo de recibir un mensaje de Diana. ¡He pasado la entrevista!

—Me alegro, sabía que lo conseguirías. —Las comisuras de sus labios se levantan dejándome ver una sonrisa radiante como el mismísimo sol. Provoca que me enorgullezca más de mi logro.

—Gracias. —Absorbida por su mirada eléctrica y la emoción del momento, hago acopio de un valor impulsivo—. ¿Crees que podríamos hablar

luego?

—Claro. Eh… Esta tarde secretaría está cerrada, abren por las mañanas de ocho a una. —Su cuerpo se pone tenso y ahora mira hacia otro lado.

No entiendo nada hasta que veo al jefe de estudios situarse a mi derecha.

—Ah, gracias. Adiós.

Antes de salir, les doy un último vistazo precavido. Y nuestras miradas se encuentran un segundo antes de que salga por la puerta. Me he asustado porque justo ha tenido que ser él quien nos interrumpiera. El jefe de estudios tiene muy mal carácter. Peor de lo que debería estar permitido. Pero Bruno también se ha puesto nervioso, y en realidad, no estábamos haciendo nada malo, solo hablar. Entonces, ¿por qué me he puesto así? ¿Por qué él se ha puesto así?

Me acerco al grupo de clase donde están comentando los exámenes, pero no participo en la conversación. Mi mente viaja a Bruno. Él tampoco cree conveniente hablar de aspectos personales dentro del instituto. Lo cierto es que no es correcto tener relación más allá de lo profesional. Le podría acarrear problemas, y no quiero eso. Pero tampoco estábamos haciendo algo prohibido, creo que lo prohibido somos nosotros mismos, juntos. Porque lo nuestro ya no es una relación cordial, ni una amistad, hay algo más… Algo que ya no está solo en mi imaginación, es algo real.

Minutos más tarde se unen al grupo Blanca y Elena con cara de pocos amigos.

—¿No os ha ido bien?

—Bueno, a mí no muy bien, pero creo que un suficiente sacaré, o eso espero —responde Elena.

—Pues a mí me ha ido como el culo. Agradecería sacar un tres —resopla Blanca mientras se apoya en la pared y saca el móvil.

—Tías, ¿nos acercamos a los chicos? —pregunta Elena señalando con la cabeza a un grupo.

—Id vosotras, yo me quedo con Blanca.

Una mirada es suficiente para entendernos, y Elena y Paula se alejan camino al otro grupo. Me apoyo en la pared junto a mi mejor amiga, e intento animarla.

—No pasa nada, siempre puedes recuperar. Ya lo has hecho otras veces.

—Sí, eso espero.

Le cuento las novedades sobre mi nuevo trabajo para distraerla. Hablamos durante un rato en el que le describo mis miedos e inseguridades, el terror que me provoca tener que mudarnos y la situación familiar que estamos pasando, pero ella me muestra su apoyo y confianza en mí.

—No te hundas, Julia. Ya verás que al trabajo te acostumbrarás rápido. Seguro que con ese dinero ayudarás mucho a tu padre, y piensa que igual si tu hermano consigue trabajo pronto y tu padre también, no hace falta que os mudéis.

—Es que no es tan fácil conseguir trabajo, yo no sé ni como lo he hecho.

—Pues lo has hecho porque lo has buscado y has pasado una entrevista que has hecho bien, no se te ocurra ponerte de menos y decir que ha sido suerte porque te pego.

—No hace falta que me pegues. —Sonrío—. No quiero mudarme lejos, ¿y si tengo que cambiar de instituto? ¿o ir a otra universidad? ¿Y si no entro en la universidad porque no la puedo pagar?

Blanca me coge del brazo.

—Deja de decir locuras de una puta vez, ¿vale? No te vas a ir del instituto, vamos a graduarnos juntas y luego vamos a ir a la universidad juntas. Si yo puedo aprobar Inglés, tú puedes sacar la mejor nota para ir a la carrera con todo pagado. ¿*Capisci*?

—*Capisci*. —Sonrío. Y me siento más tranquila de haber hablado de esto con ella.

Blanca apoya la cabeza en mi hombro, y yo en la pared. Ella se distrae mandando mensajes con el móvil. Me quedo mirando la puerta del colegio. No puedo ver a Bruno, pero me imagino que seguirá en recepción, o en el taller. Antes ha aceptado hablar conmigo a solas, lo que no sé es cuándo podremos hacerlo. Ladeo la cabeza tratando de deshacerme de esos pensamientos, y miro a mi amiga, que está muy callada y sonriente perdida en la pantalla de su móvil. Estoy segura de que podría caer una bomba ahora mismo, y no se enteraría de nada. Bajo la vista a la pantalla. Se escribe con alguien por mensajes directos de Instagram, pero no sé quién es. No reconozco su nombre de usuario ni su foto, tampoco me ha hablado de alguien nuevo. Cuando voy a preguntarle por su repentino cambio de humor gracias a ese misterioso usuario, algo me distrae.

Es Bruno. Con un movimiento de cabeza señala la puerta por la que acaba de salir. Y de repente deja de ser invierno. El calor trepa hasta mis mejillas. ¿Me está hablando a mí? Miro a mi alrededor para comprobarlo. Cuando nuestros ojos se vuelven a encontrar lo confirmo. Las señales son para mí. Asiento con un leve movimiento de cabeza, y lo veo entrar por la misma puerta que ha señalado: la de los baños.

—Oye, tía, voy un momento al baño.

—Vale, yo me voy ya, que todavía no he estudiado nada del examen de mañana.

Nos damos un abrazo de despedida y entro en el instituto. Camino nerviosa hasta la puerta y cojo aire antes de entrar. En ese pequeño cubículo que separa el patio interior de recepción, casi nos besamos. Trago saliva. Cuando abro la puerta, veo una figura de hombre que nunca podría confundir. Cierro tras de mí, y Bruno se acerca tanto, que pienso que me va a coger en brazos o algo por el estilo. Por el contrario, se encarga de ponerle el seguro a la puerta antes de mirarme a los ojos.

—Por si acaso. No quiero tener que dar explicaciones.

Lo miro con expectativa. ¿A qué se refiere? Vuelvo a aclararme la garganta sin saber qué responder. Él, como siempre, sonríe.

—Acá tenés mi número. —Me da un papelito color crema con varios números escritos—. Podemos hablar, pero no aquí en el instituto.

—Claro… Gracias —respondo perpleja por tener su número de teléfono entre mis manos. Lo guardo en el bolsillo de mi vaquero para asegurarme de no perderlo.

—¿Cuándo empiezas en la tienda?

—No lo sé, mañana voy para firmar el contrato.

—Está bien. Cuando lo sepas, me hablas.

—Sí. Lo haré.

Ambos sonreímos. Es más íntimo tener el número móvil de una persona que hablar a través de una red social.

Unos golpes en la puerta me hacen reaccionar y dar un pequeño salto del susto. Miro a Bruno con cara de circunstancias, y él me señala el cubículo del baño. Entro sin decir palabra y escucho cómo abre la puerta y un grupo de chicas entran. El argentino explica que ya pueden usar el servicio, y lo siguiente que escucho es la conversación de las niñas sobre una serie de Disney. Cuando se marchan, añado el nuevo contacto de teléfono con una sonrisa tonta en la cara.

Al día siguiente, tras acabar de dar los últimos detalles a mi bodegón, termino oficialmente los exámenes. El último era de Dibujo, un poco más relajante que los demás. Por fin puedo respirar y dejar que toda la tranquilidad que no he tenido durante esta estresante semana, invada cada rincón de mi cuerpo.

Salimos de clase pronto y mis amigas y yo decidimos aprovechar el día para dar una vuelta por la playa. Está nublado, pero no nos importa, solo queremos evadirnos un poco de estos últimos días y celebrar el fin de los exámenes.

El mar está gris al igual que el cielo. Hace mucho viento y la marea es brutal, hay unas olas enormes. Me paro junto a Blanca un momento para grabar el espectacular paisaje mientras que Elena y Paula siguen caminando por el paseo. Sin darnos cuenta, una gran ola rompe contra el muro y nos empapa por completo. Gritamos alejándonos lo máximo posible, y las risas de nuestras amigas llegan hasta nuestros oídos.

—Me he empapado —dice Blanca mirándose el pantalón oscurecido por el agua. Se quita la bufanda que ahora está igual de mojada que su pelo.

—Eh tía, mírame a mí —digo señalando toda mi ropa. En comparación, ella apenas se ha mojado. Me seco la cara con el pañuelo que me ofrecen, y después el móvil.

—¿Es que no lo habéis visto venir? —ríe Paula.

—Pues obviamente no.

—Es que no se veía —argumento.

—Nosotras lo hemos visto desde allí. ¿Pero qué hacíais paradas? —Elena se acerca a nosotras.

—Grabar.

—¿Está grabado? ¡Eso es épico, lo queremos ver! —exclama.

—Está bien, pero vámonos de aquí.

Entramos en un bar para resguardarnos del viento helado. Aunque sea una situación graciosa para ellas, nosotras somos las que nos estamos congelando, pero las risas nos hacen entrar poco a poco en calor.

—¿Queréis iros a casa para cambiaros?

—Sí, pero cuando pare un poco el viento, que nos congelamos.

Reproduzco el vídeo en mi móvil y Paula ríe a más no poder, mientras Blanca y yo tratamos de secar nuestra ropa acercándonos a una estufa que nos devuelve el calor al cuerpo.

—Alex me ha pedido que quedemos este fin de semana —anuncia Elena de repente.

Las tres la miramos sorprendidas.

Alex es el chico con el que se morreó en la discoteca el día de su cumpleaños. El mismo del que lleva enamorada desde que empezamos primero de bachiller. Siempre se habían llevado bien, y este último año empezaron a hablar más a menudo, se les veía más cariñosos. Ahora no se separan, y ya entendemos por qué.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad? Hay que hacerse de rogar —dice Blanca haciendo un gesto de suficiencia moviendo su pelo rubio hacia atrás.

—Claro que no. ¡Tienes que aceptar y aprovechar el momento ahora que puedes! —alega Paula dándole unas palmadas a Elena.

—Pues la verdad es que todavía no le he contestado. No sé qué hacer.

—¿Por qué? Si siempre te ha gustado, y tú nunca te achantas con los chicos.

—Precisamente por eso, porque nunca he tenido una relación de verdad, algo serio. Y no quiero cagarla con él porque me gusta mucho.

—Para eso lo mejor es ir despacio y tantear un poquito. Si te dice que quiere ser tu novio ya, sin más, no tiene tanta gracia.

—Ay, Blanca, no me estás entendiendo. No quiero jugar con él. Me importa de verdad.

—¿A ver, tú que quieres hacer? —pregunto.

—Pues… eso, quiero salir con él.

—Entonces haz lo que quieras, lo que sientas. Tal vez te quiere pedir salir más en serio. —Sonrío tratando de animarla.

—Sí, tía. Haz lo que quieras, no tengas miedo. ¿Y si luego es tarde? Hic et nunc, ¿recuerdas? —Paula señala el tatuaje de Elena.

—Bueno, pues *hic et nunc* y *carpe diem* —añade Blanca, y todas reímos.

A Elena se la ve muy emocionada y más segura ahora que ha compartido sus dudas con nosotras. Parece que se ha cansado de tener rollos y quiere una

relación estable. Alex es un buen chico, divertido y simpático. Siempre nos hace reír. Es el indicado para Elena.

Entre confesiones, pienso en contar mi relación con Bruno. Siempre nos lo contamos todo, siempre estamos las unas para las otras. Ayer les di las noticias sobre mi nuevo trabajo, esta tarde tengo una reunión con mi jefa para firmar el contrato, y se alegraron mucho por mí. Les pude contar mis miedos e ilusiones sin problema. En cambio, cuando se trata de él, todo cambia. No he sido capaz de contarles que hablo con Bruno de vez en cuando, que tengo su número de teléfono, y que estuvimos a punto de besarnos. Y no me gusta ocultarles nada, menos cuando es algo tan importante para mí. Pero he preferido mantenerlo en secreto porque no me siento segura, siempre necesito tenerlo todo bajo control y con él nada es así. Sigo pensando que es imposible, que en realidad solo me ve como a una alumna del instituto donde trabaja, y que todo está en mi imaginación.

Pero ahora es el momento oportuno, necesito que ellas me ayuden a diferenciar un poco lo real de lo imaginario. Comienzo sacando el tema con cuidado mientras hablamos de Alex y otros chicos, preparando el terreno para no soltarlo de sopetón y sorprenderlas. Lo menciono de vez en cuando, hablo de su físico tan atractivo, de sus ojos azules como el océano, su sonrisa perfecta, y su cabello otoñal.

—Julia, creo que te haces muchas ilusiones con él. Está claro que está buenísimo, pero es como diez años mayor y trabaja en el instituto —apunta Paula.

—Ya, pero tal vez me pueda acercar más a él. Hablar con él… —Intento reencaminar la conversación, pero Blanca me interrumpe.

—¿Lo dices en serio? Sí, nos saluda cada vez que nos ve, pero no vas a llegar a más. Lo hace por cortesía y punto.

Su tono de voz cortante me descoloca un poco, pero vuelvo a intentarlo.

—Bueno, tal vez sí, no sé. Pero una vez me lo encontré en el baño y…

—¿Y qué? ¿Te abrió la puerta? ¿Te dijo que el váter no funcionaba? Tía, eso no es hablar, no significa nada. ¡Tú ni en sueños podrías ligar con un hombre así!

Sus palabras me dejan sin habla. Se clavan en mi corazón como balas a cientos de kilómetros por hora. Le ha salido tan natural que dudo que se haya dado cuenta del daño que me acaba de hacer. ¿Es esa la opinión que Blanca, mi mejor amiga, tiene de mí?

Un silencio incómodo se crea a nuestro alrededor mientras mastico las palabras hirientes de Blanca.

—¿Sabes qué? —Callo durante varios segundos buscando el arrepentimiento en sus ojos claros. Intento meditar la respuesta, pero no puedo, sus palabras resuenan en mi cabeza y duelen—. Que te den.

Recojo mi mochila y chaqueta, y me levanto ante la atónita mirada de las chicas. Dejo el dinero de mi refresco sobre la mesa, y salgo sin decir ni una palabra más.

No puedo creer que me ataque así. Ella me conoce y sabe lo mucho que dudo a veces de mí misma y lo insegura que puedo llegar a ser. Yo no soy tan extrovertida como ellas, a mí me cuesta abrirme y contar mis sentimientos. A Elena le llega un mensaje del chico que le gusta y nos lo cuenta enseguida, nos confiesa sus sentimientos sin ningún temor y sigue con su vida. Yo no. Yo puedo tardar mucho tiempo desde que me pasa algo que es importante e íntimo para mí, hasta que lo comparto. Aunque tenga confianza me cuesta porque me resulta difícil dejar entrar a alguien en mi mente y mis sentimientos.

Tal vez debería haber seguido mi instinto y no decir nada. Que sea un secreto solo entre nosotros, porque a veces el amor más intenso se oculta detrás del silencio más profundo.

—¡Tía! No te vayas así. —Elena corre tras de mí—. Sabes que Blanca no quería decir eso…

—Claro que quería —la interrumpo—. Bueno, mejor dicho, no quería, pero es lo que piensa. Y le ha salido de dentro.

Ignoro el frío que se cala en mis huesos mientras me dirijo a la parada del bus. El viento helado es como un cuchillo sobre mi piel, pero me duelen más las palabras de Blanca.

—Vamos, no os peleéis por un tío, no vale la pena.

—No es por él. Es porque me acaba de demostrar lo que piensa de mí. No necesito una supuesta amiga que piensa que no soy lo suficiente buena, guapa o abierta para ligar con un chico o cualquier otra cosa.

El autobús frena ante nosotras en ese mismo momento, y haciendo caso omiso a las llamadas insistentes de Elena, subo. Noto el móvil vibrar. Cuando me siento en la última fila veo los mensajes privados de Elena y Paula. Ninguno de Blanca. Los ignoro por completo, y con lágrimas en los ojos, veo pasar ante mí el paisaje hasta mi casa.

Después de una ducha caliente, me visto con ropa formal para ir a la reunión con Diana. No es hora para que me invadan los pensamientos negativos, pero la discusión con Blanca no para de darme vueltas a la cabeza, y a eso se le suman los nervios por firmar el contrato de mi primer trabajo donde tengo todas mis esperanzas puestas para que nos ayude a salir a flote y mi padre no tenga tantas preocupaciones encima. Noto que el pecho se me comprime al pensar en todo eso, la mudanza, la falta de dinero, mis amigas, Bruno… Siento que el mundo se me cae encima cuando más fuerte debería de ser.

Mi padre me desea suerte en un mensaje antes de llegar a la tienda. Y me tranquiliza pensar que él me apoya y tiene confianza en mí, ya me trata como una adulta. Respiro hondo y el peso que sentía en el pecho se aligera. Estoy haciendo lo correcto para ayudar a mi familia. Intento pensar que nada va tan mal como pensaba hace unos minutos, y le mando una carita sonriente. Al entrar saludo a Diana y a la chica que trabaja con ella. Con mucha amabilidad, Diana me ofrece ir a su despacho para leer el contrato con tranquilidad y

poder resolver mis dudas. Estoy nerviosa por ser mi primera vez en algo tan importante, pero ella me transmite confianza. Es algo temporal, de tres meses. Diana me explica que una vez termine, puede haber una posibilidad de renovación, pero espero que para entonces la situación en casa se haya estabilizado un poco y no tenga que preocuparme de si me renueva el contrato o no. Quiero aprender y tener experiencia, pero mi sueño es ir a la universidad, cursar la carrera de Bellas Artes y vivir de mi propio arte. Quiero centrarme en eso, y a ser posible encontrar un trabajo más enfocado a pintar o diseñar cuando termine el bachiller.

Acabo de leer el contrato y el dosier de prevención de riesgos laborales, y cuando Diana resuelve algunas de mis dudas, acabo firmando mi primer contrato laboral.

—Felicidades. Estoy segura que nos irá todo bien. Ya sabes, mañana nos vemos para las prácticas a las cinco de la tarde. Recuerda traer pantalón negro y camiseta blanca.

—Gracias. Sí, aquí estaré. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Julia.

Nos despedimos con un apretón de manos y un contrato firmado. Al salir de la tienda me hago un *selfie* sonriendo y se lo mando a mi padre.

Yo: *La secretaria ha conseguido el trabajo.* □ 🤳

12
JULIA

L

levo todo el día esquivando a mis amigas a toda costa. Sobre todo, a Blanca. Desde primera hora de la mañana he decidido sentarme en otra mesa diferente, sola. A todo el mundo le extraña no vernos juntas, incluso a los profesores. Nuestros compañeros nos preguntan por qué estamos separadas, pero no hablamos de ello. Es nuestro problema.

Paula y Elena se van turnando para estar un rato con cada una. Yo ya les he dicho que no tienen que hacerlo, que prefiero estar sola. Tratan de convencerme para unirme a ellas y hablar con Blanca para arreglar el asunto, pero me niego. Yo no soy la que tiene que disculparse. Ella es la que me ha hecho daño, y puede que no lo hiciera con maldad, pero me conoce muy bien y sabe lo mucho que me dolieron sus palabras y la manera en la que siempre le doy mil vueltas a las cosas.

Las clases se me hacen eternas. Incluso estando ausente la mayor parte del tiempo, es como si las horas no pasaran. Me repito una y otra vez que es viernes, y que una vez suene el último timbre, seré libre durante dos días. No tendré que volver a clase al día siguiente, estar sola y esquivar la mirada de Blanca a cada minuto.

Un profesor ha faltado y no ha mandado nada para hacer; todos están animados menos yo. Hablan entre ellos felices, en cambio, yo estoy sola en una esquina por voluntad propia. Lo prefiero a tener que hablar de lo que pasó y mis sentimientos, aunque me sienta marginada. Cada minuto que pasa se asemeja a una hora, y la soledad se magnifica. Sé que me lo he buscado porque Elena, Paula, Héctor y Pablo se han intentado acercar a mí y yo les he rechazado, pero no me siento nada bien. Subo la música y ajusto los auriculares a mis oídos. Odio escuchar las risas de los demás, y que se fijen en mí. Todos saben que algo nos pasa, y me siento vulnerable bajo sus miradas, pero casi lo prefiero a volver a tener otra discusión con mis amigas que nos distancie más.

Dejo de dibujar y salgo de clase sin decir nada, total no hay profesor. El sustituto nos ha dejado solos apoyándose en el argumento de que ya somos mayores y tenemos que saber comportarnos aunque no haya profesor.

En el pasillo me encuentro con un Bruno sonriente que camina en mi dirección.

—Buenas.

—Hola. —Me dirijo al baño, pero su mano rodea mi muñeca y me detiene —. ¿Estás bien?

—Sí. —Observo su mano alrededor de la mía.

—Estás seria. —La suelta mientras mira a su alrededor.

—Siempre lo estoy —respondo en un tono demasiado cortante. Sus ojos encuentran los míos y parece que me lean el alma.

—Sí, pero tus ojos no. Y hoy están tristes.

Aguanto su mirada hasta que alguien más llega y se acerca a Bruno por la espalda.

—¿Vamos? —pregunta Fernando, el otro conserje.

Le sigo sosteniendo la mirada a Bruno desafiante, sin importarme que Fernando pueda notar la tensión que hay entre los dos. Y sin decir nada, me meto en el servicio.

Odio que mi mirada diga más que mis palabras. Odio que con una mirada conozca mis sentimientos.

Le doy el cambio a una clienta que acaba de comprar un bolso y me despido de ella.

—Gracias, ad… hasta pronto.

Miro a mi compañera, Lía, que me sonríe porque sabe que estoy intentando cambiar la manía de despedirme siempre diciendo «adiós». Durante las prácticas me enseñaron que siempre hay que invitar al cliente a volver diciendo «hasta luego» o «hasta pronto».

Hoy, después de tres días de formación, empiezo oficialmente mi primer día de trabajo. Me siento más cómoda después de haber tenido unos días para aprender mis funciones: atender al cliente y cobrar, aunque también me encargo de desembalar los productos, almacenarlos, ordenar y reponer.

—Muy bien. ¿Puedes traer más bolsos de esos? Hay que reponer, creo que falta el azul y el plateado. —Me pide Lía mientras cobra a otra clienta.

El ambiente de trabajo es tranquilo. Lía y mi jefa me han recibido como una más desde el principio y me siento muy integrada en el equipo. Ambas me caen muy bien porque son muy pacientes con mi aprendizaje pero tampoco me tratan como a una niña, sino como a una adulta. Lía me ha contado que ha cambiado de carrera universitaria después del primer año de medicina, y que ahora estudia marketing. Eso me ha abierto todo un mundo, porque no solo se está pagando la carrera con su trabajo, sino que al principio se equivocó de carrera y tampoco pasó nada. Decidió cambiarse y continuar peleando por su sueño. La admiro porque es capaz de enfrentar los cambios con entereza, y eso es lo que trato de hacer yo también. Cada día es un reto para mí enfrentarme a este trabajo debido a mi timidez, pero me ayuda a perder la vergüenza de hablar con gente desconocida y a superarme cada día un poco más.

Entro al almacén buscando el bolso que acabo de vender, y coloco los

mismos modelos en varios colores, en la estantería donde estaba el anterior. Diana llega a su turno y nos saluda antes de ir al almacén a dejar sus cosas. Ahora acaba el turno de mi compañera, y mi jefa se va a quedar para explicarme cómo cerrar el local.

Mientras ordeno los bolsos de las baldas, Lía se acerca a mí.

—Madre mía, ¿tú has visto al chico que acaba de entrar? Está para comérselo. —Lía siempre comenta cosas sobre los chicos guapos que pasan por la tienda, y me hace mucha gracia—. Bueno te lo dejo para ti, me voy a casa. Hasta mañana.

—Qué amable. Hasta mañana.

Al volver detrás del mostrador me encuentro con el chico guapo, y es más que guapo. Es Bruno. Sus ojos azules y su sonrisa me reciben. Desde aquel momento intenso en el pasillo del instituto no hemos vuelto a hablar. En varias ocasiones me sentí tentada a enviarle un mensaje a su número de teléfono, pero al final terminaba borrándolo, arrepentida.

Y aquí está ahora.

—Hola, ¿qué tal te va en tu primer día?

—Hola, de momento bien.

Nos quedamos mirándonos a los ojos fijamente, sin hablar. Es de noche y la luz tenue de las farolas de la calle se refleja en la mitad de su cara, la otra mitad la ilumina la cálida luz del local. Pero es la luz celeste de sus ojos la que alumbra la distancia entre los dos y me llena de ilusión ahora mismo.

—¡Bruno, hola! —Diana y él se abrazan.

Mientras ellos charlan, me esfuerzo por no recrearme en su mirada. Atiendo a los clientes con toda la amabilidad posible y una sonrisa en el rostro. En alguna ocasión le miro de reojo y me sonrojo al darme cuenta de que él también me está mirando.

Justo ahora que está él delante es cuando más trabajo tengo, que requiere toda mi atención. Mucha gente comienza a entrar y necesito la ayuda de Diana en algunas cosas que todavía no controlo por completo, como la devolución con el datáfono. No es difícil, pero lo he hecho muy pocas veces y se me olvidan algunos pasos.

Acabo obviando la presencia de mi amor platónico para concentrarme al máximo en absorber la información de Diana y despachar a los clientes que quedan en la tienda. Termino de atender al último cliente y es entonces que me doy cuenta de que Bruno sigue en la tienda. Miro la hora en la pantalla de la caja. Ya casi es la hora de cerrar y no quedan más clientes aparte de él. Voy recogiendo y organizando algunas cosas mientras Diana y Bruno hablan en una esquina y ella coloca los productos mal situados.

Con disimulo, los observo. Están riendo como amigos de toda la vida. Me gustaría poder ser su amiga también. Me gustaría ser más que eso, pero me conformaría con poder conocerle, reír y pasar tiempo con él.

Suspiro recordando las palabras de Blanca: «Ni en sueños podrías ligar con un hombre así». Esas palabras resuenan en mi cabeza día tras día,

clavándose cada vez con mayor profundidad. Me están afectando más de lo normal. No puedo permitir que me dañe y baje todavía más mi autoestima. Ella se piensa que soy muy ingenua, pero Bruno está delante de mí en estos momentos, y no sé si él pensará lo mismo de mí. Estoy muy confundida, porque por una parte quiero pensar que no es tan solo un amor platónico, y por otra parte me siento como una tonta a la que Blanca ha hecho bajar de la nube de un sopetón.

—Julia, ya te puedes ir. Yo aún tengo que hacer varias cosas; cuentas y demás, me llevará mucho tiempo.

—Puedo ayudarte.

—No, no hace falta, tranquila, pero gracias. Otro día que no tenga que hacer tantos pendientes te enseño a cerrar la caja y demás.

—Vale, voy a por mis cosas. —Entro en el almacén y me coloco mi sudadera negra junto con la chaqueta de cuero. Recojo mi pequeña mochila y salgo.

—Yo también me voy. Te dejo trabajar —dice Bruno dirigiéndose a Diana.

—Está bien. Ya nos vemos otro día. —Diana le da dos besos—. Hasta el lunes, Julia. Buen fin de semana.

—Igualmente. Hasta el lunes. —Salgo de la tienda después de Bruno y nos dirigimos hacia la izquierda a la vez.

—Te he visto muy bien atendiendo y cobrando.

—Gracias, cada día me manejo un poco mejor. —Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me alegra escuchar eso. ¿Vas a casa? —pregunta parándose bajo una farola.

—Sí.

—¿Querés que te lleve?

Su propuesta me deja descolocada. No esperaba algo así, sobre todo porque no pueden vernos juntos fuera del centro. Dudo mientras se aproxima a una moto cercana a nosotros.

—¿Es tuya?

—Sí. —Sonríe con orgullo—. ¿Te gusta?

—¡Es una Harley! ¿Cómo no me va a gustar? Es una pasada. —Me acerco a la moto mientras sus ojos me miran divertidos. No puedo evitar la euforia. Siempre me han encantado las motos, y quiero sacarme el carné en cuanto pueda.

—Ya veo, nunca nadie ha mostrado tanta emoción por mi moto.

—Me encantan las motos, mi padre también tiene una y desde pequeña me ha llevado en ella.

—Yo también montaba con mi padre de pequeño. ¿Entonces, te llevo?

Asiento con emoción, y me pongo el casco que me ofrece. Deja que me monte yo primero, y luego sube él.

Arranca, y después de mucho tiempo sin subirme en una moto, vuelvo a

notar esa sensación de libertad que tanto me apasiona. El aire choca contra mi cara y cierro los ojos para apreciar el momento al máximo. El viento, la adrenalina, él.

Paso mis brazos por su cintura sin pensar. En otras condiciones no lo haría. Hace tiempo que no me agarro a alguien subida en una moto, estoy acostumbrada a ir libre, o agarrada a la chaqueta de mi padre o de mi hermano, pero quiero aprovechar el instante junto a él. Es la excusa perfecta para juntar nuestros cuerpos, para volver a sentirle cerca, aspirar su aroma y rodearme de su calor. Respiro hondo impregnándome de su esencia. Apoyo la cara contra su espalda y mis brazos rodean su fuerte abdomen.

Las palabras de Blanca surgen en mi cabeza una vez más, tocándome el alma y bajando mi autoestima. ¿Qué estoy haciendo?

Paramos en un semáforo en rojo y empiezo a sentirme idiota por hacer lo que estoy haciendo. Seguro que se siente incómodo. Suelto el agarre, pero su mano coge la mía justo en ese momento, acariciándola, dándome calor. Los latidos de mi corazón aumentan a cada segundo que pasa su piel en contacto con la mía. El semáforo se pone en verde y él se asegura de que no le suelte dejando mi mano sobre la otra. Una vez en marcha, gira la cabeza hacia mí para que pueda oírle.

—¿Querés dar una vuelta primero? Tu casa está cerca.

—Sí.

Paseamos por la ciudad en moto. Nos mostramos ante el mundo, pero sin dejarnos ver. Somos el secreto más evidente, tan de dos y tan de nadie, tan furtivo y murmurado. O así lo siento yo.

Aparca delante de un edifico blanco con grandes cristaleras, pero no puedo ver qué hay en su interior, está muy oscuro. Nos bajamos de la moto y me quito el casco, pero no reconozco el lugar.

—¿Dónde estamos? —pregunto mientras él le pone el candado a la moto.

—Es una sorpresa, ahora verás. —Coge mi casco y me ofrece la mano.

Le miro con sorpresa e ilusión. Observo su mano abierta para mí y la agarro sin dudar. Al instante una descarga eléctrica recorre mi cuerpo y acaba produciéndome un cosquilleo en el estómago. Es la primera vez que nos cogemos de las manos y quiero seguir haciéndolo toda la vida.

Rodeamos el edificio hasta llegar a una puerta metálica. Bruno me suelta para sacar un juego de llaves y abrirla. Me pregunto qué habrá detrás de la misteriosa puerta. Vuelve a cogerme la mano y nos adentramos en el local. Le aprieto la mano. Está a oscuras y no puedo ver por dónde piso.

—Sígueme, ya llegamos.

Voy detrás de él hasta que entramos a una sala y enciende la luz. Las bombillas se encienden poco a poco, mostrando una habitación bastante espaciosa, blanca y deshabitada. La decoración es la protagonista. Todas las paredes están cubiertas por unas preciosas fotografías enmarcadas.

—Es la galería de un amigo, la exposición es suya.

Me quedo observando las imágenes, boquiabierta. Son de una gran calidad

y están todas en blanco y negro, a excepción de una que es la que más llama mi atención: dos manos, una de hombre y otra de mujer, cogiendo una manzana roja como la sangre. El fondo, completamente negro, contrasta a la perfección con las dos manos que sostienen la manzana como si esta las uniera. Me acerco para observarla mejor.

—Pensé que te gustaría verla.

—Me encanta —respondo saliendo de un pequeño trance—. Esta foto es preciosa… muy potente.

—Se titula *Amor Prohibido*.

—Bonito nombre.

Recorro la estancia apreciando las demás fotografías. Todas representan las acciones de una pareja: un beso en la frente, un abrazo desde atrás, una boca mordiendo los labios del otro, una espalda rodeada por unas manos de mujer… Todas muy detallistas, y llenas de emociones que traspasan el papel.

—Son muy bonitas, ¿está la exposición abierta al público?

—Sí, pero durante poco tiempo.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto dándome cuenta de que me está observando desde la distancia.

—Porque pensé que te gustaría, a ti te gusta el arte. Pensé que te haría feliz —explica acercándose a mí.

Nos quedamos frente a mi fotografía favorita, la de la manzana, mirándonos a los ojos. ¿Feliz? Esa palabra me ha calado hondo. Quiere hacerme feliz.

—¿Piensas que no soy feliz?

—Pienso que ahora no vives un momento muy feliz. El otro día te vi triste, te lo dije. —Cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra. Me pone nerviosa, no estoy acostumbrada a hablar de mis sentimientos, pero él continúa—: Ahora te he visto sonreír, solo quiero eso.

Noto mis mejillas arder cada instante más. Me paso la mano por la nuca intentando ocultar una sonrisa y vuelvo a mirar la fotografía.

—Me gustaría conocer a tu amigo.

—A mí también me gustaría que lo conocieras.

—¿Por qué me has traído ahora? De noche.

—Porque de día es imposible. No nos pueden ver juntos, podríamos encontrarnos a alguien del instituto y pensarían otra cosa.

Me pregunto qué es esa «otra cosa» a la que se refiere, porque si es lo que pienso yo, ojalá fuera esa la realidad. Pero me importa más lo que piensa él, si lo desea tanto como yo. No está prohibido que nos vean juntos por la calle, ni que tengamos cierta amistad. ¿Entonces qué es lo que tanto le preocupa que la gente vea en nosotros? ¿Una relación íntima? Miro al suelo. ¿Querrá él una relación más allá de la amistad?

Tras unos segundos de silencio, Bruno me vuelve a ofrecer la mano para salir. Miro por última vez las bonitas fotografías y salimos del local para volver a montarnos en la moto.

El resto del trayecto lo paso agarrada a él. Con los brazos alrededor de su cintura y mis manos entrelazadas, observo el bonito paisaje de Valencia y saboreo la sensación de libertad y el cosquilleo que me provoca viajar en moto con él. Aparca en una de las esquinas de mi calle para no ser vistos, bajo de la moto y le devuelvo el casco.

—Gracias por traerme.

—Ha sido un placer.

Sonrío mientras lo observo bajar de la moto y quitarse el casco. Es una escena digna de una película de Hollywood donde el protagonista, irresistible, hace su introducción épica a cámara lenta. Muerdo mi labio inferior en un intento de que no se me caiga la baba. Él me mira con brillo en los ojos, ahora de color zafiro debido a la oscuridad.

—Lamento no poder acompañarte al portal, no…

—No deberíamos estar juntos fuera del horario escolar —completo la frase por él—. Lo sé. Está prohibido.

—Sí. —Se acerca más a mí quedando a escasos centímetros. Una sonrisa ladeada se dibuja en sus labios—. Lo prohibido es lo que más nos atrae.

Me quedo sin palabras. Me roba el aliento. Fijo la vista en sus labios carnosos y definidos. Su boca representa la manzana prohibida a la que quiero sucumbir, mordiéndola, haciéndola mía como hizo Eva en el paraíso. La tentación es muy fuerte, y Bruno, muy apetecible. La imagen de la fotografía que acabamos de admirar vuelve a mi mente.

—Ni te imaginas —susurro mientras nuestras bocas se acercan peligrosamente.

Durante unos segundos me olvido del mundo, de quiénes somos y de cualquier cosa que no nos implique a nosotros dos, nuestras bocas y el sonido de nuestras respiraciones agitadas.

Cuando estoy a punto de alcanzar esa manzana prohibida, el sonido de unas voces cercanas a nosotros me hace caer de bruces contra la realidad. Bruno gira la cara para acabar dándome un beso corto en la mejilla. Un beso que me quema la piel y convierte en cenizas el momento con el que tantas veces había soñado.

—Buenas noches, Julia —susurra apartándose de mí. Se pone el casco para ocultar su rostro del grupo de personas que ahora pasa por nuestro lado.

—Buenas noches —susurro aún en las nubes—. Por cierto, sí que me has hecho feliz.

Le sonrío por última vez, y, aunque no puedo ver su rostro debido a la visera del casco, juraría que él también sonríe.

Me dejo llevar por el viento hasta mi casa, sin ser consciente de nada más. Giro la llave dentro de la cerradura y antes de entrar en el portal, observo su moto desaparecer en la oscuridad de la noche.

13
BRUNO

No pensé. No puedo pensar. No puedo.

Porque su boca es tentadora.

Sus ojos me reclaman.

Su voz es como una cuerda que me ata las manos y me arrastra hacia ella.

Es prohibida, pero también es anhelo.

Me ha encantado llevarla a la exposición. Ver a Julia admirar las fotografías que había hecho años atrás cuando llegué a Valencia, me gusta. Es la primera exposición que hago. Después de que Rodrigo insistiera durante varios años, me he decidido. Y ella es la chispa que hizo que me atreviera. Porque en sus ojos veo la ilusión. La misma que yo tenía cuando empecé con la fotografía y la guitarra. Esa emoción por crear, por expresarme y mostrarme al mundo.

Quería verla sonreír, y lo he conseguido.

La obra que más la cautivó fue la de la manzana roja, como ella. Rojo. Desprende fuerza, pasión, éxito, e intensidad. Al menos esa fue mi impresión al verla delante de la obra. Se notaba el brillo de sus ojos al admirar el arte. Es evidente que eso es lo que más le gusta, y mientras hablábamos de ello se comportaba de una manera diferente, menos tímida. La observé mucho mientras ella admiraba las fotografías, porque estaba más evadida y no se daba cuenta. No se escondía detrás de sus amigas ni de su cabello. Y pude ver mucho más que a la chica tímida y callada del instituto. Vi a una chica apasionada y con ganas de hacer arte y vivir el arte sin miedos ni cohibiciones. Quería saber más de ella, y de esa faceta que no se veía tan bien a primera vista.

Mientras la miraba parada frente a su fotografía favorita, pensé que yo quería ser esa fruta prohibida y probar un bocado de sus deliciosos labios.

14
JULIA

Trazo líneas sin una imagen como referente. Solo me dejo llevar. Cierro los ojos, dejo de pensar, y esbozo sobre el papel de alto gramaje. No necesito nada más para dibujarlo a él. Me sé sus facciones de memoria. Cada detalle. La mandíbula angulosa. La cicatriz casi imperceptible en el arco de su ceja izquierda. Los pómulos marcados, y las líneas de expresión de sus ojos y la boca. Las de la frente que matizan el paso de los años.

Baño las cerdas del pincel en la acuarela, y le doy color a sus ojos. Cian mezclado con blanco para hacer un azul celeste. Luego, un poco de ocre para su cabello otoñal. Y es él. En papel y acuarela. Aunque ningún retrato pueda asemejarse a la obra de arte que es él como persona, es lo más cercano a tenerlo junto a mí.

Alguien golpea la puerta antes de abrir. Con unos cuantos folios, trato de esconder el dibujo que acabo de hacer.

—Me tengo que ir, te he dejado el desayuno preparado —dice mi padre. Su aspecto ha cambiado, la barba lo hace ver más mayor, y eso me preocupa.

Él siempre se arregla mucho. Siempre va afeitado y bien vestido, solo una vez lo vi como ahora… Cuando mi madre y él decidieron divorciarse. Entonces noté que se descuidó, pero al poco tiempo volvió a su aspecto normal, no sé si debido al trabajo o a que ya no estaba tan dolido. No quiero que esa época vuelva, ni que los problemas económicos que tenemos le agobien tanto hasta el punto de ahogarle. Le doy las gracias y una sonrisa antes de que se vaya. Cuando escucho la puerta cerrarse, vuelvo a evadirme de la realidad pintando. Después de verlo así y recordar el día en que nos dijeron que se divorciaban, ha vuelto esa sensación de compresión en el pecho, y lo único que la aligera es pintar sin pensar. Champón pasea por el escritorio y menea su cola peluda delante de mi cara, pero nada me puede sacar del mundo lleno de pintura en el que me acabo de sumergir.

Unas horas después, la luz del móvil capta mi atención al salir de la ducha. Es Elena. Quiere que vaya a su casa para hacer una maratón de capítulos de la serie que estamos viendo ahora. Intenta convencerme de que Blanca no va a ir, pero lo dudo. Me gustaría verlas, pero intuyo lo que traman. Es obvio que quieren hacer una encerrona para que hablemos. Las conozco muy bien y sé que harían cualquier cosa para que Blanca y yo arreglemos nuestros asuntos, pero me hizo mucho daño y no sé si estoy preparada para dejarlo ir.

Sus palabras me hicieron sentir que no era suficiente para ella, e incluso para el resto, en mi grupo de amigas. Pero sé que no es cierto. Sé lo que valgo,

aunque sea tímida y no lo muestre, y realmente sé que lo que puedo hacer para borrar esas palabras de mi mente y que desaparezcan por completo sin hacer más daño, es presentarme allí y aclarar las cosas. Tampoco voy a dejar a mis otras amigas de lado por haberme peleado con una.

Después de comer, salgo hacia la parada de autobús para ir a casa de Elena. En media hora estoy en la puerta de su casa esperando a que me abra.

—Miau —dice al verme y me abraza. Una sonrisa se dibuja en mis labios —. Estás muy guapa. Pasa. Mis padres no están, así que tenemos la casa libre.

—Hola, Elena. Gracias, tu pijama tampoco está nada mal.

Reímos mientras dejo el abrigo en el recibidor y nos dirigimos al salón. Temo encontrar a Blanca y generar un momento incómodo, pero no es así. En el salón solo está Paula comiendo unas palomitas. Han apartado todos los muebles y en su lugar han puesto cojines y mantas sobre la alfombra central.

—¡Maratón de series! —grita Paula con emoción dándole palmadas al cojín de al lado.

Me siento junto a ella, y me ofrece un refresco y un bol con palomitas.

Elena entra con una bandeja de tortitas y las deja sobre la alfombra.

—No las habrás hecho tú, ¿verdad? Porque la última vez casi vomitamos. —Miro el plato, aunque tienen buena pinta.

—Las he hecho yo —dice una voz familiar.

Es Blanca, que ha llegado a mi lado. Tiene un bote de nata entre las manos.

La miro sin saber qué decir. Pensaba que no estaba aquí porque no he visto sus cosas.

—La he traído porque sé que no te gusta el chocolate, y estas dos solo comen eso. —Se sienta a mi lado agitando el bote de nata.

—Porque está muy bueno. —Oigo que dice Elena en su defensa mientras se sienta al otro lado de Blanca.

Sigo callada sin saber qué decir, y un silencio incómodo se instala entre nosotras por varios segundos.

—Lo siento. Siento haberte hablado así, no quería hacerte daño. Lo dije sin pensar —Ante mi silencio y expresión estoica, ella continúa—: Vamos, te pido perdón. Ni siquiera pienso lo que dije.

—Me hiciste daño, Blanca. Sabes lo que me cuesta contar mis cosas, y me atacaste.

—Ya, bueno, en realidad solo es un amor platónico… —Cuando percibe la mirada que le echo, se arrepiente—. Vale, no. No es "solo" eso. Ay, lo siento, joder. No quería atacarte. A veces soy muy directa y hablo sin pensar, pero no es por hacer daño. Tú me conoces, sabes que no te haría daño a propósito.

Elena y Paula nos miran con expectación, y yo trato de ignorarlas.

—No quiero que me vuelvas a hablar así.

—Intentaré no hacerlo. Ya te he dicho que lo hice sin darme cuenta. Si quieres, si lo hago una próxima vez, puedes pegarme para que espabile.

—Si quieres le doy yo —dice Elena dándole un puñetazo al aire. Se me escapa una sonrisa que no puedo reprimir.

—No dejes que Elena me pegue, tiene mucha fuerza. —Sonríe y me mira —. Si quieres hablarme de Fede-Ojos Océano, hablamos y te preparamos un encuentro para que ligues con él. Seguro que se fija en ti. ¿Quién no lo haría? Hasta yo lo haría. Perdóname, por favor, ¿sí? —Me ofrece el bote de nata en señal de paz.

Aunque sé que sigue tomándose a broma lo de Bruno, ya no me importa tanto, porque la echo de menos, y también echaba de menos estar todas juntas. La conozco y tengo claro que no quiso hacerme daño. Y aunque sé que el eco de sus palabras todavía me va a rondar un tiempo porque sobrepienso mucho, tampoco soy una persona rencorosa. Prefiero ser la mejor versión de mí misma. Acepto su ofrecimiento de paz cogiendo el bote de nata, y nos envolvemos en un abrazo.

—¡Bien! —exclaman las chicas uniéndose a nosotras.

—Está bien. Vale, aire. —Reímos al separarnos.

Después de la reconciliación pasamos la tarde entre dulces, palomitas, risas y amistad. Hasta ahora no era consciente de lo mucho que echaba de menos estos momentos con ellas.

El lunes por la mañana me siento muchísimo más animada. Mucho mejor conmigo misma y el resto del mundo. Me visto con mis prendas favoritas de estilo roquero, y uso el delineador rojo fuego a juego con el estilo. Esta vez me he asegurado de tener tiempo antes de ir a clase.

Cuando llego a la calle del instituto, me encuentro con Bruno en la puerta del taller.

—Buen día —saluda con una sonrisa espléndida.

—Buenos días. —Me quito los auriculares y le devuelvo la sonrisa.

—¿Hoy trabajas?

—Sí. Veo que tú también.

Su risa alegra aún más mi corazón.

—Sí. ¿A qué hora sales?

—Hoy me quedo a cerrar con Diana. ¿Vas… vas a venir? —pregunto nerviosa, deseando que la respuesta sea un sí.

—¿Te gustaría que fuese?

—Sí —respondo con sinceridad.

—Entonces iré.

Su mirada provoca que me sonroje en un tiempo récord. Nerviosa, me cambio el pelo de lado cuando escucho el timbre sonar. Es la hora de entrar.

—Entonces nos vemos luego.

—Hasta luego.

El día promete. Entro en clase y me siento donde siempre con mis amigas.

—Nena, ¡qué guapa estás! —exclama Blanca.

—Sí, tía, ¿cómo puedes hacerte el *eyeliner* tan perfecto? Te queda genial el rojo. Me tienes que enseñar, se me da fatal —dice Elena fijándose en mis ojos.

—Gracias, chicas. Claro, pero es todo cuestión de practicar, como en clase.

Toca Historia del Arte y nos reparten los exámenes ya corregidos para revisarlos y resolver dudas. Me siento orgullosa de haber sacado tan buena nota a pesar de todos los problemas que he tenido y el cambio de horario que he tenido que hacer para estudiar porque por la tarde trabajo. Eso me da un poco más de confianza en que podré sacar la mejor nota y así asegurarme una beca para la universidad. También me alegra que mis amigas han aprobado y ninguna se ha quedado atrás. Después de media clase de correcciones, la profesora pide un trabajo muy importante.

—Al final del curso haremos una exposición en el instituto celebrando el cien aniversario desde que este se fundó y abrió sus puertas. Mi propuesta es que recreéis una pintura de las que veremos durante el curso. No tenéis que copiarla, sino hacer una versión de ella. Podéis, por ejemplo, versionar una pintura del siglo XIX con el estilo de una de las vanguardias del siglo XX que estudiaremos próximamente. La exposición será para final de curso, pero os aviso ahora para que no digáis que no habéis tenido tiempo. Tendrá que ser en lienzo y con la técnica que queráis. Y además, añadir un pequeño dossier explicando qué pintura versionáis y en qué estilo.

Se empieza a generar un debate en toda la clase.

—Joder, tías, qué vergüenza, yo no quiero exponer nada —se queja Blanca.

—Ya, pero es obligatorio. ¿Tenéis alguna idea? —pregunta Paula.

Entonces, la imagen de la fotografía de las dos manos sujetando una manzana me viene a la cabeza.

—Creo que tengo algo, pero aún tenemos mucho tiempo para pensar y hacerlo —respondo antes de que la profesora dé inicio al siguiente temario.

Aprovecho el poco tiempo que tengo libre después de clase para hacer los deberes antes de dirigirme a Crystal. Es un día ajetreado, de mucho trabajo. Se nota que dentro de nada llegan las fiestas y la gente empieza ya con las compras navideñas. La tienda se llena de personas nuevas a cada minuto, pero ninguna de ellas es Bruno, y me pregunto si al final se pasará o no. Tengo ganas de verlo de nuevo.

Son las nueve de la noche y ya hemos cerrado al público. He hecho la caja y solo hace falta recoger y limpiar un poco para poder irme a casa.

—Julia, por favor, ¿puedes ir al almacén e intentar ordenarlo un poco? A ver si podemos meter todo lo que hay en esas cajas mañana. Yo mientras iré a tirar la basura.

Entro en el almacén para empezar a ordenar los bolsos. Han llegado cuatro

cajas de productos nuevos y tenemos que colocarlo todo estratégicamente para que quepa. El almacén es muy pequeño, y si no lo ordenamos bien, al final no podemos encontrar nada y se nos acumula la faena.

Me subo a un pequeño taburete y empiezo por ordenar las últimas estanterías mientras meto nuevos modelos. Escucho la puerta abrirse e imagino que será Diana buscando algún producto para reponer.

—¿Cuál necesitas? —pregunto sin mirar, sujetando un montón de bolsos que están al borde de caerse.

—Soy yo.

Giro la cabeza con brusquedad al escuchar su inconfundible acento argentino. Debido al rápido movimiento, el taburete se mueve y todo está por caerme encima, pero unas manos rodean mi cintura y me sacan del caos antes de que estalle sobre mi cabeza.

Me baja del taburete a tiempo, y chocamos con la estantería de detrás. Su cuerpo me protege del desprendimiento de bolsos que caen a nuestro lado. La distancia es casi inexistente entre nosotros, su cuerpo me aprisiona contra las baldas de la estantería y no me deja moverme. Cubro su nuca con mis manos para protegerle de cualquier cosa que le pueda caer encima, y respiro el aire de su cuello.

Una vez el estruendo termina, puedo escuchar nuestros corazones latir desbocados como si fueran uno solo. Separa la cabeza con lentitud de mi cuello, y yo hago lo mismo. Nuestras miradas, más intensas que nunca, se encuentran. Sus ojos emanan fuego y queman mis pupilas. No necesitamos palabras, nos sobra con tan solo una mirada.

Me fijo en que tiene las pupilas dilatadas, la boca medio abierta y el pelo revuelto debido al movimiento de mis manos. Su olor es sensual, embriaga mis sentidos volviéndome loca. Siento sus manos viajar desde mi cintura hasta encontrar mis mejillas. Cierro los ojos cuando acuna mi cara en su mano tan cálida como familiar. Como él. Quiero vivir dentro de esa caricia. Quiero sentirla cada día.

Al abrir los ojos sus labios están tan cerca, que casi rozan los míos. Y entonces, sucede. Nuestras bocas se buscan la una a la otra uniéndose a la perfección en un beso apasionado. Se roban el aliento. Se buscan. Se muerden. Se desean. Nuestras lenguas empiezan a bailar al mismo son. Y la sensación que invade mi cuerpo es como la de alcanzar el cielo con las manos. Por fin pruebo un bocadito de esa manzana prohibida tan deseada y anhelada. Un pedazo de Edén en mis labios. Sabe a gloria.

El caos a nuestro alrededor ya no importa, nada más importa. Solo nosotros dos.

Nos separamos con lentitud para coger aire, pero seguimos conectados por la mirada, por nuestras respiraciones agitadas y ardientes. El silencio que envuelve el pequeño terreno del paraíso que pisamos, me permite procesar el sinfín de sentimientos que produce en mí.

—Sos hermosa —declara con una voz ronca y jadeante. Los zafiros de sus

ojos me miran de un modo que me hace sonrojar.

En esta ocasión soy yo la que se lanza a probar sus dulces y tentadores labios una vez más. Esta vez el beso es más profundo y suave. Saboreo cada segundo, cada sensación. Un huracán de sentimientos vuelve a explotar en cada poro de mi piel. Me estremezco.

Y puedo leer una frase en sus labios que se tatúa en mi piel: "Fue mezclar el cielo con la vida a ras de suelo y comprender, que los edenes perdidos siempre se encuentran por casualidad".

Separamos nuestros labios lo justo para poder respirar. Cuando abro los ojos me vuelvo a encontrar con ese trozo de cielo que tiene encerrado en su iris, y que confirma que mis sueños se están haciendo realidad.

—Pensé que ya no vendrías —confieso.

—Te dije que lo haría. —Su mano vuelve a rozar mi mejilla y siento la piel arder. Me aparta el pelo de la cara con dulzura.

—¿Diana te ha dejado pasar?

—No he preguntado. Cuando entré me dijo que estabas acá y ella salió a tirar unos cartones.

Asiento incapaz de seguir hablando. Su cuerpo tan cerca del mío es algo irreal.

Me da un suave beso en los labios que me saca una nueva sonrisa.

—Sos muy hermosa, Julia —repite dedicándome una sonrisa que no puedo dejar de mirar.

Acerco mi cara a la suya para volver a besar sus labios cuando se escucha el sonido de la puerta al abrirse. Nos separamos al instante. Diana nos mira sorprendida.

—¿Qué ha pasado aquí?

Le dirijo una mirada asustada a Bruno pensando que nos ha pillado.

—E-Esto… —empiezo tartamudeando y me muerdo el labio.

—Se han caído de la balda de arriba. Escuché el ruido y entré, pero Julia está bien —se adelanta él.

Miro la montaña de bolsos que hay a nuestro lado, de la cual ya me había olvidado.

—Sí, lo siento Diana. Estaba intentando ordenarlos, pero se me cayeron.

—Está bien, no te preocupes. Estaban muy amontonados, me alegro de que estés bien. —Se acerca a nosotros y al caos que tenemos al lado.

—Ahora vuelvo a ponerlos de nuevo en su sitio. —Cojo unos cuantos bolsos del suelo, pero Diana me detiene.

—No, Julia, tú vete que ya ha acabado tu turno. Mañana nos encargaremos, que ya es muy tarde.

—Vale, lo siento, Diana.

—Nada, ¡no te preocupes! Venga, idos.

—Te acompaño a casa —dice Bruno.

Cruzamos una mirada que no necesita de palabras, y salimos por la puerta tras coger mis cosas y despedirnos de Diana.

—He traído la moto.

—Genial.

Una vez subidos en la moto, vuelvo a abrazarle por la espalda como la última vez, pero más segura que antes. Cuando llegamos a la esquina de mi calle, estoy congelada. No siento las manos y no puedo dejar de temblar. Bajamos del vehículo y le devuelvo el casco a la vez que él se quita el suyo. Al verme tiritar, me agarra las manos y las coloca sobre sus labios infundiéndome el calor que necesitaba. Ese gesto tan tierno me vuelve a sacar una sonrisa.

—Gracias.

—No las des. —Me estrecha entre sus brazos y el corazón se me dispara como una bala—. Siento que pasaras frío, ¿estás mejor así?

—Sí —respondo con sinceridad.

Meto las manos debajo de su chaqueta de cuero, y levanto la cabeza para poder mirarle a la cara. Su mirada intensa como el océano me recibe. No puedo resistir besar sus labios. Con dulzura, como si estuvieran hechos en exclusividad para mí. Él me recibe con una sonrisa que me invita a besarle otra vez, pero se adelanta. Nuestros labios se vuelven a juntar bailando con suavidad. Sus manos se aferran a mi cintura y las mías a su espalda. Otra vez el mundo se vuelve a desvanecer y solo estamos él y yo.

Jamás me había sentido así de a gusto con ninguna otra persona sin tener la necesidad de hablar porque no hay silencios incómodos entre nosotros. Solo sentimientos que se expresan con las miradas más intensas.

Vuelve a estrecharme entre sus brazos, más fuerte que antes, dándome calidez y protección. Inhalo con profundidad, grabando su aroma a canela en mi ser. Mi nuevo olor favorito.

—Joder. —Me separo con brusquedad rompiendo nuestro vínculo—. Mi hermano está viniendo hacia aquí, me tengo que ir.

Nos dedicamos una última mirada de despedida antes de que se coloque de nuevo el casco y suba a la moto. Cuando lo veo desaparecer me acerco al portal de casa.

—¿Quién era ese? ¿Tu novio? —pregunta Raúl alcanzándome.

—Era un amigo, y no te metas. —Entro en el edificio y enciendo la luz.

—Era tu novio, vale. Nos lo vas a presentar, ¿eh? ¿No quieres presentarle a sus suegros y cuñados? —Empieza a incomodarme tocándome la espalda mientras subimos las escaleras.

—Déjame, y no me toques —respondo subiendo más rápido.

—No te estoy tocando —afirma mientras sigue con sus manos en mi espalda—. ¿Cuántos años tiene? No creo que los de tu edad vayan con una Harley por la vida.

—Que no me toques —replico empezando a perder la paciencia.

Llegamos a nuestro piso y me apresuro a abrir la puerta de casa para alejarme de mi pesado e insoportable hermano.

—¿¡No me digas que tienes un *sugar daddy*!? —exclama exagerando la

voz.

—¡Ay, cállate idiota! —Entro en mi habitación y cierro la puerta para que me deje en paz. Puede llegar a ser muy insoportable y no medir sus palabras. Él no tiene idea de lo que pasa, ni debe saberlo. Aunque me molesta que diga eso. Tampoco Diana tiene que enterarse. No sé qué habría hecho si nos hubiese visto besándonos en el almacén. Necesito el trabajo, no puedo perderlo, y no sé qué pensaría ella de nuestro inesperado beso bajo el techo de su local.

Dejo mis cosas sobre el escritorio y me tumbo en la cama para mirar al techo.

No quiero darle más vueltas a algo que no ha pasado, ni que Raúl implante en mí miedos que no debería tener. Todavía estoy conociendo a Bruno, pero no lo veo como a la clase de persona que jugaría con otra. El mal humor y las dudas se van disipando poco a poco al recordar sus besos. Ha sido mágico. Irreal. Un sueño precioso convertido en realidad.

15
Bruno

A veces un momento lo cambia todo. Y ese momento para mí fue esa misma noche.

Estoy jugando con fuego, y puedo salir ardiendo. Si fuera solo yo, no me importaría, pero no quiero poner el futuro de mi familia en riesgo. No puedo dejar llevarme por los sentimientos. Pero… pero el fuego de sus labios me invita a quemarme una y otra vez. Es adictivo. Es un tirón en el estómago. Es Julia Reyes.

—Oye, Bruno, ¿estás bien? —pregunta mi compañero sacándome de mis pensamientos.

—Eh… Sí, sí, Fernando.

—Pues parece que estás en otro mundo.

—Sí, claro. Perdona. Voy a salir unos minutos a tomar aire.

—Vale, pero vuelve en cuanto toque el timbre.

Dejo la carpeta con las tareas de hoy en la mesa, y salgo por la puerta del taller a respirar. Necesito calmarme, estoy nervioso, pero entonces la veo.

—Buenos días —saluda con una sonrisa algo tímida.

—Buen día. —Sonrío. No lo puedo evitar.

Ella se acerca. Sus ojos no se despegan de los míos. Tiene una mirada fiera. Emana fuego con el maquillaje rojo que rodea sus preciosos ojos castaños. Parecen verdes a la luz del sol. Me llevan otra vez por un camino ardiente.

Me aseguro de mirar al rededor antes de agarrarle la mano y guiarla dentro del pequeño taller. La estancia está vacía, al ser primera hora todavía no han comenzado las clases. Solo estamos ella y yo en un lugar gris y oscuro, pero que para mí es radiante como ella.

—¿Tuviste algún problema ayer? —pregunto haciendo referencia al encuentro con su hermano.

—No, nada importante.

—Estás diferente —digo fijándome mejor en ella. Lleva una falda negra con unas medias y un jersey granate. Siempre lleva pantalones rotos y camisetas de bandas de rock.

—¿Eso es bueno?

—En vos todo se ve bien.

Se sonroja. Siempre se sonroja. Es el fuego de su interior.

Llevo mi mano hasta su barbilla para alzarla. Y nuestros labios se rozan pidiendo más el uno del otro. Ruegan entrar en el paraíso una vez más, pero

un sonido estruendoso lo evita: el timbre de entrada a clase. Entonces escuchamos la puerta abrirse y tenemos que escondernos detrás de una pared.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta asustada.

—Ve por aquí —susurro señalando la puerta que da al patio.

Alguien pronuncia mi nombre y no hay tiempo para despedidas. La veo marcharse a escondidas antes de volver al trabajo. ¿Qué estamos haciendo?

16
Julia

Al llegar a clase trato de disimular todo ese huracán de sentimientos y emociones que tengo dentro de mí. Es muy difícil concentrarse en una asignatura cuando mi amor prohibido está en el mismo edificio que yo, a tan solo unos cuantos metros. Intento sacarlo de mi mente y hablar con Blanca sobre otras cosas, pero está muy distraída con el móvil.

—¿Con quién hablas, tía? —pregunto.

—Nadie. —Se encoge de hombros.

—Ya, claro. ¡Pues ese «nadie» tiene toda tu atención! Venga dime quién es.

—Nadie —responde esta vez sonrojándose—. Solo un amigo.

—¿Qué amigo? Venga, cuéntamelo. —Insisto dándole codazos.

—¿Qué amigo? ¿Qué pasa? —pregunta Paula girándose hacia nosotras e interesándose por la conversación.

—Uy, ¿quién tiene un amigo? —Elena se une.

—Nadie, callad —ordena Blanca sonrojada y nerviosa.

Insistimos, pero el profesor nos llama la atención y volvemos a hacer nuestro trabajo. Blanca estaba a punto de contarlo y por un momento se me ha cruzado la idea de hablar sobre Bruno y el beso que nos dimos, pero no he tenido el valor suficiente. No soy capaz de olvidar lo que pasó la última vez que saqué el tema.

A la hora siguiente, mientras estamos en clase de Diseño, alguien golpea la puerta.

—Hola, ¿está aquí Julia Reyes? Tiene una llamada.

Una voz conocida pronuncia mi nombre y me deja helada. Todas mis amigas se me quedan mirando con una expresión mezclada entre la sorpresa y la diversión.

—Sí, ve, Julia —responde el profesor dirigiéndose a mí.

Por un momento creo que no me voy a poder levantar. Siento el cuerpo rígido y pesado. Veo a Blanca levantar las cejas y sonreírme. Giro la cabeza hacia la puerta, Bruno me está esperando. Con torpeza, me levanto del pupitre mientras escucho al profesor continuar con su explicación. Cruzo una fugaz mirada con Bruno antes de que se haga a un lado para que pueda salir. Una vez fuera, caminamos por el pasillo en silencio.

Me conduce hasta un despacho que está vacío y cierra la puerta.

—¿Se lo has contado a tus amigas? —pregunta en un tono de voz acusatorio que me deja un poco descolocada.

—¿Qué? —Le miro desconcertada y niego con la cabeza—. No.

—¿Seguro? —insiste.

—Sí, claro. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque nos han mirado como si lo supieran.

—Pues no les he dicho nada, no sé por qué han mirado así.

Claro que lo sé, porque les he contado mil veces lo mucho que me gusta. Pero ni se imaginan lo que de verdad pasa entre nosotros.

—Vale —suspira pasándose los dedos por los ojos—. Lo siento, pensé que lo sabían.

—No se lo he contado a nadie. —Doy un paso hacia él.

Se le ve cansado y me dan ganas de abrazarle. Sus ojos, ahora un poco rojos por el contacto con sus dedos, me miran igual de intensos que siempre.

—Nadie puede saberlo, lo que estamos haciendo está mal…

—No está mal —interrumpo algo herida.

—No quería decir eso, pero está prohibido. Tú eres una alumna y yo trabajo aquí… y, joder, soy mayor que tú. —Se pasa las manos por el pelo, y me da la espalda.

—Ya lo sé, pero no soy una niña. Pronto cumpliré los dieciocho, es cuestión de meses, y puedo decidir por mí misma. —Unas lágrimas repentinas acuden a mis ojos y hago lo que puedo porque desaparezcan—. Si piensas que es un error está bien, no te voy a perseguir. No soy una niñata.

Recuerdo las palabras de Blanca y me siento una idiota por haber sido tan ilusa y pensar que él vería algo más en mí que una simple chica de instituto. La inseguridad vuelve y me siento cada vez más pequeña, pero entonces se acerca a mí y me agarra las manos mirándome directamente a los ojos.

—Lo sé Julia, eres madura. No pienso que sea un error, me he expresado mal, pero estoy poniendo en riesgo muchas cosas, como mi trabajo.

—Pero… —Las palabras acuden a mi mente más rápido de lo que las puedo pronunciar—. Cuando estábamos en los baños y tenía sangre en el labio, casi nos besamos, pero después no te volví a ver en días. Como si te quisieras olvidar de que eso casi ocurrió.

—No me quería olvidar, tú te fuiste sin decir palabra y pensé que te arrepentías, que te sentías mal.

—¿Y cuando intenté besarte en el parque? Me acuerdo, no estaba tan borracha. Giraste la cara.

—Porque no me quería aprovechar de ti, habías bebido. Tal vez no mucho, pero te comportabas diferente.

—¿Entonces? —pregunto con el corazón a mil por hora. No quiero que lo nuestro se acabe antes de empezar.

Bruno me suelta las manos y vuelve a pasarse los dedos por el pelo con nerviosismo.

—Estoy poniendo mucho en riesgo. Mi trabajo es muy importante para mí.

—Yo también lo he puesto en riesgo, nos besamos en mi trabajo. Y llevo

estudiando aquí desde infantil, así que creo que los dos tenemos lo mismo que perder —argumento a mi favor, un poco enfadada.

Bruno vuelve a suspirar y el silencio se instala entre nosotros durante unos segundos que se hacen eternos. Se acerca hasta quedar a pocos centímetros de distancia, y me agarra la cara entre las manos obligándome a mirarlo a los ojos.

—Tenés una mirada fiera cuando te enfadas.

Lucho por no sonreír, pero no puedo evitarlo. Eso le provoca otra sonrisa a él, que junta con la mía en un beso. Primero es divertido, pero a medida que avanza se va volviendo más pasional. Termino chocándome con un escritorio y apoyo las manos en él. Bruno me agarra de la cintura y me sienta en este sin mayor esfuerzo. Sus manos viajan por mi espalda hasta llegar a mi nuca para enredarse en mi pelo.

Recorro su pecho fuerte con mis manos mientras una llama se enciende en mi interior y crece sin control en mi centro. Apoyo la frente sobre la suya intentando recuperar el aliento.

—Nadie puede saberlo, Julia. Somos nuestro secreto —dice con voz ronca.

Asiento y sellamos nuestro pacto con un beso de fuego.

Nos separamos a duras penas y sus ojos de un azul eléctrico me preguntan:

—¿Vas a trabajar luego?

—Sí… Digo… No —rectifico intentando aclarar las ideas en mi mente—. Le he cambiado el turno a una compañera.

—Entonces, ¿querés que nos veamos en mi apartamento?

Lo miro con los ojos muy abiertos por la sorpresa de su pregunta. ¿En su apartamento? ¿Los dos solos?

—Es solo porque allí no nos puede ver nadie, solo si querés… —dice esta vez con un tono más tímido.

—Sí, sí que quiero. —Reímos porque parece que me acaba de pedir matrimonio—. ¿Dónde vives?

—Te pasaré la ubicación al móvil. —Me da un suave beso en los labios antes de bajarme del escritorio—. Es mejor que regreses ya, llevamos mucho tiempo aquí.

Me despido con otro beso en sus dulces labios y salgo por la puerta camino a mi aula. Necesito ocultar la emoción y la pasión que se ha encendido en mi interior al aceptar su propuesta de vernos en su piso.

—¿Quién te ha llamado? —pregunta Blanca cuando me siento a su lado.

—Mi madre —miento.

—¿Por qué no te llama al móvil?

—Porque sabía que no se lo cogería en mitad de la clase.

—Pero te podía mandar un mensaje. ¿Era algo importante?

—Nada importante, solo que vaya a su casa al salir de clase para comer juntas.

—¿Y qué tal con Fede? O sea… ¿Bruno?

Me revuelvo incómoda en mi asiento, y me arreglo el pelo y la ropa como si pudiera delatarme sobre lo que acaba de pasar hace unos instantes en un solitario despacho del instituto.

—Bien, no hemos hablado mucho.

En ese momento me doy cuenta de lo fácil que es pasar de guardar un secreto, a la mentira absoluta.

17
JULIA

Me despido de mi familia como si fuera a trabajar, y mi estómago da un vuelco. Me pican las manos. No se me da bien mentir y me hace sentir fatal. Pero no puedo decir a dónde voy. La única forma de desahogarme es a través de mi diario, me basta con unas palabras escritas, y por supuesto, Champón. Mi gato es el único cómplice. El que me ve sonreír ante la pantalla del móvil, y cuando vuelvo de trabajar.

Miro la ubicación que Bruno me ha enviado, y sigo la flecha que me indica el camino para no perderme. Mi sentido de la orientación es nulo. Al llegar el autobús voy a uno de los asientos del fondo a solas con mis pensamientos. Siento cosquilleos recorrer mi columna vertebral cada vez que pienso en mi destino. Ya es algo inevitable, pero debo controlar los nervios si no quiero que estos me controlen a mí.

Observo la ciudad pasar ante mis ojos a través de las ventanillas mientras escucho *Somebody to love* de Queen. Es una tarde nublada, perfecta para traspasar la línea de lo prohibido.

Bajo en la parada que me indica el móvil. No conozco la zona así que mi dispositivo me guía. Y siete minutos andando son suficientes para llegar a mi destino. Intento fijarme en el recorrido para luego volver a casa algo más orientada. O volver algún otro día sobre mis pasos, quién sabe.

Una tienda al final de la calle me resulta familiar. Creo que Blanca vive cerca de esta zona. Esa posibilidad me pone los nervios de punta de nuevo. Si me encontrara a mi amiga tendría que inventar una buena excusa que no sonase a cuento chino.

Sigo mi camino con todos los sentidos alerta. Paro en un cruce y entonces la veo. Blanca está junto a un chico: el Príncipe.

Parpadeo unas cuentas veces para asegurarme de lo que veo. ¿Blanca con él? Todo empieza a encajar. Las infinitas conversaciones en el móvil, y las miraditas cada vez que nos cruzamos en la hora del almuerzo.

Veo cómo entran en una cafetería riendo y decido tomar otra calle para que no ser vista. Admito que me molesta que no me haya contado nada, pero tampoco soy la más indicada para reclamar su confianza.

Doy una vuelta a la manzana para esquivarles, y al fin llego al número de portal que indica mi destino. Es un edificio azul, en un barrio modesto. Me acerco a la puerta con los nervios creciendo de nuevo en mis entrañas. Ya no tengo cabeza para nada más que no sea él. Todavía no puedo creer que esté aquí. Respiro hondo antes de atreverme a tocar al timbre, y segundos después

se abre la puerta. Subo en ascensor hasta el último piso, y el nivel de tensión sube conmigo. Cierro los ojos hasta que llego a mi parada, y salgo con decisión hacia su puerta. Antes de poder tocar al timbre, la puerta se abre y la figura de Bruno aparece ante mis ojos.

Lleva una camisa blanca y un vaquero negro. Algo muy básico, pero que queda estupendamente bien en él. Aunque su mejor complemento es su inmensa sonrisa.

—Hola, pasa —saluda invitándome a entrar.

—Hola. Gracias. —Le sonrío en respuesta y entro en su pequeño apartamento.

—¿Querés algo de tomar? —pregunta acercándose a mí, y yo acepto—. ¿Agua, refresco, zumo?

—Refresco.

Lo veo dirigirse a la cocina y miro la estancia. El salón es pequeño, pero acogedor. Lo que lo divide de la cocina es una simple encimera situada entre los dos espacios. No hay muros, todo está abierto para que parezca más grande.

Me acerco al escritorio situado frente a la ventana y veo una cámara fotográfica.

—¿Es tuya? —pregunto fijándome en su gran calidad.

—Eh… sí. —Se acerca y me ofrece el refresco.

—Es buena, ¿puedo? —Hago ademán de cogerla.

—Claro. Solo es una afición.

Dejo el refresco sobre el escritorio y cojo la cámara de fotos. Observo a través de ella y apunto hacia él. Enfoco su bello rostro.

—¿Puedo hacerte una foto?

—No soy modelo. —Sonríe burlándose.

—Oh, vamos, ahora lo vas a ser.

Disparo unas cuantas veces reflejando toda su belleza en unos cuantos píxeles.

—Ahora déjame hacerte una a vos.

Le devuelvo la cámara al mismo tiempo que niego avergonzada.

—No me gustan las fotos.

—¿Por qué?

—No soy fotogénica.

—Claro que lo eres, déjame hacerte una.

—No, por favor. —Podría asegurar que estoy roja solo basándome en mi calor corporal.

—Está bien. ¿Querés que te muestre la casa? —Ofrece tratando de cambiar de tema para que me sienta mejor.

—Me encantaría. —Cojo el refresco y empezamos el tour por la casa.

Es pequeña, así que no tardamos mucho en volver otra vez al salón, que es el centro del hogar. Solo hay dos habitaciones, un baño y la cocina junto al salón. Es luminosa y cálida, decorada en tonos azules y amarillos. Puedo ver

algunas fotos familiares o con amigos en una pequeña estantería, y objetos únicos que estoy segura de que tendrán mucha historia detrás.

—Me gusta.

—¿Por qué? No tiene apenas nada.

—Por eso, porque tiene lo esencial; es pequeña y acogedora, tiene lo básico. No creo que se necesite más, además está bien decorada, tiene personalidad. No es como las típicas casas de hoy en día, decoradas con muebles de Ikea que todo el mundo tiene.

Me mira sonriente, con brillo en los ojos, como si mi respuesta le hubiese abierto un mundo nuevo, una idea nueva.

—Se nota que eres artista. Me suelen decir que es demasiado pequeña y que debería buscar algo mejor.

—A mí me gusta. El espacio no es un problema si lo usas bien, y hasta el balcón está bien usado.

Señalo con la cabeza el pequeño balcón que se sitúa tras de él. Está lleno de plantas y tiene una mesa con dos sillas de madera restauradas. La mayoría de la gente no usa los balcones, o solo tienen tres plantas muertas.

—Eres observadora.

—A veces. —Una pequeña risita se me escapa.

—Entonces habrás visto esto. —Coge el libro que descansaba sobre una pequeña mesita auxiliar al lado del sofá. Es el libro que le recomendé—. Ya lo leí, me gustó mucho. Es verdad que hay que vivir la vida como si fuera el último día.

No me esperaba esa reflexión. Lo miro sorprendida. Me ha robado el aliento con sus palabras.

—Julia, siento haberte dicho todo eso antes en el despacho. Me asustó mucho la situación, necesito este trabajo.

—No pasa nada, es normal que te preocupes por tu trabajo, yo también tengo miedo de que nos pillen —admito.

—Pero vos sos más valiente que yo. —Me dedica una media sonrisa que me ruboriza todavía más. Niego un poco avergonzada.

—No soy valiente.

—Lo eres, y mucho. Deberías saberlo. Tú no dudas cuando estás segura de que querés algo, vas a por ello con todo hasta que lo consigues. —Posa una de sus manos sobre mi mejilla y la acaricia con dulzura. Quiero volver a vivir en ella. Meterme bajo su piel.

Nuestras miradas se cruzan, intensas. Entonces comprendo que estoy donde debería de estar, donde quiero estar, y los nervios se esfuman de mi cuerpo.

—¿Querés ver una peli? —Acepto y nos sentamos juntos en el sofá—. ¿Cuál? ¿Qué te gusta?

—Todo. —Mi respuesta le hace reír.

—Ya sé que te gustan muchos pintores y libros, pero debe de haber algo en particular, aunque sea en las pelis.

—Bueno, me gustan las pelis de drama, y las de Disney, pero creo que ahora no es el momento. —Sigue riendo y levanto las cejas—. ¿Qué?

—Nada, a mí también, podemos ver una de esas ahora, no pasa nada.

—Prefiero no llorar, y los dibujos no me apetecen ahora.

—Si lloras, yo estaré ahí.

Trago saliva y me paso la mano por las mejillas calientes.

—Es broma, pon la que quieras.

—¿Has visto *Passengers*? —pregunto ignorando lo nerviosa que me he puesto.

—No.

—Te va a encantar. Está ambientada en el espacio.

Mientras pongo la película, él hace palomitas y pasamos el resto de la tarde viendo el largometraje, sentados en el sofá, como haría cualquier pareja. A excepción de que nosotros no podemos ir al cine por el temor de que nos vean juntos.

—¿Querés venir mañana también? —pregunta cuando termina la película y me preparo para volver a casa.

—No puedo.

—¿Trabajas?

Asiento a modo de respuesta y entonces él posa las manos sobre mis mejillas.

—Entonces iré yo a verte.

Sonreímos. Nos besamos. Nos despedimos.

Cuando llego a casa, Champón me espera en la puerta como siempre. Lo cojo en brazos y le doy un beso. Todavía estoy emocionada por la pequeña aventura. Hacer cosas en secreto, es arriesgado, y estoy descubriendo que me gusta el peligro.

Dejo a mi compañero peludo sobre mi cama, y me dirijo al comedor donde me encuentro a mi padre revisando unos papeles.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal el trabajo?

—Bien, estoy un poco cansada. —Evito su mirada, avergonzada por mentirle. Hago nuestro saludo especial chocando el puño, y me siento en el sofá.

—¿Mucha faena?

—Bastante, se acerca la Navidad. —Trato de que mis respuestas sean escuetas para no tener que mentir más. Ya me siento bastante mal conmigo misma. Juego con el gato y busco cambiar el tema de conversación—. ¿Qué hay para cenar?

No tengo hambre después de las palomitas en casa de Bruno, pero es lo

primero que se me ocurre.

—¿Te apetece tortilla?

—Vale. —Agradezco un plato ligero.

—Raúl… no va a venir a cenar. Hemos discutido.

No me sorprende que Raúl no cene con nosotros, no suele hacerlo, o se encierra en su cuarto a grabar vídeos, o sale por ahí con sus amigos. Pero no suelen discutir. Mi padre es muy pacífico y mi hermano muy pasota, por eso me extraña.

—¿Por qué?

—Porque le he contado que seguro que este mismo mes vendo la empresa. Empezaremos el año sin ella, y podré ponerme a buscar una nueva casa —responde guardando los papeles.

Aunque me entristece la pérdida de lo que él mismo construyó, y sobre todo, el que mudarnos va a ser más rápido de lo previsto, lo que más me preocupa es él. Tiene cara de cansado, y ahora suele pasar mucho tiempo en su despacho, entre llamadas y papeleos. Tengo la sensación de que el tiempo se nos echa encima y ni siquiera nos deja respirar. Estoy deseando cobrar de una vez para que la falta de dinero nos deje de ahogar tanto. Pienso en la tienda, en Diana, en lo que pasará si se entera de que entre Bruno y yo hay algo más. ¿Se enfadará? ¿Cambiará el trato conmigo? No me gustaría tener que elegir entre él o el trabajo, o que alguna de las dos cosas se viera afectada por la otra. Me paso los dedos por el pelo nerviosa.

—Raúl ya sabía que ibas a vender y lo de la mudanza, entonces ¿por qué se enfada?

—Porque eso no es todo, Julia. —Bebe un trago de su copa de vino y continúa—: El divorcio ya se ha puesto en marcha. Será un proceso bastante largo. —Dirige la mirada hacia mí—. Todo estará bien, no te preocupes más.

Le dedico una leve sonrisa forzada para que no se preocupe por mí. Ya me había hecho a la idea, no quiero darle más dolores de cabeza. Bastante tiene con lo que tiene.

Cenamos juntos y vemos un programa de humor para relajar el ambiente y pasar tiempo en familia, como lo hemos hecho siempre. Pese a que todo ha cambiado. Ahora ya no somos cinco, solo dos. Ya nada es lo mismo. No me puedo relajar porque estoy al pendiente todo el rato de aparentar que estoy bien cuando la realidad no es así. No dejo de pensar en la falta de dinero, la mudanza a la que tanto pánico le tengo y el divorcio que después de muchas disputas se pone en marcha.

El sitio donde antes se sentaba mi madre junto a mi padre, está vacío. Raúl tampoco está para pelearse conmigo, ni Marcos para hacer de hermano de mayor de los dos. Y dos sofás se nos hacen grandes para dos personas. Ahora solo estamos él y yo, simulando que todo va bien para hacernos los fuertes. Pero la verdad es que el mundo se nos ha caído encima, y tenemos que volver a recomponerlo pieza a pieza. Ya no soy la niña que antes jugaba mientras ellos trabajan, ahora también tengo que aportar mi granito de arena para que

los escombros no terminen por enterrarnos. Ahora me he convertido en un pilar más que soporta todo el peso sobre sí mismo para que nada más se caiga.

18

JULIA

Debería estar en clase, como cada jueves, pero en cambio voy de camino con mi madre al centro. Esta tarde trabajo y el fin de semana ella está ocupada, así que solo podemos quedar hoy, entre semana. En otras circunstancias, no me habría quejado de saltarme un día de clase, pero ahora me tengo que aplicar más, y además tengo muchas ganas de volver a ver a Bruno.

—¿Vamos a ir a tiendas de ropa como siempre, mamá?

—A alguna podríamos entrar, sí —responde mi madre robándome un suspiro. Nos queda un largo día por delante—. Vamos, ya lo sabías, no te quejes.

Claro que lo sabía. A ella siempre le ha gustado salir de compras y pasar horas en las tiendas de ropa hasta decidirse por varios modelitos. En cambio, a mí eso nunca me ha gustado. La acompaño porque es mi madre, y porque es el poco tiempo que disponemos para vernos desde que se fue de casa hace ya varios meses. Aunque tengo la sensación de que hace mucho más tiempo de eso. Ahora la casa es más silenciosa, no se escucha el sonido de las telenovelas de fondo, ni el ruido de la batidora cada vez que le daba por querer ponerse en forma y se hacía esos batidos verdes asquerosos que me obligaba a probar. También hace más frío en casa, porque ella es tan friolera que siempre tenía la calefacción puesta en cuanto llegaba diciembre y los grados bajaban. Recuerdo que antes de mudarse me llevó a la que dejaría de ser su habitación ese mismo día para explicarme que era lo mejor porque así no discutirían tanto y ambos serían más felices. Dijo que lo entendería mejor cuando tuviera pareja, y aunque me dolió, lo entendí sin necesidad de vivirlo en pareja porque lo vivía con ellos cada vez que discutían y dejaban de hablarse por un tiempo. También dijo que nos veríamos todos los días y pasaría los fines de semana con ella, pero conforme los meses pasaron, fuimos perdiendo el contacto y ya no dormía en su casa los viernes y sábados, ni hablábamos cada día por teléfono.

Nuestras personalidades siempre han chocado, somos muy diferentes, y el tener cada una su propio espacio, de alguna forma nos ha beneficiado, pero aun así la echo de menos.

Cruzamos la calle, y veo un local donde ya había estado antes. Le agarro la mano cuando pasamos por delante para detenerla.

—Espera, ¿podemos entrar aquí un momento?

—¿Qué es esto?

—Una galería.

Entramos en una estancia totalmente blanca y espaciosa. Las pocas personas que hay observan ensimismadas las fotografías que cuelgan de las paredes. Incluso a mi madre, que no es muy amante del arte, la cautivan.

—Qué bonitas —comenta mientras nos acercamos para recorrer la exposición.

—Sí, son preciosas.

Miro mi fotografía favorita: la de las manos de hombre y mujer sosteniendo una manzana roja. Recuerdo cada detalle de la vez que estuve aquí con Bruno, y cada una de las sensaciones que esa fotografía provocó en mí. No pensé en volver, pero el destino me ha traído de vuelta.

Veo a un chico alto y de ojos verdes que me resulta conocido charlar con una pareja sobre la exposición. Me acerco con curiosidad, fingiendo observar otra fotografía. Y entonces, al verlo de frente, lo reconozco. Es el amigo que acompañaba a Bruno la vez que nos encontramos fuera de la discoteca en el cumpleaños de Elena. Al verme me reconoce y me dedica una sonrisa amable. Los nervios empiezan a florecer, no quiero que mi madre se entere de por qué lo conozco.

—Hola —saluda acercándose a mí—. Soy Rodrigo, ¿me recuerdas?

—Hola. —Veo a mi madre cerca y sonrío nerviosa—. Em… No creo.

—Nos encontramos una noche, soy el amigo de…

—¡Ah, ya, claro! —interrumpo intentando que no pronuncie el nombre de mi mayor secreto para que mi madre no empiece a preguntar—. Sí, ya lo recuerdo. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué te parece la exposición?

Cuando voy a contestar veo la melena pelirroja de mi madre justo detrás de él.

—Hola. Julia, ¿quién es este chico tan guapo?

Respiro hondo de la vergüenza que me da, pero él sonríe y le estrecha la mano.

—Soy Rodrigo, el dueño de la galería. Encantado.

—Igualmente. Yo soy Nuria, la madre de Julia.

La veo sonreír de una manera que no me gusta nada, y trato de tomar la palabra antes que ella.

—¿Tú eres el dueño? —Recuerdo lo que Bruno me dijo el día que entramos los dos solos—. Y el fotógrafo, ¿no?

—Que va, más me gustaría haberlo hecho yo, pero tan solo soy el modelo en algunas de las fotografías, y el organizador de la exposición, soy marchante de arte.

—Vaya, ¿modelo en qué fotos? —pregunta mi madre interesada.

Mientras él le explica y enseña las fotografías en las que sale, me acerco a leer el cartel informativo donde aparece el nombre del artista: Bruno González.

¿Bruno? ¿Mi Bruno? No puede ser. Él mismo me dijo que la exposición

era de un amigo suyo. No lo entiendo, no sé por qué razón me puede haber ocultado la verdad.

Vuelvo la vista a mi obra favorita mientras reflexiono. Cuando estuve en su apartamento vi la cámara de fotos profesional, está claro que él es el fotógrafo. Frunzo el ceño, perdida en mis pensamientos, hasta que escucho la voz de Rodrigo a mi lado.

—Es preciosa, ¿verdad? La exposición se llama igual que esta pieza porque en mi opinión, es la que mejor representa el mensaje.

—¿Amor prohibido?

—Exactamente.

Giro la cabeza hacia él y salgo de la burbuja de pensamientos en la que me había sumergido.

—¿Es Bruno el fotógrafo? ¿El que los dos conocemos?

—Sí. ¿No lo sabías?

Niego. Entonces mi madre se acerca para despedirse. Acepto marcharme antes de que el nombre de Bruno llegue a sus oídos.

Cuando llegamos al centro paseamos por las tiendas de ropa e intento distraerme para no pensar en idioteces. ¿Por qué Bruno no me lo habrá contado? ¿Por qué ocultármelo? ¿No confiará lo suficiente en mí?

—¿Quieres que te la compre? —dice mi madre señalando la falda que sujeto entre las manos.

—Mm… —Observo una vez más la falda de tela negra—. Sí.

—Veo que ya no te niegas a ponerte otra cosa que no sean pantalones, ¿algún vestido?

—No te pases.

Reímos, y después de pagar, vamos a una cafetería cercana y nos sentamos en una mesita a descansar.

—Estás cambiada, Julia, ¿algún chico a la vista? Ahora te maquillas más, quieres una falda, trabajas… estás como más madura. No será el chico ese que he conocido en la galería, ¿no?

—Por favor, mamá. —Sonrío con naturalidad, pero los latidos de mi corazón aumentan—. Claro que no, a ese chico no lo conozco a penas, solo sé su nombre. Soy madura, soy adulta, y me apetece un cambio, sin más.

—Mientes fatal. ¿Alguien de tu clase?

—Que no, mamá. —Niego fingiendo seguridad en mi respuesta.

—Está bien, pero estás diferente. Te arreglas más, y eso es raro.

—No me arreglo más, me arreglo más a menudo, y lo único que he cambiado es que he usado una falda que tú me regalaste.

—Vale, vale. Pues a ver si cambias también esas camisetas roqueras tan negras y deprimentes por un poco de color.

Pongo los ojos en blanco. No quiero entrar otra vez en el mismo tema de siempre. A ella no le gusta mi estilo y nunca le va a gustar. No entiende que no todas las chicas tenemos por qué llevar vestidos de flores y colores vibrantes. Pero ya no me importa.

—No es deprimente, y es lo que me gusta. —Cojo la carta antes de que empecemos a discutir—. Yo quiero un batido de vainilla.

Damos por finalizada la conversación, y no ha sido ella quien ha tenido la última palabra. Eso me sorprende. Ella siempre ha sido la dominante, la que siempre tiene razón, por eso chocamos. Y siempre me toca a mí ceder.

Después de pedir, pasamos unos minutos en silencio que se van volviendo de lo más incómodo a medida que pasa el tiempo. El camarero deja nuestros pedidos sobre la mesa, y tras un pequeño sorbito, empieza a hablar.

—Supongo que papá ya te habrá contado lo del divorcio.

La miro con ojos asustados por el ritmo de la conversación. Cojo mi batido entre las manos para que no vea mi ligero temblor.

—Sí.

—¿Estás enfadada conmigo?

La miro a los ojos y dudo por unos instantes qué contestar. Ella fue quien pidió el divorcio, pero ¿debería estar enfadada por eso? Como tardo en contestar, prosigue.

—Julia, necesito ese patrimonio, si no me quedaría en la calle, y eso no es justo, ¿no crees?

—¿Qué dices? —La expresión de mi cara refleja toda mi incertidumbre

—Vamos, no te quedes callada ahora, Julia. Sé que tu padre te ha dicho que he pedido la mitad de todo, y que ahora yo soy la mala y le dejaré sin nada, pero no es así. Simplemente pido lo que me pertenece.

La cabeza me va a mil por hora procesando todo lo que dice.

—No entiendo nada, mamá. Papá no nos ha dicho nada de eso. —Silencio —. ¿Le quieres quitar lo que tiene?

Por unos instantes me mira sorprendida, pero pronto vuelve la Nuria que conozco. La madre frívola de siempre.

—No le quiero quitar nada, la mitad es mío, y, por lo tanto, debo tenerlo.

Noto calor. Mucho calor que aumenta con desmesura.

—¿Perdona? Papá, ha trabajado toda su vida para obtener lo que ha logrado. ¿Y tú qué has hecho? ¡Nada! Hasta que no te fuiste de casa no has trabajado. Ahora pides el divorcio, te vas de un día para otro de casa y no contenta con todo eso, ¿ahora quieres quedarte con la mitad de todo? Si no fuera por tu egoísmo tal vez ahora papá podría haber salvado la empresa y no tendríamos que mudarnos porque tú le quieras quitar el poco dinero que le queda.

Sus ojos me miran atónitos, y si no fuera por la furia que me invade ahora mismo, yo también estaría sorprendida por mi ataque de ira.

—¡No me hables así, Julia!

—¿Y cómo quieres que hable? Es lo que estás haciendo, eres una

avariciosa. Siempre lo has querido todo para ti, incluso lo que no es tuyo.

La bofetada que me da debería hacerme callar, pero en cambio, aviva más mi ira. Me pongo la mano donde he recibido el golpe y grito sin importarme la gente que nos mira.

—¡No me vuelvas a tocar! —Me levanto tirando la silla de un movimiento brusco—. Y deja a mi padre tranquilo.

Cojo mis cosas antes de salir de la cafetería sin mirar atrás. Una vez fuera, el ataque de furia se convierte en llanto y lágrimas que no puedo controlar. El labio me tiembla y noto la mejilla ardiendo del golpe. Decido quedarme en un parque y avisar a mi padre de que voy a comer fuera. Después apago el móvil, no quiero hablar con nadie. Necesito aire y espacio para poder asimilar todo lo ocurrido.

Mi madre siempre ha sido así. El tipo de madre a la que no le importa levantar la mano, aunque sí es la primera vez que me pega. Es ese tipo de persona que castiga duramente cuando algo no es como a ella le gusta. Y yo siempre la he aceptado, porque es mi madre. Pero nunca he sentido que fuera suficiente para ella.

Siempre quiso tener una niña perfecta, pero no le salió como a ella le hubiese gustado. Yo jugaba con muñecas, sí. También me vestían con vestidos rosas y llenos de purpurina, pero cuando mi personalidad se fue formando, cambié. Elegí las pinturas, el arte, ir de paseo en moto con mi padre, los colores oscuros. Y ella ya no pudo tratarme como a su muñequita. Pasé a ser la niña de papá, y eso siempre la molestó. Nunca supo entenderme, y ahora tampoco.

Tras pasar el resto de la mañana sola, con frío, y sin comer nada porque no llevo dinero encima, voy a la tienda a cumplir con mi turno. Las horas se me hacen eternas, me rugen las tripas y mi humor no mejora. Encima tengo mucho trabajo porque las Navidades estás a la vuelta de la esquina, y la gente no hace nada más que comprar regalos.

Después de unas horas me voy encontrando peor y peor. La cabeza me da vueltas y estoy entre vomitar o desmayarme. Me siento en el suelo del almacén cuando ya no puedo más. Lía entra y se agacha conmigo.

—¿Estás bien, Julia?

Niego con la cabeza y al momento me arrepiento, tengo unas ganas tremendas de vomitar.

—Me… me encuentro fatal. Estoy mareada.

—¿Quieres vomitar? —Me ofrece una botella de agua y una bolsa de plástico—. Quédate el tiempo que necesites aquí sentada. ¿Has comido?

Bebo un trago de la botella y preparo la bolsa por si acaso.

—No. —Cierro los ojos.

—Tienes que comer, será por eso. Toma, tengo chocolate. —Me ofrece su caja de bombones y yo se lo agradezco, aunque odie el chocolate me obligo a comerme uno para no desmayarme. No me apetece contarle que el inicio de mi malestar ha sido la discusión tan grave con mi madre, así que me termino

el bombón en silencio.

—Gracias, Lía.

—No es nada. Tú relájate y come lo que quieras. Quédate sentada, yo tengo que salir a atender, pero si necesitas algo llámame.

Se lo agradezco una vez más antes de que salga. Después de unos minutos y de obligarme a comer otro bombón y beber agua, por fin me encuentro en condiciones de salir. Ya ha acabado mi turno y solo deseo volver a casa para tumbarme en la cama.

Me despido de Lía agradeciéndole su ayuda y preocupación una vez más, y salgo a tomar aire. Apoyo el cuerpo en una pared antes de empezar mi camino a casa, quiero asegurarme de estar bien de verdad para seguir andando. El móvil comienza a vibrar en mi bolsillo, y al ver que es Bruno lo cojo con rapidez. Tengo la necesidad de escuchar su voz.

—Hola.

—Hola, hermosa. ¿Cómo estás? ¿Querés que vaya a visitarte?

—Sí —suspiro al darme cuenta de que lo que necesito es su compañía en estos momentos—. He terminado ahora, estoy fuera. Te espero aquí.

—Voy volando.

Cuelga y me deja con una media sonrisa. Al escuchar mi nombre giro la cara en busca de su voz. Entonces un flash me nubla la vista por unos segundos hasta que puedo ver a Bruno, que ahora se apoya a mi lado.

—¿Qué te parece lo rápido que vuelo? —Sonríe, pero deja de hacerlo al ver mi expresión cansada—. ¿No te ha gustado la sorpresa? ¿Estás bien? No has ido al instituto.

Sin saber muy bien qué responder, dirijo la mirada a la cámara de fotos que cuelga de su cuello y que me recuerda a la galería.

—¿Por qué no me has dicho que eras tú el fotógrafo de la exposición?

Bruno me observa sorprendido. No esperaba mi pregunta a bocajarro.

—Es mejor que hablemos en un sitio más privado, pero contéstame, ¿estás bien?

Asiento, agotada y sin ganas de hablar. Aunque no se lo digo, me ha gustado que estuviera esperándome fuera. Vamos en moto hasta su apartamento, y cuando entramos en la casa, me siento en el sofá. Él se sitúa a mi lado y me agarra la mano.

—Te ves cansada. —Acaricia mi cabello apartándolo del rostro con la mano que tiene libre.

—Lo estoy, pero quiero que me digas por qué me mentiste.

—No te mentí —responde muy seguro de sí mismo.

Le dirijo una mirada de enfado que promete discusión, pero él no lo permite.

—Dije que la galería y la exposición eran de un amigo, y lo es, pero es cierto que yo soy el fotógrafo. Te llevé a la galería porque quería que fueras la primera persona en verla. No conozco a nadie más apasionado por el arte que tú, y quería conocer tu opinión sincera, sin estar influenciada por el hecho de

que yo fuera el autor de esas fotografías. Quería hacerte sonreír con ellas…

Mi mirada de enfado cambia a una dulce y tierna.

—Sí me hizo feliz. Y te habría dicho la verdad incluso sabiendo que eras el fotógrafo. Me encantan.

Bruno sonríe dándole luz a mi alma. Entonces su mano acaricia la mejilla que horas antes golpeó mi madre, y yo ladeo la cabeza hacia ella en busca de mimo. Me estrecha contra su pecho.

—He tenido un día de mierda.

—Ya veo, estás muy seria, pero en la foto sales hermosísima.

—Te dije que no me gustan las fotos.

—Porque no te valoras, mira. —Nos separamos durante unos minutos y me muestra la fotografía que tomó de mí en la calle.

Debo admitir que me gusta mucho, que tiene un aire misterioso y especial.

—Es bonita, pero porque tú sabes hacerlas así.

—Porque la modelo es bonita. Incluso con expresión seria y ojos tristes. Transmites un mundo interior lleno de misterio tan solo con una mirada.

Dejo de mirar la foto para mirarle a él, y le beso. Me hace sentir tan bien conmigo misma y con el mundo, que no quiero separarme de su lado.

—Espero captar algún día en una imagen esa sonrisa tan bonita que tienes.

Sonrío con su comentario, y le doy otro suave y dulce beso en los labios.

—Esa misma sonrisa, pero más grande. —Sonríe sobre mis labios y me agarra la mano haciéndome levantar del sofá tras él—. Tengo una sorpresa, cierra los ojos.

—¿Una sorpresa? —Cierro los ojos y escucho unos pasos alejarse y volver. Después el sonido de algo tocando el suelo.

—Ya podés abrirlos.

Cuando abro los ojos, me encuentro ante mí a Bruno junto a un caballete de pintor y un lienzo de tela puesto encima.

—Espero que te guste, que sea bueno. Para que puedas pintar aquí cuando quieras.

Observo perpleja al caballete y a él. No sé si puedo considerarlo una declaración de intenciones, pero se asemeja bastante. Quiere que pase más tiempo aquí con él.

Me abalanzo a sus brazos y lo beso y abrazo con fuerza.

—Gracias, me encanta.

Pasamos la tarde noche hablando y eligiendo el lugar de mi nuevo caballete. Al final acabamos colocándolo en el salón junto a su escritorio.

Me ofrece quedarme a cenar y yo acepto encantada y hambrienta. Aviso a mi padre con la excusa de que mi compañera de trabajo me ha invitado, y entonces me percato de unas cuantas llamadas perdidas de mi madre que me cambian el semblante.

—¿Me lo querés contar? —pregunta. Ha notado el cambio de mi cara.

Cuando lo miro siento la suficiente confianza como para hacerlo y abrirme en canal ante él. Se sienta junto a mí en el sofá y yo dejo el móvil a un lado.

Durante unos segundos me quedo callada, removiéndome en el asiento sin saber muy bien cómo expresarme y sacar todo lo que tengo dentro. Entonces él me pone una mano en la rodilla y me siento un poco más tranquila. Me quedo mirando la misma mano que había memorizado tan bien para mis esbozos.

—He salido con mi madre esta mañana porque hace tiempo que no nos vemos. Mis padres están separados y ella no vive en casa. —Dejo salir todo el aire contenido por la boca. Él me aprieta la rodilla.

—No hace falta que me cuentes nada si…

—Sí que quiero —interrumpo—. Es que me cuesta un poco. —Me paso las manos por el pelo con nerviosismo.

—Está bien. —Me acerca más a él para abrazarme con fuerza y eso me calma. Noto sus labios sobre mi cabeza y entonces me doy cuenta de que confío a ciegas en él, y me siento más a gusto contándole mis problemas y sentimientos.

—Hace meses que se separaron, pero el divorcio no ha sido posible hasta ahora porque discutieron mucho sobre las cláusulas y hoy me he enterado de que ella ha pedido la mitad de todo el patrimonio de mi padre.

—Es normal que sea difícil un divorcio —dice pasándome los dedos por el pelo.

—No debería. —Me separo con el enfado hirviendo en mis entrañas—. Querían divorciarse. Ella se fue, pero no quiso hacerlo de forma amistosa, y ahora le pide la mitad de todo cuando mi padre lo que tiene lo hizo con su propio trabajo, no el de ella. Encima —escupo las palabras ahora que he cogido carrerilla—, sabe que ha tenido que vender la empresa por no sé qué cosa de un parque natural, ha caído en quiebra y no puede solucionarlo porque entre el dinero gastado en abogados y lo que ella pide, no tiene para más. Y nos tenemos que mudar —niego con la cabeza notando la vista borrosa por la llegada de las lágrimas—, y yo no quiero. No quiero. Quiero mi casa, y que todo sea como antes. Y quiero ir a la universidad sin tener que preocuparme por sacar sobresalientes para poder tener la beca. Y…

Rompo a llorar sin poder evitarlo y me tapo la cara con ambas manos. Él me estrecha entre sus brazos con más fuerza, pero yo escondo el rostro entre mis manos.

—Oye, Julia. Mírame. —Me aparta las manos de la cara y yo intento controlar el sollozo—. Está bien que te sientas así, has pasado por mucho en muy poco tiempo. ¿Recordás cuando dije que eras valiente? Acabas de dar los motivos de por qué lo eres. A pesar de todo lo malo luchas por tu familia y lo hacés sin que se note.

—Pero por mucho que lo haga nada mejora.

Él me limpia las lágrimas con sus dedos y yo bajo la mirada. No me gusta que me vea así.

—No quiere decir que no vaya a mejorar. Si te mantenés igual de fuerte que ahora, poco a poco irá mejor, aunque eso signifique cambios.

—A veces pienso que no puedo ser tan fuerte como se espera de mí.

—Ser fuerte no significa que no puedas llorar o necesitar un respiro. —Vuelve a limpiar la lágrima que se me escapa—. La familia es lo más importante que tenemos, merece la pena luchar por ella.

—¿Aunque sea un caos?

—Nadie es perfecto. Tal vez si hablas con tus dos padres, pueden explicártelo mejor. Lo otro se solucionará poco a poco, el dinero viene y se va, la familia es para siempre.

Vuelvo a desviar la mirada de sus ojos y me sorbo la nariz. Tiene razón, pero no quiero hablar más de ello. Demasiados sentimientos abrumadores de una sola vez. Me tapo los ojos con las manos.

—No me gusta que me veas llorar, y ya lo has hecho dos veces.

—La primera vez no pude hacer esto. —Me da un tierno beso en los labios que me saca una sonrisa, y me aparta las manos—. Ahora sí.

—Puedes hacerlo más veces.

Reímos y él me da más besos mientras me seca el surco que las lágrimas han dejado sobre mis mejillas.

—¿Tenés hambre ya?

—Me muero de hambre.

—Prepararé algo, cocino muy bien. —Me da un último beso antes de levantarse.

—Vale. Ah, por cierto, no como carne.

—¿No? Pues en Argentina es de lo que más se come, pero veremos qué podemos hacer.

Voy con él a la cocina.

—Si quieres comer tú, no me importa. Yo hace dos años que no lo hago.

—Haremos algo vegetariano. ¿No te gusta?

—Sí me gusta, pero me sentía mal porque me dan pena los animales. Mi madre no lo entendía y a pesar de que tratara de explicárselo seguía cocinando con carne. Hasta que empecé a dejarme la mitad del plato o no comía por eso. Ella se enfadaba, nunca me ha entendido. Somos muy diferentes, pero con mi padre es otra cosa. Él siempre me preparaba algo distinto y me enseñaba a cocinar. Ahora que ella no está, él tampoco come mucha carne, dice que es semivegetariano. A veces come algo cuando le apetece, pero no lo hace por mí, porque yo ya le dije que a mí no me importaba que los demás hicieran lo que quisieran. Mi hermano sigue comiendo carne y nunca le he dicho nada, aunque él a mí sí. Creo que Raúl y mi madre son más parecidos. Yo congenio más con mi padre. Nos entendemos mejor

—Siempre hay alguien con quien te llevas mejor. Mi mamá siempre me hacía chocolate caliente cuando sacaba buenas notas y nos lo tomábamos juntos.

—A mí no me gusta el chocolate.

—¿¡Qué!? ¿Sin carne ni chocolate? Me vas a dejar hambriento.

Río por la cara que pone.

—¡Exagerado!

Él sonríe antes de darme un beso.

—Espero que el dulce de leche te guste, o habrá que preparar un menú diferente para cada uno.

—No sé si lo he probado, pero lo haré por ti.

Cocinamos juntos y pasamos una velada exquisita llena de risas y cariño que me hacen sentirme viva, amada, y feliz. Todo lo contrario a cómo me sentía esta mañana. Agradezco que Bruno le haya dado un giro completo a mi día.

19

JULIA

E

s el último día de clase, comienzan las vacaciones de Navidad, y es la primera vez que siento una especie de pena por no poder venir en un tiempo, y no es porque me encanten las clases, sino porque no podré cruzarme a Bruno de manera furtiva por los pasillos del instituto.

La despedida con mis amigas ha sido corta, porque todas pasamos las Navidades en casa y seguiremos viéndonos como siempre. Por ese lado todo va bien, pero en Crystal el ritmo es frenético, apenas quedan unos cuantos días para el 25 de diciembre y el consumismo invade a todo el mundo en estas fechas. Cada día hay más trabajo y termino más agotada, aun así, me quedo con lo bueno: ahora que no tengo clase, tengo más tiempo libre.

He cambiado mi turno de tarde a mi compañera Lía para poder ir a casa de Bruno. Ahora que no podemos vernos en el colegio, podemos hacerlo en su casa, y sin restricciones.

Llego a su apartamento cansada, pero él sabe cómo alegrarme el día. Me invita a entrar en su casa y nos fundimos en un beso con sabor a fruta prohibida.

—He comprado tarta de manzana, ¿te gusta?

—¡Me encanta! —La boca se me hace agua en ese mismo momento.

Merendamos en su sofá mientras hablamos de cómo ha ido el día.

Desde el enfrentamiento con mi madre, no he vuelto a hablar con ella, y solo Bruno sabe lo ocurrido. No he querido hablarlo con mi padre porque él siempre insiste en que quede más con ella y procuremos no discutir porque es mi madre y me quiere. Pero es que a veces podemos querer a las personas y no entendernos con ellas. Sé que Raúl tampoco me comprendería porque su relación con ella es muy diferente. A penas discuten y se llevan mucho mejor.

A pesar de que haberme abierto con Bruno y escuchar sus palabras me ayudó mucho, todavía no me siento preparada para hablar con mi madre y

volver a abrir el melón. He estado ignorando sus mensajes y llamadas a toda costa. Hasta que no me sienta lista no quiero verla ni recordar lo sucedido. Y la mejor forma de conseguirlo es pasando tiempo con Bruno, él me hace olvidar todos mis problemas y los cambia por sonrisas.

—¿Estás cansada?

—Sí, bastante. Tienes suerte de tener vacaciones en estas fechas.

Sonríe a pocos centímetros de mi cara, y sus labios atrapan los míos. Sus besos son dulces y tentadores, al igual que él. Noto una de sus manos en mi cadera, e interrumpo el beso que cada vez es más apasionado.

—¿Tocas la guitarra o es decoración? —pregunto señalando con la cabeza el instrumento que cuelga de la pared como un adorno más.

—Intento tocarla, pero no se me da muy bien. —Se levanta a coger la guitarra. No le ha molestado mi interrupción.

Se sienta en un cojín que pone en el suelo, y me invita a acercarme. A su lado, lo observo tocar una preciosa melodía muy inspiradora.

—¿Y tú sabes tocar?

—No, nunca he tenido la oportunidad. Pero no seas modesto, tú tocas muy bien. Me ha encantado la canción.

Sonríe y me acerca a él poniéndome entre sus piernas y la guitarra frente a nosotros.

—Te voy a enseñar algo muy básico, ¿vale?

Asiento mientras coloca mis dedos en la posición correcta y me enseña a tocar unos cuantos acordes. Pongo toda mi atención a sus movimientos, pero el aroma a canela se cuela por mi nariz y me desconcentra. Su cuerpo detrás del mío me acalora, al igual que sus dedos sobre mis manos me queman la piel. Los dedos de la creación. El sonido de los latidos de mi corazón se escucha más fuerte que las notas musicales.

—Creo que es mejor que toques tú. Sabes hacerlo mejor —digo admirando su rostro de cerca.

Dirige la mirada hacia mí y sus ojos eléctricos son como un rayo que recorre mi columna. Deja la guitarra en el suelo y posa una de sus manos en mi cintura.

—¿Estás cómoda? —pregunta muy cerca de mi oído.

Solo soy capaz de negar, las palabras no acuden a mí. Cuando vuelvo a girar la cara hacia él, está tan cerca que no puedo evitar besarle. Nuestras lenguas se entrelazan bailando al compás, giro el cuerpo para poder besarle con más facilidad, y Bruno me sienta a horcajadas sobre él. Nuestros labios se vuelven a unir en un beso más profundo y pasional. Sus manos acarician mi espalda mientras que nuestras bocas no paran de reclamarse la una a la otra.

Entonces la idea que surge en mi mente hace que detenga el beso.

—Espera, ¿puedes tocar esa melodía otra vez?

—¿Eh? Sí, si querés.

Me levanto para coger del escritorio papel y lápiz. Mientras él toca voy esbozando la idea que se me acaba de ocurrir. Surge sin más. Conforme las

notas entran en mis oídos, yo las transformo en trazos irregulares que plasman un concepto.

Cuando termina la canción se acerca para ver qué hago.

—Se me ha ocurrido una idea para un cuadro. —Miro el lienzo en blanco que reposa sobre el caballete de pintor.

—Entonces hazlo. —Señala el lienzo y me anima con una sonrisa.

Saco las pinturas y empiezo a dibujar lo que será mi trabajo de fin de curso en un futuro.

Sumergida en mi lienzo, el tiempo pasa sin apenas darme cuenta. De repente la ventana se abre con brusquedad y el aire entra rugiendo como un tigre. Me asusta, y se me va la mano. Por suerte solo es la capa base. La lluvia cae sin cesar y el aire es muy intenso. Es como si el diluvio universal se estuviera desatando sobre la ciudad.

Bruno se levanta para cerrar la ventana y asegurarse de que no se vuelva a abrir. Por fortuna, solo unas gotas fugaces han caído sobre su escritorio y mi lienzo. No se ha mojado mucho.

—¿Te da miedo la lluvia? —pregunta envolviéndome entre sus brazos por la espalda.

—No, me encanta la lluvia. Pero me he asustado, hace un temporal muy fuerte.

—Es cierto. Entonces, ¿no querés que te abrace?

—Claro que quiero.

Gira el asiento para que quede frente a él, y pasea sus labios sobre los míos provocándome una sonrisa. Su mejor habilidad es hacerme sonreír. Dejo el pincel sobre un trozo de papel del escritorio y me levanto para abrazarlo.

—Eres muy sexy mientras pintas.

Su voz es firme, grave, y me excita a la par que me hace sonrojar. Aparto la mirada por varios segundos hasta que él me agarra la cara y me obliga a mirarlo a los ojos.

Dicen que los ojos son las ventanas del alma, y la conexión tan directa entre las nuestras hace que mi corazón se desboque. Solo puedo escucharlo bombear, por encima de la lluvia. Bruno vuelve a rozarme los labios, manteniendo la mirada fija en mis ojos, y la respiración se me agita. Me estremezco. Un cosquilleo me recorre cuando roza mi cuerpo con sus dedos. No me besa, solo roza mis labios. No me toca, solo roza mi piel. Pero me mira de una forma que desnuda mi alma por completo.

Es increíble la cantidad de intensas sensaciones que puede hacerme experimentar.

Sin poder aguantar más mis deseos más profundos, me lanzo a devorar sus labios con pasión, y él me responde con la misma intensidad. Un rayo cae sobre la ciudad, pero no nos exaltamos. La electricidad que hay entre nuestros cuerpos es aún mayor.

Me apoyo en sus fuertes brazos para no desestabilizarme, y él rodea mi cintura hasta pegarme por completo a su cuerpo. Recorro con los dedos su

cuerpo hasta llegar a su nuca, y los enredo en su pelo cobrizo. Eso produce un jadeo en él que alimenta más mi lujuria.

Caminamos sin dejar de besarnos hasta su habitación, y sin pensarlo, lo dejo caer sobre la cama para ponerme encima de él. Nuestras miradas se encuentran igual de intensas otra vez, pero ahora con un matiz distinto, me dedica una sonrisa sensual y yo le correspondo con otra mientras sus manos acarician mi cintura viajando por dentro de mi camiseta.

Vuelvo a besar sus tentadores labios y nuestras lenguas bailan juntas, esta vez más lento que antes. La camiseta que lleva me estorba el contacto de mi mano con su piel, así que me incorporo para poder quitársela con facilidad. Entonces sus manos me agarran fuerte de la cintura y me hacen girar quedando él encima de mí. Se hace paso entre mis piernas, e inevitablemente me sonrojo.

Me quito la camiseta y la dejo caer fuera de la cama. Sus ojos recorren mi pecho y posa los labios sobre estos. Son ardientes y húmedos. Desabrocha el sujetador, y me lo quita dejando a mis pechos libres. Su lengua rodea mi pezón izquierdo haciéndome gemir de placer.

Es muy excitante.

Con su mano acaricia mi otro pecho y me roba los jadeos que se esconden en mi garganta. Presa de la excitación, levanto la cadera y su erección roza mi muslo arrancándome un jadeo más fuerte. Bajo la cadera, ruborizada, pero él repite el mismo movimiento, volviéndome loca por completo.

Suelta mis pechos para mirarme a los ojos. Siento que la cara me arde, que el cuerpo entero me quema. Se incorpora para desabrocharse el botón del pantalón, y yo miro la escena más excitada que nunca; él entre mis piernas, quitándose el cinturón, los vaqueros… Miro el bulto de su entrepierna ahora más notorio, deseando que se deshaga también de sus calzoncillos, pero no lo hace. En cambio, me quita los pantalones a mí, y vuelve a besarme y a moverse sobre mí. Esta vez el contacto es diferente, hay menos ropa que nos separe, y otro gemido se escapa de mis labios al igual que de los suyos. Me provoca. Se mueve torturándome, haciendo que lo desee mucho más. Hasta que no puedo resistir más, y decido tomar la iniciativa para desprenderme de su ropa interior y de la mía.

Ahora somos dos cuerpos desnudos deseando convertirse en uno solo.

—¿Es tu primera vez, Julia? —pregunta repartiendo una cascada de besos sobre mi cuello.

Como no respondo, solo jadeo, interrumpe sus besos para mirarme a los ojos.

—¿Lo es? —insiste.

Asiento, un poco incómoda por no haberlo dicho antes. Temo que pare, pero él me besa con dulzura.

—¿Querés hacerlo conmigo? —Aparta el pelo de mi cara acariciándome el rostro con mucha suavidad.

—Sí —respondo con seguridad. Entonces sus ojos se encuentran con los

míos, y vuelvo a afirmar—. Sí.

—Si querés parar en algún momento, me lo dices. Tú marcas el ritmo.

Asiento y junta su sonrisa con la mía en un nuevo beso mientras me acaricia el cuerpo. Al separarnos, se incorpora para coger algo de la mesilla de noche. Observo su cuerpo atlético y me muerdo el labio. De nuevo se pone encima de mí, como un león, y me suelta el labio con sus dientes. Paseo los dedos por su revuelto pelo cobrizo, y entonces veo el pequeño paquetito plateado que me enseña.

—Ponlo tú.

Miro el envoltorio del condón, desconcertada.

—No sé.

—Es fácil, te enseñaré.

Rasgo el envoltorio con las manos temblorosas por la excitación. Me agarra la mano para guiarla a su parte más íntima, y con facilidad, ambos colocamos el condón. Puedo apreciar su magnitud y dureza. Lo miro a la cara. Su mirada está llena de deseo. Tiene la mandíbula apretada, y eso enfatiza sus facciones varoniles.

Nos besamos con intensidad. Soy yo la que se lanza a sus labios, sin miedo. Estoy con la persona que debería estar. Entre sus brazos me siento segura. Libre. Sexy.

Besa mi mandíbula, mi clavícula, mi escote. Va bajando por mi cuerpo dejando un camino de besos ardientes en cada centímetro de piel. Cierro los ojos y me dejo guiar por el placer cuando sus labios llegan al monte de venus.

—Ah… Bruno…

Es diferente a todo lo que haya probado nunca. Es explosivo. Es placentero. Su lengua se adentra en mi cuerpo, explora cada centímetro de mi parte más sensible. Me está conociendo, y yo también empiezo a conocerme a mí misma.

Cuando creo que ya he tocado el cielo, él para y sube para dejarme un sabor salado en los labios. Y entonces lo empiezo a conocer a él.

Nuestros cuerpos se funden en uno solo. Una pequeña oleada de dolor ardiente me recorre. Me besa los labios con dulzura, y sale de mi cuerpo para volver a entrar con la misma lentitud, una y otra vez, haciéndome jadear y anhelar más.

—¿Estás bien? —pregunta sin apartar los ojos de mí.

—Sí. —Lo beso con entusiasmo, y el ritmo de sus embestidas aumenta. Gimo mientras sus labios recorren mi cuello y me hacen estremecer.

Me embiste una vez más, pero esta vez no sale de mi cuerpo, se mueve con lentitud al principio, y sube el ritmo progresivamente haciéndome temblar de placer. Su aliento sobre mi cuello me excita y me vuelve loca. Le escucho murmurar algo, pero no lo entiendo, estoy sumida en el placer que él me proporciona. Enredo los dedos en su pelo para besarle una vez más y gemir en su boca. Él me muerde el labio inferior y estira hasta soltarlo. Un gruñido varonil sale de su garganta como si fuera un león, y entiendo que se está

controlando para no hacerme daño.

—Bruno… —Suspiro su nombre cuando noto sus dedos en mi clítoris.

La bomba de placer está encendida, la mecha se va consumiendo entre gemidos y palabras incomprensibles, hasta que se consume por completo y el placer explota. Es una sensación nueva. Conozco el orgasmo por primera vez.

Él sigue moviéndose en mi interior haciéndome suya, hasta que estalla en su propio orgasmo. Me besa con pasión antes de dejarse caer a mi lado. Sonrío mientras lo observo quitarse el condón y tirarlo, a continuación, se tumba en la cama y empieza a repartir besos por todo mi cuerpo.

—¿Te ha gustado? ¿Te he hecho daño?

—Sí… —Le levanto la barbilla para mirarle a los ojos—. No me has hecho daño, estoy bien.

—Estás sonrojada. Radiante. —Acaricia mi mejilla—. La próxima vez será mejor.

—No puedo esperar.

Reímos al unísono, abrazados.

20
JULIA

La luz del sol se cuela por las rendijas de la persiana creando un juego de luces sobre mis sábanas. Un nuevo día comienza, y estoy feliz por vivirlo.

Radiante por el día que pasé con Bruno, llego a la cafetería donde he quedado con mis amigos. En la puerta me encuentro a Elena con Alex, su nuevo novio. Después de los saludos con abrazos, nos sentamos en una mesita a esperar a que lleguen los demás. Pido un batido de vainilla con unas galletas, y charlamos sobre lo que vamos a hacer en estas fiestas. Me muero por contar lo especiales que están siendo para mí, pero me resigno y guardo el secreto.

Poco tiempo después llegan Paula y Pablo. Él disculpa a Héctor porque al final no ha podido venir.

—Entonces solo falta Blanca —dice Elena.

Mientras la esperamos, hablamos entre risas y bromas en las que Paula no participa.

—¿Qué te pasa? —pregunto. Está a mi lado, y desde que ha llegado apenas ha hablado.

—Nada. —Su contestación en rotunda, mezclada entre el enfado y la tristeza.

—Ya, ¿me lo dices o vas a seguir callada?

Resignada, me confiesa en voz baja sin que nuestros amigos la escuchen, que presiente que Blanca no va a venir porque está con Héctor. Sus celos salen a la luz y no puedo hacer nada para detenerlos, aunque sepa que eso no puede ser cierto, ya que hace poco vi a Blanca muy cariñosa con el Príncipe.

Intento convencerla de que no es así, que Héctor de verdad no ha podido venir, y que de un momento a otro llegará Blanca para confirmarlo, pero esta nunca se presenta. Al no poder dar un argumento de peso sin delatar a Blanca para hacerla cambiar de opinión, continúa toda la mañana entristecida debido a sus falsas conjeturas.

Odio no poder decirle lo que sé de Blanca, pero eso solo puede hacerlo ella. Lo peor es que este secreto puede hacer entender cosas que no son, y que pueden dañar a nuestra amiga.

Tras la reunión con mis amigos, llego a casa a la hora de comer. Dejo las cosas sobre mi cama, y cuando me giro me encuentro a Raúl apoyado en el marco de la puerta sosteniendo uno de mis dibujos entre sus manos.

Voy a gritarle que no coja mis cosas cuando siento que el corazón me da un vuelco al darme cuenta de que tiene el retrato de Bruno entre sus manos.

—Dame eso.

—¿Es tu novio?

—¿Eres idiota? ¡Dámelo! —grito perdiendo la paciencia. Intento arrebatarle el dibujo de las manos, pero él es mucho más alto que yo.

—¿Pero por qué te picas? ¿Es que he acertado?

—¿No ves que solo es un dibujo? ¡Y es mío, dámelo!

—¿Por qué te gustan los rubios de ojos azules? ¿Estás enamorada de tu hermanito y tienes un complejo?

Su sonrisa idiota me saca de quicio, y en un intento por arrebatarle el retrato, este se rompe al igual que mi paciencia.

—¿¡Qué has hecho, idiota!?

A los pocos segundos, alarmado por los gritos, aparece mi padre detrás de Raúl e intenta poner paz entre nosotros sin triunfo. Para no matar a mi hermano, me acerco al escritorio a intentar arreglar el dibujo con celo.

—No pasa nada, Julia se ha picado porque se ha roto el dibujo de su novio.

—¡Tú lo has roto! Y no es mi novio, ¿sabes que hay una cosa llamada imaginación? ¿O solo la tienes cuando te drogas? —ataco con frialdad.

Mi comentario no sienta nada bien a ninguno de los dos hombres presentes en mi habitación. Pero la más afectada soy yo al ver a mi madre interrumpir en la discusión.

—¿Qué haces aquí? —pregunto irritada. Los problemas siempre caen de golpe.

—He venido a hablar, pero no paráis de gritar.

—Yo no quiero hablar con vosotros —respondo dirigiendo la mirada a ella y a Raúl—. Salid de mi cuarto.

Nuestro padre vuelve a intentar poner paz entre nosotros, y solo por respeto a él, intento cambiar el mal humor que me consume y que está revelando una parte de mí demasiado rebelde que no conocía.

Nos reunimos en el salón después de reparar y esconder mi dibujo. Estamos sentados alrededor de la mesa, y el ambiente es propio del de un funeral. El hecho de que estemos así reunidos no lleva a nada bueno, pues las pocas veces que lo hemos hecho con tanta seriedad siempre ha sido para debatir malas noticias.

Y la discusión no se hace esperar, empezando por Raúl y yo. Volvemos a increparnos el uno al otro, y con toda mi mala intención, saco a relucir lo que sé sobre su consumo de drogas para que mis padres discutan con él y me dejen a mí en paz. En efecto, mi plan resulta tal y como quería, ahora la discusión no se centra en mí, sino en los problemas de Raúl. Aprovecho para mandarle un mensaje a Bruno disculpándome por no poder ir a su casa como habíamos pactado ayer. La reunión se hace más larga de lo que deseaba, y los gritos aumentan cada vez más. Raúl me insulta por haberlo dicho, y yo lo insulto de vuelta. No llegamos a más porque nuestros padres nos lo impiden.

—¡Dejad de insultaros! —Mi padre alza la voz, y el silencio se hace al

segundo. Él nunca grita.

Pero cuando mi madre vuelve el interrogatorio hacia Raúl, los tonos vuelven a subir. Él intenta defenderse y que no se lo tomen a la tremenda.

—Joder, que no es cocaína. ¿Vale? Es fumar un poco. Seguro que vosotros también lo hacíais en vuestra adolescencia, pero claro, la niñata esta como es rarita lo ha tenido que decir como si fuera un yonqui.

—¡Y tú eres gilipollas y no te ha hecho falta droga para eso! —replico enfadada. Y volvemos a discutir.

—Julia, no le hables así a tu hermano.

Abro la boca. ¿Yo? Odio que mi madre siempre se ponga de su parte. Ella también piensa que soy rara, la oveja negra de la familia, y estoy harta de que piense así de mí.

—Es imposible hablar cuando estás tú en esta casa… —Mi padre me interrumpe antes de que diga algo de lo que me pueda arrepentir.

—Calma todos. Así no se solucionan las cosas, ¿está claro? Hay que hablar, no discutir.

Le hago caso a él y dejo que hablen con Raúl incluso cuando él se refiere a mí de una forma despectiva me callo y dejo que todo siga su curso.

—¿Es por el divorcio? ¿Por la mudanza? ¿Por el dinero?

—Que no, ¡joder!

—Raúl, que hables bien —dice mi madre.

—Que lo hago porque quiero, porque me da la gana. Yo no soy como ella que enseguida se pone a llorar. —Me señala con el dedo y no me puedo contener.

—¿¡Puedes dejar de meterte conmigo!? Joder, estoy harta de ti, niñato. Yo hago más cosas que tú, que te crees que con fumar se arregla todo.

—¡Basta ya! —Mi padre da un golpe en la mesa cuando nos empezamos a empujar.

Y entonces vuelve la calma de una vez por todas y podemos hablar como una familia normal. Vuelvo a mi papel de siempre, a quedarme callada mientras ellos hablan. Asiento a todo el discurso de que la economía mejorará y que el divorcio no es algo que deba separarnos como familia. Raúl promete que lo va a dejar, y al final nos liberamos y podemos seguir cada uno con su camino.

Después del mal trago, paso el día encerrada en mi habitación. Cuando llego de trabajar desconecto leyendo un libro que me atrapa durante horas sin darme cuenta. El sonido de un mensaje nuevo es lo que hace que deje el universo entre páginas en el que me había sumergido, para mirar de qué se trata. La pantalla se enciende mostrándome un mensaje de Bruno, y la hora: son casi las cuatro de la mañana.

Bruno*: ¿Estás despierta?*

Yo: *Sí. ¿Pasa algo? ¿No puedes dormir?*

Bruno: *Asómate al balcón.*

Enciendo la luz, y me levanto de la cama para abrir la persiana del balcón con cuidado de no hacer mucho ruido. Miro a través del cristal, pero no consigo ver nada. Vuelvo a mirar el móvil, no hay ningún mensaje nuevo.

Cuando abro el balcón el aire frío se cuela haciéndome temblar. Champón sale conmigo a ver qué pasa, pero sigo sin ver nada. La calle está solitaria, alumbrada por un par de farolas.

Bruno: *Mira hacia abajo.*

Tras leer el mensaje me asomo a la barandilla. Frente al portal de casa está Bruno. Mi cara de sorpresa lo hace sonreír.

—¿Qué haces aquí? —digo vigilando que no pase nadie por la calle.

—Como no podías venir, he venido yo.

—Pero son las cuatro de la mañana —replico aún perpleja.

—Sí, pero estás despierta. Ven.

—¿Dónde? —pregunto mirando hacia la ventana de la habitación de mi hermano. Rezo porque no se despierte.

—Solo ven conmigo.

La imagen de él bajo mi casa, de noche, tan atractivo y pidiéndome que vaya a su lado es casi irreal, como si fuera un sueño. Eso pensaría si Champón no se frotase entre mis piernas antes de asomarse también.

—Hola, Champán —saluda Bruno al gato.

—Es Champón, no champán —rectifico viendo cómo el aludido mueve su larga cola.

—Claro, eso. Es que ese nombre… —Sonríe.

—Ahora bajo.

Dejo entrar a Champón primero y me cambio el pijama por unos vaqueros y un jersey básico acompañado por unos botines y un abrigo. Me miro en el espejo, me suelto el pelo y lo peino con las manos. Sonrío a mi reflejo antes de apagar las luces de la habitación. Bajo la persiana del balcón dejando un trozo libre para poder pasar a gatas, y cuando estoy fuera y de pie, saco una pierna por la barandilla.

—Eh, eh ¿qué haces? —Bruno, alterado, se acerca más al edificio.

—Bajar —Saco otra pierna, y me agarro a la tubería que baja por la fachada del edificio.

—No, Julia, para. ¡Vuelve dentro! —susurra a punto de gritar.

Hago caso omiso a sus peticiones y bajo con cuidado por la pared.

—Adiós, Champón. —Le lanzo un beso antes de desaparecer y dar un salto al suelo. Las manos de Bruno me agarran por la cintura amortiguando la caída, y me atrae contra su cuerpo.

—¿Por qué has hecho eso? ¿No era más fácil salir por la puerta?

La manera de apretarme contra él me demuestra lo protector que quiere ser conmigo. Niego con la cabeza y le dedico una sonrisa divertida pero

tranquilizadora.

—Puede, pero era más divertido así.

Su semblante serio cambia después de besarle con pasión.

—Anda, vamos. Demasiado peligro por hoy.

Me agarra de la mano y vamos corriendo hasta un extremo de la calle donde tiene la moto aparcada. Subo sin preguntar el destino. Tengo claro que a su lado siempre estaré segura.

Después de un camino de viento helado, llegamos al paseo marítimo.

—¿A estas horas vienes tú a la playa? —Me bajo de la moto temblando por el frío.

—Solo a estas horas puedo venir contigo.

Guarda los cascos en el maletero y saca de él una pequeña manta que me pone al rededor.

—Gracias. —Le sonrío y él me rodea con su brazo para empezar a pasear.

Caminamos por la arena cerca de la orilla, abrazados, mientras me pregunta por la discusión con mi familia y yo le explico lo ocurrido.

—¿Te puedo decir mi opinión? —Dejamos de caminar y nos situamos frente a frente.

—Claro.

—Creo que deberías hablar con tu madre y parar de intentar evitarla. —Posa la mano sobre mi barbilla obligándome a mirarle a los ojos—. Escúchame, sé que a ti te duele lo que hace, pero a veces las personas no son conscientes de que hacen las cosas mal.

—Le hace daño a mi padre.

—Y a ti, por eso deberías hablar con ella y decirle todo eso. No llores. —Me acaricia el rostro al ver mis ojos cristalizados por las lágrimas.

—No lloro. —Sonríe por mi respuesta a la defensiva y me envuelve en un abrazo—. Está bien, hablaré con ella.

Deposita un beso sobre mi cabeza y nos sentamos en la arena mirando hacia el mar oscuro. Él me abraza por la espalda, y la manta nos envuelve a ambos.

—¿Y tu familia? —pregunto.

Bruno apoya la barbilla en mi hombro.

—Está en Argentina.

—¿Toda?

—Sí.

—¿Les echas de menos?

—Mucho. —Su voz adquiere un tono triste y melancólico. Le agarro las manos para darle mi cariño.

Sigo preguntando por su familia, interesada en conocer más de él. Me

cuenta sin entrar mucho en detalle la situación de su país de origen y el esfuerzo que hace intentando ayudar a su numerosa familia porque no tienen mucho dinero. Soy capaz de ver el inmenso amor que siente hacia su familia. Daría todo lo que fuera por ellos. Eso me demuestra una vez más el gran corazón que tiene.

—¿Por qué no vienen ellos a España?

—Somos muchos, y mi mamá no se quiere ir del país por muy mal que esté. Dice que allá nació y allá se quedará toda su vida. Mis hermanos ya formaron una familia. Yo les mando plata todos los meses. Ella hace trabajos de costurera de vez en cuando, pero no le alcanza para todo, y a veces mis hermanos también necesitan que los ayude.

Le escucho conmovida por el cariño que transmite al hablar de ellos. Desearía ayudarlos para hacerle feliz.

—¿Sabes? Se te nota más el acento cuando hablas de ellos. —Hace justo lo que quería, sonreír—. ¿Los verás en Navidad? —pregunto girándome para estar cara a cara.

—Sí. Saldré el día antes de Nochebuena por la mañana para llegar a tiempo a la cena.

—Te echaré de menos —confieso.

—Aún nos quedan cuatro días juntos.

Comenzamos un juego de besos robados hasta que al final acabo a horcajadas sobre él fundiéndonos en besos ardientes que cada vez piden más y más.

Ya no siento el frío de una noche de invierno a las cinco de la mañana, sino calor por nuestra cercanía.

—¿Qué haces? —pregunta con una sonrisa mientras le tumbo sobre la arena.

Mi sonrisa atrevida le responde. Vuelvo a besar sus labios una y otra vez, saboreando el riesgo de lo prohibido.

—Julia… Estamos en la playa.

—¿No es irónico? Somos el secreto más evidente. Nadie nos puede ver, pero estamos frente a todos.

El brillo de sus ojos coincide con mis deseos. Me besa con pasión, como si ya no existiera nada más. Nuestros cuerpos se funden en uno solo mientras amanece.

21
JULIA

La alarma del móvil me despierta apenas dos horas después de haberme acostado. Tengo que prepararme para ir a trabajar. Los recuerdos de la noche anterior me obsequian la sonrisa que tanto necesito para poder afrontar el día sin haber dormido casi. Por suerte, anoche nadie se enteró de mi escapada a pesar de que tuve que entrar por la puerta intentando no hacer ruido con las llaves. A Bruno no le gustaba la idea de verme trepar por el edificio, tenía miedo de que me hiciera daño.

Después de una ducha revitalizadora y un buen desayuno, acudo a Crystal. La tienda está llena, y las horas se me pasan rapidísimas debido al ritmo ajetreado. Cuando llega mi turno del descanso aprovecho para ir a una cafetería cercana y pedir un café. No suelo beber, pero necesito la cafeína para despertarme.

Mientras espero, me entretengo leyendo los mensajes que Blanca ha enviado al grupo disculpándose por no haber asistido a nuestra quedada el día anterior, y tenía el móvil apagado. Dice que se olvidó por completo. Pienso en Paula. Estoy segura de que seguirá creyendo que entre ella y Héctor existe algo. Por ese motivo le hablo por privado a Blanca para quedar esta tarde y hablar del tema.

Miro el reloj, me quedan quince minutos hasta que acabe mi descanso. Quiero aprovecharlos y llamar a Bruno en cuanto me traen mi café.

—Hola, linda. —Por su tono ronco, puedo deducir que acaba de despertar.

—Hola, ¿te he despertado?

—No, ya estaba despierto.

—Ya. —Sonrío como una tonta al imaginarlo tumbado entre las sábanas.

—¿Estás trabajando?

—Sí, acabo en dos horas. Luego he quedado con una amiga así que no puedo ir.

—¿Tengo que ir a tu ventana otra vez y sufrir el riesgo de un infarto al verte bajar por el balcón?

Una risita incontrolable se me escapa.

—No, no podemos hacer eso, nos podrían ver. No hace falta que seas un Romeo.

—Yo creía que ibas a decir que era por mi salud. Tampoco quiero acabar como él.

—También. —Me pasaría horas hablando con él si no fuera porque tengo que volver a la tienda—. Me tengo que ir, luego hablamos.

—Está bien, buen día.

—Buenos días. —Cuelgo con la sonrisa instalada en la cara y vuelvo a Crystal.

A las cinco de la tarde paseo con Blanca por el centro mientras nos comemos unos churros. Paramos frente a una iglesia, y nos sentamos en un banco alejado del tumulto de gente para hablar tranquilas.

—¿Qué tal te van las Navidades?

—Bien, como siempre, ¿y a ti? —Ella bebe de su chocolate caliente.

—Igual. —Sigo comiendo y me siento una idiota por saber que las dos estamos mintiendo.

—¿Qué tal en tu casa? —pregunta interesándose por mi familia.

—Bueno, más o menos. Discutí con mi madre porque el divorcio no está siendo amistoso, y el otro día también discutí con Raúl así que… Bueno, da igual.

—Joder, tía, que mal. —Al darse cuenta de que no quiero hablar más de eso, intenta cambiar de tema—. ¿Y qué tal el otro día cuando quedasteis? Siento no haber ido, se me pasó por completo.

—Pues de eso quería hablarte. Ese día tampoco pudo venir Héctor, y digamos que Paula se puso algo celosa.

—¿Por qué? —Frunce el ceño.

—Porque piensa que estuvo contigo. —Antes de que conteste sigo diciendo lo que tenía pensado—. Ya sé que vosotros no estáis juntos y que no tenéis nada que ver sentimentalmente. Intenté convencerla, pero los celos la ciegan. Y la única cosa que podría hacerla cambiar de opinión no la dije, porque creo que deberías ser tú quien lo haga.

Sus grandes ojos azules me miran confundidos.

—Que estás saliendo con el Príncipe.

Mis palabras la sorprenden. El rubor se expande en sus mejillas mientras tartamudea algo, pero la interrumpo.

—Tía, ¿por qué no me lo has contado? Una vez os vi juntos por la calle, y me sorprendió mucho, pero luego me acordé de que no parabas de hablar con un chico misterioso a través de Instagram y lo entendí todo. Estáis juntos, ¿no?

—Sí, estamos juntos —admite al fin—. No dije nada porque empezamos a salir hace poco, ha sido todo bastante rápido. Empezamos a hablar por Insta, luego por WhatsApp, y un día decidimos quedar.

La comprendo. Si ella supiera lo que yo escondo, no sé cómo se lo tomaría.

—Pues deberías decírselo a Paula para que deje de montarse películas en la cabeza, y tal vez así, por fin intente algo con Héctor.

Blanca promete contárselo a nuestras amigas, y nos quedamos durante horas en el mismo sitio hablando. Me cuenta sobre su romance con el Príncipe. Su verdadero nombre es Ismael. Al parecer, en su caso, las apariencias engañan (como suele suceder). No es el chico malo que aparenta ser. Dice que con ella es atento y cariñoso, aunque no quieren que los vean juntos para no iniciar rumores en el instituto.

Durante esos instantes de confesiones, varias veces estoy a punto de hacer la mía. De confesar mi propio romance prohibido, pero me detengo.

Nos levantamos a pasear por las calles del centro entre risas, hasta que al fondo veo a mi madre caminar en nuestra dirección con unas bolsas en las manos.

—Joder… —murmuro cuando nos saluda.

—Hola, ¿cómo estás, Blanca? —Le da dos besos, pero me mira a mí, me pregunta a mí.

—Muy bien, gracias ¿y tú?

—También, ¿qué hacéis por aquí?

—Nada, ya nos íbamos a casa —replico haciendo ademán de seguir caminando, pero ella me para.

—Espera, podemos ir a dar una vuelta.

Blanca nos mira sabiendo la tensión que existe entre nosotras, y hace lo que cree que es lo mejor para mí, dejarme a solas con mi madre.

—Ya hablamos, Julia. Hasta luego.

Cuando mi amiga se marcha, empiezo a caminar junto a mi madre. Las palabras de Bruno acuden a mi cabeza. Tengo que hablar con ella para resolver los problemas.

—¿Quieres que nos sentemos a tomar algo?

Entramos a un parque, y tras comprar dos bebidas calientes, nos sentamos en un banco.

—¿Ya habéis hablado con Raúl? —pregunto.

—Sí, solo fuma porros de vez en cuando. No debería ser problema.

—¿Ah sí? Menos mal, yo pensaba que se metía caballo —digo con ironía.

—Sí. Ya hemos hablado con él, ¿vale? Pero tampoco podemos obligarlo a nada, ya es mayor de edad.

Pongo los ojos en blanco. No quería empezar con mal pie, pero no he podido evitarlo.

—Veo que sigues igual de enfadada.

—Intento no estarlo, pero me molesta que le quieras hacer daño a papá.

—No le quiero hacer daño, Julia.

—Pues lo estás haciendo, y en consecuencia, a nosotros también.

—Lo siento. Siento haberte pegado, siento que pienses que soy una avariciosa, y siento haceros daño.

—Pues no hagas esas cosas, es muy fácil. —Dirijo la mirada hacia ella, y veo en sus ojos verdes la verdad de su perdón. Recuerdo las palabras de Bruno e intento relajarme para no echarle las cosas en cara y poder escucharla

—. ¿Me puedes explicar, entonces, por qué lo haces? —pregunto muy despacio, pensando cada una de mis palabras. Ella coge aire antes de responder.

—Mi intención nunca ha sido hacerte daño. Ni a ti, ni a tus hermanos, ni por supuesto a vuestro padre. Sois mi familia. Aunque no estemos juntos, os sigo queriendo igual.

Aprieto la mandíbula y miro al frente conteniendo las lágrimas.

—Puedo entender que os separéis. No soy una niña. Pero quiero entender por qué el divorcio no puede ser amistoso y tengas… —Me contengo—. Bueno, que tenga que ser tan duro para ambos.

Ella suspira y se toma también su tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—Llevamos casi toda la vida juntos, cariño. Son bienes gananciales… —Me coge la mano cuando pongo los ojos en blanco—. ¿Prefieres que me quede en la calle sin nada? No quiero hacerle daño a tu padre, nunca lo haría. Es verdad que hemos discutido mucho con respecto a ese tema, pero al final hemos llegado a un acuerdo ambos.

—¿Eso es verdad? —La miro—. ¿Va a ser amistoso?

—Bueno, ya sabes que tenemos mucho de qué hablar todavía, pero los dos vamos a intentar que sea lo más justo y menos doloroso posible para todos. ¿Vale? —Pone un mechón de pelo detrás de mi oreja—. ¿Me vas a perdonar? No quiero que sigamos estando enfadadas.

Tras unos segundos de indecisión, asiento y nos abrazamos en señal de paz. Yo tampoco quiero que sigamos enfadadas, la quiero, aunque a veces no nos entendamos y sea difícil la convivencia. Como Bruno dijo, la familia siempre es lo más importante.

—Pero arregla las cosas con papá.

Como siempre, con unas cuantas palabras me ablando y dejo de estar enfadada. A veces me molesta ser tan empática, pero ella es mi familia, y a la familia hay cuidarla. He visto el arrepentimiento en sus ojos, y cuando eso sucede, la otra persona merece una segunda oportunidad.

Después de estar una hora hablando como madre e hija, decido ir a casa de Bruno para contarle las nuevas noticias. Me hace feliz contarle que me he reconciliado con mi madre.

Él me recibe con un abrazo fuerte que, hasta ahora, no sabía que necesitaba tanto.

—Pensé que ya no venías —dice apoyando la frente contra la mía.

—No sabía si me iba a dar tiempo. —Le dedico una sonrisa y vuelvo a saborear sus labios. Me alza entre sus brazos, y me lleva a la cocina donde me deja sobre la encimera.

—¿Qué haces?

—Quiero enseñarte una cosa que he comprado para ti. —Alarga la mano por detrás de mí para coger algo, y me muestra una manzana roja que sitúa frente a mis ojos.

—¿Una manzana? Vale, gracias. Es original. —Rio y él se une.

—Ya, pero es para que pintes tu cuadro. Es mejor verlo al natural, ¿no?

—Sí, gracias. Aunque me estaba copiando un poco de tu foto. Y de tus manos. Eres mi modelo.

—Pero estoy seguro de que así te saldrá mejor. Es una versión del fresco de Miguel Ángel, ¿no? —Toca su dedo índice con el mío y me hace sonreír.

—Sí, ese Miguel Ángel, pero es otro fresco, se llama *Caída del hombre, pecado original y expulsión del paraíso*, pero creo que yo llamaré al mío *Paraíso*.

—¿Por qué? —pregunta mordiendo la manzana de una manera muy sensual—. No te preocupes, hay más.

Sonrío y le doy un mordisco a la otra parte.

—Porque no puede ser pecado si tocamos juntos el cielo.

—¿Tocamos? —Deja la manzana mordida por los dos en la encimera, y posa los brazos a ambos lados de mi cadera, quedando muy cerca de mí.

—Es decir… tocan —respondo nerviosa por su cercanía.

—¿Cómo tocan el cielo si les han expulsado del paraíso? —Cada vez está más cerca de mis labios.

—En mi cuadro no les echan, entran.

Me lanzo a besarlo con pasión, y él se cuela entre mis piernas. Me acerca al borde de la encimera hasta pegar nuestros cuerpos por completo. Sus manos me recorren la espalda hasta posarse en mi nuca, y controlar así el beso.

—Me gusta más tu cuadro —declara en un susurro. Ambos sonreímos y volvemos a juntar nuestros labios devorándonos el uno al otro como si fuéramos la manzana prohibida.

Se desprende de mi jersey y sujetador con agilidad, y comienza a repartir besos desde mi cuello hasta mis pechos haciéndome jadear. Se detiene en mi pezón lamiéndolo y mordiéndolo mientras masajea el otro con la mano.

—Bruno… —susurro entre jadeos.

Hace lo mismo en el otro pezón hasta que gimo de placer, y vuelve a mi boca mordiéndome el labio inferior y tirando de él. Sonrío y paso la lengua por el labio que acaba de morder. El brillo de sus ojos aumenta, y lo siguiente que noto son sus manos sobre mis piernas, acariciándolas hasta llegar a mis muslos. Me sube la falda y yo me desprendo de su camiseta para besarle la piel. En un movimiento que me enloquece, me atrae hacia él y me besa. El roce de su erección contra mi sexo me excita mucho más, hasta el punto de que ya no quiero seguir esperando. Le desabrocho el pantalón y cuando estos caen al suelo junto a sus calzoncillos, no puedo evitar admirar su desnudez.

Nuestros ojos se encuentran. Me mira como un león hambriento.

Hago lo que ambos estamos deseando, me quito las medias y la ropa interior. Y cuando se pone el condón, nuestros cuerpos vuelven a fusionarse en uno solo, esta vez sobre la encimera de la cocina. Entre gemidos y jadeos, susurro su nombre como si fuera una bendición.

Sus embestidas son suaves, pero rítmicas, como si quisiera sentir cada

parte de mi cuerpo. Sus ojos hambrientos me devoran con la mirada, y yo dejo que lo haga. Lo beso con anhelo, diciendo todo lo que no puedo pronunciar.

Me levanta de la encimera posando sus manos en mi trasero, y me deja contra la pared sin dejar de besarme un solo segundo. Esta vez se mueve más rápido dentro de mí, y yo gimo en su boca. La euforia es absoluta y la realidad desaparece para convertirse en una constante fuente de placer.

No sé cómo, pero terminamos en el sofá, donde llegamos al éxtasis después de hacer el amor de una forma que no lo habíamos hecho antes: pasional y salvaje.

Al cabo de unos minutos noto su respiración ya más relajada sobre mi cuello, haciéndome cosquillas. Sonrío viéndolo dormir como un ángel y acaricio sus cabellos otoñales. Una necesidad repentina de querer pintar invade mi cuerpo y no puedo hacer nada más que satisfacerla. Me levanto con cuidado de no despertarle, y extiendo la manta por encima de su cuerpo antes de ponerme su camiseta, que a mí me queda como un vestido.

Me sitúo frente al lienzo ya esbozado desde hace unos días, y empiezo a pintar presa de la inspiración.

Libre.

22
JULIA

Hoy es veintidós de diciembre, y el trabajo se multiplica debido a las compras de últimas horas. Los segundos se me antojan horas esperando a que acabe mi turno para ir a casa de Bruno. Quiero darle su regalo de Navidad ya, porque mañana se va a Argentina y quiero que tenga algo que le recuerde a mí.

Siempre me ha gustado la Navidad. Recibir regalos y regalar. Aprecio los detalles hechos a mano. Esos que sabes que se han hecho pensando en ti. Los prefiero a tener docenas de regalos que compras en una tienda sin siquiera saber si van a gustar. Siempre he recibido muchos obsequios en estas fechas, aunque dudo que este año sea igual. Ya le he dicho a mi padre que me conformo con una simple libreta de bocetos. Él siempre nos ha consentido, y sé que no puede dejar pasar una Navidad sin hacerlo, aunque económicamente no pueda.

Los pensamientos se evaporan cuando veo entrar a mis amigas a la tienda.

—¿Qué hacéis aquí? —Sorprendida de verlas, me acerco a ellas.

—Queríamos verte, ¿nos recomiendas algo? —pregunta Elena entre risitas.

—En realidad, como ya sabes, habíamos quedado cerca de aquí y como tú no podías venir hemos decidido visitarte. ¿Cómo te va aquí? —pregunta Blanca.

—Bueno, bien. —Miro hacia Diana y veo que está atendiendo a una señora—. No es el trabajo con el que siempre he soñado, pero no está tan mal.

—Hay cosas bonitas. Véndenos algo, ¿no? —sugiere Paula.

—Está mi jefa ahí, así que no hagáis tonterías —advierto.

Al final terminan comprándose un par de pendientes y Blanca un anillo.

—Qué profesional. —Se burlan mientras les estoy cobrando.

Sonrío por sus comentarios, y entonces veo a Bruno entrar por detrás de ellas. La cara me palidece e intento decirle con la mirada llena de susto, que se vaya.

—¿Qué te pasa tía? Te has puesto blanca. —Elena me mira con el ceño fruncido.

—Eh… nada. —Ladeo la cabeza hacia la salida haciéndole gestos a Bruno para que salga, pero él no me entiende.

Le doy el cambio a Paula e intento entretenerlas para que no se giren y le vean.

—Bueno, chicas, ¿dónde vais ahora?

—A comer a casa de Elena, ¿tú a qué hora sales?

—Dentro de poco, pero luego tengo que hacer el trabajo ese de Castellano o no me dará tiempo.

Me rasco la cabeza con nerviosismo mientras miro alternativamente a Bruno, que ahora habla con Cristina, y a las chicas.

—Se te ha caído, Blanca. —Paula señala el sobre donde va envuelto el anillo en el suelo.

Cuando ella se agacha para cogerlo, Bruno le ve la cara, y por fin comprende lo que trataba de decirle con miles de gestos. Por suerte ella no lo ha visto.

—Pues quedamos otro día todas, ¿no?

—Claro, hablamos luego. Gracias por venir. —Al ver a Bruno salir, puedo despedirme con tranquilidad—. Adiós, chicas.

Hasta que no las veo salir no respiro tranquila, y esa tensión me pone de los nervios. Me siento mal al ocultarles una parte tan importante de mi vida, y a la vez me gusta la adrenalina de hacer algo prohibido sin que nadie lo sepa. Es más nosotros, más íntimo y apasionante. Hemos llevado el secreto muy lejos, revelarlo ahora cambiaría muchas cosas, y no quiero que nuestra amistad se dañe por eso.

Después de acabar mi turno y despedirme de mis compañeras, salgo de la tienda con los auriculares puestos. Distraída escogiendo la canción, casi choco con algo que se me pone por delante. Es Bruno con la moto.

—No deberías mirar tanto el móvil, podrías tener un accidente. —Una sonrisa ladeada se dibuja en sus labios.

—Y tú no deberías meterte en las aceras, son para peatones, no vehículos.

Su sonrisa se hace más ancha. Hace un gesto con la cabeza para que suba a la moto.

—Vamos sube, peatona.

Le sonrío con burla, y me pongo el casco que me ofrece antes de subirme a la moto.

Conduce hasta su casa y subimos a su piso en el ascensor. Cuando las puertas de este se cierran, se lanza a besarme dejándome arrinconada en una de las esquinas.

—Estaba deseando hacer esto desde que te vi en la tienda.

Sonrío mirando sus labios carnosos.

—No deberías venir a la tienda, creo que Diana sospecha algo, y alguien podría pillarnos, como hoy.

—Pero no nos han pillado —responde rozando mis labios.

—No, pero estuvimos a punto.

Las puertas del ascensor se abren y salimos cogidos de la mano hacia su

piso.

—Tengo algo para ti —anuncio dejando mi mochila sobre el sofá azul.

—¿El qué?

Saco el paquete y lo escondo detrás de mi espalda para que no lo vea. Nervioso, se pasa la mano por la cabeza y me hace sonreír, parece un niño pequeño.

—No es un anillo, tranquilo.

Se ríe alegrándome el alma, y entonces decido darle el paquete.

—Toma, espero que te guste.

Ahora la que está nerviosa soy yo. Veo relucir el brillo en sus ojos mientras rasga el papel plateado con copos de nieve, como un niño emocionado. Saca del interior un marco de fotografía blanco, que encuadra la acuarela de un león que hice hace tiempo. No dice nada, y empiezo a preocuparme.

—Es que no sabía qué regalarte por Navidad… Si no te gusta no hace falta que…

—Julia —interrumpe—, claro que me gusta, me encanta. Te lo dije mientras lo hacías y… me lo has regalado. —Me mira como si fuera algo del otro mundo—. Es perfecto, gracias.

Me estrecha contra su pecho y me besa con ternura llenándome de amor. Un amor que me hace inmensamente feliz.

—Me alegro de que te guste.

Me dedica otra perfecta sonrisa antes de colocar el marco en un mueble del salón donde se puede ver desde todos los ángulos de la casa.

—Ven acá.

Vuelve a envolverme entre sus brazos y nos dejamos caer en el sofá.

—Yo no tengo nada para ti.

—No pasa nada, no quiero nada. Además, ya me regalaste algo. —Señalo el lienzo y el caballete de pintor.

—Bueno, pero eso no era por Navidad —responde dándome un beso en la cabeza.

—Si quieres regalarme algo, dame un beso. —Levanto la cabeza para mirarle a los ojos. Él sonríe, y sin dudarlo, me besa.

—Quédate a dormir.

—¿Qué?

—Quédate a dormir conmigo hoy. Mañana me voy y quiero pasar todo el tiempo posible a tu lado.

—Pero no sé si mi padre me dejará.

—Inténtalo, di que te quedas en casa de una amiga.

Unos minutos más tarde ya tengo la aprobación de mi padre para dormir fuera de casa, claro que sin saber la verdad sobre dónde y con quién voy a dormir. Me siento mal al tener que mentirle, ya que él siempre confía en mí, y yo últimamente no hago más que mentir sobre mi paradero, las cosas que hago o con quién estoy. Pero es la única forma de estar con Bruno.

Mientras él cocina, yo sigo pintando sobre el lienzo que ya va cobrando forma poco a poco. Estoy esforzándome al máximo, procurando fijarme en cada detalle para hacerlo lo mejor posible. Ya no porque sea un trabajo de clase que se va a exponer, sino porque representa mucho para mí.

—¿Te molesta si cae pintura en la camiseta? —pregunto mirando la prenda oscura que llevo de Bruno. Es como un vestido para mí.

—No, es tuya.

Sonrío al oír su contestación, y continúo pintando. Ahora algo suyo es mío.

El olor a quiche de verduras llega hasta mi nariz abriéndome el apetito. Bruno es un excelente cocinero, todo lo que he probado hasta el momento, es exquisito. Y agradezco mucho que, en consideración a mí, él tampoco coma carne cuando estamos juntos.

Deja los platos sobre la mesa del comedor, y posa sus manos sobre mis hombros.

—Ya está la cena. Cuando te pones a pintar se te olvida el resto del mundo.

Sonrío dándole una pincelada de rojo escarlata a la manzana de mi cuadro.

—Un poco.

Dejo de pintar cuando sus manos empiezan a masajearme los hombros. Aliviada, echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su abdomen duro. Lo veo sonreír desde un ángulo extraño, pero aún así sigue siendo guapísimo. Se inclina para darme un beso en los labios, y luego yo me pongo de pie en la silla para subirme encima suya y besarle.

—Julia, ahora vamos a cenar —dice en tono divertido y con una sonrisa permanente en la boca.

Me rio por mi ocurrencia antes de decirla.

—Vale, pero luego serás mi postre.

Él ríe también. Se sienta en la mesa conmigo aún encima, y cenamos de esta manera entre risas e insinuaciones.

Al terminar, enredo las manos en su pelo, y lo atraigo a mi boca para besarlo con fiereza. Quedo a horcajadas sobre él, y me coge para llevarme a su habitación entre besos apasionados. Caemos en la cama dispuestos a pasar la noche haciendo el amor, y después de un orgasmo exquisito, mientras Bruno duerme, me levanto para traer a la habitación el caballete y las pinturas.

La inspiración cosquillea en las puntas de mis dedos y necesito transformarla en arte.

Una media hora después, cuando estoy sumergida en mi pintura, escucho su voz ronca.

—¿Qué haces?

Giro la cara para mirarle, y la escena de él tumbado sobre la cama, desnudo, con el pelo revuelto y los ojos entreabiertos, me saca una sonrisa.

—Pintar. —Vuelvo a deslizar el pincel sobre el lienzo.

—¿Otra vez?

Asiento concentrada en lo que estoy haciendo.

La piel se me eriza al notar sus caricias en el brazo con el que doy pinceladas de color a mi lienzo. Ahora está de pie detrás de mí. Noto sus labios húmedos sobre mi cuello arrancándome un jadeo inesperado. El vello se me pone de punta. Mi mano pinta sola, sin parar, libre. Como si a cada beso la inspiración fuera mayor.

Suelta la sábana que llevo enrollada al cuerpo, dejándome al desnudo, expuesta a sus dedos que recorren mis costillas consiguiendo que me estremezca tras su paso. Su lengua resbala por mi cuello mientras toca mis pechos y estimula mis pezones. No puedo evitar que un gemido se escape de mi boca.

—Bruno… —Noto su erección contra mi espalda mientras que con la lengua recorre el otro lado de mi cuello.

—Eres toda una obra de arte —susurra en mi oído.

Coge la mano con la que agarro el pincel lleno de pintura roja escarlata, y la hace recorrer mi propio cuerpo creando una línea roja entre mis pechos hasta mi ombligo. Las cerdas del pincel me hacen cosquillas, excitándome aún más. Dejo que controle el movimiento de mi mano, y jadeo mientras crea un recorrido por mi cuerpo llenándolo de pintura. Nunca había imaginado algo más erótico en mi vida, y el deseo de pintar una obra de arte sobre su cuerpo me invade.

—Para, quiero hacerlo yo.

Me levanto y observo su bello cuerpo desnudo que no necesita que lo pinte para convertirse en una obra de arte. Unto el pincel en óleo y recorro sus tonificados brazos dejando una estela de color tras mi paso. Nos miramos a los ojos mientras pinto su cuerpo. Sus labios entreabiertos me incitan a morderlos como si fuera la fruta prohibida de mi lienzo. Le beso con fuerza hasta caer en la cama. Me coloco encima para apreciar mejor mi obra de arte preferida.

Dibujo líneas sobre su pecho, sus brazos y su torso mientras lo escucho jadear por la excitación del momento. Sonrío mientras pinto sobre él y sus dedos recorren mi cuerpo hasta llegar a mi ingle húmeda de excitación, para acariciarme el clítoris. Gimo de placer ante su contacto, y paso de hacer líneas rectas a onduladas. Dibujo espirales sobre su piel, idénticas a los torbellinos de emociones y sentimientos que me hace sentir.

Descontrolados y apasionados, terminamos haciendo el amor una vez más, llenos de pintura.

Acabo agotada, tumbada a su lado. Nuestros cuerpos llenos de color brillan radiantes después de estar juntos como uno solo.

—Te extrañaré —dice apartando un mechón de mi rostro.

Sonrío medio adormilada por el cansancio.

—Y yo a ti.

Sin poder evitarlo, los ojos se me cierran, pero antes de caer rendida, noto sus brazos cálidos rodearme y estrecharme contra su pecho. Ya no sueño con el paraíso porque estoy en él.

Despierto unas horas después, sin el calor que me rodeaba. Busco a Bruno entre las sábanas, pero no está. Abro los ojos cuando me acuerdo de su partida a Argentina. En la mesilla encuentro un paquete envuelto con mi nombre. Lo abro aún adormilada, y en el interior encuentro un libro con una notita.

No quería despertarte. Tenía que ir con antelación al aeropuerto. Te extrañaré mucho, Julia. Feliz Navidad.

El libro es el mismo que vimos en la librería cuando todavía no me podía imaginar que acabaríamos juntos. El de la portada del fresco *La creación de Adán,* de Miguel Ángel. Es una edición coleccionista que contiene todas sus obras y biografía. En la primera página donde aparece el título, hay algo escrito a mano:

La creación de Bruno y Julia.

23
Bruno

Observo las luces de la ciudad desde el cielo. Cada vez son más pequeñas, hasta que desaparecen entre las nubes conforme el avión va ascendiendo.

Dejo a millones de personas que viven en ese país, pero solo me importa una: ella.

Odio lo cerca que estamos y lo lejos que debemos estar.

Me encanta lo lejos que estamos y lo cerca que estamos en realidad.

Lo cierto es que siempre hay algo que nos separa. A veces esa línea es muy fina, a veces es un océano enorme.

Desde hace mucho tiempo quiero viajar a mi país natal para ver a mi familia, pero hoy, a una parte de mí le hubiese gustado quedarse bajo las sábanas que llenamos de pintura con nuestros cuerpos. Me hubiese gustado conocer la Navidad con Julia, pero ha sido imposible, porque estas Navidades van a ser diferentes. Van a ser duras. Van a ser las peores de mi vida, y no quiero que sean las suyas también.

24
JULIA

Desde que Bruno se fue a Argentina con su familia, los días se han hecho más largos y pesados, sobre todo con tanta carga de trabajo. Toda la emoción e ilusión que había sentido en los primeros días de vacaciones, se han esfumado por completo.

Llego a casa después de mi último día de trabajo hasta después de Año Nuevo. Reviso los mensajes en mi móvil y ordenador, pero no encuentro ninguno nuevo de él. Desde el 25 de diciembre no he vuelto a saber nada de él. Me felicitó la Navidad, me dijo que me echaba de menos, y después, desapareció por completo. Perdimos el contacto. Comprendo que esté aprovechando el tiempo para estar con su familia a la que quiere tanto, pero un mensaje de vez en cuando no cuesta nada y me daría un poco de tranquilidad.

Frustrada, me tumbo en la cama y ojeo las imágenes del libro que me regaló, y que ahora me recuerdan a Bruno. Él siempre ha sido el sol y yo la luna. El poder reside en mí, pero su luz es la que me ilumina y me hace brillar. Nos complementamos. Somos día y noche. Ojalá no tan pasajeros. Siempre espero que el sol resurja una vez más y se encuentre con la luna en lo alto del cielo.

Suena la última campanada y me tomo la última uva. Un año nuevo comienza, y dejamos otro atrás. Celebramos una despedida y una nueva etapa. Huele a propósitos nuevos, ilusiones renovadas, alegría y energía. El mundo entero se desea lo mejor para los siguientes 365 días. Todos queremos empezar con buen pie. Esperemos que el destino nos deje hacerlo.

Después de cenar con mi familia al completo, salgo de fiesta con mis amigos. Es la primera vez que lo hago, antes siempre me quedaba en casa hasta que el sueño se apoderaba de nosotros. Pero esta vez es diferente. A pesar de estar todos reunidos e intentar pasar una buena noche, el ambiente sigue siendo tenso. Es la primera Navidad que pasamos desde que se separaron. Y aunque la idea ha sido de mis padres, no pueden evitar ocultar la tensión que hay entre ellos. Y encima Raúl sigue enfadado conmigo. Es una Nochevieja atípica, y ni el espíritu navideño logra mejorarla. Marcos, mi hermano mayor, y su mujer, son los que mejor saben animar la fiesta. Su

sentido del humor y sus anécdotas hacen la velada más amena. Pero después, ellos se marchan a divertirse con sus amigos, y yo también deseo hacerlo. No quiero quedarme en un lugar donde la tensión se puede cortar con un cuchillo, ni pensar que estas pueden ser las últimas Navidades que paso en mi casa… Y por supuesto, tampoco quiero darle mil vueltas a qué estará haciendo Bruno y quedarme esperando un mensaje que nunca llega.

Tras unas copas en una discoteca abarrotada de gente, que no merecía lo caras que hemos pagado las entradas, vamos a un piso que han alquilado amigos de Pablo.

No me hace especial ilusión ir a una fiesta de alguien que no conozco, en un piso que no conozco, pero Pablo y Héctor son de confianza y vamos todos juntos.

El apartamento es pequeño, no hay tanta gente como esperaba. Hay personas jugando a juegos de mesa en el salón, otros hablando en las habitaciones, y en la cocina preparando bebidas. Saludamos a algunos conocidos, y entramos en una habitación donde están tres amigos de Pablo fumando. Blanca conoce a dos de ellos, pues, aunque ella diga que no, es bastante social y se le hace fácil entablar amistades. Uno de ellos es alemán, pero habla inglés, y resulta divertido verlos intentar comunicarse con él.

Me siento en un sillón después de las presentaciones, y nos servimos unas copas que en seguida me desatan la lengua. El alcohol me afecta rápido. Empiezo a hablar con el alemán, Klaus, entre risas. No sé ni cómo soy capaz de pronunciar el inglés en mi estado, pero conseguimos entendernos. El otro chico, Max, nos ofrece fumar un porro, pero Blanca y yo lo rechazamos. En cambio, para nuestra sorpresa, Paula acepta. Y sin importarle nuestras miradas de reprobación, da una calada y tose, pero enseguida se acostumbra y termina deshecha en risas con los chicos.

Mientras todos se divierten, yo miro el móvil con la esperanza de recibir un mensaje de Bruno que me felicite el año. Espero, pero no llega nunca. Me pregunto qué hora será en Argentina, pero voy muy borracha como para hacer los cálculos.

—Oye, ¿qué hora es en Argentina? —pregunto a nadie en particular.

Los amigos de Pablo me miran con los ojos rojos de estar fumados, y se ríen.

—Ni puta idea, ¿para qué quieres saber eso?

Me encojo de hombros sin saber qué contestar y sigo mirando el móvil. Pronto se olvidan de mi pregunta.

—Tía, deja de fumar —le dice Blanca a Paula.

—¿Por qué? Me lo estoy pasando bien, solo es un día.

Blanca la mira con reprobación mientras niega con la cabeza. Yo me río sola de pensar la que me liaría Raúl si me viese en una habitación llena de humo con olor a marihuana.

—¿Con el Príncipe eres igual de aguafiestas? —pregunta Paula levantando una ceja. Se notan los efectos de la droga en su rostro. Tiene los ojos

entrecerrados y rojos.

—Él no fuma —contesta Blanca molesta por su comentario. La risa irónica de Paula la hace enfadar más.

Todos miran a las dos chicas que discuten, incluso el alemán, que no se entera de nada.

—Claro que no, y yo tampoco. —Paula hace una pausa antes de continuar —. Ese tío es gilipollas, Blanca.

—¡Paula, deja de insultarlo!

La aludida se levanta de la cama y se planta frente a la rubia. Las miradas que se echan son de película, parece que se van a matar, pero entonces, Paula besa a Blanca.

Pablo y yo las miramos estupefactos mientras que sus amigos están en otro plano mental. Blanca se queda paralizada hasta que sus labios se separan, se miran con intensidad, y Paula se marcha sin decir palabra.

Los ojos de mi amiga se encuentran con los míos. Está desconcertada, como todos. Nadie esperaba lo que acaba de suceder. Blanca se deja caer en una silla, anonadada.

—¿Hacemos un trío? —pregunta Max.

Lo miramos como si hubiésemos encontrado al idiota más grande del mundo salido de una cueva, y su sonrisita me lo confirma.

Horas más tarde, camino por la calle cogida del brazo de Blanca. Se queda a dormir en mi casa. Aún seguimos sorprendidas por el beso de antes, pero el alcohol no nos deja pensar con claridad. Descansamos sentados en unas escaleras de la calle, esperando a que los padres de Elena vengan a recogerla. Alex, del que no se ha separado en toda la noche, la acompaña, y mientras ellos hablan, yo vuelvo a mirar el móvil.

Tras varios intentos por poner la contraseña correcta, por fin entro a Facebook para encontrarme con algo cercano a lo que buscaba. A Bruno le han etiquetado en varias fotos en las que sale celebrando con distintas personas. Sonrío como una idiota viendo las fotos en las que parece tan feliz, pero la sonrisa se desvanece al encontrar una en la que sale él dándole un beso en la mejilla a una chica guapísima. En la siguiente foto salen abrazados, y en la siguiente, cogidos de la mano. Un sentimiento que nunca había experimentado antes me invade: los celos. Me suben por el estómago.

La chica no está etiquetada, no puedo saber su nombre, pero las fotos que tienen son muy cariñosas.

—Joder… —murmuro enfadada.

—¿Qué? —pregunta Blanca girándose hacia mí.

—Eh, nada.

El móvil se bloquea, intento volver a poner la contraseña, pero fallo varias

veces y se me termina bloqueando de verdad. Maldigo entre dientes, deseando gritar, llorar y dormir al mismo tiempo. Entonces el padre de Elena llega en coche y nos acerca a Blanca y a mí a casa.

La velada ha sido larga y rara, pero cuando despierte, daré comienzo a un año nuevo.

Miro debajo de mi cama, donde Blanca está durmiendo. Ambas llevamos la misma ropa que anoche, no tuvimos fuerza para cambiarnos, caímos rendidas en el colchón.

Cojo ropa y voy al baño a darme una ducha y desmaquillarme. Cuando mi cuerpo entra en contacto con el agua caliente, los recuerdos de la noche me vienen a la cabeza. Sobre todo, el de las fotos cariñosas de Bruno con otra chica. Sacudo la cabeza como si así pudiera sacar los pensamientos de mi mente. Termino de ducharme con rapidez, y me visto con ropa cómoda antes de volver a la habitación donde me encuentro con Blanca sentada en su cama, pasándose una mano por los ojos.

—¿Lo de ayer fue verdad?

—¿El qué? —pregunto subiéndome a mi cama. A ella también le han venido los recuerdos de golpe.

—Lo de Paula.

—Sí —confirmo—. Te besó.

—Joder —replica como si se acabara de enterar—. Madre mía. Pero había fumado.

—Un poco, pero no creo que fuera por eso.

—¿Por qué lo dices? —Me mira con los ojos muy abiertos.

—Porque ahora todo tiene lógica. Los celos que tenía cuando pensaba que había algo entre Héctor y tú. Cuando le contaste que estabas con Ismael no pareció alegrarse, disimuló un poco, pero estaba seria.

—Joder, nano —repite echándose en su cama. Eso me recuerda a Bruno.

Me tumbo en la cama observando el lomo del libro que él me regaló, y que sobresale de la estantería.

—Creo que ella estará más preocupada que tú, deberíais hablar.

—Ya… ¿y qué le digo?

—Pues no sé, lo que sientas, supongo. Sois mejores amigas.

—Pero ella no quiere ser mi mejor amiga.

Le tiro un cojín a la cara y ella se queja.

—Claro que quiere serlo. Igual está confundida. O no, vale. Pero seguro que quiere ser tu amiga. ¿Tú no?

—¡Pues claro! —Vuelve a tirarme el cojín—. Pero no la quiero hacer daño.

—Si le dices lo que sientes con respeto y le aseguras que quieres seguir

siendo su amiga, no le harás daño.

—¿A ti no te haría daño que el chico que te gusta te diga que solo quiere ser tu amigo?

Pienso en qué habría pasado si Bruno me hubiese dicho eso.

—Sí, te puede doler. Pero ten en cuenta que vosotras sois amigas desde hace mucho. Nunca habéis sido novias —Blanca frunce el ceño como si todavía no se hiciera a la idea—, no es lo mismo a que le hubieses dado ilusiones o hubiese pasado algo más. Venga, conoces a Paula. Sabes que ella no rompería una amistad por algo así.

—Siento que no la conozco. Nunca me he dado cuenta de sus sentimientos.

—Lo mejor es hablarlo con ella. Le dices lo mismo que me acabas de decir a mí, que no quieres dejar de ser su amiga. Igual necesita un tiempo, pero lo aceptará y todo volverá a ser como antes.

O eso espero.

Desayunamos juntas y, cuando Blanca se va a su casa, vuelvo a buscar las fotos de Bruno en Facebook. Reconozco que soy una masoquista, porque verlas solo me hace sentir un pinchazo en el corazón que duele, y mucho.

Comenzamos bien el año.

25
BRUNO

Mi cuerpo está en Argentina, pero mi mente a veces viaja a España. Con ella. En sus besos. En su piel. En su olor.

Intento disfrutar de las vacaciones con mi familia. Siempre estoy pensando en ellos, en el momento en que se muden a España conmigo para tener un futuro mejor y estar juntos, y en cambio, ahora estoy pensando en ella. En el cosquilleo del estómago que siento cada vez que la veo. Y me resulta extraño, porque siempre he sido muy centrado. Sé lo que quiero, sé lo que es importante para mí, y ella se ha colado bajo mi piel. Y ya no la puedo olvidar. Su ausencia se nota, se hace grande en mis pensamientos y en el corazón.

Están siendo unas Navidades complicadas. A penas he podido dormir, porque cuando la vida te golpea tan fuerte, te deja sin aliento en el suelo. Y yo no puedo estar así. Debo levantarme siempre por ellos, por mi familia. Tengo que ser el pilar que los sostenga cuando el terremoto derribe los techos. Y es duro.

Despedimos un año duro y esperamos que el próximo sea mejor, aunque las expectativas sean muy bajas. Haré lo que sea necesario por ellos.

Tratamos de pasar la última noche del año con buena vibra. Unidos como no lo estábamos desde hace mucho tiempo. Trato de que sea una noche especial, la mejor posible. Y Julia se cuela en la noche familiar, en la fiesta y mis pensamientos, porque la extraño, y la necesito a mi lado más que nunca.

26
JULIA

El trabajo me evade un poco del bucle de pensamientos en los que he caído. Ahora vienen las compras de Reyes, y vuelve el ajetreo de compras a la tienda. Lo uso en mi beneficio para dejar de pensar en Bruno. Siendo objetiva, es mejor eso, que quedarme regocijándome en el dolor que me producen los celos y la inexistente comunicación entre nosotros.

—Julia, por favor, ¿puedes ir a tirar estas cajas? Mientras yo iré desembalando las otras, ya no caben más en el almacén.

Ayudo a mi compañera y salgo con tres cajas llenas de papeles y plásticos a la calle. Separo los plásticos del papel, y voy tirándolos a sus contenedores correspondientes. Después, con las uñas, intento arrancar el celo de las cajas para poder plegarlas y tirarlas en la máquina que aprisiona el cartón. Hay muchos negocios alrededor, y si no lo hacemos, no cabrían tantas cajas. De hecho, ahora está a punto de desbordarse debido a que hay algunos que no pliegan el cartón.

Concentrada en lo mío, plegando cajas antes de tirarlas, dos trabajadores de otros locales se acercan a donde estoy para tirar sus desechos y fumarse un cigarro. Uno de ellos pone en marcha la máquina y esta empieza a engullir todo su contenido.

Veo a un chico vestido al completo de negro pararse frente a mí con unas cajas. Está esperando a que la máquina termine para poder tirar lo suyo.

Los nervios surgen poco a poco en mí. Estoy rodeada de gente desconocida que esperan a que termine la máquina mientras que yo me peleo con los celos de las cajas. Me hago daño en las uñas y empiezo a ser muy torpe. Entonces el chico que tengo en frente me ofrece su cúter. No me había fijado mucho en él antes, porque estaba concentrada en intentar acabar con mi tarea. Es un chico alto, moreno con el pelo largo recogido en un moño y los brazos llenos de tatuajes. Muy atractivo.

Le agradezco que me deje la herramienta y me corresponde con una bonita sonrisa. Con el cúter, dejo de hacerme daño en las manos y puedo terminar mucho más rápido.

—¡Cuidado!

El mismo chico es el que me alerta de las cajas que se están desbordando del basurero, y que están a punto de golpearme. Me alejo del contenedor situándome a su lado, y avergonzada por haber sido el centro de atención, le devuelvo el cúter.

—Toma, gracias.

—De nada. —Me dedica otra bonita sonrisa muy amable—. Alguien debería encargarse de vaciar esto más a menudo, y de que la gente pliegue las cajas antes de tirarlas.

Estoy de acuerdo con él, si eso fuera así, no habría pasado tan mal rato.

—¿Sabes cuánto tardará la máquina? —pregunto.

—Unos diez o quince minutos.

—Vale, pues volveré más tarde, tengo que ayudar a mi compañera, está sola.

—Espera. —El moreno se acerca a mí y pisa un trozo de celo que se me había quedado pegado en la suela de la zapatilla.

Se lo agradezco ruborizada, y me despido antes de volver a mi tienda, donde las horas se pasan más ligeras que antes, hasta que acabo mi turno.

Saco más cajas nuevas que tengo que tirar, y esta vez soy precavida y llevo el cúter conmigo. Vuelvo a coincidir con el mismo chico de antes. Nos saludamos, y cuando termino de plegar mis cajas, las tiro todas al contenedor ya vacío. Él se despide, pero al poco tiempo voy detrás de él, ya que seguimos el mismo camino. Sale por la puerta que separa la zona del comercio del basurero, y al verme detrás, la sostiene para que pueda pasar.

—Gracias. —Sonrío con timidez.

Caminamos durante unos segundos juntos, hasta que nuestros caminos se bifurcan. Se despide de mí, y veo cómo entra a una tienda cercana a Crystal. Entro en la tienda para dejar el cúter y me marcho con su imagen en la cabeza. Ha sido curiosa la forma de encontrarnos, y aunque me haya sentido fatal por el mal rato, ha sido tan amable conmigo, que desearía encontrármelo más veces.

Los días pasan y todo continúa igual. Blanca y Paula siguen sin dirigirse la palabra más allá de los saludos cordiales. A una le da vergüenza hablar del tema del beso, y a la otra, apuro.

Yo continúo sin tener noticias de Bruno, y desde el día en que vi las fotografías en su perfil, he recuperado mi orgullo y he dejado de mandarle mensajes.

En cuanto a la familia, mi padre ha conseguido vender la empresa y ahora está temporalmente en el paro. El divorcio continúa su curso, y está a punto de resolverse. No hablan de ello delante de mí, así que no sé cómo está la situación en realidad. De momento mi padre no ha vuelto a hablar de mudanza. Ahora está un poco mejor económicamente después de vender y saldar deudas.

La relación con mi madre vuelve a ser la de siempre, aunque no nos veamos tanto como antes, algunos fines de semana los paso con ella, y de vez en cuando compartimos tiempo juntas en su casa o dando una vuelta por la

calle.

Raúl en lo único que ha cambiado es que ahora trabaja de camarero los fines de semana en un bar, pero sus expectativas de futuro siguen siendo las mismas: ganarse la vida como *youtuber*. Ya no está enfadado conmigo, pero sigue siendo el mismo hermano insoportable de toda la vida.

Lo único estable en mi vida ahora mismo es él: Óscar. Ese chico que conocí tirando la basura y que ahora me alegra los días cada vez que voy a trabajar. Trabaja en una zapatería al lado de Crystal, y casi siempre coincidimos tirando la basura. Desde un principio fue muy amable conmigo, y ahora me alegra poderle considerar un amigo, nos encontramos todos los días.

—¿Entonces mañana empiezas las clases? —pregunta fumándose un cigarrillo.

—Sí. —Estoy nerviosa por la incertidumbre de si volveré a ver a Bruno en el instituto.

—Vaya mierda.

—A veces la vida lo es. —Me encojo de hombros terminando de tirar las últimas cajas, y me apoyo en la pared a su lado.

—Hace años que no voy al instituto, y salir de allí fue lo mejor de mi vida.

Me rio por su comentario, y le doy un codazo suave que responde con una sonrisa.

—¿Y mañana trabajas?

—Sí, por la tarde. Ahora siempre por la tarde porque por la mañana voy al instituto.

Asiente pasándose la mano por el pelo para hacerse bien el moño mientras sujeta el cigarro con la boca. Es imposible no apreciar lo atractivo que es. Tan grande y lleno de la tinta que dibuja su piel bronceada.

—Nos vemos mañana, tengo que volver.

—Vale, hasta mañana.

—Hasta mañana. —Da una última calada antes de tirar el cigarro al suelo, y me guiña el ojo.

Lo observo alejarse sintiéndome un poco culpable por mirarle con otros ojos que no son precisamente de amistad. Pero mi pasión es admirar la belleza de las obras de arte, y él, sin duda, lo es.

A las siete y media de la mañana suena el despertador. No he dormido bien. Apenas un par de horas, después de estar la mitad de la noche dando vueltas en la cama, nerviosa. No he descansado para nada. Y a pesar de tener la mente despierta, mi cuerpo está pesado. Las pocas horas que he podido conciliar el sueño, mi cerebro seguía despierto, consciente de que estaba intentando dormir. Es algo que me pasa siempre que estoy nerviosa por el día que me espera la mañana siguiente.

Tardo más de lo necesario en levantarme de la cama y escoger la ropa. No estoy de humor para modelitos ni maquillaje, pero si hoy voy a ver a Bruno, quiero que me encuentre como siempre, como si nada me hubiese afectado. Quiero recuperar la fuerza en mí misma, y arreglarme me ayuda.

Preparo la mochila para el primer día de vuelta a clase, y me despido de Champón antes de salir de casa camino al instituto. Al llegar a la calle, los nervios me muerden el estómago de una manera voraz. El corazón me late muy rápido pensando en la posibilidad de encontrarme con él en la puerta del taller, pero no es así. Me tranquilizo al no ver a nadie, y cuando suena la sirena de inicio de clases, entro en mi clase.

El retorno después de unas vacaciones siempre es difícil, nos llenan de trabajos que hacer, y de fechas de exámenes que no ayudan para nada al ambiente tenso que se respira entre las cuatro mesas de las chicas y yo. Desde que empezó la mañana, hemos hablado en contadas ocasiones, solo en el descanso entre clase y clase, y de cosas muy banales. Blanca y Paula actúan como si nada hubiese ocurrido, pero la tensión se puede cortar con un cuchillo. Las miradas que cruzo con Elena son de clara incertidumbre por no saber cómo actuar con nuestras amigas.

A la hora del descanso, nos dispersamos. Yo me quedo junto a Blanca. Elena con Alex, y Paula con Héctor y Pablo. Mientras bajamos las escaleras, los latidos de mi corazón vuelven a dispararse desbocados al pensar que en cualquier momento puedo cruzarme con Bruno. En los pasillos, la escalera, la recepción…

Pero no pasa, y empiezo a cuestionarme si lo veré hoy o no. Antes estaba muy segura, pero ya no puedo estarlo. Sumergida en mis pensamientos mientras comemos el almuerzo, no puedo atender a la conversación que están teniendo mis amigos.

—Habla con ella, Blanca. Mírala, ni siquiera está con nosotros porque le da vergüenza, prefiere irse con otro grupo que estar con nosotras.

—Que me hable ella, que es la que empezó todo, ¿no?

—Podríais tener un punto medio y acercaros las dos —propone Alex—, porque si no, no os arregláis ni para el año que viene.

—Oye. —La mano de Elena zarandeándome el brazo me saca de mi particular mundo—. ¿Qué opinas?

—Eh… Sí, tenéis razón.

—Pues trae a Paula o estaremos así todo el curso, con el orgullo por los cielos —susurra mientras Blanca y Alex discuten.

Me acerco al otro banco donde está nuestra amiga, y la convenzo de que venga y hable con Blanca para zanjar el tema de una vez por todas.

—Bueno, nosotros vamos a hablar con los chicos, eh, ahora venimos. —Elena nos disculpa a todos para darles un poco de intimidad, y nos vamos al otro banco.

—Lo siento —escucho que dice Paula cuando nos alejamos. Intento mirar de reojo para no presionar. Está mirando al suelo, pero se dirige a Blanca.

—No pasa nada, estabas drogada. Pero no quiero que dejemos de ser amigas.

—Claro… —responde no muy convencida.

—Porque lo hiciste por eso, ¿no? Por el alcohol y la maría.

La pregunta de Blanca es más una afirmación que otra cosa. Todos las observamos hablar, esperando la respuesta de Paula, que se hace de rogar. Ellas no nos miran.

—Sí y no —responde con claridad—. Lo hice por los efectos del alcohol y eso, pero sabía lo que estaba haciendo.

Un silencio tenso las envuelve.

—Mira, Paula… Yo te quiero como amiga, pero solo así. Te quiero. Y no quiero perder la amistad.

Por una fracción de segundo, me parece ver los ojos de Paula cristalizarse en lágrimas antes de desaparecer. Me levanto para seguirla mientras Elena y Alex vuelven a hablar con Blanca.

La veo entrar en el colegio, y acelero el paso para ir tras ella.

—¡Paula! —La llamo viéndola subir las escaleras sin detenerse.

Subo lo más rápido que puedo con la vista en el suelo para no caerme, y cuando voy a empezar el segundo tramo de escaleras, alzo la vista y lo veo.

Y entonces el mundo se detiene, va a cámara lenta. Todo lo demás se desdibuja en cuanto nuestros ojos se encuentran en la distancia.

Él baja las escaleras mientras que yo las subo, separados tan solo por unos cuantos escalones.

Sin necesidad de besos, sin caricias ni roces, la tensión y el deseo se palpan.

—Julia… —susurra mi nombre con voz dulce frente a mí, un escalón más alto.

Me pierdo en el cielo azul de sus iris, pero no respondo. Me siento incapaz de pronunciar una sola palabra. Aparto la mano de la barandilla, y paso por su lado siguiendo mi camino, pero sin que entre en mis planes, nuestras manos se rozan. Piel con piel. Una corriente atraviesa mi cuerpo.

Él me agarra la mano y gira el cuerpo para mirarme de frente. Ahora yo estoy un escalón más elevado que él.

—¿Podemos vernos esta tarde? —Tiene brillo en los ojos.

Le observo como si hiciera años que no nos viéramos ni habláramos. Como cuando nos saludaba en un principio y yo pensaba que era algo extraordinario que él me viera en un mar de cuatrocientos de alumnos.

El repiqueo de unos zapatos chocando con el mármol de la escalera nos alerta de que alguien se acerca. Me suelto de su agarre para seguir mi camino escaleras arriba.

Cuando desaparezco por el pasillo, expulso el aire que había retenido inconscientemente, y me aclaro la garganta. Había perdido la esperanza de verle hoy, y justo me lo encuentro por sorpresa.

Observo la mano que segundos antes ha sentido el roce de su piel, y la

tapo como si así pudiera deshacerme del recuerdo de su tacto. Entro en el baño donde encuentro a Paula con lágrimas en los ojos. Y olvidándome de mis propios asuntos, la abrazo y la consuelo.

Por fin se abre a mí para explicarme que, desde hace un tiempo, empezó a sentir atracción por Blanca y se dio cuenta de que lo que sentía por ella iba más allá de una simple amistad. Pero se quedó callada por miedo, no quería admitir que se sentía atraída por una chica, y menos por su mejor amiga. Ocultaba sus sentimientos dejándonos creer que en realidad el que le gustaba era Héctor, y que por eso estaba celosa de ellos dos. Pero cuando se enteró de que Blanca había empezado una relación con Ismael, los celos solo fueron a más, y el día de Nochevieja, influenciada por el alcohol, hizo lo que tanto deseaba desde hace tiempo: besar a Blanca y así explicar sin palabras su verdad.

La escucho y consuelo hasta que da comienzo la siguiente clase. Entramos en el aula una vez se ha calmado, y empezamos a dar Audiovisuales. Por suerte, nos van a poner una película y podemos relajarnos un poco. El día está siendo muy intenso.

—Paula —susurra Blanca. Ella se gira con lentitud para mirarla—. Creo que antes he sido un poco brusca… No me he sabido explicar muy bien.

—No pasa nada —responde.

—Sí. —Blanca suspira y nos mira a Elena y a mí, que no les quitamos ojo —. A nosotras nos da igual tu sexualidad —dice muy bajito para que nadie más nos escuche, es algo muy íntimo—. Yo quiero seguir siendo tu amiga y que nos cuentes todo.

Paula se ha puesto roja. Elena y yo le sonreímos y ella asiente.

—Somos amigas.

Entonces alguien toca la puerta y la profesora lo deja entrar. Veo pasar por mi lado a una figura familiar que se acerca hasta la mesa de la profesora. Trago saliva. Bruno me mira cuando está frente a toda la clase, y yo, sorprendida, retiro la mirada y la fijo en mi libreta. Blanca me da unos codazos y sé que es por él. Le sonrío aparentando normalidad, ya que siempre, desde que él entró en el instituto, mi amiga y yo nos hacemos señas cuando lo vemos porque siempre nos ha gustado.

Intento evitar mirarle durante los diez minutos aproximados que pasamos compartiendo el aire de la misma aula. Pero es inevitable no echarle una mirada de vez en cuando, y cuando nuestros ojos se encuentran, siento que todo el mundo se va a dar cuenta y me van a criticar.

Termina de ayudar a encender el proyector, y por fin da comienzo la película.

Fijo la mirada en la pantalla tratando de ignorar sus movimientos y sus palabras de despedida, aunque de reojo veo todo lo que hace.

A medida que avanza por el pasillo entre mesas, y se acerca a mi pupitre de la última fila, el corazón me late cada vez más rápido, hasta el punto de que creo que va a explotar cuando veo que deja caer una pequeña bolita de papel

en mi mochila.

Cruzamos una mirada justo antes de que pase por detrás de mí y salga por la puerta. Miro la mochila y la clase alternativamente, nerviosa por si alguien lo ha visto. No me puedo creer que se haya atrevido a hacer tal cosa delante de todo el mundo.

Con disimulo, cojo mi mochila y rebusco hasta encontrar la pelotita de papel. La desenrollo en su interior, cuidando que nadie me vea.

Necesito verte en los baños en 10 minutos.

27
JULIA

No he ido a su encuentro. He dudado. He dudado mucho, pero al final he decidido no ir, a pesar de que mi corazón quiera ir a su lado; besarle, abrazarle y no dejarle ir más. Mi cabeza me dice lo contrario, que lo nuestro no puede funcionar, que no debe ser. Lo que llevo semanas pensando. Y le he hecho caso.

Las clases terminan, y ya no hay ninguna posibilidad de que siga esperándome. Decido acompañar a Paula hasta la parada del autobús, en parte para evitar cualquier encuentro que se pueda dar con Bruno en la puerta del taller.

Durante nuestro camino, Paula me deja claro que ya no quiere seguir hablando de Blanca y sus sentimientos hacia ella. La comprendo, así que la dejo estar. Imagino que debe ser difícil para ella estar enamorada de su mejor amiga, que ella se entere, y no la corresponda. Pero Paula es fuerte, siempre ha sido ese tipo de mujer independiente y con carácter que admiro, y sé que se repondrá.

Me despido de ella en la parada del bus, y antes de volver a casa, me paso por el banco a sacar dinero. Ya he cobrado y quiero darle el dinero a mi padre para ayudarle con los gastos.

Él se rehúsa a aceptarlo, pero termina accediendo cuando se da cuenta de que no voy a desistir. El principal motivo de que trabaje es por esto, y no voy a dejar que decline el dinero por orgullo. No tiene nada de malo contribuir a la casa, solo que él siempre nos ha dado todo y ahora le cuesta entender que nosotros también le queramos dar a él.

Después de comer, saco la libreta de bocetos que me regaló por Navidad, y empiezo a dibujar para evadirme de la realidad. El arte siempre ha sido mi válvula de escape.

Me da miedo mirar el móvil y encontrarme con algún mensaje de Bruno, así que desisto de consultarlo, y dibujo, pinto y leo hasta que llega la hora de entrar a trabajar.

Ahora me encuentro más a gusto en mi puesto de trabajo. Las fiestas han pasado, y el nivel de consumismo masivo también. Me siento bien y tranquila atendiendo. Tengo buena relación con mi compañera de trabajo y con mi jefa. Y aunque, al principio esta clase de trabajo cara al público me daba ansiedad, ahora la controlo mejor.

Veo amontonadas un par de cajas que hay que tirar, y me ofrezco para sacar la basura. Cojo mi amado cúter, y salgo de la tienda cargada. Mientras

pliego algunas cajas, Óscar llega y nos saludamos. Me alegra encontrarle una vez más en lo que se ha convertido en nuestro lugar.

—¿Qué tal el primer día? —pregunta haciendo referencia al instituto.

Sopeso la contestación y suspiro.

—Bueno, podría haber sido mejor.

Nos apoyamos en la pared y él me ofrece un cigarrillo, pero lo rechazo con un movimiento de cabeza, y en cuestión de segundos ya estoy riendo. Óscar es muy divertido, y siempre que estoy con él es imposible no sonreír.

El sonido de la puerta cerrándose más fuerte de lo normal me sorprende, y cuando me giro a ver qué pasa, me encuentro con la última persona a la que querría ver. Bruno nos observa con mirada severa mientras camina hacia nosotros. Separo la espalda de la pared, y me muevo incómoda.

—¿Sabes quién es? —pregunta Óscar.

—Es un conocido —susurro antes de que Bruno se pare frente a mí.

—No me contestas los mensajes.

Lo miro enfadada por el tono de voz que está empleando, y veo que Óscar nos mira con curiosidad.

—Estoy trabajando. —Uso el mismo tono frío que él.

La sonrisa irónica de su rostro me hace ver lo enfadado que está, nunca lo había visto así. Bruno siempre ha sido la amabilidad personificada.

—No lo parece.

Su contestación me enfurece y nos retamos con la mirada.

—Julia, ¿quieres venir conmigo? —pregunta Óscar poniendo su atención en mí. La tensión que hay entre Bruno y yo es tangible, y está claro que se ha dado cuenta.

Le agradezco con la mirada su intención de sacarme de aquí, y suavizo la expresión para que no se preocupe.

—No, voy a tirar las últimas cajas. No te preocupes.

Le confirmo con la mirada que estoy segura de mi decisión y, antes de marcharse, él y Bruno se miran de una forma que, si las miradas mataran, ya no quedaría ninguno de los dos vivos.

Cuando Óscar se aleja, Bruno vuelve su mirada hacia mí, y nos retamos hasta que la puerta se cierra y quedamos a solas. Entonces, antes de que diga o haga algo, me separo de él, cojo las cajas que me quedan y me acerco al contenedor para tirarlas.

—¿Por qué no me hablas? —pregunta a mis espaldas. Le noto muy cerca y eso me altera, pero intento ignorarle. Sigo con mi tarea.

—Ya te he dicho que estoy trabajando.

Su mano se posa sobre mi hombro y me hace girar quedando cara a cara. Mi respiración es cada vez más pesada conforme me pierdo en el azul eléctrico de sus ojos.

—En el instituto no estabas trabajando.

—No, allí estaba estudiando —replico sin dar mi brazo a torcer. Su mirada se ablanda. Posa la otra mano sobre mi mejilla, y la acaricia.

—Julia, no me ignores. Quiero hablar contigo, quiero explicarte…

—Yo no quiero que me expliques nada —interrumpo sacando valor de donde no sabía que tenía. Cojo su mano y la aparto de mi cara—. Ni que me hables. Ya estoy acostumbrada a que no lo hagas.

Su mirada triste me clava un puñal en el corazón.

—Pensé que entenderías que quisiera pasar la Navidad con mi familia.

—Lo entiendo perfectamente, con tu familia y con quien tú quieras. —Veo confusión en sus ojos, pero no le dejo hablar—. Da igual. Tengo que trabajar.

Camino hacia la puerta, pero otra vez vuelve a pararme y me deja contra la pared.

—¿Es que ahora estás con él?

—¿Qué? —pregunto nerviosa por su cercanía. Entonces recuerdo las miradas de él y Óscar, y sin querer aclararle nada, intento separarlo de mí, pero me agarra las manos impidiéndomelo—. Tú estás con otras y yo no te digo nada. —Aprovecho su confusión para empujarlo y separarlo de mí.

Quisiera irme corriendo, pero sus ojos me paralizan.

—Yo no he estado con nadie.

—Claro, y yo tampoco. —Nos miramos con una intensidad que no soporto—. No me des explicaciones, no me preguntes, no somos nada.

—¿Nada? —Se acerca a escasos centímetros de mí—. ¿No somos nada? —repite mirando mis labios. Yo hago lo mismo que él.

—No.

—¿Entonces esto qué es?

Antes de darme cuenta, sus labios calientes y húmedos se posan sobre los míos y me besan de una manera voraz y profunda, que me vuelve loca. Le correspondo con la misma intensidad mientras él acaricia mi cuerpo y yo enredo los dedos en su cabello. Me coge entre sus brazos haciendo que le rodee con las piernas para no caerme. Seguimos besándonos durante un rato hasta que no podemos más y paramos para coger aire.

—¿Qué es? —vuelve a preguntar con voz ronca, traspasándome con la mirada.

Incapaz de responder, lo miro en silencio. Bajo de sus brazos y lo separo de mí. Salgo corriendo sin decir nada, no puedo.

Llego a la tienda confiando en que él no me siga, y trato de disimular el huracán de emociones que siento por dentro. Entro en el almacén, y dejo los sentimientos escapar en forma de lágrimas.

Cuando escucho a Diana entrar, me limpio la cara y actúo como si estuviera buscando algo en una estantería inferior.

—¿Estás bien? —pregunta acercándose a mí.

—Sí. —Miento sin mirarla a la cara. Me muerdo el labio, me siento expuesta.

Noto sus manos rodeándome el brazo, y me ayuda a levantar del suelo. Evito mirarla, pero mi estado es evidente.

—¿Has discutido con Bruno? —Al ver mi cara de sorpresa, se explica—: Ha venido antes, ha preguntado por ti y le he dicho que estabas tirando la basura. Sé que ha ido a por ti… y ahora tienes los ojos rojos.

—Estoy bien. —Esbozo una sonrisa forzada.

—Sé que estáis juntos. —Mi cara debe de reflejar toda mi angustia, porque Diana me toca la mano y prosigue—: Tranquila. Bruno no me ha dicho nada, pero no soy ciega. Desde que trabajas aquí viene casi todos los días, y aunque no siempre entra, os he visto varias veces iros juntos en su moto. No creo que seáis solo amigos. Deduzco que lo ocultáis porque estáis en el mismo instituto, o bueno, no sé los detalles, pero supongo que debe de ser complicado. Solo te quería decir que hables con él, porque le veo mal, se le ve en la cara. Parece cansado, triste… y eso no es normal en él. Sabes que es muy alegre, amable, siempre sonríe, es como un sol. —Sonrío inevitablemente al pensar en su sonrisa, y Diana me mira cómplice—. Si habéis discutido, trata de hablar con él e intentar arreglarlo. Es muy buena persona. Y siento el sermón, sé que no debo meterme en tu vida personal, pero Bruno es un buen amigo y me preocupo por él.

La comprendo, es lo que haría cualquier buena amiga.

—Y bueno —prosigue—, tú también me caes muy bien.

Reímos a la vez y me ofrece una botella de agua. Tras beber y reponerme, vuelvo al trabajo más tranquila.

28
BRUNO

Los siguientes días en el instituto son difíciles. Estoy sumido en un estado de ánimo confuso y hastiado. Casi no duermo porque estoy pensando en Julia, y estoy preocupado por mi familia.

He tratado de hablar con ella cada día, de mil maneras diferentes, pero se niega. Me ignora y evita cruzarse conmigo, aunque sea casi imposible porque yo siempre la busco por los pasillos en cada cambio de clase.

Sus labios dicen que no somos nada, pero sus ojos dicen otra cosa. Sus besos la contradicen. Desde un principio supe que nuestra relación sería complicada, incluso pensé que estaría condenada al fracaso al ser imposible, pero lo que nunca me imaginé, es que pudiera llegar a enamorarme la chica de los gatos.

Veo que entra con su amiga al baño, y espero a tener la suerte de que se vaya para poder hablar con ella a solas. Unos minutos después, la chica del pelo rosa sale, y aprovecho la oportunidad. Cuando entro en el baño veo cómo coge su mochila para salir, pero entonces, al verme, se queda paralizada. Cierro la puerta tras de mí.

—Tenemos que hablar. —Mantengo la mano en la puerta para que nadie pueda abrirla.

—Ahora soy yo la que no tiene nada que hablar contigo —replica molesta por la encerrona.

Diminutas gotitas de agua surcan su cara, como si acabara de mojársela. Está preciosa, como siempre. El rubor baña sus mejillas. No puedo resistirme a besarla. Nuestras lenguas se unen y nuestras bocas se devoran una a la otra. La piel se me eriza. Ella me corresponde, pero, de repente, se separa dándome un empujón que no me mueve mucho de mi sitio.

—No lo vuelvas a hacer. —Parece segura de sí misma, pero el temblor de su voz la delata.

—¿Por qué?

El silencio se instala entre nosotros, pero nuestras miradas intensas hablan por sí solas.

—Ya sabes por qué —murmura.

—¿Porque no somos nada?

Mientras me voy acercando a ella, Julia camina hacia atrás hasta que se choca con la puerta de uno de los cubículos de los servicios.

Estamos tan cerca que noto su respiración agitada al compás de la mía. Poso una mano en su cintura, abro la puerta, y entramos con urgencia. Sus

ojos me miran con sorpresa, abre la boca, pero impido que diga una sola palabra poniendo el dedo índice sobre sus labios. Cierro el cubículo con pestillo, y me subo a la taza del váter dándole la mano para que suba también. Solo lo hace cuando escucha las voces de chicas entrar al baño.

La abrazo estrechándola contra mi cuerpo para que no se caiga. Sé que quiere protestar, pero vuelvo a poner el dedo sobre sus labios. Entonces golpean la puerta y preguntan si hay alguien, intentan abrirla, pero al final desisten.

—Estará averiado, como siempre. —Escucho que dice una de las chicas —. Vámonos a los de abajo.

—Espera, ¿tienes brillo de labios?

Julia y yo nos miramos directamente a los ojos, ajenos a la conversación que se está teniendo fuera de nuestro pequeño cubículo. Estamos tan cerca de ser descubiertos, que tan solo con hacer el menor ruido, o que la puerta se abriera de repente, nuestro secreto quedaría al descubierto.

Su mirada es intensa mientras paseo el dedo por sus suaves labios. Son un néctar para mí. Apoyo la frente con la suya, y nuestras narices se rozan con cariño y suavidad. Hasta que es ella la que me besa. Con nuestras bocas unidas, desahogamos toda la tensión que hay entre nosotros, sin importarnos dónde estamos o que pudieran descubrirnos. Como siempre que estamos juntos, el mundo desaparece y nada aparte de nosotros importa.

Ella se sujeta con fuerza a mis brazos, y yo la pego a mi cuerpo. Su lengua baila con la mía al compás. Cuerpo contra cuerpo, piel con piel, nos besamos con pasión hasta que escuchamos la puerta cerrarse y entonces, respiramos.

Las chicas se han ido y solo quedamos ella y yo escondidos.

Bajo de la tapa del váter, y la agarro de las caderas para ayudarla a bajar. Otra vez nuestras miradas llenas de deseo, se encuentran. La tensión sexual es palpable y ya no hay nada que nos pare, ni siquiera que estemos en un sitio prohibido.

La elevo en el aire y Julia enrosca las piernas en mi cintura. Dejo un regadío de besos por su cuello apoyándola contra la pared.

—Te he extrañado mucho.

Ahora es ella la que pone el dedo índice sobre mi boca para hacerme callar.

Beso tras beso, caricia tras caricia, la temperatura va aumentando.

Julia me sorprende al sacar un condón de su mochila. Quiero preguntarle por qué lo tiene, pero por su mirada, sé que no piensa explicármelo. Vuelve a ponerme el índice en la boca, y yo lo beso. Sonríe, y eso es lo único que me importa.

Me fascina lo madura, y a la vez lo alocada que puede llegar a ser. Nunca se me habría ocurrido hacerlo en el instituto, en el lugar menos indicado. El lugar más indebido, pero me encanta. Me encanta traspasar la línea de lo prohibido por y con ella.

Cuando terminamos de hacer el amor, todavía en su interior y jadeantes, la

beso en el cuello que tan bien huele a vainilla.

—Vos sos la única capaz de hacerme saltar las reglas —confieso mirándola a los ojos.

Suena el timbre de clase. Se separa y se coloca bien la ropa antes de coger su mochila.

—Me tengo que ir.

Quita el cerrojo de la puerta, pero antes de que pueda marcharse, la giro hacia mí.

—No me voy a rendir hasta que hables conmigo.

Se le escapa una sonrisa que se cuela bajo mi piel antes de irse.

Es viernes. Son las nueve de la noche, y sé que a esta ahora Julia estará cerrando la tienda para irse a casa. La espero fuera y veo cómo cierra con llave.

—Hola.

Se asusta y las llaves resbalan de sus manos. Las recojo para entregárselas.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Gracias —dice cuando le ofrezco el llavero con una sonrisa. Al notar el roce de sus dedos con los míos, se me eriza la piel. Ella es la responsable de la creación de unos sentimientos que desconocía.

—¿Te llevo?

—No, voy caminando. ¿Por qué estás aquí?

Su tono de voz es seco, frío, y me preocupa.

—He venido para hablar con vos.

Cierra el puño apretando el juego de llaves que lleva en las manos.

—Mira… Olvida lo que pasó en el baño, fue solo un impulso.

La detengo antes de que dé media vuelta. Su muñeca es pequeña, la puedo coger con tan solo dos dedos.

—Deja de hacer como si lo nuestro no fuera nada, como si no fuéramos nada. Somos mucho, y lo sabes. Lo nuestro no ha acabado.

—¿N-No decías que no nos tenían que ver fuera del instituto juntos? —Se suelta de mi agarre—. Diana ya sabe lo que había entre nosotros. —Recalca sus últimas palabras.

—Es cierto, no deben vernos, pero como me evitas siempre, la única forma de hablar es sorprendiéndote en la calle. Diana sabe lo que hay entre nosotros porque ahora vivo con ella, y es evidente, se ha dado cuenta.

—¿Cómo? —Mis palabras la dejan desconcertada—. ¿Que vives con Diana?

—Sí. Si me dieras unos minutos te lo contaría todo. —Me paso los dedos por los ojos. La luz intensa de la farola hace que me duelan, eso, y que desde hace semanas no puedo conciliar bien el sueño.

Acaba accediendo y nos sentamos en unas escaleras alejadas del tránsito de gente para hablar con más intimidad. Una luz tímida nos ilumina, pronunciando mis ojeras. Agarro sus manos entre las mías antes de abrirme en canal con ella.

—Cuando volví de Argentina, me fui de mi apartamento porque ya no lo podía seguir pagando. —Con un movimiento de cabeza, me indica que continúe—. Mi mamá está enferma, y para pagar su tratamiento, se me ocurrió irme y en su lugar alquilar una habitación barata para poder ahorrar todo lo posible y enviarle más dinero. Hablé con Diana al llegar y ella me ayudó, por eso ahora vivo en su casa. Y antes de que digas nada, no hablé contigo en Navidad porque no podía. Estuve día y noche con mi mamá y mi familia, intentando hacerme el fuerte para que las fiestas siguieran como siempre.

Veo la compasión reflejarse en su mirada. Pasa un brazo por encima de mis hombros tratando de animarme a continuar y desvelarle todo aquello que me lleva atormentando semanas y que no me deja dormir. Acaricio la suave mano que sigue entre las mías antes de continuar.

—Eso no es todo. Cuando llegué a casa, me enteré de que mi hermana estaba hospitalizada. Hacía años que no la veía ni hablaba con ella. —Hago una pausa para coger el aire necesario—. Su marido le había pegado una paliza que casi acaba con su vida.

Todos mis músculos se tensan al hablar de ello. Suelto su mano durante unos segundos, para pasarla entre mi cabello. La impotencia y la rabia me consumen por dentro. Pero entonces ella me abraza llevándose un poco de todo eso que no me deja respirar.

—No me tienes que contar nada más si no quieres. Es suficiente. —Posa su mano en mi rodilla.

—Pero es que sí que quiero, Julia. Quiero que lo sepas todo de mí. —Hago una pausa—. Ese hijo de puta casi la mata. Llevaba años maltratándola y no lo sabíamos. Mi hermana se fue de casa con dieciséis años, cuando se casó con él. Al principio sí la veíamos, pero con el tiempo, se fue distanciando hasta que perdimos el contacto casi por completo. Cuando más necesitaba mi ayuda, yo no estaba para ella… —susurro a punto de romper a llorar. Me paso las manos con fuerza por la cara.

—Ey, no. —Me abraza con fuerza—. No digas eso, no lo sabías.

—Debería haberlo sabido. —Limpio las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—No podías Bruno, no te culpes, por favor. —Me acaricia la cara al tiempo que yo la abrazo por la cintura, y con la otra mano coloco un mechón de pelo detrás de su oreja. El nudo de mi estómago se va deshaciendo gracias a ella—. ¿Cómo está ella? ¿Está mejor?

—Sí, salió del hospital. Pasamos la Navidad juntos, y con mis sobrinos. —Sonrío con ligereza al pensar en ellos.

—Qué bien, tío.

La sonrisa se extiende por mi rostro al igual que por el suyo.

—A ellos no les pasó nada, estaban en casa de una amiga de mi hermana cuando sucedió. Ahora están en casa con mi mamá, y les prometí que nada malo les volvería a suceder.

—Claro que no, seguro que estarán bien. —Me da un suave beso en los labios que me hace muy feliz—. ¿Cómo se llaman tu hermana y tus sobrinos?

—Mi hermana se llama Brenda, y mis sobrinos, Nicolás y María Fernanda. —Saco el móvil para enseñarle una foto de todos ellos.

—Tu hermana es muy guapa y tus sobrinos también. ¿Ella es tu mamá? —pregunta señalando a la mujer a la que salgo abrazando en el centro de la fotografía.

—Sí, se llama Renata.

Voy señalándole y nombrando a cada uno de los miembros de la familia.

—¿Quién es ella? —pregunta fijándose en una determinada mujer.

—Jimena.

—¿Es de tu familia?

—No, pero como si lo fuera. Es la mejor amiga de Brenda, y la que se quedó con mis sobrinos cuando ella estuvo hospitalizada. Es como una hermana más.

La veo removerse incómoda. La expresión de su cara ha cambiado.

—¿Pasa algo?

—Es que… Lo siento, Bruno. —Su mirada refleja mal estar, y no sé por qué.

—¿Por qué?

—Porque cuando vi unas fotos tuyas en Facebook, me puse celosa de esa chica —confiesa apenada.

—¿De Jimena?

—Sí. Pensé… bueno, no debería haber pensado eso, pero como no hablábamos, estaba insegura.

Bloqueo el móvil para mirarla a los ojos. La noto incómoda, así que poso las manos sobre su bello rostro.

—No, no deberías haber pensado eso, porque yo solo puedo fijarme en ti. —La beso disfrutando del sabor de sus labios una vez más.

—Y yo en ti —susurra cuando nos separamos—. Por cierto, tienes una familia muy bonita.

Sonrío con orgullo y vuelvo a besarla. Echaba mucho de menos su presencia en mi vida.

—Siento haberte tratado así sin motivo, y no dejar que te explicaras.

—No, no te disculpes más. Yo también lo siento. Estabas en tu derecho porque no podías adivinar lo que pasaba. Te prometo que quise hablar contigo, me moría de ganas de estar contigo y contártelo, pero no sabía cómo empezar. Al principio pasé días en el hospital, luego me enteré de la enfermedad de mi mamá, y no te quería arruinar la Navidad, sé que también tienes problemas en tu familia.

—Está bien, lo entiendo perfectamente. Vamos a dejar todo esto atrás. Está cerrado.

Durante unos instantes nos miramos en silencio, hablando con la mirada, como solíamos hacer antes. Nuestras bocas se vuelven a encontrar, ávidas de cariño.

—¿Quieres venir a mi casa? —pregunta—. Quiero que me sigas contando.

—¿A tu casa?

—Sí. Mi habitación es la primera al entrar en casa, nadie te verá. Mi hermano trabaja así que no está, y mi padre tiene la habitación en la otra punta de la casa. Sé que es arriesgado, pero ahora no me quiero separar de ti, y… eres el único que hace que me salte las reglas.

29

JULIA

A somo la cabeza por la puerta entreabierta para asegurarme de que no hay nadie antes de hacer pasar a Bruno a mi habitación. Con rapidez, le agarro de la mano y pasamos. Cierro la puerta, y dejo mis cosas encima de la cama donde está Champón tumbado. Mira a Bruno y mueve su larga y peluda cola.

—Hola. —Lo acaricio y le doy un beso en la cabecita.

—Hola, Champ…

—…pón. Champón. —Termino el nombre por él antes de que se equivoque.

—Eso —susurra acariciándolo con una sonrisa en los labios.

Champón es muy bueno y se deja acariciar por todo el mundo, incluso aunque no lo conozca.

—Guardaré tu chaqueta, siéntate si quieres.

—Julia, creo que debería irme, no quiero causarte problemas y menos en tu casa…

—Yo te he invitado, así que siéntate. No pasa nada, ahora vengo.

Salgo dejándole con Champón en la habitación, y cierro la puerta antes de dirigirme al salón donde me encuentro a mi padre leyendo unos papeles.

—Hola, ¿qué tal el trabajo?

—Hola, bien, como siempre —respondo nerviosa.

—Genial, ¿tienes hambre? He pedido la cena.

—Ah sí, pondré la mesa.

Tras una cena en la que intento disimular los nervios y el remordimiento que tengo por hacer tales cosas a espaldas de la persona más importante de mi vida, regreso a la habitación con un vaso de agua, aparentando normalidad.

Al abrir la puerta no veo nadie y me preocupa que Bruno haya decidido marcharse.

—Champón, ¿dónde está…?

Una mano se posa sobre la que tengo en el pomo de la puerta ayudándome a cerrarla por completo. Es Bruno, que estaba detrás de la puerta. Me envuelve entre sus brazos y me susurra en el oído:

—¿Estás segura de que no quieres que me vaya?

Con el corazón a mil por hora por culpa de su acercamiento y su voz sensual, niego con la cabeza y le ofrezco el vaso de agua.

—Toma, más tarde te traeré algo de la cocina para comer, aunque aquí tengo galletas, si quieres.

Acepta mi ofrecimiento y bebe mirándome a los ojos. Todavía sigo sin

comprender el influjo que ejerce sobre mí con tan solo mirarme.

Me alegra no volver a ver su mirada grisácea bañada por la tristeza. Llevaba días observando sus gestos y movimientos después de hablar con Diana. Parecía cansado, y sonreía menos, pero cuando lo hacía, era capaz de hacerlo tan bien, tan natural, que fingía muy bien. En ningún momento me imaginé lo mal que lo estaba pasando, y estoy arrepentida por haber pensado tan mal y haberme puesto celosa por una tontería infundada. Su historia me dio un vuelco al corazón, y lo único que quiero es verle feliz. Borrar las ojeras de cansancio de su cara, y cambiar la tristeza por alegría.

Entre susurros, le hago un pequeño tour por mi habitación, y le explico algunos objetos o dibujos cuando me pregunta por ellos.

—Me gusta tu habitación.

—Gracias.

Jamás, ni en mis sueños más locos, pensé que algún día él estaría en el rincón más íntimo de mi casa. Tampoco que acabaríamos haciendo el amor en el instituto donde tanto había hablado con mis amigas de lo mucho que me gustaba él.

—Aquí es donde creas la magia —dice señalando mi escritorio lleno de botes de pinceles, pinturas, y blocs llenos de dibujos.

Sonrojada, le doy un suave golpe con el codo que responde con una sonrisa encantadora. Entonces, mientras yo lo miro embobada, coge uno de los dibujos que se encuentra debajo de una pila de libros del instituto, y lo mira antes de enseñármelo.

—¿Soy yo?

El mundo se me viene a los pies al ver que tiene entre sus manos el retrato que hice de él. Roja como un tomate, solo puedo decir la verdad. Sí, es él. Una sonrisa socarrona se asoma en sus labios al ver mi reacción. Observa el dibujo con atención, más de lo que me gustaría.

—Es muy bonito.

—Gracias. —Busco algo que enseñarle para que deje de ver el retrato que se supone, nunca debería haber visto.

—A mi mamá le gustó mucho la acuarela del león que me regalaste.

—¿Qué? —Sorprendida, vuelvo la vista hacia él.

—Se lo mostré, le hablé de ti y le gustaría conocerte.

—¿Le has hablado a tu madre de mí? —pregunto sin creer lo que he oído.

—Sí, bueno a toda mi familia.

—¿En serio? ¿No les importa que trabajes en el mismo instituto que yo, y la diferencia de edad?

—Sí, pero les preocupa más mi felicidad, y mi felicidad eres tú.

Sonriendo, le doy un beso corto en los labios, que responde con otro beso más intenso y largo.

—Seguro que les gustaría mucho ver el retrato que has hecho de mí.

—Cállate. —Sonrío consciente de que sabe la vergüenza que me da que lo haya visto.

Después de que Bruno cene un bocadillo que le he traído a la habitación, nos tumbamos los dos en mi cama. Estamos muy cerca debido a lo pequeña que es.

Me abraza, y tras unos segundos de silencio, me atrevo a preguntar.

—¿Qué le pasa a tu madre?

Un suspiro sale de su boca, y apoyando la barbilla en mi cabeza, empieza a explicarme la enfermedad de su madre: cáncer de pulmón. Mientras habla acaricio su brazo con cariño para darle mi apoyo. Con la cabeza en su pecho puedo oír los latidos de su corazón acelerarse a medida que me cuenta más sobre la terrible enfermedad.

—Lo siento. —Levanto la cabeza y le doy un beso en los labios que le saca una pequeña sonrisa—. Seguro que se pondrá bien, ¿vale?

Vuelve a abrazarme en silencio. Durante varios minutos nos quedamos así, yo con un nudo en el estómago, y él, en el corazón.

—Creo que le caigo bien —dice señalando a Champón, que se ha tumbado a nuestros pies.

—Sí.

—Como tu padre me vea aquí, seguro que a él no le caeré tan bien.

Sonrío sin muchas ganas. Tiene razón, y me siento fatal porque la tenga.

—Siento que tengamos que escondernos, Julia. Si algún día tienes problemas con…

Le interrumpo con un beso.

—Si algún día pasa eso, sé qué habrá sido por un buen motivo.

Esta vez, su sonrisa es más grande, y eso me alegra. Saco los pies de debajo de Champón, y me levanto.

—Puedo cogerle un pijama a mi hermano.

—No hace falta —responde incorporándose para quitarse la camiseta. Veo cómo se desnuda en cuestión de segundos, quedándose tan solo con ropa interior—. Puedo dormir así, ¿no? —dice mirándome a los ojos.

Asiento como una autómata y me doy la vuelta para dejar de mirarle. Abro el armario y me pongo un pijama de Disney calentito. Al verme, sonríe divertido.

—¿Qué? ¿Te gusta mi pijama?

—Mucho. —Señala la cama para que vuelva a su lado, y cuando subo me pone encima de él.

Nos besamos, nos acariciamos y nos queremos como hacía tiempo que no lo hacíamos. Pero antes de que la cosa vaya a más y suba de tono, le separo de mí a duras penas.

—Aquí no.

Me deja caer a su lado, y, abrazados y entre susurros, nos contamos todos los detalles de las Navidades que hemos pasado separados. Le cuento que el divorcio de mis padres sigue su curso, y que ahora me llevo mejor con mi madre, aunque hay cierto distanciamiento. Así pasamos la mitad de la noche,

hasta caer rendidos.

El sonido de la alarma al día siguiente me despierta, busco el móvil para apagarla, y me doy cuenta de que no es la mía. En pocos segundos, Bruno apaga el molesto ruido y yo enciendo la lámpara de sal de la mesita de noche.

—Buen día —saluda dándome un beso en los labios que me hace sonreír —. Siento despertarte, sé que es sábado, pero tengo que ir al instituto.

—No pasa nada, está bien. —Paso una mano por su nuca para acercarlo a mí, y le doy otro beso que dibuja una sonrisa en sus labios.

—Es la primera vez que pasamos toda la noche juntos —dice con voz ronca mientras me aparta el pelo de la cara.

—Sí. —Me muerdo el labio inferior.

—Julia… —Pasa el dedo por mis labios haciendo que deje de morderme —. No me tientes a morder la manzana.

Rio por su ocurrencia.

—¿Tienes mi lienzo? Lo necesito, tengo que acabar de pintar.

—Sí, me lo llevé al piso de Diana, puedes venir a recogerlo.

Después de otro beso se incorpora y acaricia a Champón antes de levantarse para empezar a vestirse.

—Me da vergüenza ir a casa de mi jefa.

—No suele estar mucho, puedes venir esta tarde. Además, no pasa nada, no creo que le importe.

—Está bien.

—Luego te llamaré. ¿Hay alguien despierto ahora?

—No creo. —Miro la hora—. Espera un momento. —Salgo a comprobar que no haya luces encendidas ni nadie fuera, y vuelvo a la habitación—. No hay nadie, vamos.

Me besa una última vez antes de irse.

—Luego nos vemos.

Lo acompaño hasta la puerta y nos despedimos entre sonrisas.

A las siete de la tarde llego a la dirección que me ha pasado Bruno, y subo hasta su piso. Me abre la puerta de un ático pequeño pero muy bien decorado. Tras besarnos me lleva hasta su habitación.

—Diana no está, tranquila.

Nada más entrar veo mi lienzo inacabado sobre el caballete de pintor que me regaló. Me acerco hasta él y lo observo. Después de tantos días sin verlo, lo miro desde una perspectiva diferente, y me doy cuenta de algunos fallos.

—Está bien —dice Bruno como si me leyera los pensamientos—. Solo

necesita que lo acabes.

Asiento por no discutir, y nos sentamos en su cama.

—¿Quieres tomar algo?

Merendamos unas tartas de manzana que ha comprado para la ocasión, y me enseña algunas de las fotos que ha hecho en su país. Entre unas cosas y las otras, acabamos en la cama, besándonos de manera muy apasionada. Como solo nosotros sabemos hacerlo.

El ruido de la puerta de entrada abriéndose nos advierte de que Diana ha llegado, y no nos queda más remedio que terminar lo que habíamos empezado.

—¿Estás aquí Bruno? ¡He comprado la cena!

Lo miro a los ojos, e inevitablemente me entra la risa. Nuestras pintas son horribles. Antes de salir me coloco bien la ropa y el pelo. Cojo el lienzo, y vamos al salón donde encontramos a Diana sacando la compra de las bolsas.

—Ah, estás aquí, Julia. ¿Cómo estás? —pregunta sonriendo de una manera pícara.

—Bien, ¿y tú? —Me rasco el brazo debido a los nervios. Debe imaginarse qué estábamos haciendo en la habitación.

—Bien también, ¿te quedas a cenar?

—No, gracias. Me tengo que ir ya, que es tarde.

—Como quieras, adiós.

Me despido de ella mientras Bruno me acompaña a la puerta.

—Nos vemos mañana —susurra en mi oído, y cuando me giro hacia él para despedirme, me da un beso en los labios que me hace sonrojar. Es la primera vez que lo hacemos delante de otra persona.

—A-adiós.

Los días pasan más rápido a su lado. Y sin darme cuenta, ya vuelve a ser época de exámenes. La segunda evaluación llega a su fin, y es tiempo de estudiar como si no hubiera un mañana.

Cada día me encuentro con Bruno en los pasillos y baños del instituto. Aunque es peligroso, me encanta el sabor de la adrenalina cuando estoy a su lado. De vez en cuando nos vemos en casa de Diana, pero trato de evitarlo porque, aunque ella es la única que sabe sobre nuestra relación y no nos juzga, sigue siendo mi jefa y no quiero abusar de su confianza. En mi casa tampoco podemos vernos porque es muy arriesgado y lo pasé fatal después de que durmiera una noche allí. El remordimiento por mi padre me agobió demasiado. Y, como siempre, nadie puede vernos juntos fuera del instituto, así que dentro es, irónicamente, la mejor opción.

Después de dos días de exámenes, llega el fin de semana y con él, la manifestación del 8 de marzo, el Día de la mujer. A pesar de que debería de

estar estudiando, esto es más importante que cualquier otra cosa.

Nos preparamos en casa de Elena con camisetas, pancartas y maquillaje violeta.

—¿Quién es Brenda? —pregunta Blanca al ver que dibujo su nombre en mi camiseta.

—Una amiga que fue víctima de violencia de género.

Juntas, vamos al centro de la ciudad a manifestarnos por nuestros derechos y libertades. Porque ninguna de nosotras vuelva a ser maltratada, violada o asesinada nunca más.

30
JULIA

—¿Creéis que habrá examen de Inglés? —pregunta Blanca mordiendo la tapa de su bolígrafo. Es el último día de exámenes, y la última asignatura que nos queda. Acabamos de salir del control de Diseño Gráfico.

—Pues claro, ¿por qué no iba a haberlo? —Paula se extraña. Por fin vuelven a hablarse y tratarse con normalidad. La amistad está por encima de cualquier cosa.

—Porque la profe está de baja de maternidad desde hace una semana, y desde entonces no nos han puesto una nueva.

—Pero eso no importa, vendrá un sustituto a darnos el examen.

—Joder, voy a suspender otra vez. —Se lamenta Blanca.

Intentamos animarla. No está preparada para el último examen, pero yo estoy deseando hacerlo y acabar con el estrés que implica esta semana tan dura. Mientras ellas salen a tomar el aire, yo me disculpo para ir al baño. Allí es donde he quedado con Bruno después de que acabara el examen.

Él todavía no ha llegado, así que me echo un poco de agua en la cara para despejarme. Al menos Inglés es fácil para mí.

La puerta se abre y una chica se sitúa a mi lado en el otro lavabo. Es Lorena, más conocida como la Urraca.

—¿Qué tal el examen? —pregunta mirándose en el espejo.

—Bien.

—No creo que mejor que el mío —responde como si fuera obvio.

Resoplo. No quiero hablar con ella, pero me enerva. No le he preguntado nada para que me hable así.

—Pues felicidades. —Sonrío con falsedad.

—Dámelas cuando mi cuadro se ponga delante del tuyo en la exposición. Tú no sirves para esto. Hay que tener don de gentes, ¿sabes? Hablar con las personas, exponer sin parecer una tartamuda, no quedarte en blanco… ser más normal.

La miro con desprecio. Ella sonríe con suficiencia y me hace hervir las entrañas. Me pone nerviosa y no me salen las palabras. Aprieto el puño.

—Ya lo veremos.

Después de aplicarse tres veces la máscara de pestañas, se acerca a la puerta y se gira hacia mí.

—Claro que lo veremos. Ah, se te ha caído esto.

Con suficiencia, me lanza un boli haciendo que caiga a mis pies. Disfruta ver cómo me agacho a recoger algo que ella ha tirado, y, al levantarme, ya no está. La cara se me descompone del asco que me ha dado. No entiendo cómo

puede haber personas en el mundo como ella, tan vanidosas y altivas.

Pocos segundos después, la puerta se vuelve a abrir, pero esta vez es Bruno quien entra. Saluda con su característica sonrisa radiante, y al verme la cara, se acerca a acariciarme la mejilla.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me he encontrado con alguien muy desagradable. —Aprieto los puños clavándome el boli en la palma de la mano.

—Vale, ya está. —Me estrecha entre sus brazos con fuerza, logrando que me calme un poco—. Da igual, ignóralo.

Asiento tratando de olvidar el irritable momento, y me lanzo a sus labios. No hay mejor remedio para el mal humor que sus besos. Me corresponde enlazando su lengua con la mía, y mordisquea mi labio inferior mientras me aprieta contra su cuerpo.

—¿Qué tal el examen? —Jadea.

—Muy bien —susurro antes de besarle de nuevo.

Sus besos son una adicción de la que no me quiero curar nunca.

Sin separarnos ni un solo centímetro, acabamos chocando con el lavabo, presos de un beso apasionado al que no habría dado fin si un ruido no me hubiese alertado.

Le separo de mí, y entonces veo en la puerta a la persona que menos me esperaba. Nos mira con la boca abierta. Ella está parada en el umbral de la puerta, quieta como si hubiese visto un fantasma.

—Mamá… ¿Q-qué haces aquí?

Comparto una mirada de terror con Bruno.

—¿Es tu madre? —susurra.

—¿Que qué hago aquí? —pregunta ella alzando la voz—. ¿¡Qué haces tú, Julia!? ¿Pero qué… —Está tan sorprendida como yo, y también se traba al hablar. Da un paso hacia delante acercándose a mí, y la puerta se cierra tras ella—. ¿Pero cómo te atreves? Aquí, con… —Dirige una breve y dura mirada a Bruno, para luego fijar sus ojos verdosos en los míos—. Con él.

—Señora, se lo podemos explicar —dice Bruno antes de verse interrumpido por mi madre.

—A ti no te he preguntado nada. —Vuelve a clavar su mirada acusatoria en la mía. Tiene los ojos acuosos porque no parpadea ni un solo momento—. ¡Habla, Julia! —grita agitándome del brazo con fuerza.

Bruno intercede entre nosotras y separa a mi madre de mí.

—No la toque, señora.

Poso una mano sobre el hombro de Bruno, y lo atraigo hacia atrás, junto a mí.

—No pasa nada, Bruno. Estoy bien. Tú vete, yo hablo con ella.

—Pero, Julia…

—Sí, mejor vete. No te quiero ver —espeta mi madre.

Bruno y yo hablamos con la mirada, y entonces suena el timbre. Intento mostrarme lo más segura de mí misma que puedo llegar a estar en estos

momentos, y señalo la puerta.

—Hablamos luego.

Antes de salir, mi madre le dedica una mirada de odio. Al cerrarse la puerta, sus ojos me dicen que de esta ya no me puedo librar.

—Explícate.

—Ya lo has visto todo —replico sin ganas de negarlo ni inventar excusas.

—Por el amor de Dios, trabaja aquí, estudias aquí. Esto es un instituto. ¿Es que no podías estar con alguien de tu clase, alguien de tu edad?

—Pues no. No puedo estar con otro porque le quiero a él.

—¿Querer? —repite incrédula—. No confundas las cosas, Julia. Mira, puedo entender que te hayas dejado llevar por la fantasía de profesor-alumna, pero es imposible, y se acabó.

—No es ninguna fantasía, ni él es profesor, ni se ha acabado —replico poniéndome cada vez más nerviosa. Las manos me sudan y siento un temblor en las piernas.

—Julia, ¿pero es que no te das cuenta? Está totalmente prohibido, ¡eres menor de edad! y además él trabaja aquí.

—Por favor, mamá, que cumplo dieciocho en dos meses, y él tampoco es un anciano. Lo llevamos en secreto.

—¿En secreto? ¡Os acabo de ver! Está terminantemente prohibido mantener relaciones con trabajadores del centro, sobre todo, menores de edad. ¿No te das cuenta de que es un disparate?

—¿Es que no me estás escuchando? ¿¡Me puedes escuchar por una vez en la vida!? Le quiero, me da igual las prohibiciones —grito fuera de mí.

—¿Ah sí? Eres una niña, no sabes lo que es el amor —replica bajando el volumen mientras se acerca más a mí—. ¿Crees que a él le dará igual cuando la dirección del instituto se entere y lo despidan?

Odio que me trate como a una niña cuando le he demostrado que ya soy una adulta.

—No te atreverás… —susurro, incrédula. ¿Me está amenazando?

—Por supuesto que me atrevo. Se acabó, Julia. No quiero volver a verte cerca de él. Si tanto lo quieres, no hagas que lo despidan por tu culpa. —Amenaza levantando el dedo índice.

La miro con los ojos entrecerrados, pensando en mi respuesta.

—¿Y cómo vas a saber si nos vemos o no?

—Porque soy vuestra nueva profesora de Inglés, Julia. Y te prometo, escúchame bien: te prometo que como no te separes de él inmediatamente, se lo contaré a tu padre y al director del instituto.

Me deja con la boca abierta, y no mido mis palabras.

—Eres una zorra.

La bofetada que me da, juraría que ha dejado la marca roja de sus dedos impresa en mi piel.

—No vuelvas a insultarme. Vete a clase.

La rabia y la impotencia se me escapan en forma de un gruñido salvaje

antes de salir del baño. «Dijo que no me volvería a pegar», pienso. Con un ardor creciente en la mejilla, subo las escaleras corriendo hasta el aula, y entro a por mi mochila. Todo el mundo fija sus ojos en mí, que parezco un torbellino arrasando con todo a mi paso hasta llegar a mi pupitre. Cojo mi mochila y vuelvo por donde he venido.

—Tía, oye. ¿Qué pasa? —me preguntan mis amigas preocupadas al ver mi reacción.

No contesto, solo niego con la cabeza ignorando la cantidad de ojos que están puestos en mí. Cuando voy a salir por la puerta, casi choco con mi madre.

—Siéntate —ordena al ver mi mochila y mi mirada llena de furia.

La desafío con la mirada antes de salir. Paso por su lado chocando con su brazo. Antes incluso de bajar las escaleras, puedo escucharla decir: «Yo seré vuestra nueva profesora de inglés estos meses, chicos. Empieza el examen».

Bajando me encuentro a Bruno, que me detiene antes de que pueda seguir mi camino hacia la puerta.

—Espera, espera, Julia. ¿Dónde vas?

—Fuera, no sé dónde, pero fuera de aquí.

—No puedes irte así.

—Por favor, ábreme la puerta, necesito irme.

Me dedica una mirada intensa antes de ponerme la mano sobre la espalda y guiarme hasta la puerta de entrada, vigilando que nadie nos vea.

—Ve a casa, estaré allí en media hora. Por favor. —Saca de su bolsillo un juego de llaves y me lo pone en las manos.

Tras una mirada significativa, salgo al escuchar el pitido que abre la puerta. Durante varios minutos dudo si ir a casa de Bruno. Después de la discusión con mi madre, no quiero meterle en más problemas, pero veinte minutos después ya estoy sentada en la cama de su habitación.

Tal como me había dicho, llega media hora más tarde, y lo primero que hace es abrazarme. Me consuela mientras unas cuantas lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Lo siento —murmura contra mi pelo.

—No lo sientas. Tarde o temprano se iba a enterar.

—Pero no así. —El dorso de su mano me acaricia la mejilla que todavía siento arder—. ¿Te ha pegado? —Frunce el ceño mientras me examina la cara.

—No…

—No me mientas. ¿Te ha pegado? —Vuelve a preguntar en un tono más duro.

Acabo admitiéndolo y asiento con la cabeza.

—Joder, ¿por mi culpa?

Veo su mandíbula tensarse y poso las manos a ambos lados de su cara.

—No. No es por ti, no te preocupes. La insulté. Fue horrible.

—Eso tampoco es motivo para pegarle a una hija.

Vuelve a estrecharme entre sus brazos, y durante unos segundos permanecemos en silencio.

—¿No vas a volver al trabajo?

—No, he pedido el resto del día por asuntos personales. Me quedo contigo.

—Si mi madre se entera…

—Me da igual. Me quedo contigo.

Decido callarme y no hablar más del tema. Pasamos horas tumbados en la cama, hablando y viendo series con el teléfono apagado para que no nos moleste nadie. Por fortuna, Diana está trabajando, y tenemos la casa para nosotros solos.

Oigo que me llama y vuelvo a la habitación con un bol de palomitas.

—¿Sí? —pregunto sentándome a su lado.

—¿Llevaste en tu camiseta el nombre de mi hermana en la manifestación del día de la mujer? —pregunta señalando una foto en el móvil en la que salgo con mis amigas.

—Sí… —susurro, no muy segura de si le molesta, pero entonces me besa despejando todas mis dudas.

—Te quiero —murmura a escasos centímetros de mis labios.

El corazón se me dispara, y una sonrisa aparece en mis labios por primera vez en todo el día.

—Y yo a ti.

Volvemos a besarnos con pasión, hasta terminar desnudos, sudorosos y jadeantes después de hacer el amor.

—Ya no podremos vernos más en el instituto —digo mientras empiezo a vestirme.

—Iré a verte a la tienda.

—Se me acaba el contrato el día quince. Esta semana.

—Estoy seguro de que Diana no tendrá ningún problema en volverte a contratar, sé que está contenta contigo.

Termino de atarme las botas y le doy un beso corto.

—No sé… No sé qué haré.

—¿No quieres volver a trabajar en Crystal? —pregunta peinándome con los dedos.

—Lo tengo que pensar. Hablamos por teléfono, ¿vale?

—Vale, pero quiero verte.

—Nos veremos, lo que no sé es donde.

—Donde sea.

Sus labios vuelven a entrelazarse con los míos en un bonito beso de despedida.

31
BRUNO

Hoy Julia no ha venido al instituto. Me preocupa los problemas que puede llegar a tener con su madre. Por lo que me ha contado, ya ha tenido bastantes, y por lo que he visto, su madre tiene un carácter muy difícil. Son completamente diferentes. Como el agua y el aceite. Julia es dulce y cálida, y su madre es agria y fría.

Sabía que algún día llegaría el momento, que nuestra relación saldría a la luz, pero nunca imaginé que fuera de esta forma, y mucho menos, que la primera persona en enterarse fuera la madre de Julia, y de aquella manera tan obvia.

No puedo imaginar lo mal que lo debe de estar pasando Julia, que ni siquiera ha querido venir hoy al instituto.

Estamos en peligro.

—Hola —saludo entrando en Crystal. Encuentro a Julia reponiendo productos de bisutería.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—No has ido al instituto, y no me contestas los mensajes, quiero saber si estás bien —susurro. Ella no para de mirar cada cliente de la tienda, temerosa de que nos vuelvan a pillar.

—Estoy bien.

—No es lo que parece.

—Ahora estoy trabajando.

Su expresión es seria, y su tono de voz, cansado. La sigo cuando cambia de estante.

—Lo veo. Te esperaré en casa cuando acabes.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Su cambio tan radical me duele. Está distante conmigo, y la razón de ello, la tiene la voz autoritaria que escucho a mis espaldas.

—¿Qué haces en la tienda donde trabaja mi hija?

A Julia se le caen las cosas que llevaba en la mano. A mí me palidece la piel. ¿Por qué me encuentro a esta señora en todas partes?

—Es un espacio público —replico con la mayor tranquilidad posible. Aunque no sea de mi agrado, debo respetar a la mujer que dio vida a la que, a día de hoy, estoy enamorado.

—¿Y qué haces tú aquí, mamá?

—Te advertí de que lo dejaras, Julia.

Los clientes nos miran como si fuera una escena de telenovela. Por suerte, Diana no está aquí para verlo.

—Por favor, mamá —susurra Julia con la cara ruborizada—. Estoy trabajando, ¿puedes irte?

Su compañera, al percatarse de la situación, se acerca a Julia para pedirle que la acompañe a la caja a cobrar.

—Enseguida voy, Lía. —La mirada que nos echa a ambos es de pura agonía—. Por favor, marchaos los dos de aquí.

Ruega con la mirada antes de irse, y cuando voy a marcharme por ella, para no agobiarla más, las palabras de su madre me detienen.

—Si no te alejas de mi hija, te juro que se lo contaré todo al director del instituto para que te ponga de patitas en la calle.

No me da pie a replicar. Se marcha con la palabra y aniquilándome con su mirada verdosa. Por Julia, lo dejo pasar. No quiero causarle más problemas. A ella no.

32
JULIA

Ojalá me hubiese quedado en la cama como me propuso mi padre. Él piensa que no fui a clase porque me encontraba mal, pero la verdad es que le tenía pánico a encontrarme a Bruno y a mi madre otra vez. Y de nada ha servido porque me los he encontrado a ambos en mi puesto de trabajo.

Por suerte, hoy es el último día de mi contrato. Y es la razón que me motiva a ignorar lo que ha ocurrido y lo mucho que ha afectado a mis nervios. Quiero disfrutar de este último día.

Diana y Lía me dedican un momento para despedirse.

—Espero que te haya servido la experiencia —dice mi exjefa.

—Mucho, no sabes cuánto.

—Seguiremos en contacto, ¿no? —pregunta Lía, haciéndome sonreír. Ha sido mi compañera todo este tiempo, y estoy segura de que la echaré de menos. Desde el primer día me trató muy bien. Se ha convertido en una amiga más.

—Claro, tienes mi número.

Me guiña un ojo y me desea suerte antes de salir del almacén y seguir con su trabajo.

—Has sido muy buena trabajadora.

—Gracias —respondo sintiendo el rubor expandiéndose por mi cara.

—Me alegro de haberte conocido, espero que te vaya bien en los estudios. Y si necesitas algo, aquí me tienes. Aunque ya me ha dicho Bruno que no te gustaría seguir, por eso no te ofrezco una renovación.

—Gracias. Bueno… —Odio que Bruno le haya dicho eso—. No es así exactamente. Me ha gustado el trabajo, y me ha servido de mucho, de verdad. He aprendido muchas cosas, pero quiero enfocarme en mis estudios y seguir con ellos. Te agradezco la oportunidad.

Ya no necesitaba con tanta urgencia el dinero. Mi padre se había quedado con un pellizco al haber vendido la empresa a tiempo, y tal vez ya ni siquiera tendríamos que mudarnos, o eso decía él, no estaba muy segura. De todas maneras quería enfocarme en un trabajo que estuviera más encaminado al arte.

—Claro, de nada. Entiendo que quieras más, que desees seguir con lo tuyo, y te deseo mucha suerte. —Una espléndida sonrisa se dibuja en sus labios pintados de rosa—. ¿Te seguiré viendo por casa?

—No sé, la verdad.

—Eres bienvenida, que no te dé vergüenza.

Nos damos un abrazo de despedida antes de recoger mis cosas y salir de la tienda. A pesar de haberme tratado tan bien y ser tan amiga de Bruno, todavía me da apuro hablar de mi vida personal con ella, aunque en este momento deje de ser mi jefa.

Antes de irme a casa decido pasarme por donde los contenedores y esperar a Óscar para despedirme de él.

—Hola —le saludo al verlo entrar.

—Buenas, ¿cómo estás? —pregunta con una sonrisa mientras tira los pliegues de cartón.

—Bien, aunque he venido a despedirme.

—¿Acabas hoy?

—Sí, de hecho, ya he acabado.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —pregunta acercándose a mí.

—Ni idea. Estudiar, y ya veremos.

—Espera, te daré mi número, por si algún día quieres salir a tomar unas cervezas o algo, siempre que me invites. —Me guiña un ojo haciéndome sonreír, y cuando guarda su contacto en mi móvil, lo abrazo.

—Vale, espero que el día que te invite a cervezas no me digas que no. Buena suerte.

—Igualmente, y si algún día quieres que te haga un tatuaje, llámame también.

Es tatuador, y le comenté que siempre he querido hacerme uno. Después de conocerlo, no dudaría a quién elegir a la hora de hacerme mi primer tatuaje.

—Claro, no podría pensar en alguien mejor que tú para hacérmelo.

Tras otro abrazo de despedida, continúo mi camino a casa.

Estoy cansada, más a nivel mental que físico. Han pasado tantas cosas en mi vida, y tan rápido, que me desestabilizan.

Cuando pongo a cargar el móvil, me encuentro con cientos de mensajes sobre la fiesta de cumpleaños de Blanca que estamos empezando a organizar. Su cumpleaños es el diecisiete de abril, y ya queda muy poco para el nuevo mes.

Al contrario que Elena, a Blanca no le gustan tanto las discotecas y salir de fiesta, así que hemos organizado una cena las cuatro juntas, y luego iremos a la playa donde nos esperarán Ismael, su novio, y algunos amigos más, como sorpresa. Ella solo sabe que vamos a cenar.

Después de contestarles, ignoro las llamadas perdidas de mi madre, y me mensajeo con Bruno.

Bruno: *¿Estás bien?*

Yo: *Sí. ¿Te molestó mucho mi madre?*

Bruno: *Solo me amenazó con contárselo todo al director del instituto para que me despidiera si seguía contigo.*

Yo: *Lo siento. Te prometo que eso no pasará.*

Bruno: *No lo sientas, no es tu culpa. Solo prométeme que no dejaremos de vernos.*

Yo: *En el instituto ya no lo podemos hacer. En Crystal tampoco, y no me extrañaría que mi madre me vigile, así que en tu casa tampoco.*

Bruno: *Entonces tendremos que buscar otra manera.*

Yo: *Creo que lo mejor será pasar lo que queda del mes sin vernos.*

Bruno: *No podré aguantar tanto.*

Yo: *Tendremos que hacerlo. Lo mejor es fingir que hemos roto para que mi madre se olvide. Ya queda poco para que se acabe el curso.*

Bruno: *¿Quieres que pasemos el resto del curso separados?*

Yo: *Intentaremos vernos a escondidas como antes, pero será menos frecuente.*

Bruno: *Está bien, como tú digas. Pero seguiremos hablando todos los días, ¿no?*

Yo: *Claro.*

Bruno: *Te quiero.*

Yo: *Y yo a ti.*

Mi madre nunca podrá borrar lo que siento por él. No estoy familiarizada con la idea de decir en voz alta lo que siento, y al hacerlo, es como si me vaciase por dentro. Él lo ha conseguido. Me gusta que se cuele bajo mi piel, que me entienda y me descifre incluso cuando a veces ni yo misma me entiendo. Bruno es capaz de ver todos mis colores.

33
JULIA

Cada día se me hace más difícil no tirarme a los brazos de Bruno cuando lo veo.

Fingir que no pasa nada entre nosotros es más difícil ahora que una persona lo sabe y vigila cada uno de nuestros gestos al encontrarnos.

Vernos a escondidas cada vez se dificulta más, e intentar convencer a mi madre de que me he olvidado de él, también. Encima se ha extendido el rumor de que tenemos mala relación. No es fácil tener a mi madre como profesora y una relación prohibida en el mismo centro donde nos vemos los tres cada día. Y a pesar de que me esfuerce en tratarla como una profesora más, me incomoda la situación. Y admito que tal vez se note la tensión entre nosotras.

—Es que es verdad que parecéis enfadadas, ¿os pasa algo? —dice Paula.

—Solo tenemos algunos roces. Es que no me gusta que trabaje aquí, siento que me vigila a cada momento, y lo odio. Encima no se quiere ir.

—Ya, debe de ser una putada tener a tu madre como profesora. Pero bueno, este sábado nos vamos de fiesta por fin —comenta Elena con alegría.

—No es una fiesta. Habéis dicho que era una cena. No quiero sorpresas, eh —replica Blanca.

—A eso me refería, joder, ya me has entendido. —Elena le guiña un ojo —. Julia, ¿me acompañas al baño y me haces la raya del ojo? Al fin me he comprado un delineador rosa.

—Vale, pero no soy una experta. Que me lo haga bien a mí misma, no significa que sepa hacerlo a lo demás.

—Venga, que sí, vamos. —Me agarra del brazo y vamos a los baños. Estamos nosotras solas.

Mientras trato de maquillar a mi amiga con la máxima precisión, ella me sorprende con sus palabras.

—Gracias por haberle dado la caja de condones a Alex. Al final no eres tan vergonzosa, eh, que faltaba uno. —Me da una palmada en el muslo. Me pongo roja, pero ella no puede verlo al tener los ojos cerrados.

—No sé de qué me hablas, lo habrás usado tú. Y no me muevas, que estoy concentrada.

—La verdad es que sí —confiesa entre suspiros—. Fue bien, ¿sabes? Alex estuvo todo el tiempo atento. No me dolió, fue divertido.

Que tenga tanta confianza como para confesarme su primera vez, me desarma, porque yo lo único que he hecho es ocultarle cosas y mentir desde hace meses. Me aclaro la garganta antes de contestar.

—Me alegro de que te tratara bien, o le pegaríamos una paliza.

Elena ríe, y tengo que retocarle el maquillaje antes de pasar al otro ojo.

—Eres la primera a la que se lo cuento. —Sus palabras caen como una losa sobre mi estómago—. Ya sabes, Blanca es muy puritana, y Paula está tan metida en sus cosas, que no me hace ni caso.

—Pues no voy a volver a ser vuestra celestina —comento divertida para ignorar el hecho de que mis amigas confían más en mí que yo en ellas.

El sábado, después de cenar en un restaurante italiano y de comernos una especial tarta de fresa riquísima que preparamos entre todas, nos dirigimos hacia la playa sin decirle a Blanca nuestro próximo destino.

—¿Dónde vamos? No me hagáis andar mucho que llevo tacones —dice la cumpleañera ajustándose el zapato negro a juego con su mono bicolor.

—No te quejes ya, venga.

Caminamos hasta el paseo marítimo donde nos espera Alex con un antifaz para taparle los ojos a Blanca. Entre los cuatro, la guiamos para que no se caiga hasta donde están el reto de amigos esperando frente a una pequeña hoguera en la arena.

—¡Feliz cumpleaños! —gritamos todos al destaparle los ojos.

La alegría y la emoción se pueden ver reflejadas en los ojos de Blanca, y, tras muchas felicitaciones y regalos, celebramos una fiesta alrededor del fuego.

Mientras todos están entretenidos bebiendo, riendo y hablando, me alejo unos metros para llamar a Bruno. Habíamos quedado en que lo llamaría cuando viera la oportunidad de vernos a solas en algún rincón de la playa. Cada vez es más difícil vernos, y esta es la oportunidad que estábamos buscando.

Quedamos en la esquina de un bar cercano. Cuando lo veo, las estrellas brillan con más fuerza. Entre besos furtivos en la oscuridad de la noche, me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos.

—Te extraño —dice—. Estoy cansado de fingir que nos ignoramos.

—Lo sé, yo también. Pero ahora estamos aquí, juntos.

Volvemos a besarnos con pasión. Es un beso largo que muestra todo lo que nos hemos echado de menos durante estos días en los que apenas hemos podido vernos.

—Ven, vamos a dar una vuelta —propone agarrándome la mano.

—No puedo, estoy con mis amigos. No les he dicho que me iba para que no se dieran cuenta, pero si tardo mucho se enterarán.

Suspirando, pasa las manos entre mi pelo. Cierro los ojos extasiada por su contacto.

—Estoy cansado de esta situación, de que no podamos vernos en ningún

lado.

—Es que mi madre…

—Ya lo sé, Julia, pero cuando no es tu madre es el instituto, el trabajo o tus amigos, pero nunca podemos estar juntos.

—Sí que podemos estar juntos, solo hay que esperar a que se acabe el curso. —Antes de que diga nada, le agarro la cara para besarle—. El lunes, en el taller. Antes de que toque el timbre de entrada de clase.

Me mira durante unos segundos en silencio, hasta que, besándome, me lo confirma.

—Ahora tengo que irme.

—No… —Me atrae a su cuerpo y vuelve a besarme.

—Sí… —contradigo tras un largo beso—. Hasta mañana.

Después de unos cuantos besos más largos de lo que deberían, nos despedimos. Con una sonrisa, vuelvo caminando por la orilla de la playa donde me encuentro a Blanca.

—Tía, ¿dónde estabas? —Se agarra de mi brazo para caminar juntas.

—Em, es que creía que se me había perdido un pendiente. Pero ya lo tengo, ¿y tú? Qué raro no verte pegada al lado de tu príncipe —me burlo.

—Ya. —Sonríe encantada—. Es que ha ido a por tabaco y yo a buscarte.

—Ahora entiendo que te acordaras de mí.

—Venga, no seas tonta, ya sabes que a ti te quiero más. —Reímos a la vez.

—Entonces deduzco que te va bien con él, ¿no? No me cuentas casi nada.

—Sí, va bien. Me ha sorprendido verle aquí porque quiere mantener la relación en secreto. Dice que si no sus amigos se burlarían de él.

Pienso en Bruno y en mí. ¿Ellas se burlarían de nuestra relación? No lo creo. ¿Bruno se sentiría avergonzado con sus amigos? Tampoco pienso que fuera así. Lo nuestro se trataba de otra cosa, cada persona mantiene secretos por motivos diferentes. El nuestro, principalmente era que, si alguien del colegio se enteraba, podrían despedirlo y eso también me acarrearía más problemas a mí. Necesitaba acabar bien el instituto, con la mejor nota y sin rumores sobre nosotros. Pero ellas jamás lo contarían. Entonces, ¿por qué no soy capaz de confesarles el secreto? A veces necesito una amiga con la que hablar de ello, pero el secreto ha llegado tan lejos que ya ni me replanteo contarlo hasta que, por lo menos, las clases se acaben. Demasiado tengo conque mi madre se haya enterado y nos haga la vida imposible.

—¿Por qué harían eso sus amigos? ¿Porque se le desmoronaría la imagen de tío duro por estar con una princesita como tú?

—¿Soy una princesa?

—Claro.

Volvemos a reír al unísono hasta llegar junto a los demás para seguir celebrando.

34
JULIA

L

lego diez minutos antes al instituto para encontrarme con Bruno en el taller. Voy cargada con el lienzo que comencé a pintar en su casa y que él me inspiró a crear. Nos han pedido traerlo ya porque mañana empezará la exposición en el instituto, y, a decir verdad, estoy bastante orgullosa de mi obra. Mi inspiración ha jugado un papel muy importante en su creación.

Espero unos cuantos minutos, pero no aparece por ningún lado. Alumnos de diferentes edades comienzan a llegar y a agruparse cerca de mí. Intento abrir la puerta por si la hubiera dejado abierta, pero no es así. Sigo esperando hasta que oigo el timbre que da inicio a las clases y entro en el último momento. Es raro que Bruno no acuda la cita, siempre que hemos quedado ha aparecido antes o después, pero siempre lo hace.

Entro al aula número seis, toca Historia del Arte a primera hora. Al pasar entre las filas de pupitres, noto más ojos de lo normal clavados en mí, y eso me incomoda. Escondo el lienzo como puedo para que no lo cotilleen. Llego hasta la última fila, y saludo a mis amigas antes de sacar mis cosas de la mochila y sentarme junto a ellas.

Nos mostramos los cuadros entre las cuatro, y elogiamos lo mejor de cada uno para darnos ánimos. A ninguna le hace gracia tener que exponer delante de todo el instituto, pero con los halagos y el apoyo que nos brindamos, el humor mejora.

—¿Pasa algo? —pregunto al escuchar más murmullos de lo normal.

—No sé. Hay rumores de algo, pero no sé qué es.

Las cuatro buscamos en nuestros móviles en busca de la respuesta. A mi lado escucho unas risitas que no me gustan para nada, y buscándolas con la mirada me doy cuenta de que proceden de la Urraca y su séquito. En un día normal me callaría y las ignoraría, pero no puedo controlar el impulso de contestar.

—¿Algún problema? —pregunto con frialdad. Mis amigas me miran sorprendidas, como si me hubiese dado un golpe en la cabeza por contestar.

—No sé, ¿tienes alguno? —replica Lorena, desafiante.

—Eso te he preguntado yo a ti. Como no paras de mirarnos y reírte — Entrecierro los ojos sin perder la seguridad en mí misma.

Veo que hasta ella misma se sorprende de mi reacción, pues tarda unos segundos en meditar su respuesta, que se ve interrumpida por la entrada de la profesora.

—Buenos días —saluda dejando su material sobre su mesa—. Ahora os

llamaré uno por uno para que me entreguéis el lienzo y el dossier, ya sabéis que mañana los expondremos así que hoy es el último día para entregarlo.

Cuando llega mi turno, me acerco nerviosa hasta la mesa de la profesora para entregar mi trabajo: un lienzo que representa dos manos cogiendo la fruta prohibida en mitad del paraíso.

—Es muy bonito, ¿qué versiona? —pregunta observándolo.

—El fresco de Miguel Ángel: Caída del hombre, pecado original y expulsión del paraíso.

—Muy bien, ¿qué técnica has usado?

—Óleo.

—¿Cómo se titula?

—Paraíso.

—¿Y has hecho el dossier?

—Sí, aquí está todo. —Le entrego un folio con todos los datos.

—Genial. Muchas gracias, Julia. Está muy bien. —Elogia dedicándome una sonrisa.

—Gracias.

Vuelvo con una sonrisa en el rostro, pero mientras camino hacia mi sitio, alguien golpea la puerta, y por ella asoma un hombre de mediana edad, calvo y con cara de pocos amigos, el jefe de estudios.

—¿Julia Reyes? —pregunta en tono serio y alto.

Todos mis compañeros dirigen la mirada hacia mí provocando que palidezca. Mis amigas también me miran sin entender nada, e incapaz de pronunciar palabra, levanto la mano. Me ordena salir de clase.

Trago saliva antes de dirigirme hacia él. Blanca, Paula y Elena, aunque sorprendidas, me dedican una sonrisa tranquilizadora, al contrario del grupo de la Urraca, que cuando paso por al lado me lanzan sus risitas chirriantes.

El corazón me late cada vez más rápido a medida que avanzo en silencio por el pasillo con el jefe de estudios, un hombre que tiene fama de ser duro con todos los alumnos. Las manos empiezan a sudarme y siento que de un momento a otro me va a dar un ataque de nervios. No dice nada durante todo el recorrido hasta su despacho, y yo tampoco me atrevo a preguntar hasta que estoy sentada frente a él.

—¿Pasa algo? —Mi voz es como un hilo fino.

—¿Qué? —No me ha escuchado.

—Que si ocurre algo. —Vuelvo a preguntar esta vez en un tono un poco más alto.

—Solo queremos hacerle unas preguntas.

Cuando voy a preguntar por el motivo, Victoria, mi profesora y tutora, entra en la estancia. A pesar de tranquilizarme su presencia debido a que ella es todo lo contrario a él en cuanto al carácter, la situación no hace más que empeorar. Los dos tienen expresiones serias que me hacen temer lo peor.

—Hemos escuchado unos rumores muy graves que circulan por el instituto sobre usted, Reyes. —Empieza el jefe de estudios—. ¿Sabe de lo que

hablo?

Las piernas comienzan a temblarme de los nervios, y agradezco estar sentada en estos momentos, porque el mundo se me viene encima.

—Eh… No.

La puerta se abre y esta vez es mi madre la que entra. Nada más verla deseo que me trague la tierra. Por fin comprendo de qué trata todo esto.

La miro con incredulidad, intentando descifrar la expresión de su rostro.

—Tú…

—Tu madre tiene que estar presente. ¿Es verdad que mantiene una relación sentimental con uno de los trabajadores del instituto?

Sudando y pálida, miro a las tres personas que me interrogan como si hubiese cometido un crimen.

—No sé de qué habla —contesto después de una pausa, en un tono apenas audible.

—¿No conoce a Bruno González Guerrero?

Niego con la cabeza tratando de mantener cara de póquer, aunque sea lo más difícil que he hecho hasta ahora.

—¿No lo conoce?

—No mientas, Julia. —Me aconseja mi tutora en un tono más dulce que el del jefe de estudios.

Los miro a ambos y luego a mi madre que me observa con expresión enfadada.

—No.

—¿Seguro? ¿No conoce al conserje de su instituto?

Trago la poca saliva que me queda, y me encojo de hombros en un ademán por aparentar normalidad.

—Bruno González Guerrero, conserje del instituto. Alto, pelo cobrizo y ojos azules, ¿no lo ha visto nunca? —insiste cada vez con mayor frialdad.

—A ver… Sí, sí lo conozco.

—Hace cinco segundos ha dicho que no.

—Sí, sí que lo-lo conozco. Le he visto alguna vez, trabaja aquí ¿no? Por eso lo conozco, no por nada más.

—Es curioso que hace dos minutos no supiera quién es.

—No me fijo en todo el mundo —replico al borde del desmayo. El corazón me late tan fuerte, que de un momento a otro podría saltar de mi pecho y quedar expuesto ante todos, revelando así mi mayor secreto. Los nervios los llevo muy mal, y esta situación me está llevando al extremo.

—¿Entonces admite que tiene una relación sentimental con él?

—No, no he dicho eso.

—Creo que no es necesario interrogar a mi hija de tal manera, y menos ahora, está perdiendo clase. Ya ha contestado a sus preguntas, creo que ya se puede ir.

—Se irá cuando solucionemos el problema, ¿o prefiere que llamemos al director?

—Prefiero que espere fuera mientras hablamos. Julia, por favor, sal.

Los miro aterrorizada, clavada en la silla. Con gran esfuerzo, me levanto temblando, pero intentando aparentar normalidad. Salgo del despacho y cierro la puerta despacio, perdida en miles de pensamientos que soy incapaz de identificar.

Al levantar la vista del suelo me encuentro con Bruno. Nuestros ojos conectan y creo que mi mirada y aspecto le dicen todo lo que necesita saber.

Nos han pillado.

En ese momento, Victoria abre la puerta del despacho y llama a Bruno para que entre. Él pasa por mi lado con una seguridad que desearía tener yo. No nos rozamos, evitamos mirarnos más de la cuenta, y, cuando la puerta del despacho se cierra tras ellos, me siento en un banco cercano.

Respiro por la nariz y suelto el aire por la boca procurando controlar toda la tensión y los nervios que siento. Después de esto, no sé qué va a pasar.

Media hora más tarde, escucho la puerta abrirse y me levanto al instante. Bruno sale del despacho con las facciones de la cara tensas. Nuestras miradas se cruzan durante varios segundos, pero enseguida la retira y se marcha. Tengo ganas de pararle y preguntar lo que ha pasado, pero entonces mi madre sale del despacho y pone una mano en mi espalda para que camine.

—Vamos.

—Pero qué… —Cuando pasamos por las escaleras, veo a Bruno bajar.

—No lo mires y camina.

En el siguiente pasillo me paro de golpe.

—¿Qué pasa?

—Nada, Julia. Camina, entra en clase y haz como si nada hubiese ocurrido.

—¿Has sido tú? Lo has contado todo, ¿verdad? A pesar de lo que te dije.

—No, no he sido yo.

La veo alejarse y dejarme con la palabra en la boca.

Me siento perdida, quiero salir de aquí, pero tengo mis cosas en clase. Entro en el aula sin saber muy bien qué me voy a encontrar. La profesora no está, y todo el mundo me mira. Un escalofrío me recorre la espalda al caminar hasta mi pupitre. Todos murmuran sobre mí, como si tuvieran el derecho a juzgarme.

—Hola… —saludo a las chicas, que evitan mis ojos. Ninguna contesta—. ¿Os ocurre algo?

Las cuatro me dirigen una mirada acusatoria.

—¿Por qué te lo tendríamos que contar a ti? —dice Paula con resquemor.

—Todo el mundo lo sabe —añade Blanca—. Está en el grupo de clase.

Al instante sé que hablan de Bruno y de mí. Las tres dejan de mirarme. Los ojos me arden al sentirme ignorada, como si no estuviese ahí con ellas. Recojo mis cosas con rapidez, escondiendo las ganas de romper a llorar, y salgo de clase bajo los murmullos y las miradas de personas que me juzgan.

El timbre suena y más alumnos empiezan a salir de las aulas. Los adelanto como puedo, y salgo del instituto con lágrimas en los ojos y un nudo que me oprime el corazón y el estómago.

Estoy jodida.

Antes de que pueda cruzar la calle, alguien me detiene.

—¿A dónde te crees que vas? —pregunta mi madre.

—A casa.

—No te puedes ir, aún te quedan clases.

—¿Acaso crees que me puedo quedar después de lo que ha pasado? ¿Cómo has podido atreverte a contarles todo? —espeto soltándome de su agarre.

—Te he dicho que yo no he sido.

—¡Claro que has sido tú! Eras la única que lo sabía, y la única que me quiere hacer la vida imposible.

Me marcho sin darle opción a replicar, y, aprovechando que no veo a nadie en la calle, me adentro en el taller del colegio que tiene las puertas abiertas. Me escondo tras una mesa con la esperanza de poder hablar con Bruno.

Un cuarto de hora después, lo veo entrar y hago señas para que me vea. Sorprendido por mi presencia, me indica que me meta en el cuarto de las herramientas con él.

—¿Qué haces aquí? Es muy peligroso, Julia, joder. —Cierra la puerta.

—Ya lo sé, pero quería hablar contigo. Lo siento, siento que mi madre lo haya contado todo, de verdad. Es que…

—Tu madre no ha contado nada —me interrumpe.

—Pero si ella es la única que sabía lo nuestro. Y nos amenazó con contarlo.

—Ya, pero no ha sido ella. ¿Es que no te lo han enseñado? Tú estabas en el despacho antes que yo.

—No sé de qué hablas, ¿enseñarme qué? ¿Los mensajes? —pregunto recordando lo que me ha dicho Blanca. No he querido mirar el móvil porque me da pánico encontrarme con lo que dicen de mí.

Saca el móvil de su pantalón, y me muestra unas fotos en las que salimos besándonos en la playa. Está oscuro, a mí apenas se me ve la cara, pero a él sí.

Con la boca abierta por la sorpresa, cojo el móvil para fijarme mejor.

—¿Quién ha hecho esta foto?

—Ni idea. Pero no saben que eres tú de manera inequívoca, no te preocupes. Me las ha enseñado tu madre. Todo el mundo las tiene ya. Alguien las ha pasado.

—¿Que no me preocupe? Me ha llamado el jefe de estudios, mi tutora y

mi madre. Me han hecho un interrogatorio de la hostia y…

—Pero lo has negado todo, ¿no? Yo también. A ti no te pasará nada, te lo prometo.

—¿Y a ti? —pregunto preocupada por él y su situación.

—No lo sé todavía. —Pasa una mano por su cabello, como hace cada vez que está nervioso—. Pero no pueden saber que eres tú seguro si no lo contamos, no se te ve, y por tanto no hay pruebas.

—Yo no diré nada, tranquilo, todo estará bien. —Le doy un suave beso en los labios.

—Sabes que ya no podemos vernos, ¿verdad?

Asiento entendiendo lo grave que es la situación, y nos fundimos en un abrazo fuerte y necesario durante varios minutos que se me antojan segundos.

—Vete, ya no nos pueden pillar más.

Nos miramos una última vez, con una mezcla de preocupación e incertidumbre. Y me marcho. Deambulo por la calle sin querer llegar a casa. La última persona que quiero que se entere de todo esto es mi padre.

A la hora en la que se acaba la jornada escolar, mi madre me llama al teléfono.

—¿Papá lo sabe?

—No. Los he convencido para que no le llamen.

—Vale. —Silencio—. Ya sé que no has sido tú.

—No, no he sido yo, pero me has decepcionado, Julia. Me dijiste que ya no estabas con él. Me has mentido.

—Mamá…

—No digas nada más. Si no quieres que de verdad sospechen que eras tú, más te vale venir mañana como todos los días y hacer como si nada.

Cuelga dejándome un sentimiento de culpa.

Tener que volver al instituto va a ser difícil, pero actuar como si nada ocurriera, lo será más.

35
JULIA

H

aciendo acopio de todo mi valor, al día siguiente llego al instituto como siempre.

Nada más entrar, me encuentro con un cartel enorme que anuncia la exposición de arte. Nuestros lienzos están sobre caballetes repartidos por todo el instituto, y por la pared de las escaleras hay algunos dibujos de alumnos de otros cursos. Mi cuadro se encuentra junto al de mi amiga Paula, presidiendo las escaleras de la derecha.

Conforme voy subiendo los escalones, observo mi obra. Me da reparo que tanta gente pueda verla, porque representa un secreto gritado a voces. Aunque pocos se paran a leer la información que tiene debajo con el nombre de la autora, título, técnica, y obra a la que versiona.

Antes de girar hacia el otro tramo de escaleras, me encuentro con Bruno bajando mientras mira mi cuadro. Ambos llegamos frente al lienzo a la vez. Nuestras miradas se encuentran deseosas de poder hablar, pero en ese momento, el jefe de estudios pasa por mi lado, observándonos. Nos juzga, pero yo sigo mi camino como si nada.

Al entrar en el aula, mis amigas me miran a la vez.

—Hola.

No contestan. Me siento junto a Blanca, como siempre, pero me ignoran. Sin querer hablar del tema delante de todos, dejo pasar clase tras clase hasta que llega la hora del descanso. No esperan a que coja mis cosas, se marchan dejándome atrás.

Y es como si me dieran una patada en el estómago. Sin embargo, las sigo hasta llegar a nuestro refugio de siempre en el patio.

—¿Por qué no me habláis?

Tres pares de ojos se dirigen hacia mí, me miran en silencio hasta que Paula toma la palabra.

—Porque tú tampoco nos tienes en cuenta.

—¿En serio, Julia? ¿Con Fede? ¿Desde cuándo? ¿Por eso te enfadaste tanto conmigo? —pregunta Blanca dándome la cara.

—Yo… No fue por eso, sabes muy bien por qué.

—¿Porque salías en secreto con él y nosotras no lo sabíamos?

—N-no salgo con él. —Miento. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero es lo que debo hacer por el bien de Bruno.

—A nosotras no nos puedes mentir, hemos visto la foto.

—No soy yo.

—¡Claro que eres tú! Estabas con nosotras, te conocemos. Es tu ropa. Deja de mentirnos.

Con lágrimas en los ojos y sin querer mentir más, decido quedarme callada.

—Fuiste la primera a la que se lo dije —murmura Paula antes de marcharse.

—Te confesé que estaba con Ismael, aunque fuera un secreto, porque eres mi mejor amiga, pero tú no pudiste hacer lo mismo —reprocha Blanca mirándome con decepción antes de irse.

—Yo te contaba todo, porque pensé que podía confiar en ti. —Elena es la última en dejarme.

Sola, en un banco de la calle, rompo a llorar por haber decepcionado a mis mejores amigas.

36
JULIA

M

ayo comienza de la peor forma posible.

He pasado de ir feliz y entusiasmada a clase por encontrarme a Bruno y pasar el día con mis amigas, a odiar cada mañana por tener que levantarme.

A él lo veo en contadas ocasiones, y si bien cuando mi madre sabía de nuestra relación, aún podíamos saludarnos por los pasillos y dedicarnos una que otra sonrisa, ahora no podemos ni mirarnos, y los mensajes que cruzamos son escasos.

Por si fuera poco, Blanca, Paula y Elena siguen sin hablarme. Están enfadadas y decepcionadas. Y aunque mi mayor deseo es pedirles perdón por no haber podido confesarles mis secretos en confianza, y haberlas mentido incluso cuando las evidencias eran claras, sigo sin poder hacerlo. Porque, aunque mi relación con Bruno ahora es apenas existente debido a la situación, no puedo perjudicarle y provocar que pierda el trabajo ahora que tanto lo necesita. Aunque me duela, debo seguir así unos días más.

Por suerte, al ser este mi último año de instituto, el curso se acaba a mitad de mes para poder estudiar para la prueba de acceso a la universidad. Lo malo es que esta semana empiezan mis últimos exámenes, y no tengo cabeza para enfrentarme a la última evaluación, y la más importante. Debo concentrarme en eso, porque sigo necesitando la beca. Aunque ahora estemos un poco más holgados de dinero, no estamos recuperados, y la universidad es un pago al que mi padre no puede hacerle frente solo. Pienso en el examen de Inglés que no pude hacer cuando mi madre se enteró de todo y el mundo se me derrumbó encima. Necesito recuperarlo. Necesito seguir sacando las mejores notas o todo terminará por irse a la mierda.

Paso las clases a solas, estudiando en un pupitre junto a la ventana. Prefiero esto a sentirme ignorada por mis amigas.

—¿Qué tal lo llevas? —pregunta Pablo.

Levanto la cabeza de los cientos de apuntes que tengo esparcidos por mi mesa.

—Como todos, mal.

—Vamos, tú siempre apruebas. —Intenta animarme, aunque produce el efecto contrario.

—No apruebo porque sí, tengo que estudiar como todos, y no me entra nada. —Resoplo dejando el boli sobre los apuntes, y me echo hacia atrás.

—Vale, no te enfades, pero ¿no vais a arreglar las cosas nunca? —Mira a las chicas y luego a mí, que observo la calle a través de la ventana.

—No lo sé, como no me hablan.

—¿Todo por la foto esa? Si ya has dicho que no eras tú, qué más da, ¿no?

Lo miro con ganas de poder gritar que sí era yo, pero entonces un profesor entra y Pablo se despide antes de volver a su pupitre.

El día está gris y me siento más melancólica que nunca. Entre clase y clase, miro algunas de las fotos que nos hicimos Bruno y yo estando en su casa, y que guardo como un tesoro en un baúl escondido.

—Tu madre te busca. —Es Blanca, que se ha acercado a mí, pero actúa como si le molestara tener que hablarme—. Está en el aula ocho.

—Gracias. —Le sonrío con timidez antes de que vuelva a su mesa.

Salgo para reunirme con ella. El aula está vacía, así que entro con tranquilidad.

—Me ha dicho Blanca que me buscabas.

—Sí, era para decirte que el jueves harás también el examen de Inglés de la segunda evaluación.

Asiento recordando las razones por las que no llegué a realizarlo, y respiro aliviada. Al menos algo puedo recuperar en mi vida.

—Y, otra cosa más, he visto que ya no vas con las chicas y que te sientas sola, ¿por qué?

—Porque no me hablan, por esa estúpida foto.

—¿Ellas no lo sabían?

—No, solo lo sabías tú.

—Espero que no sigas con…

—No mamá, adiós. Tengo clase —concluyo saliendo por la puerta. No quiero escuchar el mismo sermón de siempre.

Blanca está en la puerta de mi aula y me detiene cuando voy a entrar. No para de darle vueltas a su anillo, cosa que siempre hace cuando está nerviosa.

—No entres —dice alterada.

—¿Qué pasa?

—Venga chicas, dentro, vamos a empezar la clase. —La profesora, Victoria, ha llegado—. No tenemos ni un segundo que perder.

Entramo las tres y me dirijo a mi pupitre.

—Venga chicos, sentados. Lorena, a tu sitio. Hoy vamos a centrarnos en las dudas para el examen. ¿Qué…?

Una exclamación se escucha en toda la clase, y mi sorpresa es máxima cuando al levantar la cabeza, veo en la pantalla digital una foto de Bruno y yo sobre su cama; él está besándome en el cuello mientras yo sonrío.

Todas las cabezas se giran hacia mí. No reacciono. Ver esa imagen tan íntima en grande, proyectada en la pizarra digital de mi clase, delante de todos mis compañeros y profesora, me deja helada. Ella no tarda en quitar la imagen de la pantalla, pero para mí ha estado expuesta durante horas.

—Shh, ¡callad! —ordena la profesora intentando mitigar los murmullos—. Julia, sal de clase.

Ante la mirada de todos, y con mucho esfuerzo por activar mis músculos y

moverme, salgo del aula sin creer en lo que han visto mis ojos. Victoria sale tras de mí, tan sorprendida como yo por lo que acabamos de ver.

—¿Qué significa eso?

Muda, y sin sentirme capaz de responder, me encojo de hombros.

—¿Cómo ha llegado esa foto al ordenador?

No contesto, tampoco sé la respuesta.

—¿Ocurre algo? —pregunta mi madre preocupada al verme la cara pálida.

Como sigo sin poder pronunciar palabra, mi profesora le explica todo lo ocurrido. Ahora puedo ver su piel palidecer tanto como la mía.

—Lo siento, pero tengo que informar de esto a dirección. —Son las últimas palabras que dice mi profesora antes de desaparecer por el pasillo.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio, oyendo los rumores dentro de clase.

—Mamá… ¿Qué voy a hacer ahora?

—No lo sé, hija. No lo sé. —Hace una pausa antes de continuar—. Espera dentro a…

—No —interrumpo—. No voy a volver a entrar. Todos la han visto —Me llevo las manos a la cabeza al pensar en lo que esto conllevará para Bruno.

—Está bien, tranquila. No vas a entrar. Creo que lo mejor va a ser dar la cara, no queda de otra.

Y agarrándome la mano con un cariño que hacía tiempo necesitaba de ella, nos dirigimos al despacho del director. Sin pensar en excusas, discursos o en nada parecido, tan solo para aceptar mi culpa.

Cinco minutos después, mi profesora sale del despacho acompañada por el director. En sus caras veo la sorpresa de verme allí, armada de valor.

—Por favor, Victoria, ve y llama a Bruno —ordena él.

Esperamos en el despacho. Estoy sentada frente al director, dando la cara a lo que pueda suceder a partir de ahora.

Después de varios minutos cargados de tensión, Bruno entra en el despacho. El director le indica que se siente en la silla que hay a mi lado.

Evito mirarle, pero no puedo evitar hacerlo de reojo. Está tan tenso como yo, y la preocupación se puede leer en su rostro. Nos han pillado.

—¿Saben por qué están aquí?

Asiento a la misma vez que Bruno niega.

—Muy bien, Reyes, ¿lo puede explicar?

El silencio es mi respuesta. Entonces Victoria llega y le entrega un *pendrive* al director.

—Está bien. Veremos de qué va esto.

Conecta el dispositivo al ordenador, y sus ojos se quedan fijos en la pantalla. Veo a mi madre mirarla de reojo, y negar con la cabeza antes de mirarme con preocupación. Entonces el director gira la pantalla del ordenador y nos muestra la foto que minutos antes estaba proyectada en la pizarra de clase.

Sin mirar a Bruno, sé que su cara debe de ser un cuadro. Lo noto tensarse.

Victoria, mi tutora, me mira con lástima, como si se sintiera culpable por haber entregado la prueba del delito.

—Me han informado, tarde —comienza a decir el director, enfatizando la última palabra—, de que hace unas semanas se difundió una foto como esta, pero menos nítida, de ustedes dos, pero lo negaron. ¿Van a negar esta vez que son las personas de la fotografía?

Mi silencio se ve interrumpido por el «sí» rotundo y seguro de Bruno.

—¿Sí qué? ¿Son ustedes dos?

—Sí —reafirma Bruno.

Lo miro sorprendida, pero él no me devuelve la mirada. El director, clavando los ojos en mí, vuelve a formular la misma pregunta.

—Sí —confieso al fin.

—¿Admiten que mintieron cuando se les preguntó por la otra fotografía?

—Sí —repite Bruno mientras yo asiento.

—¿Y que mantenían una relación?

Bruno asiente, y el director vuelve a mirarme esperando mi afirmación.

—¿Sabían las normas del instituto, en especial la que específica que no se puede mantener relaciones sentimentales entre personal y alumnado?

Bruno vuelve a asentir y yo le sigo segundos después. Estoy aturdida, como si mi cuerpo estuviera aquí, pero las cosas no me pasaran a mí.

—¿Cuántos años tiene, Reyes?

Alzo la mirada que había dejado fija en la mesa, para enfrentarme al director.

—Dieciocho.

—¿Está segura de que si busco en su historial, eso es lo que pondrá?

Veo de reojo a mi madre observándome mientras niega con la cabeza.

—Tengo diecisiete —rectifico echándome un poco para atrás en mi asiento—. Pero cumplo dieciocho este mes. —Pero tiene y tenía diecisiete cuando comenzó esta relación, o sea que era menor de edad cuando los hechos ocurrieron.

Asustada, no sé si protestar o es mejor no decir nada más.

—¿Lo sabía usted, González? —pregunta con severidad.

Dirijo la mirada hacia Bruno, rogándole en vano, que lo niegue.

—Sí.

—¿Sabe que es un delito mantener relaciones con menores de edad?, ¿que si se enterara la policía de esto lo encarcelarían?

—¿Perdón? ¿Eso es una amenaza? —interrumpo llenándome de coraje. Enderezo la espalda para acercarme más a la mesa.

—Julia… —Me reprime mi madre.

—No, es que quiero saber si le está amenazando.

—Es la ley, no una amenaza —replica el director.

—La ley no dice eso. A los dieciséis años el menor puede dar su consentimiento, y yo voy a cumplir dieciocho —recalco la última palabra

—¿Usted sabía de esta relación? —Contrariado por mi respuesta, le

pregunta a mi madre.

Cuando el director mueve la cabeza hacia ella, noto la mano de Bruno sobre mi rodilla pidiéndome calma. Es apenas un leve roce, porque la retira antes de que nos miren.

—No hasta hace poco.

—La ley puede decir lo que sea, pero no creo que quiera que las autoridades se enteren de lo que pasaba en su centro educativo sin que su director lo supiera —replica Bruno sacando las garras.

Ambos se baten en duelo con la mirada antes de que el director se pronuncie.

—Está usted despedido. Y usted, expulsada.

—Pero está a punto de empezar los últimos exámenes… —comienza mi madre.

—¿Por qué la expulsan a ella? Yo asumo la culpa —replica Bruno tensándose.

El mundo empieza a dar vueltas sobre mi cabeza, y solo quiero correr para salir de aquí. «¿Expulsada? No voy a conseguir la beca. Lo estoy perdiendo todo».

—Ambos tienen la misma parte de culpa. Los exámenes ya veremos si los hace, de momento, salgan de mi despacho. Ahora.

Mi madre me indica que salga mientras ella intenta hablar con el director.

Una vez fuera del despacho, tomo una bocanada de aire como si fuera la última que cojo. El cuerpo me pesa, y me siento mareada.

Veo a Bruno pasar delante de mí metiendo la mano entre su cabello, y escucho la puerta del despacho cerrarse.

—Espera, Bruno. —Intento frenarle agarrándole de la mano, pero él se suelta de mí.

—Déjalo, Julia. Ya está.

—Pero, Bruno, lo siento. Lo siento mucho. Yo… No sé cómo diablos llegó a parar esa foto ahí.

—Solo tú tenías esa foto —espeta con una mezcla de tristeza y decepción —. Solo tú pudiste sacarla.

—N-No he sido yo. ¿Cómo iba a hacer eso yo?

—No lo sé. Porque estabas cansada de todo esto y era la forma más fácil de acabar con las mentiras.

—Pero no es cierto. No he sido yo. Bruno, tienes que creerme. Jamás haría eso, jamás te perjudicaría.

—Olvídalo. Olvídame —murmura antes de marcharse y dejarme sola en mitad del pasillo con lágrimas que amenazan por desbordarse de mis ojos.

Empiezo a caminar detrás de él, pero mi madre me detiene.

—Déjalo, Julia. Vámonos, tenemos que hablar con tu padre. Te espero fuera.

Con mucha rapidez, entro en el aula a por mis cosas, evitando la mirada de cualquiera. Meto todo en mi mochila de manera apresurada, y regreso por

donde he venido. Cuando salgo de clase, Blanca corre tras de mí.

—¿Estás bien?

—¿Qué quieres? —pregunto sin ánimos de fingir más.

—Tengo que decirte algo importante. Sé quién hizo la foto esa de la playa. Fue Ismael. De verdad que no lo sabía hasta ayer.

—¿Por qué hizo eso? —pregunto sorprendida por lo que me acaba de contar.

—Dice que os vio por casualidad cuando fue a comprar tabaco, y que le extrañó. Hizo la foto y la difundió porque sus amigos se burlaban de él por estar conmigo, como dijiste. Y esa fue su forma de distraer la atención. Me lo contó porque pensaba que yo ya lo sabía. Al decirle por qué ya no estábamos tanto juntas, me lo confesó.

Aprieto los labios incrédula y enfadada por sus palabras.

—Pero hay algo más. Sé quién puso la foto en la pizarra.

—¿Quién?

—Lorena. La vi cogiendo tu móvil cuando saliste a hablar con tu madre. Intentamos detenerla, de verdad, intentamos evitar que hiciera eso. Pero entonces apareció la profesora y nos mandó sentarnos. Me dijo que la había borrado…

37
BRUNO

No debería haberla acusado a ella. Sé que jamás habría expuesto nuestra relación ante el mundo de esa forma, ella también tiene mucho que perder, pero no pensé. Estaba teniendo un ataque de pánico después de la discusión con el director. Y quizá haya sido lo mejor, aunque le hiciera daño. No podemos estar juntos. No puede dañar su futuro por mi culpa. No pienso permitirlo.

Vuelvo a subir las escaleras, decidido a hacer lo que haga falta para que a Julia no la expulsen y pueda graduarse como debería hacer, obtener su beca, e ir a la universidad.

—Director, sé que todo esto ha sido irresponsable, y acepto mi despido, pero a ella no puede expulsarla.

El señor de ojos azules y pelo canoso levanta la cabeza de sus papeles, y le pide a Victoria, la profesora, que nos deje a solas.

—¿Por qué no? Soy el director de este centro y no pienso dejar impune esta falta tan grave. Deberían haberlo pensado antes.

—Julia es una estudiante brillante, en ningún momento ha dejado sus estudios de lado. Lleva aquí desde pequeña, ha crecido aquí, quiere graduarse con sus amigas e ir a la universidad de Bellas Artes. Tiene talento, y no se merece que por esto pierda sus sueños.

El hombre se queda callado unos segundos, recapacitando su decisión. Entonces me doy cuenta de lo alterado que estoy y lo rápido que me sube y baja el pecho.

—Está bien —acepta—. Julia Reyes podrá terminar los estudios en este centro. Se podrá presentar a la última evaluación, pero usted, está despedido.

Suspiro con alivio y el corazón disminuye su ritmo.

—Está bien, gracias.

—Márchese —ordena.

Salgo sin rechistar. Me duele perder el trabajo, y no sé qué voy a hacer cuando salga de aquí. No sé cómo seguiré rentando la habitación de Diana, ni cómo voy a seguir mandándole dinero a mi familia, pero que Julia pueda cumplir sus sueños, me alivia.

Se merece lo mejor, aunque sea lejos de mí.

38
JULIA

L

lego a casa acompañada por mi madre, y lo primero que veo es a mi gato, Champón, que me espera en la puerta como todos los días. Pero hoy me hace especial ilusión verle.

—Hola, Champi. —Me agacho para acariciarle y darle besos.

—Vamos —alienta mi madre para que no me distraiga.

Mi padre está en la cocina haciendo la comida, así que le pedimos que salga al comedor para poder hablar. Para revelar, de una vez por todas, mi secreto.

Entre las dos, le contamos todo lo sucedido con el director. Les confieso a ambos, desde el principio, mi relación prohibida, relatando cuándo empezó y por qué lo ocultamos.

Nunca había imaginado esta situación; contarles a mis padres mi relación prohibida con un hombre. Aunque una parte de mí siempre supo que el secreto no duraría para siempre, no lo quise aceptar. Y ahora, pronunciando estas palabras frente a las personas más importantes de mi vida, me siento una vil mentirosa.

El silencio se instala entre los tres en cuanto dejo de hablar. Han dejado que me exprese con libertad, y se han quedado sin palabras.

Mi padre, que pasea la mano por su incipiente barba, es el primero en pronunciarse.

—¿Desde cuándo trabaja en tu instituto?

—Desde hace casi tres años.

—¿Y nunca antes…?

—No. Desde noviembre.

Antes de seguir con sus preguntas, dedica una mirada de enfado a mi madre por no haberle dicho nada antes.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete.

Vuelve a pasarse la mano por la barba, en un gesto algo desesperado. Soy yo la que toma las riendas ahora.

—Pero eso no importa. Es buena persona. No lo juzguéis sin conocerle.

—Pero te conocemos a ti —dice él—. Y no me esperaba para nada esto de ti.

Me quedo callada ante tan duras palabras, deshecha por haberle decepcionado.

—Juan, sé que no hicieron bien, y que debí habértelo contado cuando me

enteré, pero creo que Julia le quiere de verdad.

La miro sorprendida. Es la primera vez que mi madre acepta mi relación. La primera vez que piensa que de verdad le quiero.

—¿Es cierto? —pregunta mi padre.

—Sí. —Los miro a los ojos para que me crean.

Otra vez ese silencio incómodo.

—Está bien, vete a tu habitación. Tengo que hablar con tu madre.

Obedezco sin rechistar y me encierro en la habitación con Champón. Un espacio cómodo para mí donde me permito sacar toda la cantidad de emociones del día, en forma de lágrimas.

Sentada en el suelo, y con Champón encima de mis piernas, llamo a Bruno. Quiero contarle todo, necesito su aliento, y su labia argentina, pero no me contesta, y dudo que vaya a hacerlo. Él cree que fui yo quien difundió esa foto de ambos porque solo yo la tenía, pero no es así y tengo que explicárselo.

Me duele que piense eso de mí, pero si algo me ha quedado claro, es que lo peor en una relación es la falta de comunicación.

Escucho la discusión de mis padres desde mi cuarto, y me siento culpable, porque si discuten así de fuerte es por mi culpa. Vuelvo a mirar mi lista de contactos deseando hablar con mis amigas, pero sé que ellas tampoco me cogerían el teléfono.

Hago a un lado el sentimiento de soledad que me reconcome por dentro, y limpiándome las últimas lágrimas que bañan mis mejillas, me repongo antes de levantarme y salir de casa sin hacer ruido.

Fuera, el cielo cada vez está más negro y comienza a chispear. Con decisión, me dirijo al único sitio donde quiero estar en estos momentos. Espero sentada sobre las escaleras, dejando caer la lluvia fría sobre mi rostro, que enjuaga mis lágrimas.

—Julia, ¿qué haces aquí?

Al abrir los ojos me encuentro con la persona que estaba buscando. Su mirada azul es el único toque de color en este día gris.

—He venido a buscarte.

Me mira con una expresión tierna y confusa que no sé descifrar muy bien. Ofrece su mano para ayudar a levantarme, y una vez lo he hecho, la retira.

—Creo que no hay nada más que hablar.

Las lágrimas vuelven a acudir a mis ojos.

—Yo creo que hay mucho. Te he llamado antes.

—Me estaban despidiendo, no he podido cogerlo —responde con brusquedad mientras busca en su juego de llaves la indicada para abrir el portal. Le agarro del brazo para girarlo hacia mí.

—¿Me culpas a mí? He hecho todo lo posible porque esto no sucediera. He mentido a mis amigas, aun estando claro que lo estaba haciendo. Las he perdido por mentir. No me hablan, me ignoran y me voy a graduar sin ellas, si es que me puedo graduar porque no sé si me dejarán hacer los últimos exámenes. —Se acerca despacio a mí, pero me echo hacia atrás para seguir

hablando—. Se lo he tenido que contar todo a mis padres. Mi padre ya lo sabe, y si vieras cómo me ha mirado… con decepción. Y entiendo por qué. Ahora están discutiendo, ahora que por fin se empezaban a llevar bien de nuevo, mientras yo estoy aquí buscándote para que me escuches. Tú, que deberías confiar en mí después de todo lo que he arriesgado por nuestra relación, y aún piensas que yo saqué esa imagen a relucir, como si me beneficiara en algo, y lo único que ha provocado es que lo pierda todo. Ya no me voy a poder presentar a los exámenes, no podré conseguir la beca, ni ir a la universidad…

Mi llanto repentino se ve interrumpido por un fuerte abrazo. Un abrazo lleno de sentimientos y emociones bajo la incesante lluvia helada.

—Cariño, no llores —susurra en mi oído. Pero ya no puedo parar. Apoyo la cabeza en su hombro, rota por todo lo ocurrido y sin fuerzas para más.

Tras una pausa de varios minutos, se separa de mí para levantarme la cara con las manos sobre mi barbilla. Su mirada pasea por mi rostro mientras con los dedos retira el agua de mi cara.

—Lo siento. Siento que hayas perdido tanto por mi culpa, pero te podrás graduar. He hablado con el director y ha aceptado que puedas ir a hacer los exámenes.

—¿Has hecho eso por mí? —pregunto perdiéndome en su mirada.

—Haría cualquier cosa por ti. Siento haberte acusado por lo de la foto, sé que no has sido tú. Nunca lo harías. Estaba enfadado y perdido, quería alejarte de mí para no dañarte más.

—No lo hagas, eso me hace más daño.

Dándome un suave y tierno beso en los labios, me coge de la mano.

—No lo haré, no quiero perderte. Ni verte llorar.

Pasa un brazo por mis hombros y entramos en el portal de su casa empapados por la lluvia.

—¿Está Diana en casa?

—No, está trabajando.

Entramos en su habitación y tras desprendernos de la ropa mojada, nos sentamos en la cama.

—¿Se lo has contado todo a tus padres? —pregunta secándome el pelo con una toalla. Asiento—. Eres valiente. —Deja la toalla a un lado, y me acaricia la cara.

—No lo soy. Lo tenía que hacer, se iba a enterar al fin y al cabo.

—Sí que lo eres, porque te enfrentaste a tus amigas, a tus padres e incluso al director. Me defendiste frente a todos. —Una leve sonrisa se dibuja en sus labios mientras me mira con brillo en los ojos.

—Eso lo hice porque te quiero. —Las palabras salen directas de mi corazón.

—Y yo a ti.

Nos unimos en un beso dulce y tentador. Suave, pero intenso, como él.

—Yo vine a España para buscar trabajo y poder ayudar a mi familia, pero

tú lo has cambiado todo. Llegué con otros sueños, pero te vi, y ya no me imagino sin ti.

Su declaración me hace sonreír. Vuelvo a besar sus dulces labios mil veces más antes de que prosiga.

—Te lo tengo que decir. El día que te vi en la librería, pensé en si me acercaría o no. Te observé de lejos, ensimismada mirando cada libro que te encontrabas, como si hubieras descubierto un mundo nuevo cada vez. Y entonces supe que quería regalarte toda la librería, para que fueras feliz. Supe que eras tú.

—Bruno… —murmuro sonrojada. Él toca mi dedo índice con el suyo.

—Intenté dejar esos pensamientos a un lado, dejar de mirarte e irme. Sabía que era lo mejor y lo correcto. Sabía que no me podía acercar a ti, pero no lo pude evitar. Sin darme cuenta ya estaba a tu lado rozándote la mano, creando juntos, y recomendándote un libro. Lo intenté, Julia, intenté alejarme de ti, pero me atraías y...

Esta vez, el beso en el que nos unimos es tan intenso y apasionado, que terminamos desnudos en cuestión de segundos, haciendo y dándonos todo el amor que sentimos el uno por el otro.

Descanso la cabeza sobre su pecho desnudo mientras juego con sus manos.

—¿Vendrás a verme en mi graduación?

—No creo que sea lo correcto.

—Nunca lo es, pero ¿vendrás? —pregunto mirándole a los ojos.

—Iré —afirma sonriente antes de darme un tierno beso.

—Bruno —interrumpo el beso—, siento de verdad que te hayan despedido. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No te preocupes, conseguiré otro trabajo.

—Te ayudaré para que le puedas seguir mandando dinero a tu familia.

—No, Julia, gracias, pero no quiero tu dinero.

—Tú también me ayudaste cuando lo necesitaba, ahora quiero hacerlo yo.

Antes de que abra la boca para quejarse, me lanzo a devorar sus labios. Entonces mi móvil empieza a sonar, y leo en la pantalla que es mi padre. Lo cojo sin titubear.

—¿Dónde estás?

—He salido a tomar aire. —Me incorporo.

—Vuelve, vamos a comer. Mamá también.

—Vale, ahora voy. —Cuelgo y empiezo a vestirme.

—¿Era tu padre?

—Sí, al parecer ya han dejado de discutir y se han dado cuenta de que no estaba.

—Espero que no se enfaden contigo por mi culpa —dice vistiéndose él también.

—Sé que él me entenderá y lo comprenderá al final, pero ahora está desconcertado. No esperaba algo así de mí.

En la puerta, nos abrazamos y besamos a modo de despedida.

—¿Querés un paraguas?

—No, ¡quiero mojarme! —exclamo bajando por las escaleras.

La comida en casa transcurre con relativa tranquilidad. Raúl se ha presentado, y al vernos a todos tensos, he tenido que explicarle los motivos. Aunque sorprendido, se ha burlado de mí por no saber guardar un secreto, ya que una vez vio a Bruno de lejos, y también descubrió el retrato que hice de él.

Mamá ahora me apoya. Aunque no le haya hecho gracia en ningún momento que tuviese una relación con Bruno, mi enfrentamiento contra todo el mundo la ha hecho ver que era cierto cuando le decía que lo quería. Entre ella y Bruno, sé que no dejarán que pierda los exámenes.

Papá, aunque está enfadado por haberle ocultado un secreto tan grande, solo se preocupa por mi felicidad. Y está de acuerdo con mi relación siempre y cuando no vuelva a arriesgar mis estudios por ello, y esté segura de lo que quiero.

Orgullosa por el apoyo que recibo de mi familia, me siento más tranquila. Lo único que me falta son mis amigas.

El primer día de la semana de exámenes me presento en el instituto decidida a aprobar con la mejor nota, y a acusar a la persona que desató todo este vendaval. No pienso dejarla impune.

Al finalizar los exámenes de ese día, me quedo en la puerta de la entrada del instituto esperando. Cuando veo a Lorena bajar, no lo dudo y voy directa hacia ella.

—Hombre, creía que te habían expulsado —dice con superioridad.

—Fuiste tú. Cogiste mi móvil sin mi permiso y difundiste una foto personal. Íntima.

—Perdona, no sé de qué me estás hablando —replica aparentando indiferencia—. Y me tengo que ir, así que si te apartas…

—Pues fíjate que no te vas a ir, porque le he contado al director lo que hiciste y te va a caer una charla por inmiscuirte en asuntos ajenos.

—¿Por revelar tu estúpido secreto? El problema es tuyo. Eras tú la que te follabas a ese tío, no yo.

—Más te habría gustado. —Le dedico una sonrisa ladeada que la saca de quicio.

—Toda la clase sabe que lo hiciste tú, Lorena. Ahora no mientas. —Blanca llega acompañada de Paula y Elena.

—Las amigas de turno. —Resopla mirándolas—. ¿Vosotras no estabais peleadas?

—Tampoco es de tu incumbencia.

A pesar de la situación, me sonríe con altivez burlándose por el daño que me ha causado. Por suerte, unas manos me rodean los brazos antes de que pueda lanzarme contra ella.

—Uy, tranquila. Hazle caso a tu novio.

Bruno me sujeta con más fuerza justo en el momento en que a la Urraca la llaman de dirección y desaparece de nuestra vista.

—Ya está. No te metas en más problemas

—Es ella la que me ha metido en problemas. Fue ella quién difundió la foto y la puso delante de toda la clase solo para joderme.

—Lo sé, lo sé. Ya me lo han dicho. Y lo siento, siento haberte acusado a ti.

Asiento sin ganas de volver a discutir el mismo tema.

—¿Has venido a firmar el despido?

—Sí, y a por mis cosas.

Me doy cuenta de que las chicas nos miran como si fuéramos un programa de televisión que está en lo más interesante.

—¿Qué? —pregunto poniéndolas en evidencia.

—Ah, nada, nada. Es que es raro veros juntos —responde Elena.

Incómoda por la situación, me dirijo a Bruno.

—¿Quién te ha contado que fue ella la que sacó la foto?

—Ella. —Señala a Blanca y yo la miro extrañada.

—Sí. Como cuando te lo dije te fuiste, pensé que él debería saberlo también.

—Gracias.

—De nada.

Las tres me dedican una leve sonrisa antes de salir por la puerta, y por fin, después de que todo esto estallara, siento que podemos volver a retomar la relación de amistad que nos unía.

39
JULIA

Último examen y último día de instituto.

Solo volveré para la graduación la semana que viene.

Después de tantos años aquí, finalmente me despido de estas paredes y estos profesores que me han acompañado durante una parte fundamental de mi vida. Y aunque este último año, en especial, estas últimas semanas han sido un caos total, creo que lo echaré de menos. Pero lo que más echo de menos en estos momentos, son las risas, las conversaciones y las locuras con mis amigas. Que, aunque es verdad que en estos últimos días de exámenes hemos vuelto a hablar un poco más y ha habido cierto acercamiento, echo de menos nuestra relación habitual.

El viernes veinticinco de mayo por la tarde, empiezo a arreglarme para la ceremonia de graduación. Para esta ocasión he escogido un mono color granate con escote en V, un poco de tacón negro, y un par de anillos dorados que van a juego con mi colgante.

Dejo mi cabello suelto y natural, y me maquillo con delineador de ojos y máscara de pestañas para enmarcar mi mirada. Me observo en el espejo sorprendida por lo mucho que he cambiado en esta nueva etapa de mi vida. Ya no solo aparento ser la mujer fuerte y segura de sí misma en la que siempre me he querido convertir, sino que lo soy. Y cada día más reforzada.

Termino de arreglarme y me despido de mis padres en la puerta de casa. Ellos llegan después, para la ceremonia.

—Estás preciosa —halaga con tono paternal.

—Gracias. —Sonrío y le doy besos a Champón antes de quitarme sus pelos de mi vestuario.

—Has cambiado mucho —dice mi madre observándome con brillo en los ojos.

—Mamá…

—No es malo, me gusta.

—Eres toda una mujer ya —finaliza mi padre haciéndome sonrojar.

—Nos vemos a las siete. —Cojo el bolso antes de que se pongan sentimentales.

—Sí, no te pongas nerviosa. ¡Disfruta!

Les doy un beso antes de salir.

—¡Adiós, Champón!

Al llegar al instituto, espero en el aula a que los demás compañeros vayan llegando. La Urraca me mira de arriba a abajo al entrar, pero decido ignorarla

y alejarme de ella para no meterme en más problemas en un día de celebración. Sé que la han amonestado por cogerme el móvil sin mi permiso y difundir información personal, y con eso me basta. En cierto modo me hizo un favor al desvelarlo todo de una vez.

Paula, Elena y Blanca todavía no han llegado. Y me llena de tristeza pensar que vamos a graduarnos enfadadas. Por suerte, Pablo y Héctor, están conmigo.

—Uy, qué guapos. —Les piropeo observando los trajes que se han puesto. Pablo azul marino, y Héctor negro.

—Gracias, gracias. Ya lo sabíamos. —Sonríen con picaresca—. Tú tampoco estás nada mal, qué cambio.

—¿Me estás diciendo que de normal voy fea?

Héctor estalla en una carcajada antes de contestar.

—No. Solo es que no te habíamos visto nunca tan elegante.

—Ya, idiotas. Ni yo a vosotros. —Sonrío burlona.

—¿Y las demás?

—No lo sé. —Me encojo de hombros, y para que no me desanime, empiezan a bromear.

Pablo y yo nos quedamos a solas cuando Héctor va a saludar a otras personas.

—¿Me puedes ayudar en una cosa? —pregunto.

—Dime.

—Verás, Bruno va a venir a verme en la graduación, y quiero darle una sorpresa.

Al contarle el plan, me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Y no crees que es un poco provocativo? Sobre todo, después de que te expulsaran y le despidieran.

—Por eso, qué más da ya. Tampoco quiero que lo vea todo el mundo, solo él. Llegará diez minutos antes.

—Está bien, lo haré.

—Gracias, está en mi mesa de siempre. —Le doy un beso en la mejilla en agradecimiento, y entonces nos llaman para ir al salón de actos donde se celebrará la ceremonia.

Después de recoger los títulos y hacernos las fotos oficiales, bajo del escenario para buscar a mi familia entre el público, pero no alcanzo a verlos. Una voz me sorprende a mis espaldas.

—Felicidades.

Es Blanca. La miro durante unos segundos en silencio sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Por fin nos hemos graduado… juntas —dice con una risa nerviosa.

—Sí… Felicidades a ti también.

Sin saber por qué, yo también empiezo a reír y terminamos las dos con una sonrisa en la boca. Sin necesidad de más palabras, nos unimos en un fuerte y cálido abrazo que me llena los ojos de lágrimas de la emoción. Siento

otros brazos rodearnos y unirse a nosotras, y sé que son Elena y Paula.

—Os echaba de menos —confieso mientras nos abrazamos con fuerza.

—Y nosotras a ti —dicen a la vez.

Estallamos una vez más en carcajadas hasta que nos separamos.

—Siento haberos mentido, de verdad. No sabéis la de veces que estuve a punto de contaros todo, y lo mal que me sentía por no poder hacerlo.

—Lo comprendemos, aunque no nos guste que lo ocultaras —empieza Blanca.

—Sabemos que tampoco era fácil —sigue Paula—. Yo también tardé en contarlo…

—Y que no solo te incumbía a ti —finaliza Elena—. Sentimos haberte dejado sola cuando todo esto pasó, ¿nos perdonas?

Sonrío con lágrimas de felicidad.

—Solo si me perdonáis vosotras primero.

Riendo volvemos a fundirnos en un abrazo y saltamos más felices que nunca.

—Oye, ¿habéis visto a mis padres? —pregunto al separarnos.

—No, pero seguro que están fuera. Los míos han salido también.

—Vale, pues nos vemos fuera. —Me despido y salgo del salón.

Bajando las escaleras, me encuentro a Pablo.

—¿Lo has hecho?

—Sí. Unas chicas me han visto y me han mirado raro.

Sonrío y le abrazo agradecida.

—¡Gracias! Seguro que has ligado. Nos vemos fuera.

Sigo mi camino bajando escalones hasta llegar donde se encuentra la exposición de lienzos, y veo que, alrededor del mío, todos están cubiertos con folios donde se puede leer: «No existen frutas prohibidas sino bocas que se cierran».

Me quedo junto a mi cuadro, que representa dos manos agarrando la fruta prohibida del Edén. Algunas personas que lo ven se quedan mirándome, cuestionándose si lo de los carteles es cosa mía o tiene algún significado.

Finalmente, llega la persona que dota de significado a mi arte. Cruza el umbral de la puerta vestido con una camisa azul marina cubierta por una americana y pantalones color beis. Está tan guapo como siempre, o incluso más.

Al verme en lo alto de la escalera junto a nuestro cuadro, le señalo la frase de al rededor. Al leerla, una sonrisa radiante como el sol se dibuja en su rostro y empieza a subir las escaleras como un príncipe.

—¿Esto no lo habrá hecho la artista del cuadro?

—Por supuesto. —Sonrío.

—¿Y tiene algún destinatario en concreto?

—Puede que un amor prohibido.

Una sonrisa aún más espléndida, aparece de nuevo en sus labios, y me la contagia.

Cuando se acerca para besarme, alguien nos interrumpe.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta una voz grave y áspera. El jefe de estudios.

—Es mi invitado —respondo quitando los papeles de los lienzos—. No se preocupe, ya nos vamos.

Agarro de la mano a Bruno, y comenzamos a bajar el último tramo de escaleras hacia la libertad.

—¿Qué lleva allí?

Miro los papeles antes de girar el torso para mirarlo a la cara.

—No creo que quiera saberlo.

Salimos del instituto por primera vez juntos, y cogidos de las manos.

—Eres muy rebelde —dice en un tono divertido.

—Soy artista.

Estamos riendo cuando llegan mis amigas.

—Nos hemos cruzado con el jefe de estudios y tiene una cara de culo… Oh, hola —se interrumpe Elena al ver a Bruno a mi lado.

Él la saluda con una sonrisa, y le doy mi móvil.

—¿Nos haces una foto?

—Por supuesto. —Me guiña el ojo antes de acercarme a mis amigas y juntarnos todas en un abrazo para tomarnos varias fotografías.

Mientras vemos las fotos, Blanca se acerca a nosotros.

—¿Os hago una foto a vosotros?

La agradezco por ofrecerse, y le doy mi móvil. Cuando se aleja para encuadrar la imagen, Bruno posa una mano en mi cintura y sonreímos posando.

—¡Que se besen! —exclaman.

—¡Chicas! —Me quejo avergonzada.

—Venga, hombre, después de la que habéis liado. Un besito, ¿no?

Bruno me agarra de la barbilla para levantarme la cara hacia él, y con una sonrisa dibujada en los labios me da un beso corto.

—Uno. Tal vez dos podemos.

Volvemos a fundirnos en un segundo beso que es aplaudido por mis amigas. Al separarnos, sonrojada, pero feliz, les pido que paren de armar alboroto.

Un carraspeo borra la sonrisa de mi boca. Mi padre se acerca a nosotros acompañado por mi madre. La escena que siempre he estado evitando, se vuelve realidad.

—Hola… —Rio nerviosa—. Bruno, te presento a mi padre, Juan. Papi, él es Bruno. Y bueno… a mi madre ya la conoces.

Bruno, tan tenso como yo, le ofrece la mano.

—Encantado, señor.

—Juan —rectifica él estrechándole la mano.

Mi madre también le estrecha la mano, y, durante varios minutos empezamos una conversación agradable y cordial en la que la tensión del

principio se va disipando poco a poco. Incluso Bruno se ofrece a hacerme una foto con ellos. Intuyo que se llevarán bien.

—Nosotros nos vamos a ir ya a cenar. —Corto la conversación para que no se enrollen.

—Vale, pasadlo bien, y no llegues muy tarde.

—Bueno, es mi día de graduación, puedo llegar tarde, ¿no? —Me despido dándoles un beso a mis padres, y Bruno les ofrece la mano como despedida.

—Encantado.

—Ya nos veremos, y hablaremos —responde mi padre con un tono firme, pero divertido que a Bruno lo pone tenso.

Mi madre le dedica una mirada no muy amigable, y tras despedirse de mí otra vez y felicitarme por mi logro, se marchan.

—Tu padre es agradable, pero creo que de cualquier manera me quiere matar. Me ha extrañado no recibir un puñetazo.

—Mi padre no es así. Le has caído bien, pero después de todo, está un poco receloso. No te asustes.

—Pues a tu madre sigo sin caerle bien —dice con una sonrisa ladeada.

—No te creas, ya le vas gustando más, pero tiene un carácter difícil. Vámonos, aquí nos miran mucho.

Nos acercamos a mi grupo de amigos que están reunidos en una de las esquinas del centro.

—¿Te vienes, Fede? —pregunta Blanca.

—¿Fede?

—Blanca, que se llama Bruno. —La rectifico avergonzada. Bruno no sabe nada del apodo que le pusimos antes de saber su verdadero nombre.

—Ah sí, es verdad, Bruno. Perdona.

—¿Por qué me llamas Fede?

—Es una historia larga. —Intento esquivar el tema, pero Blanca se adelanta.

—Es que cuando no sabíamos tu nombre, te llamábamos así. Porque es el primer nombre argentino que se nos ocurrió.

—¿Ah sí? ¿Me llamabas así? —Él me mira con una sonrisa divertida.

—Sí… bueno, vamos a cenar, que tengo hambre. ¿Vienes?

—No. Te dejo que celebres con tus amigas. Nos vemos mañana. Ah, y felicidades.

Deposita un tierno beso en mis labios que me devuelve la sonrisa antes de retirarse.

—¡Ahora sí que nos tienes que contar todo desde el principio! —exclama Elena agarrándome de un brazo.

—¡Eso! Pero con pelos… —comienza Paula agarrándome del otro.

—… y señales. —Termina Blanca agarrándose a Paula.

Las cuatro estallamos en carcajadas.

—Os lo contaré todo desde el principio, pero hoy no. Ahora, ¡vamos a celebrar!

EPÍLOGO
JULIA

L

lego de la universidad a casa, cargada con un lienzo bajo el brazo, y nuevos materiales de arte en la mochila.

Abro la puerta como puedo, y para mi sorpresa, me encuentro a toda mi familia esperándome reunida en el salón.

—¡FELICIDADES! —gritan todos al unísono.

Están mis padres, hermanos, amigos, Champón, y por supuesto, Bruno. Todos alrededor de una tarta enorme de fresa y nata con unas velas en forma de números: 20.

Con la boca abierta por la sorpresa, me acerco hasta ellos mientras cantan el cumpleaños feliz. Bruno se acerca para ayudarme con mis cosas antes de darme un dulce beso en los labios.

—Felicidades, preciosa —susurra contra mis labios.

—Gracias. —Sonrío y me dirijo a los demás—. ¡Gracias! No me esperaba para nada esto.

—Claro que no, era sorpresa —replica Blanca abrazándome, y después se une Elena.

A pesar de que Blanca estudia Diseño Gráfico, Elena Restauración, y yo, Bellas Artes, seguimos viéndonos como de costumbre. Después de sus abrazos, llegan los de Pablo y Héctor. Sigo repartiendo abrazos y besos a todas esas personas que me quieren y que hoy me celebran.

—Felicidades, cielo. —Mamá me da un beso en la mejilla tras darme un regalo. Detrás de ella aparece papá.

—Felicidades, veinteañera. —Me abraza con fuerza, rodeándome de calidez.

Se lo agradezco a ambos. A pesar del divorcio, vuelven a llevarse bien, y seguimos siendo una familia unida. Mi padre consiguió trabajo, y al final nos mudamos a una casa más pequeña pero que me gustó mucho cuando la vi. Fue menos duro de lo que pensaba, porque me di cuenta de que el hogar no era mi casa, sino mi familia. Ahora estamos mejor, no tenemos problemas de dinero y nuestra relación es mucho más fuerte. Mis hermanos también me felicitan, y acaricio la barriga prominente de mi cuñada que lleva a mi sobrina dentro.

—Creo que va a ser artista como tú, porque deja su huella impresa en la barriga cada dos por tres —dice Marcos con una sonrisa tras felicitarme. Nos reímos.

—No, será futbolista. O *gamer*, como su tío —replica Raúl.

Mi hermano ha conseguido aquello que quería, cobrar por jugar a

videojuegos (aunque no mucho). Yo me alegro por él, aunque sea el mismo idiota de siempre. Ojalá madure cuando su sobrina venga al mundo.

Rodrigo, el amigo que conocí a través de Bruno, y que ahora también es mi socio, me abraza.

—Muchas felicidades. Tengo una gran sorpresa para ti.

—Gracias, ¿qué es? —pregunto ansiosa.

—He conseguido un comprador para tu cuadro *Edén perdido*. Es un cazador de talentos y quiere conocerte. Paga bien y es bastante reconocido. Puede ser importante para tu carrera.

Sonrío orgullosa de mí misma, y le agradezco su dedicado trabajo. Desde que supo que pintaba y vio algunas de mis obras, se ofreció a ayudarme a entrar en el mercado del arte. Y desde entonces, he aprendido muchísimo gracias a él. Bruno también me ha ayudado mucho, y juntos hemos creado una página web donde vendo láminas de mis obras de arte. Él es mi fotógrafo.

Con el dinero que sacó vendiendo las fotografías que expuso en la galería, pudo pagarse un curso superior de electromecánica, y ahora trabaja en un taller. Lo compagina haciendo trabajos de fotografía y ayudándome a mí con la tienda.

—Muchas gracias, Rodrigo.

—Te dije que eras buena artista, pronto labrarás una buena carrera como pintora.

Se lo agradezco una vez más, y, sonriente, me acerco a Bruno.

—¿Lo has oído? —pregunto emocionada.

—Perfectamente. Te lo mereces, cariño. —Besa mis labios con devoción —. Yo también tengo una sorpresa, aunque no tan buena.

—¿Otra sorpresa? ¿Qué es?

—Pensé que te gustaría celebrar tus veinte en… —Saca unos billetes de avión y me los ofrece—. Florencia.

—¿¡Qué!? —grito emocionada—. ¿De verdad? ¿En serio?

Visitar Florencia es el sueño de cualquier artista.

—De verdad. En serio —responde divertido a mis preguntas—. ¿Te gusta? Porque de allí iremos a Roma y visitaremos La Ciudad del Vaticano para que puedas ver La Capilla Sixtina.

—¿¡Estás de broma!? —exclamo tirándome a sus brazos—. ¡Gracias!

—Alguien más quiere felicitarte. —Elena y Blanca se acercan a mí. Al girarme hacia ellas, me encuentro con Paula en una videollamada. Ella no ha podido venir porque está estudiando Bellas Artes en Francia.

—¡Tíaaa, felicidades!

—¡Paula! ¡Gracias! —Sonrío cogiendo el móvil para que nos vea a las tres.

—A ver cuando venís a visitarme —dice ella.

—Este verano seguro que sí.

Tras hablar varios minutos con Paula, tocan a la puerta. Bruno se encarga de abrir, y aparecen Brenda, su hermana, con sus hijos: Nico y María

Fernanda. Los acompañan mi suegra, Renata.

—¡Felicidades! —gritan los pequeños acercándose para abrazarme.

—Gracias, guapos. —Les doy un beso a cada uno en la cabeza, y me levanto para abrazar a mi cuñada y a mi suegra.

—Gracias por venir.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo. —Brenda me abraza fuerte.

Desde que llegó a España hace un año, nos hemos hecho muy amigas.

—Felicidades, hermosa. —Renata, la madre de Bruno, me felicita plantándome dos besos en las mejillas.

—Muchísimas gracias.

Es un cielo de mujer que desde el primer momento me brindó todo su cariño y me trató como a una hija más. Ahora sé a quién se parece Bruno.

Su enfermedad, aunque es dura de combatir, cada día la supera un poquito más como la guerrera que es. Bruno se ha encargado de tratarla súper bien desde que llegó a España después de muchos esfuerzos porque llegara el momento de tener a su familia a su lado.

—¿Sabéis lo que me ha regalado Bruno?

—Yo sí. —Brenda me guiña un ojo. Es la cómplice de su hermano.

—No, dime. Espero que sea un bonito regalo —responde Renata.

—Es precioso —replico rodeando a Bruno por la cintura—. ¡Un viaje a Italia!

La madre sonríe complacida por la generosidad de su hijo, y le da una suave palmada en el brazo.

—Muy bien, hijo. Cuida a esta chica como se merece.

Le doy un beso a Bruno, feliz y agradecida de tener a una familia tan grande y bonita.

Después de celebrar en familia mi cumpleaños, Bruno y yo nos dirigimos a un estudio de tatuajes que queda por el centro de la ciudad.

—Hola —saludo al chico que está detrás del mostrador. Al verme, se le dibuja una sonrisa en la cara.

—Hombre, mi amiga del basurero. ¿Cómo estás?

Rio por cómo me ha llamado y nos abrazamos.

—Muy bien, gracias.

Saluda a Bruno con un apretón de manos.

—¿Al fin te has decidido por el tatuaje? Tengo un hueco ahora.

—Sí. ¿Ahora? —Miro a Bruno, y él me alienta con una sonrisa—. Está bien, ahora.

Después de entregarle el diseño que yo misma he preparado, esperamos en la sala.

—¿Estás segura? —pregunta Bruno.

—Sí —respondo con seguridad.

—Genial, porque yo también lo estoy.

—¿Te lo vas a hacer también? —No me había dicho nada antes.

—Sí. Quiero llevarlo en la piel, como tú.

Tras un beso, me tumbo en la camilla para que me hagan el tatuaje en las costillas, debajo del pecho.

—Como es tu cumpleaños, te lo regalo. Pero a ti te voy a cobrar, eh —dice Óscar antes de tatuarle el antebrazo a Bruno.

Al terminar, nos miramos en el espejo, ambos con el mismo tatuaje, y sonreímos.

—Gracias, Óscar. Eres el mejor. Estoy segura de que volveré.

—Cuando quieras.

Tras una noche de celebración con más amigos, llegamos de madrugada al pequeño piso que alquilamos juntos hace tres meses. Nos besamos en cada rincón mientras Bruno me quita el vestido. Se queda mirando el tatuaje que ahora los dos compartimos, y acaricia al rededor erizándome la piel.

—Déjame hacerte unas fotos.

Pongo los ojos en blanco. Siempre me pide que le deje hacerme fotos y siempre me niego, aunque hoy acabo cediendo.

—¿Desnuda?

—Así eres más preciosa —dice poniéndose detrás de la cámara—. Ponte frente al lienzo.

—Pero me da vergüenza.

Él sonríe acercándose de nuevo a mí.

—Julia, eres como el arte, no se tiene que ver bien, tiene que hacerte sentir algo. Y tú logras exactamente eso. —Da un beso a mi mejilla ruborizada—. Estás hermosa.

Su labia argentina termina por convencerme, y poso delante del lienzo que pinté en segundo de bachillerato, cuando nuestra relación empezó. Significa mucho para nosotros, por eso lo tenemos colgado en nuestra habitación.

Dejo ver en las fotos el tatuaje, y después de una sesión a solas, le pido que se una a mí.

La cámara capta nuestros besos que un día fueron furtivos, nuestras caricias de pecado, y nuestro amor tan secreto y tan contado. Entramos una vez más al paraíso. Besa mi cuerpo, tentándome, y antes de continuar, se detiene al llegar a mi tatuaje para leerlo: «No existen frutas prohibidas, sino bocas que se cierran».

FIN

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a ti, que acabas de leerme.

Gracias a mis lectores de Wattpad, por cada lectura, cada voto y cada comentario bonito que me animaba a continuar. He escrito cada uno de vuestros mensajes en la libreta que fue dando forma a esta historia, para llevarlos siempre conmigo, y con ellos: Bruno y Julia. Ya formáis parte de este camino.

A Champón, que siempre lo llevaré en mi corazón, y ahora también entre estas páginas.

A mi familia, por alegrarse tanto o más que yo cuando les dije que iba a publicar. Gracias por apoyarme desde el principio.

A mis amigos, porque sin ellos no podría escribir sobre la amistad.

Y a mí, por ser la primera en confiar en mí misma y en mis historias.

¿Te ha gustado este libro?
¡Deja tu valoración en Amazon y un comentario para ayudar a seguir creando y compartiendo más historias como estas!

También puedes contactar a la autora en sus redes sociales para no perderte ningún lanzamiento.

https://www.instagram.com/carmenccastello/
https://www.tiktok.com/@carmenccastello
https://www.goodreads.com/author/show/21850099.Carmen_Castell_

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

RÍOS DE LUZ

SINOPSIS

Desperté en un hospital de Brasil sin recuerdos, sin pasado, ni identidad. No tenía nada, excepto a aquel chico que no conocía. Ni él a mí.

Nunca pensé que estando perdida, encontraría lo más importante en la vida: una familia.

Viaja a Brasil de la mano de una historia de segundas oportunidades, repleta de la magia de Río de Janeiro, el romance más intenso, crecimiento personal, y amistades verdaderas.

Dos ríos que colisionan cuando menos esperaban, arrojando la luz que tanto necesitaban en la vida del otro.

FARFALLA

SINOPSIS

Existen muchos mitos alrededor de La Farfalla, pero la historia nunca le preguntó a ella. Hasta ahora.

Alessandra Veneziano es una de las personas más poderosas de Italia. Es conocida por ser la primera mujer que se proclamó capo de la mafia más importante del mundo, la Cosa Nostra.

Dicen que un solo movimiento suyo provoca desastres naturales al otro lado del mundo. Circulan muchos rumores entorno a su figura, pero ninguno es veraz, porque nunca le preguntaron a ella. Ahora la verdad sale a la luz de su propia boca. La mujer de la leyenda cuenta su historia en primera persona.

Una mariposa encerrada en una jaula de oro.
Una mujer con luces y sombras.
Una historia de éxito y fracaso,
dolor y triunfo, amor y odio.
Alessandra Veneziano. La Farfalla.
Las mariposas necesitan volar, y esta es la historia de una que no podía.